



Nieves Hidalgo

La bahía de la escocesa
Los Gresham

 esencia

*A es@s amig@s que se ilusionan con el manuscrito,
me impulsan a seguir trabajando y me vuelven loca
con sus observaciones. Sois como inquisidores,
pero no sabría vivir sin vosotr@s porque os quiero*

*A mi editora, Esther Escoriza, por estar entre ellos
y permitirme seguir disfrutando escribiendo aventuras*



Inglaterra, 1820

La incesante lluvia estaba empapándolo y Adam Brenton, vizconde de Teriwood, sintió frío. Un frío espantoso. Pero no por el aire gélido que arremolinaba su capa alrededor de sus piernas, sino por el cañón negro que lo apuntaba a la cabeza.

Sobreponiéndose al asombro que le paralizaba e intentando conservar la calma, se fijó en el sujeto que empuñaba la pistola. Un músculo se le contrajo junto al labio superior, único indicio que denotaba la presión del miedo. Echó un vistazo rápido a las lejanas y difusas figuras que trabajaban sin descanso un poco más allá.

Ahora, el ir y venir de los marineros que trajinaban en la playa le importaba poco, aun a sabiendas de que eran contrabandistas. Tampoco era una ocupación tan extraña en aquellos tiempos. Quien más, quien menos traficaba con mercancías obtenidas en Francia y las autoridades, tan necesitadas como el pueblo llano de ciertos artículos, miraban hacia otro lado.

Pero en aquella ocasión no se trataba solamente de contrabando. No lo era, al menos, para el hombre que ahora lo apuntaba con una arma. Lo había visto entregar la cartera al capitán de la goleta francesa. Por eso se encontraba en tan delicada situación. Su estupidez permitió que lo descubrieran y ahora... No, definitivamente, la palabra para el desgraciado era «traidor».

Consciente de la amenaza a la que se enfrentaba, desfilaron por su cabeza mil y una imágenes. Un torbellino que secuenciaba toda su vida en unos segundos que le parecieron eternos. Un ramalazo de furiosa frustración se apoderó de él, porque tuvo conciencia de que iba a morir justo entonces, cuando acababa de encontrar un motivo por el que aferrarse a la vida, una razón por la que luchar.

—Supongo que no hay manera de arreglar esto como caballeros.

Lo dijo para ganar tiempo, sólo para ganar un poco más de tiempo, arañar segundos a la muerte.

—No, Brenton. No hay manera —fue la respuesta.

Adam sabía que sólo un milagro podía salvarlo. En ese momento, se preguntó por qué había iniciado aquella errática investigación, él, que nunca se tuvo por audaz, ni siquiera osado. ¿Fue el honor? Esbozó un amago de sonrisa irónica. Sí, seguramente fue eso, el

maldito honor el que lo había arrastrado a la precaria situación en que se encontraba. El pretexto que se usaba para justificar, la mayoría de las veces, las acciones más disparatadas.

Dolía dejarse matar así, sin oponer resistencia, como una res sentenciada. Más aún cuando su agresor había compartido con él tan buenos momentos; había llegado a considerarlo su amigo. Qué necio había sido fiándose de él. Ahora, cuando ya era demasiado tarde, comprendía muchas cosas, todas las dudas se aclaraban. Desvió un segundo la mirada hacia el anillo que el hombre lucía en la mano derecha y que giraba nerviosamente con el pulgar, dejando ver y ocultando la enseña que acreditaba su apellido. Poco importaba que lo hubiese reconocido, haber descubierto por fin su traición, puesto que estaba a su merced e iba a acabar con su vida. Pero Adam intentó una salida desesperada. La única que le quedaba antes de que el dedo de su enemigo se curvara sobre el gatillo: hacerse con la pistola. En una finta repentina,ladeó el cuerpo y se abalanzó hacia él...

Llegó a tocar el arma.

Un instante sublime que le abrió un súbito camino a la esperanza.

Pero Adam Brenton no había sido nunca especialmente diestro en la lucha cuerpo a cuerpo. Su rival se rehízo aplicándole un rodillazo que lo dobló en dos, haciéndolo gruñir y caer a tierra.

Luego, inmerso en la bruma del dolor, oyó un insulto apagado por la detonación de un disparo.

Apenas percibió que la bala se alojaba en su cuerpo. Curiosamente, no le dolió. Porque la nube de inconsciencia que comenzó a cubrir sus ojos se lo impedía. Aun así, quiso evitar que la arena entrara en sus labios al tiempo que se precipitaba por una rampa de oscuridad por la que caía, caía, caía... En un resto de lucidez, supo que iba de cabeza al infierno.

Quien le había disparado escupió sobre él y después lo empujó con el pie para comprobar si seguía vivo. Silbó e hizo señas a los que faenaban en la playa; se acercaron dos de ellos, a los que mandó que se deshicieran del cuerpo. En silencio, cargaron con el vizconde de Teriwood, que ya no era más que un muñeco roto, se internaron en el agua y lo soltaron. Allí quedó flotando al compás de las olas, en tanto que ellos volvían a sus quehaceres, olvidándose del cadáver. Luego, el mar acogió a Brenton en un abrazo húmedo y frío.

La mirada indiferente de su ejecutor, que seguía todos los pasos, no dejó traslucir nada. Ni pesar, ni satisfacción. Tenía que matar al hombre que constituía un peligro para él y lo había matado. Así de sencillo. Así de fácil. Dejó escapar un suspiro de hastío una vez desapareció el cuerpo, se pasó inconscientemente un dedo por una ceja y se alejó. El inconveniente estaba resuelto. Tal vez el océano tendría a bien devolver el cadáver días después, pero entonces ya sería irreconocible.

Londres. Un mes más tarde

Aquel pasillo siempre le pareció tenebroso, como si se internara en las mazmorras de la Torre de Londres. La incómoda impresión se repetía cada vez que lo recorría. Christopher Gresham lo había transitado en numerosas ocasiones en su calidad de conde de

Braystone.

La maciza puerta se abrió ante él tan pronto como los guardias que la custodiaban advirtieron su presencia, franqueándole el paso hieráticos como estatuas.

Thomas Ruppert, su jefe en los servicios de información, se levantó con celeridad y le salió al encuentro con la mano extendida.

—Adelante, Gresham. Estábamos esperándolo.

En el amplio y lúgubre despacho se encontraba también otro personaje al que él saludó parcamente con una ligera inclinación de cabeza. Robert Banks Jenkinson, segundo conde de Liverpool y, por gracia del soberano, primer ministro. Un sujeto al que sólo lo unía una lejana animadversión.

Gresham se fijó en él unos segundos. Su cabello rubio escaseaba ya, dibujándose en su rostro las arrugas que acentuaban las preocupaciones de su cargo. No esperó a que le ofrecieran asiento, sino que se acomodó frente a la mesa y esperó a que Ruppert hiciera lo propio al otro lado. Sospechaba que no iba a gustarle lo que le aguardaba. Una entrevista tan intempestiva sólo podía significar dificultades.

—Se preguntará la causa de tanta urgencia.

Chris clavó una desapasionada mirada en su interlocutor y se encogió levemente de hombros: no era la primera vez que debía acudir a toda prisa, ya estaba acostumbrado.

—Tenemos un asunto grave entre manos que deseamos tratar con usted.

El conde de Braystone se limitó a parpadear. Esa frase le resultaba demasiado familiar y sonaba siempre a campo enemigo. Parecía que la historia se repetía, si bien el foco principal de los problemas, Napoleón, había sido neutralizado. Maldijo mentalmente, porque para él no era el momento más adecuado. Acababa de regresar tras una larga ausencia, tenía sus propios asuntos que resolver.

—Tememos que se están vendiendo secretos a Francia —se arrancó Jenkinson.

—Eso no es nada nuevo, señor.

—No, es verdad. No es nada nuevo. Siempre habrá quien intente sacar tajada. Pero en esta ocasión no se trata de pasar información sobre nuestras posiciones, ya no tenemos que preocuparnos por ese condenado corso. —El primer ministro se removió, incómodo bajo su atenta y escrutadora mirada—. El asunto es que han desaparecido valiosas mercancías y han muerto algunos de nuestros hombres.

Christopher se puso tenso apenas un segundo, obligándose a relajarse de nuevo.

—Como sabe, Braystone —intervino Ruppert—, seguimos teniendo algún problema con Francia. O más bien con los apoyos residuales de Bonaparte.

—Bonaparte se encuentra recluso en la isla de Santa Elena —lo interrumpió él—. ¿No irán a decirme que se nos ha escapado?

—No se trata de eso. Como indicaba el señor primer ministro, el tema que nos preocupa son las filtraciones sobre las rutas de nuestros barcos. Esas tres naves fueron interceptadas; algunos marineros, los que se resistieron, acabaron muertos. Las cargas... —No acabó la frase—. Hay que parar esto como sea. Esos saqueos son inadmisibles para nuestro comercio, intolerables para el poder marítimo de Inglaterra.

Gresham asintió. Sabía que desde hacía tiempo se mantenía en estricto secreto la ruta de las naves, para así evitar los ataques. Como sabía también que muchos comerciantes se habían arruinado a causa de los abordajes. Incluso él mismo llegó a perder una buena cantidad de dinero. Sin embargo, desconocía toda referencia a la muerte de marineros, si bien era lógico que aquellos dos hubiesen echado tierra al asunto.

—¿Y en qué me concierne todo esto, señores?

Sir Thomas Ruppert se retrepó en su asiento. Era de constitución delgada y aspecto apocado, con una imagen que distaba mucho de la que se esperaría del responsable del espionaje, aunque Chris sabía de primera mano hasta dónde podía llegar su frialdad y decisión cuando se trataba de defender a Inglaterra. «Despiadado» era un adjetivo que se quedaba corto para definirlo en tales circunstancias. Tenía la total confianza de la Corona, manos libres para hacer y deshacer a su antojo... era lo más parecido a un dios entre los agentes, pero su nombre sólo se pronunciaba en círculos muy reducidos; era conocido apenas por unos pocos.

Siempre flemático e imperturbable el viejo zorro de Ruppert, pensó Chris, observándolo. No obstante, ante su pregunta, parecía haberse encontrado un puerco espín bajo el trasero.

—Usted —le contestó, después de estirarse la levita— tiene una posición. La Gresport Company ya se ha visto afectada en el pasado y podría volver a estarlo. Como conde de Braystone mantiene excelentes relaciones con la aristocracia. Además... —carraspeó—, también tiene otro tipo de conexiones. ¿Me explico?

—En absoluto, señor —respondió Christopher con gesto inmutable.

—¡Por favor, Gresham! —se exaltó el primer ministro, golpeando el brazo de su asiento.

Sir Ruppert cambió de postura, adelantando el cuerpo para apoyar los codos en el escritorio y proseguir con frialdad:

—Me lo está poniendo complicado adrede, ¿verdad?

—¿Perdón?

—¡Sarcasmos no, conde! —volvió a intervenir Jenkinson, al que se le enrojecieron las venillas de la cara—. Vayamos al grano de una puñetera vez y acabemos. —Se inclinó ligeramente hacia él—. Usted tiene fama de mujeriego incorregible. Se dice que no hay en Londres cama que no haya calentado. —Chris puso los ojos en blanco ante tamaña barbaridad—. Le preceden laureles de jugador, además de otros muchos atributos que me callo. Lo mismo frecuenta el salón del trono que se deja caer por los peores garitos del puerto. Se relaciona con pares y filibusteros, con damas de alcurnia y prostitutas —continuó—. Apostaría una mano a que ni siquiera es ajeno a alguna partida de dados con contrabandistas...

—Milord —sonrió beatíficamente Gresham, frenando la diatriba—, todo eso ya lo sé... Y lo saben ustedes desde hace tiempo, es un modo de mantenerme informado. No es ni un secreto ni una sorpresa, así que no veo el motivo de sacarlo a relucir en este preciso instante. Aunque les aseguro, eso sí, que aún quedan muchas camas vírgenes.

—¡No me sea insolente! —se acaloró el primer ministro.

La contundencia del reproche provocó un tenso silencio. Ruppert tenía la mirada perdida en alguna de las figurillas que adornaban sus librerías. Christopher hubiera jurado que, llegados a ese punto, estaba deseando acabar y despedirlo. Lo que quedaba claro era que lo necesitaban, de otro modo, no habría sido llamado a ese despacho. Le encantaba tener el control y sabía que, en aquel momento, lo tenía. Soltó un suspiro, cruzó las piernas y respondió en tono burlón, un ápice belicoso:

—Veo que hace honor a su cargo, señor. ¿Conoce también mi color favorito para la ropa interior de las damas?

—¡Váyase a...!

Gresham no tuvo reparos en reírse abiertamente, lo que hizo que su interlocutor bizqueara, más tenso de lo que hubiera querido.

—De acuerdo. Soy todo eso que ha enumerado tan acertadamente, Jenkinson. Pero ¿acaso me han citado aquí para, al igual que mi familia, tratar de reformarme? Porque he creído entender que el asunto no es éste; atengámonos por tanto a lo que corresponde y hablen claro de una vez. Tengo ocupaciones que atender, no perdamos más el tiempo.

El primer ministro abría y cerraba los puños, señal inequívoca de su autoridad menoscabada. Christopher hubiera jurado que estaba a punto de estallar; se felicitó por ello. Aquel tipo le caía rematadamente mal, de modo que si querían algo de él, iba a hacerse de rogar.

—Queremos que se meta de lleno en la vida de los bajos fondos, Gresham, que mueva sus hilos —intervino Ruppert.

El cejo del joven conde se frunció al tiempo que ladeaba la cabeza para prestarle atención.

—¡No me diga!

—Las... desavenencias entre usted y lady Frances Wenswood serían una buena pantalla.

—¡Por todos los infiernos!

Se incorporó de golpe, picado en lo más hondo, y miró furibundo a sus dos interlocutores desde su elevada estatura. Todo Londres sabía que el compromiso entre él y lady Frances había quedado roto, motivo último de su ausencia temporal de Inglaterra. Aún le escocía. Y aquellos dos botarates acababan de echar sal en la herida. Estaba dispuesto a soportar andanadas de toda clase, pero sus asuntos privados no eran negociables.

—¿Es que también he de dar cuentas a la Corona de si me ponen los cuernos o no, caballeros?

En su cerebro centelleó la imagen de Frances. Una muchacha muy bonita, por la que gustosamente se hubiera dejado arrastrar al altar, aunque la pasión no había llegado a ser el centro de su relación. Reconocía que sus abuelas no dejaron de presionarlo hasta conseguir que, en un momento de flaqueza anímica, diera por buena la idea de sentar la cabeza y formar una familia. En Frances halló a una joven hermosa, comedida, reservada y, sobre todo, callada, pues nunca hacía preguntas. Dado el vínculo de Christopher con sir Ruppert, y sus prolongadas ausencias del país, era una candidata inmejorable para esposa. Hasta que la encontró en el interior de un carruaje... muy bien acompañada.

Podía haberla repudiado, lo amparaban la ley y la razón. Sin embargo, su estúpido sentido de la honorabilidad lo obligó a hacer correr la voz de que él era el único culpable de la cancelación del compromiso. No deseaba cargar sobre su conciencia el descrédito de aquella mujer, ni quería ver su nombre vilipendiado por las malas lenguas, ávidas siempre de ese tipo de rumores, razón por la que ocultó el verdadero motivo de la ruptura. De haberse sabido la verdad, aquellas matronas entrenadas para el cotilleo rastrero sobre la flaqueza ajena la habrían destrozado, arrastrando su reputación por los suelos.

Ruppert y el ministro conocían su noble gesto. ¡Cómo no! ¿Había algo que se les escapase al par de sabuesos?

—No se exalte, Gresham —le rogó Ruppert—. Simplemente, entendemos que es la mejor excusa para que se lance de cabeza a ciertas... frivolidades. Que por otra parte no le son ajenas. De cara a la galería, sólo será una tentativa más para olvidar un desengaño amoroso.

—Le entiendo perfectamente.

—Necesitamos que ahora más que nunca se mezcle con delincuentes de todo pelaje, traficantes, bandidos, asesinos. Trabe amistad con el mismísimo Satanás si es necesario,

Christopher, pero tráiganos a ese traidor.

—Yo creo que sería más útil una red de infiltrados, un trabajo más adecuado para sus secuaces, señor. O para los suyos —añadió, dirigiéndose al primer ministro—. ¡Yo no soy agente secreto!

—No puedo intervenir directamente en este asunto —alegó el político—. Estoy atado de pies y manos. Si se estableciera cualquier relación entre un confidente y alguien allegado a mi gabinete, el traidor podría desaparecer, no quiero filtraciones. Debe actuar usted. A fin de cuentas, si quiere preservar sus barcos y sus costosas mercancías, también le interesa que este embrollo se resuelva cuanto antes. Tiene que ayudarnos, no confiamos en nadie más.

—¿Debo tomarlo como un halago?

—La verdad sea dicha, Gresham, usted no me agrada. Lo mismo que yo no le agrado a usted. Pero viene avalado por Thomas, que equivale a la mejor garantía. Por otra parte, ¿a quién va a extrañar que continúe con su conducta de libertino? Si de algo sirve, se lo pido como un favor.

Chris elevó una ceja, esbozando una sonrisa de complacencia. Por fin tenía al primer ministro donde quería, suplicándole. Tal vez de rodillas sería una posición ideal para él, pero tampoco podía pasarse de la raya, estaban entre caballeros. Suspiró y regresó a su asiento, bullendo en su cabeza pros y contras de una decisión que ya tenía tomada, con la sangre fluyendo en torrentes por sus venas, como siempre que tenía en perspectiva un asunto complicado.

—Mis abuelas van a crucificarme —dijo al fin.

—Lady Eleonor y lady Agatha ya están curadas de espanto con usted —se le escapó a Jenkinson.

—Es posible, pero después de ésta, puede que me despellejen.

Sir Ruppert soltó el aire que había retenido aguardando su respuesta.

—Eso sí, señores, quiero dos cosas —les advirtió el conde de Braystone—: mayor celeridad en los permisos de importación y exportación para la Gresport Company. Y, caballeros..., lo haré a mi manera.



Nueva York, Hacienda Beau Terre

Tropezó y estuvo a punto de caer, pero, en el último segundo, aquel cuerpo ágil y fibroso se enderezó para asestar un golpe certero, haciendo retroceder a su oponente.

Julius Bart sonrió satisfecho, paró un golpe más a duras penas y tomó de nuevo las riendas de la pelea. No tenía intenciones de dar cuartel a su adversario. No podía, si quería evitar que lo hostigaran después con burlas. Su rival no admitía flaqueza alguna y él no pensaba tenerlas, porque peleaba bien, lo reconocía, aunque aún le quedaban algunos lances que aprender.

El brillo en los ojos azul oscuro, que no se perdían ni uno de sus movimientos, lo puso sobre aviso. Y se encontró con su contrincante atacando en aspa, obligándolo a recular una vez más. La hierba, bañada aún por el rocío de la madrugada, hizo que resbalara. Soltó un bufido, defendiéndose ya sin la más mínima reserva. La rapidez de su brazo era formidable para cualquier contrario, pero éste le aguantó el embate y hasta se atrevió a regalarle una irónica sonrisa, acompañada de un guiño. El pícaro gesto lo distrajo lo suficiente como para que la punta del florete le hiciese un pequeño corte en el brazo, que apenas notó. Más que irritarse, la leve herida hinchó su pecho de paternal orgullo.

—Condenada sabandija... —masculló.

Julius arrojó a un lado su arma, tirándose de cabeza hacia su contrincante, que, sorprendido por la acción, trató de esquivarlo, primero para colgarse de su cuello, después, rodando ambos por el suelo, dedicándose jocosos epítetos mutuamente.

Su compañero acabó suplicando clemencia, medio ahogado bajo el corpachón de Bart.

—Me romperás todos los huesos si no te levantas —protestó, empujando inútilmente sus dos metros de envergadura.

Satisfecho por su victoria, aunque lograda por la fuerza y de forma tramposa, Julius se incorporó hasta quedar sentado sobre la hierba.

—Debería calentarte el trasero, en lugar de enseñarte a pelear.

—Si te atreves, Jul, será tu garganta la que pruebe el filo de mi florete.

La grácil figura vestida de negro encogió las piernas para impulsarse como un felino. Una vez en pie, se sacudió los pantalones y se soltó el pañuelo que le rodeaba la cabeza al

estilo de los piratas, desparramándose una cascada de rizos azabache por su espalda.

La muchacha le tendió una mano, que Bart aceptó de buena gana para levantarse. Luego, la abrazó con fuerza.

—¡Julius, vas a matarme! —se quejó ella, abrumada por la muestra de cariño.

—Anda, princesa —la empujó, propinándole un suave azote en el trasero—, volvamos a casa. Me estoy haciendo demasiado mayor para estos juegos.

—Sigamos entrenando un poco más, aún es pronto.

—No. Está bien por hoy.

—Por favor...

Él se rindió a sus súplicas, una debilidad que no podía disimular ante la belleza serena de rostro ovalado, piel tostada, ojos grandes como soles, nariz ligeramente respingona y labios seductores. Quería a aquella chica. La quería desde que arriesgó su vida para salvar la de él, perseguido y exhausto, cercado por un grupo de renegados, hacía ya mucho tiempo. Ella no había preguntado nada al encontrarlo medio muerto. Lo arrastró como pudo hasta el granero, lo escondió, curó sus heridas y se las ingenió para mentir a los que iban tras su pista, haciendo que desistieran de registrar su propiedad. Tampoco le importó, más tarde, enterarse de que él era un despreciable pirata.

Desde aquel día, Julius Bart prometió convertirse en el ángel guardián de aquella muchacha rebelde, irritable y generosa. Para él, era como la hija que perdió, para su desgracia, en una refriega en mala hora, una de tantas por las que discurrió su juventud pendenciera.

—Kim, sé buena. —Le pasó un brazo sobre los delgados hombros, instándola a ir hacia las monturas—. Ten piedad de este anciano. Puede que tú quieras seguir practicando, pero a mí me duele hasta el alma. Eso, sin contar con que me has herido.

Ella esbozó una sonrisilla sarcástica, pero no por ello dejó de mirarle el corte.

—Un arañazo, no te quejes. Pareces una vieja gruñona.

—No es nada, claro que no, pero podía haberlo sido. En realidad, estoy cansado.

—No te creo. Pero tampoco puedo obligarte. ¿Entrenaremos mañana con las pistolas?

—Disparas ya casi mejor que yo, muchacha.

—Nunca se dispara lo suficientemente bien.

Bart asintió, dándole la razón. Por otra parte, resultaba difícil oponerse a sus demandas, tenía que dar rienda suelta a tanta energía joven.

—Mañana, entonces.

—Estupendo. —Sin previo aviso, echó a correr, gritándole por encima del hombro—: ¡Te apuesto un pichel de cerveza a que llego a casa antes que tú, grandullón!

La sorpresa hizo que Julius perdiera unos segundos preciosos. Suficientes, sin embargo, para que ella saltara sobre su caballo, poniéndolo a galope. Él hizo lo propio y la siguió, aunque ya sabía que perdería.

Cuando avistaron Beau Terre, Kim se alzó sobre los estribos, su larga cabellera al viento, el brazo en alto en señal de victoria, lanzando su particular grito de guerra que a Bart le sonaba a música celestial. Cuando él se apeó, ante las puertas de la casa, la diablilla lo esperaba sentada en la escalera, con la más fingida de sus sonrisas.

Julius se repitió que era imposible no adorarla. Lejos de amoldarse a los comportamientos de cualquier muchacha de su edad, más pendiente de vestidos, joyas o pretendientes que de ningún otro asunto, Kimberly Brenton era una alma libre que amaba más sus campos que los salones de baile, disfrutaba como nadie a lomos de un buen caballo y prefería utilizar ropa cómoda y sencilla, sin importarle su corte marcadamente masculino,

en vez de dejarse atrapar por metros de tela más o menos satinada. Naturalmente, no rechazaba las cosas bellas, ni era inmune al atractivo varonil, pero se mantenía fiel a sus principios juveniles, que se adaptaban mejor a los amplios espacios naturales que a los corsés sociales. Por eso Bart la quería; ella representaba la vida, la libertad, la rebeldía que recordaba de sus años mozos.

Él mismo debía atribuirse su cuota de responsabilidad por ello. Desde que murieron los padres de la joven, cuando ella apenas contaba diecisiete años y Julius se hizo cargo de la hacienda con mano férrea, como si fuera de la familia, no había sido capaz de negarle nada. Para él, que no tenía a nadie, constituía el único lazo familiar que le quedaba, aunque no fuera sanguíneo. Por lo tanto, accedía a cuanto ella le pedía, aunque fuera enseñarle todas las malas artes aprendidas en su etapa de bucanero, cuando actuaba de espaldas a la ley. El manejo de la espada y la pistola no eran, bien lo sabía Dios, el medio más adecuado para encontrar un esposo. Claro que Kimberly no quería saber nada de ese tema, era demasiado independiente para aceptar, sin más, someterse a los deseos de un hombre.

La chica entró en la casa, una sencilla pero bien conservada construcción de ladrillo rojizo de dos plantas, columnas blancas en el porche y una galería superior con amplios ventanales. Macetas por doquier aportaban el contrapunto de viveza a la escalera de acceso y la terraza.

Una mujer menuda, pulcramente vestida de oscuro, con su tirante cabello rojizo recogido en la nuca, les salió al encuentro con un sobre en la mano.

—¡Ha llegado carta, señorita!

Kim cogió la misiva y rasgó el sobre con premura.

—¡Julius, es de Adam!

Antes siquiera de empezar a leer, una bola peluda y negra saltó a sus piernas, al tiempo que soltaba unos ridículos ladridos de bienvenida. Ella se agachó para tomar al cachorrillo entre sus brazos y recibió un lametazo en la barbilla.

—Quieto, *Sultán*. Quieres leer también la carta de Adam, ¿verdad, pequeño?

Con el perrillo apoyado en el hombro, fijó su mirada en las letras. Nada más verlas supo que no eran de su hermano. A medida que leía, su rostro fue perdiendo el color.

—No es verdad... No es verdad... —Sus dedos se fueron aflojando y el papel revoloteó hasta el suelo, de donde Bart lo recogió.

Ante la mirada atónita de la sirvienta, Kim había buscado el apoyo de la pared, dejándose resbalar hasta el suelo. A su lado, el chucho le prodigaba lametones en el brazo hasta que lo hizo a un lado, llorando en silencio, empequeñecida por el peso del dolor.

Bart estrujó entre sus dedos las malas nuevas, agachándose en el acto para abrazarla con fuerza. Ese breve gesto fue suficiente para que la criada abandonara la estancia internándose en la casa, preocupada por el súbito cambio de humor de su señorita.

—Lo siento, pequeña.

—No puede estar muerto, Julius —sollozaba Kim, abstraída, con la mirada perdida en la lejanía—. ¡Adam no puede estar muerto!

La taza tintineó al ser depositada sobre el platillo.

Se recostó en el sofá y cerró los ojos. Estaba cansada, muy cansada. No había dormido en dos días, ni probado bocado. Las lágrimas acudían a sus ojos en torrente,

deslizándose silenciosas. No podía dejar de pensar en un muchacho alto, rubio, de claros ojos azules y sonrisa pícaro: Adam. Su héroe, su caballero, su campeón. Y estaba muerto.

John Brenton, vizconde de Teriwood, había enviudado cuando su hijo era muy pequeño. En un viaje a las colonias, se enamoró de Della Hamilton, fue correspondido, se desposaron un mes después y se establecieron en la hacienda de su esposa. Kim era el fruto de ese amor. Adam y ella se habían criado juntos hasta que el vizconde decidió que el muchacho debía formarse en Inglaterra y asumir su rango de heredero, pues, tarde o temprano, debería hacerse cargo de las propiedades. La separación fue dolorosa para todos, si bien Adam escribía con frecuencia e incluso había regresado a Estados Unidos en varias ocasiones, porque Kimberly se negó a ir a Inglaterra. La distancia nunca logró separarlos. Al contrario, la muerte de sus padres los unió aún más si cabía. El inconveniente para ellos radicaba en las obligaciones de Adam y en las propias de Kim, manteniéndolos a ambos lados del Atlántico. Él debió hacerse cargo del patrimonio familiar en Inglaterra y ella de Beau Terre.

Bart entró en la biblioteca y, sin mediar palabra, se sentó a su lado.

—Iba a venir dentro de poco.

—Lo sé, cariño.

—Ahora ya no vendrá nunca. ¡No lo veré más, Julius!

—De poco servirá que sigas dándole vueltas a eso, Kim. Y de menos aún que te suicides negándote a comer y descansar. Adam ha muerto, es un hecho que no va a cambiar por más que lo lamentemos.

—Yo le quería.

—¿Crees que no lo sé? También le quería yo, muchacha. Pero ¿cómo crees que reaccionaría si pudiera verte en este estado? No eres una cobarde, nunca lo has sido, ni siquiera cuando murieron tus padres, así que mira adelante y ponte en marcha, admítelo.

Kim se recreó en su lástima un poco más. Luego irguió los hombros, se secó las lágrimas y alargó la mano hacia los pastelillos que Carmela había dejado cerca de ella, en un vano intento de que se metiera algo en el estómago. Sí, Julius tenía razón, no era una cobarde.

—Ahora, eres lo único que me queda, Julius. Mi única familia.

—Y no te abandonaré nunca, lo sabes.

Muchos días después, Kimberly seguía sumida en el desaliento, parecía una alma en pena vestida de negro; incluso había dejado de preocuparse por los problemas de la hacienda.

Bart regresaba de la ciudad con un regalo: una espada de encargo, hecha a medida, muy ligera, de fácil manejo, iniciativa que se le había ocurrido para sacar a Kim de su estado de aturdimiento. Acaso entre eso y la promesa de algunos trucos nuevos...

La encontró en su cuarto, metiendo cosas en un baúl. *Sultán* estaba sentado a los pies de la cama, como una pequeña estatua, con los ojos fijos en sus movimientos. Más que nunca, parecía una bola de lana negra. Julius depositó el envoltorio sobre la cómoda y preguntó:

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Nos vamos, Julius. Si es que quieres acompañarme.

—Y ¿adónde se supone que vamos?

—A Inglaterra.

A Bart no le extrañó su respuesta. Sabía que era una decisión que había estado rumiando desde que les llegó la noticia de la muerte de Adam.

—A Inglaterra —repitió.

—Quiero ver la situación de las propiedades de mi hermano, estar en los lugares donde él estuvo. Y rezar sobre su tumba.

—Es un viaje largo. Los abogados de Adam...

—Lo sé —lo interrumpió. Sostuvo en alto un vestido de color negro, tan soso como el que llevaba puesto, sopesándolo críticamente—. ¿Crees que esto es adecuado? No tengo ni idea del modo en que visten allí las mujeres.

—Kim...

—¿Vas a hacer las maletas o no? —se impacientó—. Un barco zarpa mañana al amanecer y he reservado dos plazas. Si no quieres venir a ese país de aristócratas envarados, lo entenderé.

—¿He dicho acaso que te dejaría sola?

—Entonces, muévete, no tenemos mucho tiempo. —Dobló el vestido una vez más para acabar metiéndolo en el baúl de cualquier manera.

—¿Qué demonios quieres hacer allí? Teriwood Manor puede ser perfectamente dirigida por un albacea. En el supuesto de que no revierta a la Corona, ya que Adam no tiene herederos a su título.

—No me preocupa si la maldita Corona se queda con todo, yo no lo quiero.

—Entonces, explícame la razón de un viaje tan fatigoso, sin contar con que abandonamos Beau Terre. ¿Quién se quedará a cargo de la hacienda?

—He hablado con Carmela. Su hijo mayor, William, está más que capacitado para manejarlo todo hasta nuestro regreso. Le he otorgado poderes para que disponga de la cuenta bancaria y haga frente a las facturas y los jornales.

—¿Por el amor de Dios!

—¿No te fías de él?

—No es eso, muchacha. William merece toda mi confianza, es un buen tipo. Lo que quiero saber es qué pretendes.

Ella lanzó dentro del baúl un par de botas altas de montar.

—No me creo lo que decía la carta. Adam no se suicidó.

De dos zancadas, Bart estuvo a su lado, la tomó de los hombros y la zarandó.

—¿Qué idea se te ha metido en la cabeza?

—Leíste la carta, igual que yo. ¿De verdad crees que Adam se quitó la vida por deudas y por una mujer? Ni era idiota, ni nos habló nunca de ninguna mujer. Mi hermano no era un cretino. Creo que hay algo oscuro detrás de esa historia, no dejo de darle vueltas.

—No conocemos Londres, ni a los amigos de tu hermano. No sabemos nada de las compañías que frecuentaba.

—Tendremos tiempo de averiguarlo. Tal vez las autoridades den por bueno que se trató de un suicidio, pero yo necesito saber si es cierto. —Cruzó la estancia y se apoyó en el ventanal. Caía una fina llovizna, trayendo hasta ella el olor de la tierra mojada, que inhaló con deleite. Aquella tierra que cuidaba y era el centro de su vida—. Añoraré Beau Terre, amigo mío, bien lo sabes.

Bart soltó un largo suspiro de resignación.

Conocía a la joven. Demasiado bien como para saber que no había forma de evitar lo

que se había propuesto hacer.



El viento helado le penetró bajo la capa de piel, haciéndola estremecerse. A su lado, Bart rezongó por lo bajo.

—Odio este maldito clima.

—No es peor que el de Nueva York en esta época. Deja ya de protestar, llevas haciéndolo desde que salimos de casa.

Kim se arrebujó más aún en la prenda, abrazando contra sí el tembloroso cuerpo de *Sultán*, que gimoteaba lastimero. Asomó la cabeza para echar otro vistazo a la vasta propiedad que se extendía ante ellos, una planicie ondulada, de un verde lujurioso, hasta que el azote del frío la obligó a buscar de nuevo la protección del carruaje.

Hacía dos semanas que habían desembarcado, hastiados del tedioso viaje por mar, del que habían salido milagrosamente ilesos tras sortear una de las peores tormentas que Bart recordaba. A pesar de lo presuroso de su decisión de partir, luego Kim se había tomado su tiempo para acercarse a las tierras que fueron de su hermano, como si temiera enfrentarse a los hechos.

No había dejado de llover desde que pisaron suelo inglés y Julius estaba más que harto, tanto del agua como de la posada en la que se hospedaron. El dueño, un sujeto lenguaraz que maldecía a cada instante, había resultado ser, sin embargo, una magnífica fuente de información.

—Se dice que lo perdió todo a las cartas, señorita, así como que había acumulado importantes deudas —contaba—. Por aquí, se habló mucho del suceso, no hay demasiados entretenimientos, usted entiende...

Kimberly no creía una palabra, todo el asunto le sonaba a maquinación. Ni Adam podía haberse quitado la vida por ese motivo, ni era tan inconsciente como para dilapidar su fortuna en partidas de naipes. Él amaba Teriwood Manor tanto como ella amaba Beau Terre. No, aquello no olía bien, y Kim estaba dispuesta a desentrañar el origen de la fetidez.

Entre chirridos y bamboleos, el carruaje enfiló el camino que los llevaría a la mansión. Kim caviló sobre la mujer que habitaba en ella desde hacía un año, según les explicó el abogado que los recibió en el puerto. Lady Brenton, tía de Adam y, por lo tanto, también tía suya, de la que apenas sabía nada.

Dos lacayos se acercaron con diligencia al coche para ayudarlos a bajar. Kimberly solicitó que avisaran a la dama de su llegada y le franquearon la entrada mientras Bart supervisaba que el cochero y uno de los criados se hicieran cargo de los baúles.

Era una casa grande, de interior sencillo, sin lujos. Muebles oscuros y pesados, paredes tapizadas de ocre, arañas demasiado voluminosas para su gusto y un par de estatuas a ambos lados de la escalera que ascendía a un segundo piso. Estaba lejos de parecerse a la suya de Nueva York, mucho más sencilla. A pesar de carecer de ostentaciones, se respiraba allí un ambiente de clase alta. A Kim no le gustó en absoluto, le recordaba un mausoleo. Observó con detenimiento el hogar en el que su hermano había pasado los últimos años de su vida y un ramalazo de tristeza la embargó, imaginándole allí.

Mientras estaba absorta en sus pensamientos, llegó Bart.

Ante ellos se presentó el mayordomo, un sujeto alto como un junco, de cabello blanco, que dijo llamarse Dowson y los invitó a pasar a un pequeño salón. Allí la decoración cambiaba, se avivaban los colores en un conjunto mucho más acogedor, de mobiliario más sencillo y femenino. Debía de ser una pieza luminosa durante el verano.

Kim agradeció la ayuda de Bart para quitarse la pesada capa y se acercó a la chimenea. Suspiró alentada por el fuego que caldeaba sus miembros rígidos por el frío. De espaldas a las llamas que reptaban abrazándose a los troncos, observó cuanto la rodeaba: un pequeño escritorio, estanterías en las que se apilaban libros, una caja de costura que reposaba sobre un sillón... Indudablemente, se trataba del gabinete de una dama.

No tuvieron que esperar mucho. En la estancia, entró una mujer menuda, morena, de ojos pardos, impecablemente ataviada con un vestido de luto y abarcó con la vista a los recién llegados. Al fijarse en Kim, se le contrajo la cara, estallando en llanto, corrió hacia ella y se echó en sus brazos. Confundida, la muchacha la abrazó a su vez, cruzando una mirada interrogante con Julius.

—Pequeña —gimoteaba la dama—. ¡Oh, pequeña...!

Poco a poco, se fue calmando, palmeó con afecto la mejilla de Kimberly y se sacó un delicado pañuelito de la manga para secarse los ojos.

—Eres exacta al cuadro que Adam hizo pintar de ti, que cuelga en la biblioteca —dijo, ahogando un suspiro—. Yo soy tu tía Alice, la viuda del hermano de tu padre.

—Es un placer, señora.

—No me llames así, me hace sentir vieja. —La calidez de sus iris oscuros le agradó a Kim—. Te he reconocido de inmediato, pero eres mucho más bonita que en la pintura.

—Gracias... tía. —Le costó llamarla así. No había llegado a ver nunca al hermano de su padre quien, según le contó Adam, se había retirado hacía años de la sociedad para dedicarse a sus estudios—. Quiero presentarle a Julius Bart, un buen amigo y mi hombre de confianza.

—Adam hablaba a menudo de usted, caballero —le tendió una mano pequeña, fina y muy blanca.

Bart apenas le rozó las puntas de los dedos, inclinándose cortésmente.

—Es un honor conocerla, madame.

—Debéis perdonarme por haceros esperar. Attendía la visita de un conocido... ¿Qué es eso? —respingó ante la esfera peluda que se le echó al ruedo del vestido.

Kimberly se hizo cargo del perrillo de inmediato.

—Se llama *Sultán* —le dijo—. Espero que le gusten las mascotas, señora, ésta es bastante revoltosa.

—No me gustan especialmente los perros, aunque corretean por la finca, claro, como suele ser tradicional. Pero pasemos al salón azul, por favor, he dejado abandonada a esa persona.

A Kimberly siempre le había parecido estúpido que se pusiera nombre a las

habitaciones, pero en ese momento reparó en ello. Estaba cansada, necesitaba un baño, comer algo caliente y también una buena cama. El largo cabello se le pegaba al rostro, y el bajo de su vestido rezumaba una humedad que le llegaba a los zapatos, convertidos en una ruina que no merecían sus pies.

Bart no tenía mucho mejor aspecto que ella, pero no encontró excusa para escabullirse.

Lady Brenton los precedió hasta otro salón, situado al final de un pasillo que partía desde el sobrio recibidor.

Al entrar, un caballero de cabello claro y porte distinguido se levantó de inmediato de la butaca que ocupaba.

—Quiero que conozcáis al marqués de Lessenrose. Ella es mi sobrina, la señorita Kimberly. El señor Bart. Americanos, acaban de llegar —matizó, como si con ello pretendiera disculpar su atuendo un tanto desaliñado.

Hechas las presentaciones, se atuvo a su papel de anfitriona, solicitando un servicio de té, aun cuando era ya bien entrada la tarde.

—Reciba mis más sinceras condolencias, señorita Brenton. Su hermano era una persona querida y su desaparición ha supuesto una lamentable pérdida. —La voz del hombre sonó sincera, con cierto atisbo de dolor. Tendió la mano hacia Bart estrechándosela con fuerza—. Me gusta poder conocerlos por fin. Adam hablaba constantemente de ustedes dos.

—¿De veras?

—Éramos amigos.

—Sin embargo, mi hermano nunca me habló de usted, señor Lessenrose.

Una distendida sonrisa estiró los labios masculinos, minimizando el ligero jadeo de lady Brenton, que oyeron todos.

—Mi nombre es Lucas Ganford —explicó él—. Lessenrose es mi título.

A Kim no la satisfizo del todo la aclaración.

—¿Cómo debo llamarlo, entonces? —le preguntó, tal vez demasiado estirada, consciente de su falta de tacto.

—¿Qué tal si me llama Lucas, como su tía?

—Señor Ganford estará bien para mí —respondió ella.

El marqués carraspeó, levemente contrariado y, acercándose a lady Alice, cogió la mano de ésta, al tiempo que le hacía una leve reverencia.

—Nos veremos en otro momento, milady, ahora está usted ocupada y no deseo robarle más tiempo.

—¡Oh! Pero yo creía que se quedaría a cenar, milord.

—En otra ocasión. Créame que me cuesta resistirme a los manjares de su cocinera, ya lo sabe. No cejo en mi empeño de contratarla algún día.

—Dudo mucho que ella acepte —cacareó lady Brenton, soltando una risita burlona.

—Señorita, señor Bart. Aguardo una ocasión más propicia para conocernos mejor —se despidió Ganford. Descubrió a *Sultán* tironeando con los dientes de los flecos de un sillón y se agachó para rascarle tras una oreja—. Un bicho precioso.

Kim fijó en él su atención cuando abandonaba la sala. No pudo negar que le había resultado atractivo, aunque tal vez demasiado encopetado. No podía ser de otro modo, tratándose de un aristócrata, se dijo, al recordar la vieja tradición de un país cuya esencia y privilegios se medían por los títulos nobiliarios. Incluso su hermano había gozado de esos privilegios.

Una vez se hubo ido, Alice Brenton le reprochó:

—¿No crees que has sido muy poco sutil, querida?

—¿Qué?

—El marqués es todo un caballero. Proviene de una de las mejores familias de Inglaterra. Además, es un hombre muy considerado, al que nosotros, personalmente, debemos mucho.

—¿Qué quiere usted decir?

—Tú no lo entiendes, claro —suspiró, al tiempo que intentaba hacer a un lado al chucho, que había encontrado entretenimiento de nuevo en el bajo de su vestido—. Adam le debía mucho dinero. Afortunadamente, aún no ha reclamado la deuda.

—¿Cuánto perdió Adam? ¿Cómo lo perdió?

—Una cantidad que ni me atrevo a pronunciar. En las mesas de juego, según dicen.

—¿Según dice quién? Porque, hasta donde yo sé, Adam no jugaba.

—Jugaba como todos los hombres —sostuvo la dama un tanto incómoda—. Jugaba, bebía y se divertía. No sé hasta dónde conocías a Adam, querida, pero tu hermano no era ningún monje.

—No he dicho que lo fuera. ¡*Sultán*, para de una vez! —le ordenó al perro, que tiraba ahora con violencia del borde de un mantel—. Pero de divertirse, como cualquiera a su edad, a casi perder su hacienda, va un mundo, señora.

—Me gustaría que me llamaras tía —le recordó. Kim asintió en silencio—. También yo hice oídos sordos a las primeras murmuraciones. Nunca le reproché sus salidas, por supuesto, los jóvenes tienen que pasarlo bien, yo misma lo hice cuando tenía menos años y estaba casada. Por otra parte, ¿cómo echarle nada en cara cuando él me dio cobijo en esta casa al enviudar? Sólo podía estarle agradecida sin reservas. La verdad es que nunca pude sospechar que llegara tan lejos en el juego.

—Dígame el nombre de sus acreedores, yo me encargaré de devolverles su dinero.

—Los pagarés que tu hermano firmó a lo largo de los últimos meses los fue adquiriendo lord Lessenrose. —Kim se envaró—. Imagino que en algún momento querría que Adam los hiciera efectivos. Pero no debemos preocuparnos por eso ahora, pequeña, Lucas es un hombre muy generoso, dudo que vaya a poner en apuros a estas dos pobres mujeres, pues no necesita el dinero. Posee una gran fortuna, suficientemente elevada como para que no le quite el sueño nuestra deuda. De eso estábamos hablando cuando llegasteis.

—¿Del modo de cobrarla?

—De su nula intención de reclamarla de momento.

Kim se masajeó las sienes. Estaba aturdida, irritada además de agotada.

—Nos gustaría cambiarnos.

—¡Oh, por supuesto! —exclamó lady Brenton, levantándose con agilidad—. Debéis perdonar mi falta de tacto. Desde la muerte de Adam, estoy algo despistada. —Se acercó a un lado de la chimenea y tiró del cordón que llamaba a la servidumbre—. Al saber de vuestra llegada por el abogado de Adam, ordené que te preparasen una habitación en el ala este. Te gustará.

—Muy amable.

—Mandaré que te suban algo de cena, supongo que el viaje habrá sido agotador. Mañana podremos hablar de todo con más calma y conocernos mejor. En cuanto a usted, señor Bart, espero que su cuarto le resulte cómodo también. Le he situado en el ala oeste. El perro...

—*Sultán* se viene conmigo —se anticipó Kim.

Alice se despidió con un beso de su recién encontrada sobrina y con una inclinación de cabeza hacia Julius. Al quedarse Kim y él a solas, intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada, hasta esperar que los condujesen a sus respectivas habitaciones. Estaban a punto de subir la escalera cuando se les echó encima un torbellino que no medía ni un metro de alto, completamente cubierto de barro. Con la cabeza baja y los hombros echados hacia adelante a modo de ariete, no los vio e, irremisiblemente, se estrelló contra las piernas del americano.

Bart soltó la más aguda de sus imprecaciones al perder el equilibrio y estiró la mano para agarrarse al pasamanos, pero el chico, enredado en los faldones de su chaqueta, se revolvió, arrastrándolo al suelo, donde se quedó, con el pequeño encima de él.

Kimberly poco pudo hacer por evitar la caída de Julius, excepto intentar no reírse abiertamente mientras los criados se apresuraban a levantar a ambos y el mayordomo encadenaba una retahíla de disculpas.

¿De dónde demonios había salido aquel diablillo? ¿Y dónde se había metido para estar tan sucio?

Kim se mordía los labios, esforzándose por mantenerse seria, circunstancia complicada, porque el fango del niño iba ensuciándolos a todos.

—Lo siento mucho, señor. No era mi intención chocar con usted, pero es que me perseguían —se disculpó el pequeño, sacudiéndose la ropa y dejando a sus pies un rastro oscuro y pegajoso.

—¿Quién te perseguía, mocoso? —le preguntó Julius, imitándolo, contrariado porque su levita se había echado a perder.

—El pirata, señor. El capitán Jack.

—¿El capitán...?

—Es un tipo temible y peligroso.

—Su enemigo de fantasía, señor —volvió a disculparse el mayordomo.

El americano miró con atención al chico.

—¿Cómo te llamas, hijo?

El niño elevó el mentón, cuadró los hombros y respondió con cierta arrogancia:

—Cameron, señor. Cameron Brenton, sexto vizconde de Teriwood.

Kimberly sofocó una exclamación. Se agachó, le cogió de los hombros y lo hizo volverse hacia ella. Le limpió la cara y observó su cabello rubio, sus ojos, su nariz. Se le cortó el aliento.

—El señor lo trajo a casa algunos meses antes de morir, señorita —comentó el sirviente.

—¿Y su madre? ¿También vive aquí?

—Ella murió. Fue lo que nos dijo el señor. El vizconde desconocía la existencia del niño hasta hace poco.

La palabra «bastardo» aleteó sobre Kimberly. ¡Adam había tenido un hijo! Legítimo o no, era el heredero de Teriwood Manor.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Cameron. Bajó la cabeza para prestar atención al insignificante animal que mordisqueaba sus zapatos y su rostro sucio pero angelical se iluminó—. ¿Puedo jugar con él, señora?

—¡Largo! —lo instó Bart—. Y si te encuentras cara a cara con ese maldito pirata, dile que estás bajo mi protección.

A Kim se le había parado el corazón. El niño tenía las mismas facciones pícaras que Adam.



La habitación que le habían asignado era amplia. Hasta debía de resultar agradable a la luz del sol, si es que salía alguna vez en aquel condenado país. La cama, grande, mullida, parecía confortable; el armario, lo suficientemente espacioso como para acoger su equipaje. Completaban la pieza un par de sillones y una mesita redonda junto a la chimenea que caldeaba el ambiente. A juego con las cortinas, una gruesa alfombra anaranjada cubría las baldosas rojizas. Se preguntó cuántas veces habría pisado Adam aquella alfombra y las lágrimas acudieron a sus ojos como por ensalmo.

Mientras un par de criados depositaban el baúl con sus pertenencias a un lado, una muchacha menuda, de cabello claro, se le acercó discreta.

—Lady Brenton me ordenó que me pusiera a su disposición, milady.

—¿Para qué?

—Pues... para instalarse, milady. Estoy para servirla en cuanto disponga.

—Lo siento. No estoy acostumbrada a tener doncella personal, pero sí te agradecería que me ayudaras a colocar mis cosas.

La joven no creía lo que oía.

—¿No tiene doncella?

—¿Qué tenía eso de extraño?, se preguntó Kim, ante su gesto asombrado.

—Pues, no. ¿Cómo te llamas?

—Tanya, milady.

—No me llames milady. Sólo señorita Brenton.

—Sí, milady.

Kim arqueó las cejas y prefirió olvidarse del tema. A país distinto, diferentes costumbres, se dijo. Debería amoldarse a ellas. Entre las dos, fueron extendiendo sobre el amplio lecho la ropa que contenía el baúl. Seis vestidos, tres de los cuales eran usados, y los otros adquiridos en Nueva York casi a voleo, justo antes de embarcar. Prefirió hacerse cargo de la pequeña bolsa de viaje depositada en el fondo, guardándola ella misma en el armario en lugar de dejar que lo hiciera Tanya. Lo que había en ella no era el atuendo más adecuado para una señorita y no deseaba que la muchacha se formara una opinión rara sobre ella. Luego, revisó los vestidos, entregándole dos de ellos.

—¿Crees que alguien podría plancharlos?

La joven asintió repetidamente, con la cabeza, tomándolos en sus brazos.

—Gracias por tu ayuda, Tanya, eres muy amable.

—No tiene que agradecer nada, milady, es mi trabajo y lo hago con gusto. Me llevaré los vestidos, después vendrá alguien con agua para su baño. Yo misma le traeré una bandeja con la cena.

—Gracias de nuevo.

Sin embargo, la chica permanecía allí, con la vista fija en las prendas.

Kimberly preguntó:

—¿Hay algún problema, Tanya?

—Disculpe, milady, ¿puedo preguntarle si es todo su equipaje?

—Sí, claro. Es más que suficiente.

—Creo que debo decirle... —Dudaba—. No sé si son vestidos adecuados.

—¿¡Que no son...!?

—Espero no parecer descarada, milady, pero... es muy poca ropa. Y aquí equivale a la de faena.

Kim valoró los vestidos. ¿De faena? Bueno, no eran exactamente los modelos exhibidos en los folletos de modas, pero tampoco se trataba del guardarropa de una campesina. Jamás se había preocupado especialmente por su ajuar, entre otras razones porque en Beau Terre solía utilizar, la mayoría de las veces, ropa masculina; mucho más cómoda para el laboreo de una hacienda o montar a caballo. Estuvo a punto de replicar, pero lo pensó mejor y desistió. No estaba ya en Beau Terre, sino en Inglaterra, adonde había ido por un asunto no menor: esclarecer la muerte de su hermano. Si quería mezclarse con las amistades de Adam, tendría que parecerse a ellos.

—¿Cómo podríamos solucionar el problema?

—¡Oh, milady, nada más fácil! —se animó la chica—. Lady Brenton es cliente de una de las mejores modistas de Londres, que le puede confeccionar preciosos trajes.

—Entonces, todo controlado. La visitaré para encargarme tres o cuatro.

—¿Tres o cuatro?

—¿Son demasiados?

La franca risa de Tanya sacudió su cuerpo menudo. Acomodándose los vestidos sobre un brazo, se encaminó hacia la salida negando con la cabeza.

—Había oído que los norteamericanos tenían un sentido del humor muy peculiar, milady.

Alice Brenton se mostró un poco confusa durante el desayuno.

—Ayer no te hablé de Cameron, ¿verdad? —Removía el café sin mirar a nadie en particular—. Bien, debes saber que Adam recibió una carta, salió para Gales sin dar explicaciones y regresó con él poco después.

—¿Por qué no me dijo nada?

—Pensaba llevarlo con él cuando fuera a visitarte a Beau Terre. Decía que sería una sorpresa.

—¿Se casó con la madre de Cameron? —Bart no se anduvo por las ramas.

Kim lo fulminó con la mirada, indicándole que el niño estaba delante, pero ya era demasiado tarde, pues el crío estaba atento a la conversación.

—Pues... —Lady Brenton enrojeció furiosamente mientras removía su café.

—Mamá me dijo que yo era un bastardo —soltó el pequeño.

—¡Cameron! ¡Qué modo de hablar es ése!

—Bueno... —El niño frunció el entrecejo igual que solía hacerlo su padre—, mamá decía que era una palabrota si se llamaba así a alguien con malas intenciones, para herirlo o causarle pena. Pero que era la consid... condis...

—¿Condición? —lo ayudó Kim.

Él se lo agradeció con un guiño.

—Eso. Que era la condición de muchos hombres importantes. El mismo Guillermo era un bastardo y llegó a ser rey de Inglaterra.

Lady Brenton puso los ojos en blanco, pero Bart soltó una sonora carcajada.

—Bien dicho, hijo.

—De todos modos, papá me llamaba su heredero *ligal*.

—Legal —lo corrigió Kimberly.

—Vale. Me dijo que pronto estarían aquí los papeles. Y Lucas me lo ha confirmado.

—¿El marqués?

—Sí, es amigo mío. También me defiende del capitán Jack —aseguró, mirando a Julius como si pidiera disculpas por tener otro valedor.

—Ya veo —comentó el americano, divertido.

A Kim todo aquello se le antojaba una locura. ¡Dios, qué contrariedad! Adam no sólo le había dejado la responsabilidad de tía Alice, porque tendría que hacerse cargo de ella, sino que le había endilgado un crío. ¿Qué entendía ella de niños? ¿Qué iba a hacer con Cameron? ¿Llevarlo a Nueva York? Prefirió pensar en otro asunto, pues empezaba a tener jaqueca. Cambió de tercio sacando a colación el tema de su guardarropa. Al oír el quejido de su tía, comprendió la diversión de la joven Tanya el día anterior.

—No hablarás en serio. ¡Tres vestidos! Te harán falta sólo ésos para montar a caballo.

Esa vez, fue ella la que hizo un gesto típico de quien no sabe a qué atenerse.

—¿De cuántos se supone que tengo que disponer, señora?

—Tía.

—Tía —claudicó Kim.

—Más o menos una docena, para empezar —contestó la mujer—. Una dama no puede ir por ahí medio desnuda.

—¡No voy desnuda!

—Pues cualquiera lo diría —replicó lady Alice con un deje de sorna—. Lo que vistes ahora no es adecuado ni para pasear por una granja.

—¿Qué tiene de malo lo que llevo? —se irritó Kim, examinando la prenda, sencilla, de color oscuro, como correspondía a su estado de duelo, uno de sus mejores vestidos.

—¡Ay, niña! Adam tenía razón al describirte como una pequeña salvaje —le dijo, palmeándole la mano con afecto—. Puede que en Nueva York sea normal vestir así, pero ahora estás aquí, sin olvidar que eres la hermana de un vizconde. Necesitarás al menos... sí, como una docena de vestidos; creo que ése es un número adecuado por ahora. De calle, de fiesta, de amazona...

—Pero ¡si yo no monto con faldas! —cortó Kim.

Los ojos de lady Brenton amenazaron con salirse de las órbitas.

—¿Qué...? ¿Qué...?

—Milady, quiere decir que no monta a caballo —intervino Bart, echándole un cable.

—¡Oh! Tendremos que solventar ese problema. ¡Qué extraño! Hubiera jurado que Adam dijo en alguna ocasión que montabas muy bien. Últimamente me falla la memoria.

Kim se dio cuenta de lo bien que se lo estaba pasando Julius. ¡Por Dios! ¿Dónde se había metido?

—Bueno, no importa —continuó la dama su discurso—. Lo primero es hacerle el encargo a la señora Bucatti. Es una modista estupenda, además de rápida. Tendremos que apañarnos con seis vestidos para empezar, el resto nos los puede enviar a Braystone Castle. —De pronto, se quedó callada, con la mirada clavada en la joven—. Permíteme la licencia, pero doy por sentado que dispones de fondos. Francamente, aquí estamos un poco escasos de dinero desde que... —Hizo una pausa que todos entendieron—. No quisiera decirte esto, querida, pero empezamos a vivir a crédito.

—No se preocupe por eso, tía. He traído efectivo conmigo, sin contar una carta de crédito con la que puedo tener liquidez en cualquier banco de Londres. ¿Qué lugar es el que ha mencionado?

—¿Braystone Castle?

—Está claro que es un castillo, ¿no? —se anticipó Bart.

—No. En realidad, no —lo corrigió lady Brenton—. Pero sí es una mansión maravillosa. Al mismo tiempo que tu carta, llegó otra de mis buenas amigas, lady Agatha Gresham y lady Eleonor Warton. —Comió un pedacito de tostada y se pasó coquetamente la servilleta por los labios—. Una invitación para pasar unos días en Braystone. Hace mucho que no las veo, por mi salud, ¿sabes? No ha sido buena desde que falleció mi Thomas. Acepté, por supuesto, en mi nombre y en el tuyo.

—¿Aceptó en mi nombre?

—Pues claro. ¿Qué piensas que vas a hacer en Inglaterra? Adam soñaba con presentarte en sociedad cuando consiguiera convencerte de que vinieras; no hablaba de otra cosa. ¿Cuántos años tienes, Kimberly?

—Veintiuno —respondió ella, apabullada—. Casi veintidós.

—Veintiuno ¿y sin un pretendiente? —Chascó graciosamente la lengua—. Tendremos que arreglarlo.

—No... Yo... —Empezaba a marearse. La tía Alice era peor que un maremoto.

—Déjalo todo en nuestras manos, muchacha. Agatha, Eleonor y yo lo solucionaremos.

Kim se bebió el café, ya frío, espantada por el cariz que tomaban las cosas. Lady Brenton seguía hablando y hablando, haciendo planes para el futuro. Para *su* futuro. Le solicitó mudo auxilio a Bart, pero el muy bellaco se lo estaba pasando en grande ante el vendaval que se le avecinaba.



Distrito de Westminster, Mayfair, Londres

Ladislaus Mortimer era un hombre de complexión delgada, aspecto taciturno, rostro severo. Servía en la mansión Braystone desde que le alcanzaba la memoria y siempre se había sentido muy cómodo con la familia. Pero ahora estaba irritado. El antiguo conde había sido un caballero tranquilo, de gustos sencillos; como su esposa, la difunta lady Anabell, Dios los tuviese a ambos en su Gloria. Y él, en consecuencia, había disfrutado de una vida plácida, sin sobresaltos. Hasta que el actual conde se había hecho cargo del título, decidiendo pasar algunos meses al año en Braystone Castle y el resto en Londres. Cuando el joven estaba en la ciudad, Mortimer andaba de cabeza. Aunque, pensándolo bien, era mucho peor cuando lo acompañaban en Braystone Castle los dos hermanos menores, más pendencieros aún que milord.

Descorrió las gruesas cortinas para que la luz inundara la recámara. Se volvió hacia el lecho y aguardó, con las manos en las solapas de la chaqueta. Tosió varias veces, pero quien ocupaba la cama no dio señales de haberlo oído, así que se acercó y le tocó el hombro.

—Señoría —llamó.

La figura contestó con un bufido, pero no se movió. Mortimer aguardó unos segundos e insistió.

—Milord.

Las mantas se levantaron de sopetón, y bajo ellas apareció un rostro moreno, de cabello oscuro, revuelto, que abrió sólo un ojo enrojecido e irascible que clavó en él.

—Un día de éstos, te rebanaré el cuello. ¿Me oyes, Ladislaus?

—Sí, milord.

Christopher volvió a cubrirse la cabeza.

—¿Qué hora es?

—La una y media, señor.

Se oyó un juramento de grueso calibre, se produjo un revuelo de ropa y el conde salió de la cama como si se hubiera encontrado una cobra entre las sábanas. Se quedó de pie, parpadeando, desnudo como su madre lo trajo al mundo, desconcertado. Se frotó la cara y enfocó a su ayuda de cámara.

—¿La una y media?

—Eso es, milord.

—¡Demonios! —Mortimer le alcanzó una bata, que se puso de inmediato—. ¿Por qué no se me ha despertado antes? Tenía una cita, ¡maldita sea!

—Lo intentamos, señorita, pero Peter está aún tratando de recuperarse del susto.

—¿Qué?

—Que casi se abre la cabeza, señor.

—¿Qué le ha sucedido?

—Ha venido a llamarlo, milord. Pero ha acabado en el pasillo, junto con un candelabro.

Christopher se quedó boquiabierto.

—¿Que yo...? ¿Cómo puede ser?

—No ha pasado nada, milord, sólo el susto —zanjó el ayuda de cámara—. Su baño está preparado, señor.

Chris se maldijo mentalmente y maldijo a Ruppert y al ministro. Debía de haber llegado como una cuba para proceder de ese modo. Tenía que disculparse con Peter, porque su comportamiento no tenía excusa.

—Bajaré en un momento. —Se dirigió al cuarto contiguo—. Y dile a Peter que quiero verlo, por favor.

—Sí, señor. Por cierto, lady Agatha y lady Eleonor han llegado hace horas. Poco después de que su señorita se acos... Quiero decir, después de que lord Amsterdill acostara a milord.

Se fue sin hacer ruido. Gresham se quedó mirándolo alelado. La noticia acababa de despejarlo del todo.

Cerró la puerta del baño con demasiada fuerza, encogiéndose cuando el ruido retumbó en su cabeza. ¡Condernado Tommy! Lo había hecho emborracharse como un necio. Pero ya ajustarían cuentas.

Se quitó la bata y se metió en la bañera con un suspiro. Se recostó, cerró los ojos y recordó la noche anterior.

Habían visitado varios garitos. Jugando. Y, no cabía duda, bebiendo más de lo prudente, lo que en él era ilógico. Peor aún, no había conseguido ningún dato relevante en relación con el asunto que lo ocupaba.

Una vez en la planta de abajo, fue recibido por la sonrisa irónica de su amigo y los cejos fruncidos de su abuela y su tía abuela. Lanzándole una silenciosa advertencia a Tommy McPearson, saludó a las damas con un beso.

—No os esperaba en Londres. ¿A qué debo vuestra siempre grata presencia?

—Creíamos que estabas muerto —le reprochó lady Agatha—. De no ser porque Peter ha bajado pálido como un cadáver, víctima de tus lindezas, habríamos hecho los arreglos para encargar el ataúd.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Eleonor.

—No tengo excusa, lo siento —se disculpó.

—¡Desde luego que no! —convino lady Agatha.

—¡Qué vergüenza! —repitió su compañera.

Una discreta llamada a la puerta relajó un poco el ambiente. Tras ella, asomó la cara pecosa de un criado.

—Pasa, Peter —le pidió el conde—. Por favor.

El joven entró, cerró a sus espaldas y se quedó, aguardando.

—¿Cómo te encuentras?

—Eeeeh... Bien, milord. Muy bien.

Christopher se acercó a él, adelantando una mano que colocó sobre su hombro.

—Lamento profundamente lo sucedido, muchacho —murmuró en tono bajo—. Ha sido un error. En realidad... —dirigió la mirada hacia su amigo—, ese candelabro iba destinado a la cabeza del vizconde de Amsterdill.

Tommy se solazaba, creyendo intuir sus excusas.

—No... No tiene... importancia, señor.

—Sí, claro que la tiene, te pido mil disculpas por ello.

—No es necesario, milord.

—Te juro que te compensaré por el susto.

El chico asintió, les hizo una reverencia a las damas y se marchó. Ya en el pasillo, respiró hondo, íntimamente satisfecho de que milord se hubiera rebajado ante él. Conocía bien al amo y sabía que su palabra tenía el valor de un contrato.

—Un día de éstos, voy a sacudirte como te mereces, Tommy —lo amenazó Chris, consciente de cómo éste seguía refocilándose al ver su apuro.

—¡Jesús!

—¡Qué barbaridad!

Chris obvió las exclamaciones de sus abuelas, se acercó al aparador y escanció un poco de brandy en una copa.

—¿No bebiste ya lo suficiente? —le espetó lady Agatha.

—Lo hice, sí, gracias a este pirata.

—No se preocupe, milady —intervino el escocés, con un brillo hipócrita en sus ojos verdes—. Le vendrá bien para la resaca.

El señor de Braystone tomó asiento mientras daba vueltas a la copa entre sus dedos.

—¿Qué demonios tenía la última botella, chico? ¿Pólvora?

—Sabía como tal —convino McPearson.

—Me va a estallar la cabeza.

Agatha Gresham se incorporó con una agilidad que contradecía su edad.

—Vámonos, Eleonor. Creo que no está en condiciones de acompañarnos a ninguna parte, y ya hemos perdido demasiado tiempo.

—¿No os quedáis a comer? —preguntó él, solícito.

La respuesta de las damas fue abandonar la sala. Ya a solas, Chris miró a su camarada y ambos rompieron a reír.

—Te mataré, Tommy, te lo advierto.

—Vamos, hombre, no ha sido para tanto.

—¿No? —rezongó—. Casi descalabro a mi criado, además de haberme hecho perder una cita importante.

—¿Con una prostituta?

—Con mi abogado.

—Le pagas bien. Puede esperarte todo el día.

—Eres un inconsciente.

—Y tú un misterio. —McPearson dejó de bromear, apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia adelante—. ¿En qué demonios estás metido ahora, Chris?

—Asuntos míos.

—Garito tras garito, partida tras partida. En un mes, has perdido a los naipes una buena suma. ¿Qué tratas de hacer? ¿Arruinarte, como hizo Brenton? Sé que no eres un

inútil con las cartas.

La mirada de Gresham se perdió en el alcohol de su copa, que acabó dejando a un lado.

—No me creo que Brenton se suicidara.

—Perdió demasiado. Además de abandonarle esa chica de la que estaba enamorado.

—No es motivo suficiente.

—Hay testigos que afirman haberlo visto en el acantilado. Solo. Se encontró su sombrero en la playa. ¿Qué más quieres? Hasta sus criados dijeron que en los últimos días actuaba de forma extraña.

El conde de Braystone se levantó y se acercó al ventanal. Fuera, la llovizna persistente e irritante golpeaba los cristales sin piedad.

—Brenton no era de los que se abandonaba. Mucho menos hasta el punto de quitarse la vida —se obcecó—. Podía haber cubierto las pérdidas. Yo mismo le habría prestado dinero. Y tú. En cuanto a la chica... no valía gran cosa. Ninguna lo vale.

—Si lo dices por Frances...

—Ni la nombres. Por favor.

—¿Aún te duele?

Chris hizo una mueca.

—Se va pasando, Tommy, se va pasando.

Mortimer hizo acto de presencia para depositar una bandeja de pastelillos y café cargado, retirándose luego sin pronunciar palabra. Chris engulló un par de delicias, para ver si suavizaba el estropajo que tenía en la garganta.

—No sé qué haría sin él —dijo.

—Es un gran tipo. —McPearson probó también un pastelillo—. Y tu cocinera, de lo mejor de Inglaterra. Tengo que buscar alguien que me guise como ella, estoy harto de envenenarme con lo que prepara mi criado.

—Admiro a Edward por soportarte.

—No sé por qué me pones tan mala fama —se quejó.

—La que tienes, ni más ni menos.

Amsterdill aceptó el reproche con estoicismo. Luego, centrando la atención en su amigo, volvió a la carga:

—¿Qué te traes entre manos, Chris?

Gresham no contestó. Lamentaba no poder confiar ni siquiera en él. Eran uña y carne desde la época del colegio y dejaría su vida en sus manos. Pero no aquella vez. Intuía peligro y no quería exponerlo, así que cumpliría la palabra dada a sir Ruppert y al primer ministro, actuando solo, aunque se lo llevaran los demonios.

Teriwood Manor. Una semana después

Kim estaba conociendo el infierno en la tierra.

Su tía Alice había tomado las riendas de todo con determinación. La señora Bucatti, una francesa de padre italiano entrada en carnes, se había presentado con dos ayudantes

que, de inmediato, comenzaron a martirizarla. Elección de telas, medidas, pruebas. Vuelta a las telas... Kimberly siempre compraba sus vestidos confeccionados, por lo que aquel continuo trastorno la mareaba. La modista que, según su tía, estaba revolucionando Londres con sus creaciones no hacía más que refunfuñar sobre sus trajes, tildándolos de desabridos y anticuados, a lo que Alice asentía, de acuerdo con ella. Durante años, la moda había dictado los cortes bajo el pecho, pero cambiaban las tendencias regresando la cintura de las prendas a su lugar, se abombaban las mangas y las faldas aumentaban su vuelo. La modista era partidaria de ese reciente estilo y, al parecer, estaba consiguiendo un éxito arrollador. A Kim le gustaron los bocetos que le presentaron. Pero quitarse y ponerse ropa continuamente como una marioneta la desasosegaba.

Lo único que la hacía soportar la tortura de las probaturas era la curiosidad, cada vez mayor, por aquellas dos damas a las que constantemente se refería su tía. Se alegraba de que su llegada la hubiera animado, y sentía que le debía algo por haber cuidado de Adam en los últimos tiempos.

Aun así, en ningún momento mermó su interés por el pequeño Cameron. El niño se ganó en un santiamén su cariño y el de Bart.

Tampoco postergó una visita al pequeño cementerio donde estaba la tumba de Adam.

Una pequeña cerca rodeaba el camposanto. Allí, sobre la suave loma, al norte de la mansión Teriwood, con el mar al fondo, se respiraba un aire de paz. Aunque sabía que el cuerpo de Adam no había sido encontrado, que su féretro estaba vacío, depositó flores frescas sobre la tumba. De pronto, se sintió terriblemente sola en el mundo y las lágrimas se agolparon en sus ojos.

Gruesas gotas de lluvia empezaron a caer, obligándola a levantar el rostro hacia un cielo cubierto de compactas nubes negras, tan oscuras como sus pensamientos. Agradeció la frialdad del agua escurriéndose y colándose por el cuello de su capa, haciéndola tiritar, porque era una muestra de que seguía viva.

—Vámonos —oyó la voz de Julius—. Tenemos una tormenta encima.

—Jul, Adam no se suicidó.

—Sigues con esa idea, ¿eh?

—He estado haciendo algunas preguntas —confesó, caminando ya de su brazo hacia el coche—. El caballero dice que mi hermano tenía amistades muy influyentes que podían haberlo ayudado.

—¿Qué puede saber él, muchacha? Encontraron sus cosas, nos lo dijeron, no hay razones sólidas para dudar.

—Su sombrero, sí. ¿Eso es prueba suficiente? Su cuerpo no ha aparecido.

—Se ahogó en el mar, Kim.

—Y el mar no devuelve siempre a los muertos, Jul, ya lo sé —contestó, sin dejarle lugar a réplica.

Julius no contestó. Abrió la puerta del vehículo, la ayudó a subir y se acomodó a su lado para regresar, sin mediar palabra.

Aquella tarde, mientras lady Alice servía el famoso té de las cinco, alabando machaconamente a sus amigas, la condesa viuda de Braystone y la vizcondesa, Kim volvió a sacar el tema de la deuda.

—Tía... ¿a cuánto ascendía la suma que debía Adam? ¿Debo fiarme de su abogado?

Los ojillos pardos de lady Alice se enturbiaron de pena. Carraspeó, probó su té y respondió:

—Deberías fiarte, siempre me pareció un hombre honrado. Diez mil libras.

—Diez mil libras es lo que me dijo, en efecto. —Se le atragantó la cantidad como cuando la oyó de labios del abogado. Conociendo a su hermano, estaba segura de que todo se había tratado de una trampa, tenían que haberlo engañado. Adam no hubiera sido capaz de jugarse esa fortuna. Mucho menos entonces, con la responsabilidad de un heredero—. Eso es mucho dinero.

—En efecto. Pero Lucas dice que...

—Háblame de ese sujeto, tía.

—Ya lo conociste. Todo un caballero. Por cierto, ha llegado una nota suya, nos visitará mañana.

—¿Es rico?

—¿Lessenrose? Pues, sí. Posee casas en Londres y algunas fincas. Una de sus tierras linda con Teriwood Manor. Su mansión es una de las mejores, aunque no puede compararse con la de los Gresham. En realidad, ninguna puede compararse con ella —suspiró con nostalgia.

—Me tiene intrigada.

—¿El marqués?

—No, tía. Braystone Castle. No para usted de nombrarlo.

—De joven, iba allí a menudo. Cuando vivía mi Thomas, antes de retirarnos al campo. Mantenía una estrecha amistad con el difunto conde. Quiero decir con el abuelo del actual conde. ¿Te apetece una pasta?

Kim rechazó el ofrecimiento con una media sonrisa. Si continuaba comiendo todo lo que le ponían delante, regresaría a Nueva York tan gorda como una matrona criolla.

—Me gustaría ver las pertenencias de Adam —pidió de pronto. Hasta entonces, lo había ido demorando, le parecía casi un sacrilegio entrar en sus habitaciones, revisarlo todo, como si nadie tuviera derecho a profanar sus cosas. Alice se echó a llorar con desconsuelo—. ¡Tía, por Dios...!

—No es nada, no es nada. —Se rehízo, buscando su pañuelo bordado para enjugarse las lágrimas—. Ya pasó, pequeña. Pero no me pidas que te acompañe, no he sido capaz de volver a entrar en su cuarto.

—Lo entiendo.

—Es el último de la derecha, al final del pasillo del ala este.

Kim asintió, y aunque ardía en deseos de ir a la habitación de su hermano, soportó la charla insustancial de la dama hasta que se marchó, pretextando otros quehaceres.

Se procuró un candelabro y fósforos y subió la escalera con el estómago encogido.

Parada ante la puerta, dudó de nuevo. Le tembló la mano al asir el picaporte, pero abrió, entró y cerró, quedándose pegada a la madera. La angustia la embargaba. Experimentó la misma desazón que cuando estuvo frente a su tumba. Fuera, la tormenta había estallado sin dar tregua, con un repiqueteo que azotaba el exterior asemejando un lamento. Dio un paso adelante. Las llamas titilaron, convirtiendo las sombras en fantasmas. A punto estuvo de regresar sobre sus pasos escapando de allí.

Armándose de valor, echó una ojeada. Descubrió dos candelabros más, cuyas velas se apresuró a encender. La luz iluminó informes bultos de mobiliario que llevaron a Kim a soltar un involuntario suspiro de intranquilidad.

Estudió la habitación, obligándose a la calma, con los latidos de su corazón recobrando su ritmo normal. Era un cuarto grande, decorado con gusto exquisito. Una cama con baldaquín, sofás chippendale de color claro, alfombras persas, muebles oscuros y macizos, alguna que otra estatua de alabastro... Con un dolor punzante en el pecho, pasó la

mano por cada objeto, tratando de revivir la presencia de su hermano allí, imaginándolo en aquella estancia, sentado, acostado, encendiendo las velas, descorriendo las cortinas. Siempre recordaría a Adam como un muchacho jovial y desenfadado, irónico a veces, inteligente, encantador. Vivo. Era imposible que una persona de su valía y tesón se hubiera quitado la vida, más aún si acababa de descubrir que tenía un heredero. La idea de que lo habían asesinado cobraba fuerza a cada segundo.

Se sentó a los pies de la cama y estuvo allí mucho rato, sin hacer nada, sólo sintiendo su presencia, sorbiéndose las lágrimas que regresaban con los recuerdos. Después, cuando se repuso, comenzó a registrar el cuarto.

Miró desde la cómoda hasta debajo de la cama.

No sabía qué buscaba. Una pista, un indicio, cualquier elemento que le pudiera aclarar el porqué de la muerte de Adam.

Abrió el armario. Sus trajes, sus camisas, sus pantalones, abrigos, zapatos y botas. Todo seguía en su lugar, como si pudiera aparecer de repente.

Le llamó la atención una caja redonda para sombreros. No era extraño encontrarse con ellas en los armarios, pero sí lo era si se trataba de una caja para un tocado femenino, forrada de raso amarillo. ¿Quizá algún regalo destinado a la mujer de la que decían estaba enamorado?

La sacó, se acomodó en el sofá y la abrió.

El contenido la confundió.

Dentro no había ningún sombrero, sino un cuaderno de tapas negras, atado con una cinta verde. ¿Por qué Adam guardaría un cuaderno allí?

Con manos trémulas lo ojeó. Se trataba de un diario. Las primeras anotaciones hablaban de fiestas, de apuestas en las carreras de caballos, de un viaje a Escocia, de que había recibido carta de Beau Terre. Nada importante, salvo porque se trataba de momentos vividos por Adam. Al pasar una página, vio escrito un nombre que la hizo fruncir el cejo: Braystone. De nuevo aquel lugar. Leyó con más interés hasta comprender que su hermano mantenía una antigua relación con los habitantes de la mansión, que parecía haber retomado en los últimos tiempos. Resultaba extraño que nunca le hubiera hablado de ello. Escribía sobre el dueño de modo afectuoso, refiriéndose a él como *el conde*.

Varias páginas más adelante, sin embargo, las notas del diario se volvían intrigantes. «G vuelve a insistir en comprar la colina —se leía—. Muestra un interés creciente, pero no voy a vender.» La letra comenzaba a ser desigual, como si hubiera escrito con prisas. Varias páginas después, Adam hacía mención de una traición, una cala, contrabando... Nada específico, nada concreto, se entreveía el trasfondo de algo quizá importante, tal vez peligroso.

—¿Todo va bien?

Kim soltó un grito y el cuaderno cayó a sus pies. Estaba tan concentrada que no había advertido la presencia de Julius y Cameron.

—Me habéis asustado.

—¿Qué lees? —preguntó el pequeño.

—Algo muy aburrido, cariño —respondió, recogiendo el diario.

El crío dejó a *Sultán* sobre la cama. De inmediato, el chucho comenzó a olisquearlo todo y a mordisquear la colcha. Cameron se puso a jugar con él.

—¿Quién creías que era? ¿Un fantasma? —preguntó Julius.

—Mira —le mostró, hablando en susurros, la página que le había llamado la atención—. Contrabandistas. No parece cualquier cosa. Y escucha: *Esta noche iré a la*

bahía. Intentaré descubrir algo más. ¿Qué crees que significa?

—Hablaemos luego. —Señaló al niño y le arrebató el diario, guardándolo en su chaqueta.

—Hay que leerlo completo.

—Pero no ahora. La señora Bucatti te aguarda abajo.

—¡Por Dios, otra prueba no!

—Estarás muy hermosa con esos vestidos —se regodeó él, sabiendo cuánto la fastidiaba.

—Sólo faltaría que no fuera así, después de tantas horas de tormento —le siguió la guasa, sin olvidarse del contenido del cuaderno y poniendo buena cara para no preocuparlo—. Vamos, entonces. Cuanto antes acabe con esa inquisidora, antes la perderé de vista.

—¿Qué es una inquisidora? —quiso saber Cameron.

—Alguien que te hace gritar de aburrimiento, tesoro.

Cameron se cogió de la mano de Bart, con el perrillo bajo su brazo.

—¿Seguimos buscando al capitán Jack?

—¿Seguro que tus antepasados no aplicaban métodos de tortura en la Edad Media, chico?

Kimberly tomó la determinación de subir a la colina.

La había sorprendido encontrarse con las ruinas de una antigua construcción. Apenas quedaban en pie algunos restos del muro que circundaba lo que, en otro tiempo, debió de albergar un recinto sobrio. Internándose entre cascotes, argamasa diluida y piedras, trató de imaginarse cómo habría sido la vida de sus habitantes. Una planta cuadrada con fragmentos de arcos de medio punto de pareadas columnas la condujo hasta un espacio abierto que debió de acoger el claustro.

El viento silbaba entre los huecos derruidos, convirtiendo su paso a través de las grietas en lúgubres gemidos.

Se frotó los brazos, repentinamente helados. Aquel lugar era tan sórdido que la hizo sentir una punzada de desasosiego. Pero, a la vez, la embargó la fascinación de un pasado que se proyectaba en la figura de un capitel mutilado, sobre el que la luna iluminaba rasgos esculpidos que se negaban a dejarse batir por los años.

Algo, no pudo discernir qué, se le cruzó entre los pies, provocándole el espasmo de un grito que ni siquiera llegó a lanzar. Retrocedió, a punto de caerse. Sólo pensar en la presencia de roedores o alimañas le quitó las ganas de continuar allí, ya visitaría el lugar en mejor ocasión, a plena luz del día. Lo dejó atrás, paseándose por el acantilado. Luego, se sentó en el borde, dejando que su vista se perdiera en los perfiles de la cala.

El oleaje rompía con fuerza inusitada contra las rocas.

El mar, azul en lontananza, se tornaba verde esmeralda al adentrarse en la cala que, en forma de concha, semejaba una pintura al óleo, de no ser por el vaivén continuo de la espuma besando la arena de la solitaria playa.

A un lado, un rompiente se erigía en peñasco, cuyo contorno, echándole un poco de imaginación, mostraba la figura de una mujer, tal como le habían contado.

A Kim le había costado tomar, por fin, la decisión de acercarse hasta allí. No había

querido que nadie la acompañase. Temía el impacto emocional de estar en el lugar donde Adam había desaparecido de su vida, por si rompía a llorar como una tonta. Sin embargo, ahora, sentada allí, en la colina, al borde del precipicio desde el que se podía admirar el lugar en plenitud, la embargaba una extraña sensación de paz. Como si su hermano estuviera más cerca de ella.

Un par de gaviotas batiendo las alas contra el plomizo cielo fueron a posarse en las ruinas, arrancándole un amago de sonrisa al recordar las palabras de Adam.

—Son como las urracas, se comen los nidos de pájaros más débiles.

Se habían escapado de casa para ir al puerto, a lomos ambos del caballo más quejumbroso que nunca existió en Beau Terre. Él quería ver el barco que acababa de atracar, soñando una vez más, en su fiebre infantil, que podría convertirse en un temible pirata.

Por aquel entonces, él tenía ocho años y ella apenas le llegaba al hombro, pero ya la había nombrado su paladín y lo seguía a todos lados como un perrillo faldero, ansiosa de beber de sus enseñanzas —para ella de más peso que las de su profesora—, bien fuera en los juegos, bien en interpretar los mensajes cifrados a los que su hermano era tan aficionado.

¡Qué lejos quedaba ahora ese tiempo! Se mortificó por haber odiado a su padre cuando éste decidió que Adam debía educarse en Inglaterra. Hasta que lo comprendió. Su hermano era el heredero y, como tal, tenía que asumir obligaciones. Pero su marcha fue muy dolorosa, aún la lastimaban las lágrimas de su madre, abrazada a él antes de que subiera al barco que lo llevaría lejos de ellas.

Podrían haber abandonado todos Beau Terre, era verdad. Pero su madre no pudo ni quiso dejar las tierras que la vieron nacer, desentendiéndose de un pasado de generaciones, algo inadmisibles para ella. Por eso, con el corazón destrozado, asumió la marcha de Adam, confiada en que era lo mejor para él y para el futuro del título.

Se había costado frecuentes viajes a Estados Unidos que les permitieron verlo crecer, convirtiéndose en un hombre, aunque las despedidas eran cada vez más penosas.

Se tragó el nudo que se le había formado en la garganta, se secó las lágrimas que afloraban espontáneas y se incorporó, sacudiéndose las briznas de hierba de la ropa.

Tenía que enterrar definitivamente aquel pasado lejano, ahora se imponía cuidar de tía Alice, del hijo de Adam y, sobre todo, esclarecer su muerte.

Montó, tiró de las riendas del landó guiándolo al trote y se alejó de allí.



Sus ojos grises se achicaron ligeramente. Gresham bebió un largo trago de su copa y se arrellanó en el sillón antes de preguntar:

—¿Estás seguro de eso, Mortimer?

—Todo lo seguro que se puede estar en estos casos, milord. Me ha costado unas cuantas rondas de ginebra saber de la existencia de esos pagarés.

—Diez mil libras en deudas es una cantidad nada desdeñable.

—En efecto, milord.

—Ese tipo no sospechará nada, ¿verdad?

—Ya me conoce el señor.

Chris asintió. Sí, conocía a Ladislaus Mortimer. Lo que hacía, lo hacía bien. Y si había conseguido sonsacar aquella información a alguno de los miembros del servicio del club, seguro que el fulano ni siquiera tenía idea de haber largado más de la cuenta.

Así que Adam Brenton, vizconde de Teriwood, estaba en deuda por ni más ni menos que diez mil libras con varios caballeros, efectos al cobro que Ganford, marqués de Lessenrose, les había comprado a todos y cada uno de ellos. ¿Por qué? ¿Habría reclamado ya la cantidad a su único pariente? Intuía que no. Por lo que él sabía, lady Brenton disponía de dos mil libras de renta al año, cifra insuficiente para hacerse cargo del débito. Y él albergaba la convicción de que Lessenrose deseaba unir sus tierras a las de Teriwood, circunstancia esta que lo alertaba, dado el concepto que éste tenía de quien aspiraba a ser su vecino.

—¿Hay más invitaciones que firmar? —preguntó de pronto, cambiando de tema.

—Algunas más, milord. —Mortimer, eficaz como siempre, sacó un abultado paquete de cartulinas de la cartera que llevaba consigo.

Chris dirigió la mirada alternativamente a las tarjetas y a su ayuda de cámara.

—¿Es que mis abuelas han decidido invitar a media Inglaterra?

—Según las he oído comentar, será algo íntimo, milord.

—¿Íntimo? Al menos he firmado ya cincuenta invitaciones.

—Según las damas, hace mucho tiempo que en Braystone Castle no se celebra una fiesta como las de antaño, milord.

Chris farfulló algo por lo bajo. Una maldita fiesta, con la cantidad de problemas que tenía encima, era lo que menos le apetecía. La investigación que sir Ruppert le había propuesto no avanzaba; menos mal que la que había iniciado siguiendo su propio instinto

empezaba a tomar forma. Al menos, tenía una pista que lo llevaba hasta un hombre que detestaba: el marqués de Lessenrose.

A su mente llegó el recuerdo de cierto duelo, cinco años atrás. Él era entonces un estúpido, rebelde y pendenciero joven, presto a defender el honor de una mujer, cualquiera que fuera su condición. Se batieron por el de una dama de dudosa virtud llamada Molly Freeman, y Chris obtuvo como premio un tajo en el brazo que le costó aislarse de la vida nocturna casi un mes. Pero no era esa humillación lo que lo hacía recelar de Ganford, sino la sospecha de que éste tuvo mucho que ver con la muerte de la muchacha. Ella mantuvo siempre que se había quedado embarazada de Ganford. Y luego apareció muerta. No encontraron al culpable, se habló de algún *amigo* desencantado, de entre los muchos que la joven solía frecuentar. A él, nadie podía disuadirlo de que aquel cabrón había sido el responsable.

Por si fueran pocos sus quebraderos de cabeza, se le acabó la tranquilidad al entrar sus dos hermanos en tromba.

—Mortimer dice que estás ocupado —comentó uno.

—Sí. Eso dice —afirmó el segundo.

—*Estoy* ocupado —les contestó él, viendo que se acomodaban—. Creía que tú estabas en York, James. Y tú, Darel, en el fondo del mar. ¿De dónde demonios salís?

—Aquello se puso aburrido —respondió el más pequeño, sentándose en el borde de la mesa y atusándose el oscuro cabello, del que escapaba un mechón rebelde que le caía sobre la frente.

—En mi caso, la única excusa es que me cansé —dijo Darel, tan moreno como el otro, estirando sus largas piernas y descansando las botas sobre la mesa.

—¡Quita esas pezuñas de ahí!

—Dispensa —se excusó, pero no bajó los pies.

El más joven movía la cabeza, con una sonrisa de diablo anidando en sus labios.

—Nuestro hermano está de malas pulgas, chico.

—Y vosotros no ayudáis a que mi humor mejore. ¿No podíais haberos quedado un par de años más por ahí?

Le respondieron dos muecas burlonas.

—En el fondo, no puedes vivir sin nosotros, Chris. Reconócelo. Tu vida es un asco de aburrida cuando estamos lejos.

Christopher los observó con cara de pocos amigos. Darel tenía tres años menos que él. Alto, ancho de hombros, de ojos profundos y oscuros. Un alocado, cuya especialidad era buscarse problemas. Ocasionalmente trabajaba para el gobierno, pero dedicaba más tiempo del debido a la vida licenciosa, a la que arrastraba al otro, que a los asuntos de la naviera.

—Valientes salvajes estáis hechos —masculló Chris.

En realidad, carecía de fuerza moral para sermonearlos, porque él mismo no era un dechado de virtudes. Pero bregar a menudo para sacarlos de apuros, soportando, además, que las abuelas le calentaran la cabeza aduciendo que él era el mayor y debía dar ejemplo, colmaba su paciencia, que nunca fue mucha.

Sin embargo, en una cosa les daba la razón: los echaba de menos cuando no estaban en Braystone. Darel tenía su propia casa en Londres y James se había amueblado un piso de soltero. A pesar de ello, pasaban más tiempo en la mansión familiar que en sus respectivas viviendas.

—¿Cómo acabó tu asunto? —le preguntó a Darel.

—Bien. —Se encogió de hombros—. Pero es la última vez que le limpio el culo al

primer ministro. Ese condenado holandés del que te hablé quería rebanarme el cuello, a pesar de que su esposa me dio calabazas, sin contar con que el nuevo grumete que conseguí para el *Discordia* desapareció apenas tocamos puerto. En resumen, un trabajo del todo asqueroso.

—Lástima —comentó Chris con aire aburrido.

—No sé de qué os quejáis —intervino el menor—. Al menos, vosotros os divertís de vez en cuando, a mí sólo me dejáis que trabaje en la Gresport Company. Estoy pensando en ofrecerle mis servicios al primer ministro. ¿Cuándo creéis que podré...?

—¡¡Nunca!! —la respuesta fue un grito a coro.

James captó tal determinación en la expresión de sus hermanos que prefirió no insistir, ya sacaría el tema en otra ocasión, o se buscaría el modo de tomar contacto con Banks Jenkinson.

—Por favor, adcentaos un poco antes de aparecer ante las abuelas o ateneos a las consecuencias —gruñó Christopher.

En ese mismo instante, Kimberly Brenton, acompañada del servicio de Teriwood Manor al completo, escuchaba al que fue abogado de su hermano.

—Una asignación de tres mil libras de por vida para lady Alice Clementina Brenton —leyó—. Trescientas libras para cada uno de los sirvientes...

Una de las criadas se cubrió la cara con el delantal, ahogando un sollozo. El abogado levantó la vista de los papeles, paseándola por los asistentes hasta que se hizo el silencio; ya le resultaba bastante molesto que lady Alice hubiera querido reunir en el salón a todo el personal del difunto sin excepción, como para tener que soportar además interrupciones dramáticas. Carraspeó y continuó la lectura del testamento:

—Quinientas libras para la Asociación de Huérfanos de St. Clement. Quinientas más para la Fundación de Huérfanos de St. John. Quinientas para....

La lista de beneficiados se alargó un poco más. La atención de Kimberly no estaba precisamente allí, donde se estaba leyendo la última voluntad de su hermano. Vagaba por las cosechas de Beau Terre, por sus campos floridos, aspirando el olor del café recién tostado por la mañana... Su nombre, en labios del licenciado, hizo que volviera a la realidad.

—... para mi muy querida hermana, la honorable Kimberly Brenton, la designo tutora de mi hijo, cediéndole el usufructo de Teriwood Manor, mansión y tierras, caballerizas, carruajes y perreras, con la única condición de que permita ocupar la casa a nuestra tía. —Hizo una pausa para mirar a la joven—. Hay, sin embargo, una nota que mandó incluir pocos días antes de su muerte, señorita.

Kim se irguió en el asiento. ¿Qué otras responsabilidades habría cargado Adam sobre sus hombros?

—Lea usted, por favor —le pidió.

—Tengo instrucciones explícitas de que sea leída por usted en privado, señorita Brenton.

Hecha la advertencia, ella se levantó y el salón al completo se puso en movimiento para abandonarlo y dejarla a solas.

—Bien. Entonces, si eso es todo, señor Perrington...

—Aquí están todos los documentos que acreditan al joven vizconde como legítimo heredero de su hermano. —El hombre dejó una carpeta de piel sobre la mesa.

Kim extendió la mano para recibir la nota de Adam que el abogado le entregaba. El sobre le quemó en la palma.

—Si he de cubrir algún honorario, hágamelo saber.

—Su hermano ya los pagó con generosidad. Si puedo volver a serle de utilidad, no tiene más que llamarme. Queda, como ya sabe... —se aclaró la garganta— el espinoso tema de la deuda que su hermano contrajo. Me temo que debo decirle que no hay fondos para...

—Me haré cargo de todo, no se preocupe. Cada uno recibirá lo testado. Y le agradezco su ofrecimiento que, en efecto, acepto. Supongo que podrá usted hacerse cargo de ciertas cuestiones de intendencia. Ya sabe, pagar a los empleados, cobrar a los arrendatarios...

—Lo haré gustosamente, señorita.

—Buenos días entonces, y gracias de nuevo.

Kim esperó hasta quedarse sola. Entonces, comenzó a dar vueltas entre los dedos el sobre que le había sido entregado.

—¿No piensas abrirlo?

Julius, el único que permanecía a su lado en un discreto segundo plano, de pie junto a la chimenea, no le quitaba ojo.

—Tengo miedo de su contenido. Las notas de su diario se me antojan premonitorias.

—Abre ese sobre y sal de dudas.

—¿Y si esta carta me confirma algún tipo de relación con su muerte?

—Sal de dudas —le repitió Bart.

Rasgó el sobre con manos temblorosas.

Querida Kim:

Si estás leyendo esto, significa que las cosas no han ido como esperaba. Querrá decir que ya no estoy entre vosotros. Te dejo la administración de mi casa para que hagas lo más oportuno en nombre de mi hijo. Pero también mis deudas. Sé que Beau Terre da de sobra para pagarlas sin tener que vender ni un palmo de este trozo de Inglaterra que se ha convertido en mi hogar en los últimos años. Sólo quiero que sepas que me tendieron una trampa. Jamás me habría jugado parte de mi patrimonio y lo sabes, cariño. De todos modos, cuando te la reclamen, quiero que la saldes. Que no digan que un Brenton se va al otro mundo para burlar a sus acreedores.

No me guardes luto. Nada de crespones negros, nada de llantos. Te lo prohíbo. Es mi deseo explícito que te diviertas, que llenes tu vida de luz. Hazlo como homenaje a mí.

Te quiero. Siempre te querré.

Kim, cuida de mi hijo y de tía Alice, ella ha sido como una madre para mí. Y dale un abrazo a Julius.

Tu hermano, Adam Brenton, vizconde de Teriwood

P. D.: No accedas a vender las tierras bajo ningún concepto. Bajo ninguno en absoluto. Les pondrás en bandeja el acceso a la bahía.

Kim acabó de leer y se secó los ojos. Luego, se la tendió a Bart, como si con ese gesto quisiera borrar cualquier duda de su camarada.

—¿Una trampa?

—Seguramente quiso decir que lo engatusaron para que pusiera ese dinero.

—Es posible, si fue tan tonto como para dejarse embaucar.

—¡Julius, cómo puedes hablar así!

—Porque sólo pierde quien juega.

A un razonamiento tan inapelable poco podía añadirse, admitió Kim para sí.

—Sé que hay algo oscuro en todo esto —comentó al cabo de un momento—. No me preguntes cómo, pero lo sé. Esas apuestas, esas notas en su cuaderno, ese lugar específico, ese conde tan interesado... Al principio, ya lo has visto, habla de él de modo amistoso, como si se conocieran bien, con cordialidad, pero luego... Debió de pasar algo entre los dos que cambió su opinión sobre el sujeto.

—Puede ser.

—La bahía que Adam menciona pertenece a Braystone Castle. ¿Teriwood Manor les daría acceso? No lo entiendo. Ardo en deseos de verme cara a cara con ese hombre. Estoy segura de que tiene mucho que ver con la muerte de mi hermano.

—No hagas conjeturas hasta saber qué terreno pisas, dar palos de ciego nunca es modo de afrontar las cosas. Ni es tu forma de actuar.

La dulce voz de tía Alice los sacó de sus cavilaciones.

—El marqués de Lessenrose está aquí, querida. —Kim guardó la carta de su hermano—. Espero no haber interrumpido nada importante. —No esperó respuesta, como hacía siempre—. Vamos, no lo hagamos esperar, nos hace falta un poco de distracción después de tan amargo trago. Además, creo que le causaste muy buena impresión el otro día, Kim. —Se acercó a la ventana y se atusó mecánicamente los rizos en el reflejo del cristal—. Ojalá no venga a plantear el asunto de la deuda. ¿Tú qué opinas, Kimberly?

—No nos preocupemos por eso, tía, todo se arreglará.

—No me interesa el dinero que tu hermano me ha legado, puedes disponer de él, pero me disgustaría que el servicio no recibiera...

—Todos tendrán lo suyo, lo prometo. —La abrazó por los hombros con afecto—. Atendamos ahora al marqués, tía.

Lucas Ganford fantaseaba con las formas de las llamas de la chimenea cuando entraron. Se volvió y esbozó una franca sonrisa que estiró sus labios, haciéndolo muy atractivo. Vestía rayando la ostentación, con ajustado pantalón marrón, chaqueta bordada, camisa inmaculada y chaleco crema a rayas.

Kim advirtió una chispa de admiración en su mirada escrutadora; a pesar de la prevención con que juzgaba a los aristócratas, se sintió halagada.

Lessenrose saludó a lady Alice y luego mantuvo la mano de la muchacha entre las suyas más tiempo del estrictamente necesario.

—El otro día me pareció usted bella, señorita Brenton. Déjeme decirle que hoy la encuentro fascinante.

Kim transmitió las gracias mentalmente a la señora Bucatti por el vestido que lucía aquella mañana y correspondió al galanteo con una sonrisa forzada.

—Es muy amable viniendo a visitarnos, lord Lessenrose. ¿A qué debemos el honor?

—Por favor, llámeme Lucas —se apresuró a rogar él, consternado por la formalidad del tratamiento.

Lady Alice cloqueó a su alrededor.

—Supongo que nos acompañará para la cena, una negativa hoy no es aceptable.

—Milady, espero no molestar.

—¡Tonterías! Es usted de los pocos caballeros con los que se puede conversar de temas interesantes sin caer en banalidades. Además, en su última visita, prometió contarme más cosas sobre China.

El marqués se echó a reír y Kim admitió que resultaba sumamente perturbador.

—Es usted incansable, mi querida señora.

Aunque en un primer momento la idea de que aquel hombre se quedara a cenar con ellos la disgustó, para cuando sirvieron el segundo plato admitía ya que estaba equivocada. Lessenrose se mostró jovial, divertido, seductor en suma. Hacía mucho que no disfrutaba de una conversación tan fluida e interesante. Lucas era, sobre todo, un verdadero caballero.

—He venido —dijo, contestando a la pregunta de Kim— para interesarme por ustedes. ¿Necesitan algo? ¿Puedo serles de utilidad? Cualquier cosa que yo pueda hacer... —dejó las palabras en el aire—. ¿El niño, tal vez...?

—Es usted muy amable, señor —respondió ella—. Voy a hacerme cargo de Teriwood Manor, y le aseguro que sabré manejar estas tierras.

Un ligero atisbo de sorpresa asomó a los ojos de Ganford, que él reprimió de inmediato.

—¿Cuenta con alguna experiencia, señorita Brenton?

—Poseo una hacienda bastante grande cerca de Nueva York.

—Bueno, esto es... distinto.

—¿Distinto? ¿En qué sentido? Las tierras, tierras son.

—Me refiero a que... aquí hay un niño.

—También me considero capaz de asumir su custodia. —Se irguió un poco ofendida.

Lucas Ganford desplegó entonces todo su encanto.

—Lamento haber dado la impresión de creer lo contrario, señorita Brenton. Desde luego, no dudo de sus cualidades, pero es usted... tan joven.

—La vida ha hecho de mí una adulta precoz.

—Aun así, me siento obligado a ofrecerle mi ayuda en relación con su sobrino. Tengo buenas amistades y si usted decide que Cameron debe ingresar en un colegio, Eton sería perfecto. Con mucho gusto cursaría yo mismo la petición para que lo admitan.

—Cameron es muy pequeño para internarlo en un colegio, milord, más aún habiendo perdido a su padre recientemente. Creo que disfrutaré un poco de su compañía, aunque tendrá un buen maestro, por supuesto.

Lucas asintió. Cambiando de conversación, hizo que Bart interviniera en ella, interesándose por la construcción de barcos americanos.

Lady Alice se disculpó y se retiró poco después de acabada la cena. Kimberly hubiera querido hacer otro tanto, pero era la ocasión propicia para abordar el tema de la deuda de Adam, de modo que invitó al marqués a una última copa. Bart se retiró discretamente, dejando la puerta del salón entornada con total deliberación. Al quedarse a solas, la joven no se anduvo con rodeos.

—Y, dígame..., Lucas —Mostró su cara más amable—. Si no estoy mal informada, está usted en posesión de todos los pagarés que firmó mi hermano, por una cantidad bastante alta.

Durante un segundo, incluso menos, el gesto de Ganford se endureció.

—En efecto, se trata de una cantidad elevada —admitió al cabo de un momento.

—Diez mil libras.

—Así es. Compré esos pagarés para ayudar a su hermano.

La respuesta campanilleó como una alarma en la cabeza de Kimberly.

—¿Para ayudar a Adam? Perdón, pero no le comprendo. ¿En qué medida ayudaría eso a mi hermano?

—Los pagarés no siempre los cobra la persona que los acepta —confirmó—, como supongo que no ignora. A veces, pasan de mano en mano. Entre caballeros, es un compromiso honorable, tanto como si se tratara de moneda en curso. ¿No se hace así en las colonias...? Perdón. Quiero decir en Estados Unidos. —Tuvo el acierto de sonrojarse levemente.

—No se apure, señor Ganford —lo tranquilizó ella, sirviéndole una segunda copa—. Muchos compatriotas suyos siguen pensando en nuestro país como en la colonia inglesa que fue, aunque nos ganamos nuestra independencia hace ya tiempo.

—Lo siento de veras. Lamento mi poco tacto.

—Decía que los pagarés...

Agradecido por el giro de la conversación, el marqués de Lessenrose ensayó una postura relajada.

—Su hermano fue perdiendo sumas en varias partidas de juego. Los pagarés pertenecían a otros tantos caballeros que, a su vez, estaban en deuda conmigo.

—Entiendo —asintió ella—. Y ¿podría saber el nombre de tales caballeros, milord?

Lucas concentró toda su atención en los ojos de la muchacha, se inclinó hacia ella, tomó su mano entre las suyas y contestó:

—Gustosamente le traería la luna, señorita Brenton, pero nunca me pida el nombre de esos individuos. No me avendré a exponer las miserias de los demás.

La espalda de Kim parecía una tabla. Si no conocía dichos nombres, sería imposible confirmar si Adam había caído en una trampa.

—Ya veo —respondió—. En todo caso, me haré cargo de la deuda, así que, cuando usted disponga...

—No me urge su cobro —la interrumpió él—. Sea como sea, quizá haya otra vía para su cancelación.

Kim no contestó, sólo esperó. Le dolía la espalda de mantenerla erguida e intentó relajarse esperando la respuesta del hombre.

—Estoy interesado en una parte de Teriwood Manor, señorita Brenton, no voy a negarlo. La muerte de su hermano no me dio ocasión de presentarle una oferta. Pagaría un precio justo, considerando la deuda como parte.

—No tengo intención alguna de vender las propiedades que ahora pertenecen a mi sobrino Cameron.

—Creo que no me he explicado bien —continuó él, incorporándose.

—Se ha explicado perfectamente, señor Ganford.

—Vuelvo a pedirle disculpas. Parece que esta noche no estoy acertado en mis exposiciones. Se trataría de una pequeña parte, una colina que linda con mi propiedad.

«G vuelve a insistir en comprar la colina —había escrito Adam—. Muestra un interés creciente, pero no voy a vender.»

La nota de su hermano martilleó en la mente de Kim, erizándosele el vello de la nuca. ¿Por qué tanto interés en la colina? ¿Ahora resultaba que había más de una persona interesada en ella? Le empezaba a doler la cabeza. G de Ganford. G de Gresham. ¿A cuál de los dos se refería Adam en su diario? Lucas parecía sincero, aunque ella no acababa de fiarse.

—Me temo que no venderé ni un acre de terreno, milord —volvió a negar.

Ganford respiró hondo, mostrando la mejor de sus sonrisas a pesar de su evidente

decepción.

—Acepto su decisión, por supuesto. Está en su derecho. Sólo espero que lord Gresham no me gane la mano. Si estoy interesado en esa parte de Teriwood Manor es porque él lleva demasiado tiempo tratando de comprarla y, en mi opinión, ya posee demasiadas tierras.

—No sé adónde quiere ir a parar.

—Si continúa adquiriendo propiedades, acabará por hacerse el dueño de todo y podrá imponer sus condiciones a los arrendatarios. ¿Quién podría oponérsele? Un solo hombre no debería ser nunca tan poderoso.

G de Ganford, G de Gresham, insistía machaconamente Kimberly.

—¿Acudirán a la fiesta en Braystone Castle? —preguntó Lucas de repente.

—Mi tía me ha hecho saber de la invitación y sí, acudiremos.

—Entonces, le propongo un trato beneficioso para ambos, señorita Brenton: usted me concede un par de bailes y yo destruyo esos pagarés.

A ella se le escapó una relajada risa ante tan disparatada oferta.

—¿Cinco mil libras por cada baile, señor mío? —bromeó—. Le ruego que recuerde que estoy de luto. Paga usted muy caros los favores de las mujeres, por lo que veo.

—Le aseguro que, aun así, saldré ganando —rebató él con galantería.

Hacía mucho tiempo que Kim no se sentía tan lisonjeada, aunque lo descabellado de la oferta retrataba a un personaje con una vena de locura que resultaba graciosa.

—Tendría mucho gusto en bailar con usted si se dieran las circunstancias, milord. Sin pago alguno —sonrió—. Sólo le pido el tiempo necesario para recibir respuesta de mi banco de Nueva York, el aval que traje no es suficiente para cubrir todos los gastos con que me he encontrado.

—Señorita Brenton, le concedería todo el tiempo del mundo.

—Muy galante. Y ahora, si me disculpa, debo retirarme. Le prometí a la modista ponerme en sus manos a primera hora de la mañana y se ha hecho un poco tarde.

Ganford aceptó su mano, que besó gentil.

—Esperaré ansioso la fiesta.

—Buenas noches, marqués.

—Por favor, transmítale mis saludos a lady Alice y al pequeño Cameron.

—Así lo haré.

Lo acompañó a la salida, donde un criado le entregó su capa y su sombrero; Kim se quedó en la puerta hasta ver partir el carruaje. Mientras subía la escalera hacia su cuarto se le escapó otra sonrisa.

—Despierta, Kimberly —se dijo a sí misma—. En este país, los hombres son mucho más sinvergüenzas que en Estados Unidos, al menos, allí dicen las cosas a la cara.



Los prados se habían convertido en alfombras verdes salpicadas de florecillas, si bien muchos de los caminos continuaban siendo lodazales por los que era difícil transitar.

Chris había salido a cabalgar apenas clareó el día. Era una costumbre a la que no pensaba renunciar; su única vía de evasión de las responsabilidades que se derivaban de su título. Por otro lado, necesitaba un poco de soledad antes de enfrentarse a la condenada fiesta organizada por las abuelas.

No tenía el cuerpo para celebraciones. Sobre todo, después de saber, gracias a Mortimer, que ellas habían mandado una de las invitaciones a nombre del marqués de Lessenrose. ¿En qué demonios estaban pensando? Conocía demasiado bien a las dos para intuir sus intenciones: que él y Lucas limaran asperezas. Las hubiese ahorcado cuando se enteró. A las dos. Pero ahora que las tarjetas habían sido enviadas, no había remedio.

Al ver que el caballo corcoveaba, dio la vuelta, enfilando el regreso a la mansión. El animal trotaba nervioso, por lo que decidió ponerlo al paso, subir la ladera y salir al camino para acortar distancias, a pesar del suelo embarrado por la incesante lluvia caída al amanecer.

Ni siquiera había llegado a coronar la pendiente cuando un carruaje se le echó encima a gran velocidad. Tiró de las riendas para evitar el atropello, el equino se alzó sobre las patas traseras con un relincho enrabiado, el cochero, a su vez, de pie sobre el pescante, hacía esfuerzos denodados por frenar la alocada carrera de sus animales... Todo sucedió en segundos. El resbaladizo terreno hizo perder el equilibrio a la montura de Gresham, las patas del animal patinaron, y bestia y jinete se precipitaron hacia abajo, rodando por la enfangada pendiente para acabar al borde de una acequia.

En su caída, Christopher creyó oír varios sonidos a la vez: las imprecaciones del cochero, el relincho de los animales y un grito de mujer.

El brutal batacazo le hizo perder el aliento un momento, sólo sus buenos reflejos lo libraron de quedar debajo de la montura, que piafaba. Se incorporó con toda la rapidez posible, notando un agudo dolor en la pierna. Lo que más lo preocupaba era el estado del caballo, que muy bien podía haberse roto una pata.

Afortunadamente, tras palmearlo y comprobarlo respiró tranquilo, todo se había quedado en el susto. *Príncipe* estaba ileso, aunque rebozado en barro, como él mismo.

—¡Hey, amigo! —oyó que gritaban desde arriba—. ¿Se encuentra usted bien?

Penosamente, impulsó al caballo a levantarse tirando con suavidad de las riendas y

animándolo con palabras cariñosas. Sin embargo, el ceño que le regaló al sujeto que se asomaba a la pendiente fue todo menos amistoso, actitud que no se suavizó lo más mínimo tras ascender y descubrir el rostro de una dama de cierta edad asomada a la ventanilla del carruaje.

Lady Alice Brenton lo miraba de arriba abajo, un poco asustada. Habían estado a punto de atropellar al jinete, sí, pero ahora, viéndolo acercarse, eso no era lo que más la preocupaba, puesto que nada grave le había sucedido. Lo que de veras alarmaba a la buena mujer era el aspecto siniestro del sujeto. Completamente cubierto de barro de pies a cabeza, era imposible saber si no se habían topado con un salteador de caminos. Lady Alice no temía por su seguridad tanto como por la de su sobrina y la del pequeño Cameron, a quien Kim se había negado a dejar en Teriwood Manor; en ese momento, la joven hacía infructuosos esfuerzos por mantenerlo apartado de la ventanilla.

La culpa de que hubieran estado a punto de sufrir un accidente era sólo suya, pensó lady Alice afligida, lamentando haber instado al cochero a acelerar la marcha, deseosa como estaba de llegar a Braystone Castle.

—¡Por Dios, no me lo hubiera perdonado nunca! —se dijo, con un hilo de voz.

—¿Se encuentra usted bien, buen hombre? —se interesó Bart, que había bajado presuroso del carruaje.

—Condenadamente bien, sí —replicó Gresham, limpiándose el lodo que se le metía en la boca. Apoyó una mano viscosa en el coche y lady Alice retrocedió de inmediato al interior—. Al menos, hasta que compruebe si tengo algún hueso roto a causa de su insensatez.

Kim hizo a un lado a su tía para ver al tipo que tan descortésmente se dirigía a ellos. Lo único que vio fue una cabeza cubierta de lodo y un hombro, igual de sucio, que se recortaba contra el vehículo. Olía fatal. Tan mal que arrugó la nariz, pero no tenían más remedio que disculparse, era lo mínimo que le debían.

—No sabe cuánto lamentamos lo sucedido, señor. ¿Su caballo tiene alguna herida?

—No, señora.

—¡Gracias al cielo! —suspiró su tía.

—Si podemos hacer algo por usted...

—Mejor que no, gracias, madame. Además, vivo cerca.

A Kim se le activó una fibra sensitiva al oír su profundo timbre mezclado con el tono con que acompañó la palabra en francés. Tenía una voz templada, ligeramente irónica. Cuando su mirada se encontró con los ojos que asomaban tras la capa de lodo, se removió en el asiento, como si la hubieran pillado en falta. Dos faros grises la observaban con atención. Se echó hacia atrás, regresando a la penumbra del carruaje.

—¿De veras se encuentra bien? —insistió Julius.

Christopher ni le contestó. Se estaba preguntando si la joven era realidad o fruto del golpe que se había propinado. Sacudió la cabeza para despejarse, propiciando que salpicaduras de barro fueran al inmaculado puño de lady Alice. La dama se las sacudió con evidente desagrado.

Gresham había llegado al límite de su paciencia con semejante banda de estúpidos. No sólo habían estado a punto de pasarle por encima sino que, además, lo trataban como a unapestado. Se apartó del coche, tomó las bridas de su caballo y apoyó un pie en el estribo, presto para montar. Quería perderlos de vista cuanto antes y tomar un baño antes de que el lodo se le secase sobre la piel.

Bart, consciente de no serle de utilidad, volvió a sentarse junto a las damas. Puesto

que el incidente no había pasado de un buen revolcón para el jinete y un sobresalto para todos, golpeó el techo, indicándole al cochero que se pusiera en marcha.

Chris los vio alejarse con la sensación de que conocía a la dama de mayor edad. La había visto en alguna parte, estaba seguro, pero ¿dónde?

Durante el resto del trayecto, Kimberly no abrió la boca, aunque su tía no dejó de parlotear acerca del accidente, lamentándose y enfatizando la mala catadura del sujeto con el que se habían topado.

Al divisar Braystone Castle, Kim soltó una admirativa exclamación de asombro.

Resultaba increíble. Tras la cuidada vereda de álamos por la que transitaban ahora, emergía una monumental edificación de piedra gris, cuadrada al este y redonda al oeste, como si almas opuestas la hubieran construido, jugando a encararse. Decenas de ventanas alargadas con cristales irisados semejaban ojos que parecían observar al visitante, empequeñecido por el suntuoso despliegue arquitectónico.

—Dios mío —susurró—, es enorme.

—Sesenta y dos habitaciones, si no recuerdo mal —afirmó su tía—. Aquí, Thomas y yo pasamos muy buenos ratos.

El carruaje se acercó a las escalinatas del porche; antes incluso de parar, una pareja de lacayos con levita azul se apresuraron a atenderlos. Alice aceptó la ayuda de uno de ellos para descender, sonriendo satisfecha, solazándose en la contemplación de la mansión, hasta que oyó una voz reconocible:

—Lady Brenton, es un placer volver a tenerla entre nosotros.

—¡Cuánto tiempo, Ladislaus! —cloqueó ella—. Sigue usted tan buen mozo como siempre. —Mortimer agradeció el cumplido besándole la mano—. Hace siglos que no nos vemos, ¿no es cierto?

—Mucho tiempo, milady. Lady Agatha y lady Eleonor estarán encantadas de recibirlos ahora mismo —dijo, prestando entonces atención a la joven—. Bienvenida, señora. Imagino que usted es el señor Bart —saludó al hombretón que emergía del otro lado del vehículo—. Y el caballero —regaló una reverencia al pequeño Cameron— no puede ser otro que el joven vizconde.

El niño, aburrido, sólo acertó a asentir, agarrándose de las faldas de Kimberly y apretando a *Sultán* contra su pecho.

Mortimer transmitió las órdenes precisas para que subieran los baúles y les rogó que lo siguieran.

Kim estaba impresionada. Los recibió un hall de forma oval, amplísimo, con una doble escalinata de piedra blanca, al igual que el pasamanos, que ascendía en semicírculo. Tres colosales arañas de cristal colgaban de un alto techo con frescos de motivos de caza. Baldosas blancas y negras configuraban un suelo brillante, tanto, que reflejaba el ruedo de los vestidos.

—Suele sorprender la primera vez, señora —murmuró Mortimer a su lado.

Cameron, tan absorto como la propia Kim, dejó al perro en el suelo y éste escapó escaleras arriba.

—¡*Sultán!* ¡Ay, Cameron, cariño! Te dije que no lo dejaras suelto. Lo lamento mucho —se disculpó Kimberly.

—No se preocupe, señora. Mandaré que se lo traigan.

—Si son capaces de encontrarlo... —Ella sabía por experiencia lo complicado que resultaba eso cuando *Sultán* decidía husmear. Y no cabía duda de que en aquel lugar existirían mil y un sitios para hacerlo.

Ladislaus se excusó en nombre de los anfitriones y de él mismo por el hecho de que ambas damas tuvieran que ocupar una misma habitación, debido a la gran cantidad de invitados que acudirían a la fiesta. A Kim poco le importó la aparente incomodidad cuando les mostraron el cuarto. El suyo, allá en Beau Terre, bien podía caber cuatro veces en aquél. La tapicería, verde pálido, combinaba a la perfección con los tonos ligeramente más oscuros de cortinajes, cojines, alfombra y colcha. Mobiliario oscuro de madera pulida, figuras de cristal y alabastro, un tocador magníficamente surtido... Un auténtico lujo era la nota dominante.

Tras el oportuno permiso, entraron los lacayos con los baúles acompañados de un par de muchachas del servicio que, al punto, se dedicaron a colocar su ropa en un armario que ocupaba una pared completa.

Kim no pudo resistirse a ojear cada objeto, cada rincón. Su fascinación aumentó al empujar una puerta que daba a un cuarto de baño. Bueno, se dijo con un amago de sarcasmo, disfrutar de la ostentación de la aristocracia inglesa por unos días, por mucho que los tildara de presuntuosos, podía resultar muy placentero.

Una vez a solas, utilizaron el baño por turnos para quitarse cualquier rastro del viaje y se cambiaron de ropa. Kim permitió que una de las muchachas la ayudase y eligió un vestido de tarde con cenefas en el bajo, mangas y escote. Se observó críticamente en el espejo, felicitando mentalmente de nuevo a la señora Bucatti. Su creación la hacía parecer una verdadera dama, aunque hubiera preferido que la tela no se ciñera tanto a su pecho, resaltándolo hasta casi la indecencia.

—Estás encantadora —la elogió su tía, tratando en vano de colocarse una peineta de carey—, aunque te quedarían mejor los colores claros. ¿Puedes ayudarme, por favor? He debido de perder práctica, querida, de tanto como hace que no la usaba. —La joven se la ajustó al lado derecho del moño—. Gracias. Sí, estás realmente encantadora, Kim. Apuesto a que pronto te encontraré marido.



Christopher dejó su montura en manos de uno de los mozos de las caballerizas, un chico que se limitó a tomar las riendas de *Príncipe* y callar la boca, divertido pero sin exteriorizarlo, viendo llegar a ambos en tan lamentable estado.

Evitando la entrada principal, utilizó uno de los accesos laterales para subir a la planta donde se encontraban sus habitaciones.

Acababa de quitarse la chaqueta cuando apareció Mortimer. Como siempre, aparecía como un fantasma.

—¿El señor ha tenido algún percance? —preguntó del mismo modo impersonal que si se hubiera interesado por el tiempo, a la vez que le entregaba ropa limpia.

—¿Da esa impresión? —respondió el conde, sarcástico, arrojando la camisa sucia al suelo.

—Lo cierto es que sí, milord.

—Un carruaje casi me pasa por encima, *Príncipe* ha resbalado, nos hemos caído y... ¡menos mal que todo ha quedado ahí! Bien habría podido romperse una pata —concluyó, moviéndose hacia atrás para que su ayuda de cámara lo ayudase a quitarse las altas botas de caña—. ¡Tengo barro hasta en los...!

Ya en la bañera, mientras se enjabonaba, Mortimer lo miraba de hito en hito, sujetando camisa y pantalones con dos dedos para evitar pringarse, sin saber muy bien qué hacer con ellos.

—¿Ha llegado ya algún invitado?

—Lady Alice Brenton, su sobrina, un amigo de la familia y el heredero del vizconde de Teriwood, milord.

—Brenton. Sí, ya recuerdo, es la tía de Adam. ¿Y dices que la joven es su sobrina? —se interesó.

—La hermana del difunto vizconde. Americana —concretó con puntillosa flema británica—. El caballero que las acompaña se llama Bart. Julius Bart. También americano.

—¿Sabes el nombre de ella?

—He creído entender... Kimberly, milord.

—Me gusta —musitó, sumergiéndose completamente en el agua.

La opinión que Kim se había formado de las dos damas de las que su tía hablaba cada dos por tres cambió completamente al conocerlas por fin.

Lady Agatha, la condesa viuda, le pareció una mujer encantadora. Debía de tener, más o menos, la misma edad que su tía Alice, pero vestía con un estilo más juvenil y su cabello, recogido deliciosamente en un complicado moño, mantenía aún el color del trigo maduro, apenas salpicado con hebras de plata. Sus ojos, grises, grandes y vivos, la observaron directamente.

En cuanto a lady Eleonor, la tía abuela del actual conde, de edad similar, por su matiz de cabello más rojizo y los ojos tan azules, le hizo pensar que quizá tenía ascendencia escocesa.

Mientras degustaban algunas viandas y canapés, las tres amigas rememoraron las bondades de otros tiempos.

—¡Ah, están aquí! —retumbó una voz masculina desde el umbral de entrada.

—Tommy. Pasa, muchacho —rogó lady Agatha—. Alice, Kimberly, me gustaría presentaros a Thomas McPearson, vizconde de Amsterdill. Es como un nieto para nosotras. Encantador... sólo en algunos aspectos —apostilló con ironía.

Kim lo catalogó de un solo vistazo. Alto, fibroso, guapo, con el cabello recogido en una coleta, elegantemente vestido. El brillo de sus ojos claros y su sonrisa hicieron que le adjudicara el perfil de mujeriego, lo que él confirmó segundos después, con su galantería exagerada.

—Si no me concede el primer baile en la fiesta, voy a suicidarme.

—A eso me refería al decir que es encantador —se apresuró a explicarle lady Agatha a Kim.

—Desde luego, no tanto como yo —apostilló otro sujeto irrumpiendo en la sala.

—No te des tanta importancia, muchacho —objetó un tercero, que lo seguía, empujándolo con el codo.

A medida que entraban, aumentaba la sorpresa en Kimberly. El vizconde era ciertamente atractivo, pero iba a la zaga de los dos últimos, de planta impresionante: elevada estatura, morenos, ojos oscuros y una sonrisa capaz de quitarle el aliento a cualquier mujer que no fuera monja o ciega.

—Darel, barón de Winter —presentó lady Agatha—. Y James —señaló al más joven—. Mis nietos.

Desde ese instante, Kim se vio asediada por ambos en una rivalidad divertida. Darel era un provocador, pero el otro no se quedaba atrás. La aturdieron a preguntas que no le daba tiempo a responder, ninguneando a McPearson cuando salió a colación el tema del baile.

—El primero será para mí, muchachos —afirmó Darel.

—Me temo que no podrá ser, yo se lo he solicitado primero, Gresham —rebatía el vizconde.

—Tú esperarás turno.

—Siento defraudaros, chicos —intervino James, haciéndole a Kim un guiño de complicidad—, pero creo que la señorita Brenton ya ha elegido su pareja. Yo.

—No se puede bailar con la nariz partida, renacuajo. —Su hermano se acercó desafiante.

—¡Atrévete, si eres hombre!

—¡James! ¡Darel! —los interrumpió lady Agatha—. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué van

a pensar nuestros invitados? Tommy, pon tú un poco de orden.

—Si me lo permite, milady, les parto la cara a los dos y así no incordiarán en la fiesta.

—¡Qué vergüenza! —exclamó lady Eleanor con su frase preferida, abanicándose con la mano mientras lady Alice rompía a reír.

Competían en un juego de galanteo que provocaba en Kim ganas de dejarse ir y reír a gusto, imitando a su tía, pero se contuvo.

Christopher, entretanto, atravesaba el jardín. Había vuelto a las caballerizas para comprobar que, en efecto, *Príncipe* no sufría lesión alguna. A un paso del estanque en el que se erguía un surtidor de mármol en forma de delfín, se le atravesó entre las piernas una bola pequeña, negra, peluda, salida sólo Dios sabía de dónde.

Chris quiso evitar pisarlo, se ladeó, tropezó, intentó mantener el equilibrio... pero acabó cayendo de espaldas al agua. El chapoteo salpicó al chucho, que se puso a ladrar de forma lastimera.

La maldición debió de oírse en todo Braystone. El conde se incorporó escupiendo agua. Chorreando como estaba, clavó su fiera mirada en el animalillo que, firme, lo observaba, moviendo la cola a discreción.

Salió del estanque, se sacudió como pudo, lo agarró por el collar y se encaminó hacia la casa hecho un basilisco, dejando tras él un reguero de agua e imaginando ya un buen rapapolvo para James, porque estaba seguro de que el maldito perro era suyo. Llegó al salón de donde procedían las conversaciones y empujó la puerta con tanto ímpetu que ésta rebotó contra la pared.

—¿Quién demonios ha dejado este bichejo suelto?! —preguntó a voz en grito antes de darse cuenta de que la familia no estaba sola.

Kim dio un bote en el asiento a la vez que se elevaba un coro de exclamaciones.

—Mis sales... Mis sales... —pedía lady Eleonor, amenazando con desmayarse.

Kimberly apenas reparó en el sujeto, salvo para darse cuenta de que estaba empapado. Lo que la alarmó era que aquel hombre sujetaba a su perro por el cuello. Se levantó de inmediato y le arrebató su mascota al energúmeno.

—¡Deje a mi perro en paz, señor!

Gresham, reponiéndose de la embarazosa certeza de que estaba haciendo el ridículo, fue todo ojos para ella. No era muy alta, tal vez un poco flaca, aunque su vestido hacía resaltar unas formas tan bien dibujadas que merecían un segundo vistazo. Lo hizo. Un cabello oscuro, rizado y unos grandes ojos azul nocturno que ya había visto antes la delataron. Así que ella era la honorable Kimberly Brenton, la hermana de Adam. La reacción lógica de un caballero hubiera sido disculparse ante todos, pero la animadversión que se adivinaba en aquellos iris y el modo en que protegía al chucho contra su pecho, como si temiera que él fuera a arrebatárselo, avivaron su furia porque aquel proyecto de perro le había hecho caer al estanque.

—No debería dejar suelto a su ratón, señora.

—Y usted debería aprender a tratar de modo más considerado a los animales —le respondió ella sin demora.

Chris tardó bastante más de lo normal en reaccionar. Las complacientes risitas de sus hermanos, secundadas por la tos simulada de su amigo McPearson, le llegaron como una

bofetada. Americana, había dicho Mortimer. Se escudó en ese punto para justificar su inmediata antipatía hacia ella.

Con una profunda inspiración, asumiendo que ya se había puesto demasiado en entredicho, inclinó la cabeza hacia lady Alice.

—Milady. Es un honor tenerla de nuevo en Braystone Castle. —La pobre mujer no salía de su asombro.

Luego, dispensó toda su atención a Kimberly y ella dio un paso atrás sin poder remediarlo. Aquellos ojos grises... Hubiera jurado haberlos visto antes. Sin proponérselo, su mirada lo recorrió de pies a cabeza. Era un demonio dolorosamente guapo, reconoció, que dejaba en paños menores a los otros tres.

Campanillas de peligro sonaron en sus oídos ante su momentáneo desconcierto.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Darel, bailándole aún la sonrisa en la boca.

—El chucho de la señora. Me he caído al estanque por no pisarlo.

—¡Chucho! —A Kim se le atragantó el desdén—. *Sultán* no es ningún chucho, caballero. Es un perro de raza.

—¿*Sultán*? —se burló Chris, soltando una carcajada—. Señora, nunca he oído un nombre tan ridículo para un ratón consentido.

La voz de lady Agatha trataba de sobreponerse a la de lady Eleanor, que seguía pidiendo sus sales, aunque nadie le hiciera el menor caso, en un intento de quitar hierro al enfrentamiento. Curiosamente, Tommy, Darel y James se quedaron callados. ¿Desde cuándo Chris era tan desconsiderado con una mujer?

—Lamento la interrupción y mis modos —se disculpó entonces Christopher, olvidándose de Kim—. Os veré más tarde, abuelas. Lady Alice. Ahora he de cambiarme... una vez más. Primero el barro y ahora el agua. —Chascó la lengua—. ¿Qué será lo siguiente? El día parece que promete.

¡¡Abuelas!! ¡¡Barro!!

Kim, que permanecía tiesa como una estatua, acababa de recordar dónde había visto antes aquellos ojos. En el camino. Sí, era el tipo al que habían estado a punto de arrollar. Se le fue el color de la cara y tuvo que buscar un punto de apoyo.

—Criatura, ¿qué te sucede? —se alarmó lady Agatha—. Vamos, vamos... siéntate, querida.

—¡Por Dios, Tommy, sírvele algo fuerte! —pidió lady Eleonor, olvidándose de sus sales.

McPearson, solícito, la ayudó a sentarse y Darel y James se apresuraron con sendas copas de brandy.

Al observar la deplorable puesta en escena de aquellos tres tontos de remate, a Christopher lo asaltó su vena irónica. O él estaba ciego o todos parecían haber perdido la sesera por aquella muchacha. No era extraño porque, a decir verdad, flaca y todo, era muy bonita.

Kim dio un sorbo a una de las copas, se atragantó, a consecuencia de lo cual tuvo un acceso de tos y se le saltaron las lágrimas, pero la bebida la activó. ¡Aquel hombre era el conde de Braystone! ¡El maldito conde, por todos los infiernos! Por si fuera poca su mala suerte, él la contemplaba con una mueca de regocijo.

Un aristócrata prepotente de un país caduco se estaba burlando de ella. Su orgullo no permitió que permaneciera callada por más tiempo, así que devolvió la copa, irguió el mentón y dijo:

—Siento no haberlo reconocido, milord, pero aparece usted tan cambiado de una

ocasión a otra... Primero enlodado de pies a cabeza, ahora... Lo cierto es que ahora tampoco está usted muy presentable que digamos.

Tommy silbó y los mastuerzos de sus hermanos dieron rienda suelta a la hilaridad. Chris sonreía como si le estuvieran clavando alfileres en el trasero.

—*Touché, mademoiselle* —contestó—. Dos a cero.

—¿Cómo es que estabas embarrado? —quiso saber su abuela.

—¡Qué vergüenza! —coreó lady Eleonor.

—Seguro que hay una razón lógica —intervino Tommy, con un sarcasmo que rayaba lo hiriente.

—Seguro que sí —lo apoyó Darel.

—No cabe duda —convino James.

Chris se rascó el lóbulo de una oreja y sacudió los brazos, salpicando gotitas de agua por todos lados.

—*Príncipe* me ha derribado. Apenas he podido evitar que me arrollara el carruaje de las señoras —explicó al fin.

—¡Oh, ese dichoso caballo!

—Cualquier día te van a traer con la cabeza abierta.

A Kim la mortificaban sus ojos acerados clavados en ella, pero no por eso bajó la guardia. Todo estaba saliendo mal desde que pisaron aquellas tierras y tenía conciencia de que poner en evidencia al conde no era lo más adecuado para el futuro de Cameron.

—Si me disculpan —se excusó él de pronto—. Espero no tener que encargar nuevos trajes durante su estancia aquí, señorita Brenton. Encontrarme con usted y salir malparado se está convirtiendo en una costumbre.

Luego, dejándolos a todos con la palabra en la boca, desapareció con un rastro de agua tras de sí.

Las risotadas de McPearson y de sus dos hermanos levantaron ecos en el salón.

El resto de la velada, sin embargo, transcurrió de lo más apacible. La cena, eso sí, estuvo sazonada con alguna que otra burla de los hermanos menores de Christopher, que no consiguieron perturbar a nadie.

Bart alternaba su interés entre la muchacha y Gresham, llegando a la conclusión de que aquellos dos se habían declarado la guerra.

Las atenciones de Amsterdill, unidas a la encantadora sencillez de las damas, suavizaron cualquier incomodidad de Kimberly, a la que le costaba esfuerzo no desviar los ojos hacia el conde. Ahora, elegantemente vestido, sin una arruga en la chaqueta y su níveo corbatín perfectamente anudado, confirmó que era el típico aristócrata altanero y pagado de sí mismo.



A solas en su cuarto, Kim repasó una vez más las notas de Adam.

Las fechas, las iniciales. Su hermano podía muy bien estar refiriéndose a Gresham, pensó. El conde, no tenía dudas, era un hombre que tener en cuenta. Irritante, orgulloso, engreído... Aun así, rechazaba imaginarlo involucrado en un asesinato. Claro que ella no lo conocía en absoluto, y no sería la primera ocasión en que un personaje de esas características se escudaba tras su título para llevar a cabo actividades delictivas. Pero ¿por qué un sujeto inmensamente rico, como tía Alice decía que era, iba a traficar con mercancías de contrabando? ¿Acaso por aumentar su fortuna? ¿Por el poder? ¿Era lógico sospechar que el conde de Braystone pudiera delinquir por esos motivos? Por otra parte, ¿quién mejor que él, par del reino, influyente en los círculos más altos de Inglaterra, para burlar las leyes al amparo de su nombre? Demasiadas preguntas sin respuesta que embrollaban más, si cabía, la misteriosa muerte de Adam.

Cerró el diario, poniéndolo a buen recaudo. Era la única base que tenía para descubrir la verdad. Y lo haría, se lo debía a su hermano. Cayera quien cayese, se lo debía.

Llegó su tía y se acostaron, pero tardó en conciliar el sueño. Las pesadillas la acosaron buena parte de la noche. Se veía corriendo, corriendo, corriendo sin parar hacia un lugar desconocido, ahogada por el miedo e intentando alcanzar a su hermano antes de que éste desapareciera en el mar.

Para Christopher, la noche no fue menos agitada. Recostado en el cabecero de la cama rememoraba una y otra vez el rostro de Kimberly Brenton. La máscara de aparente candor que ella había desplegado durante la cena no lo engañaba en absoluto: aquella mujer era capaz de poner su vida patas arriba.

Hizo un esfuerzo por olvidar sus ojos y centrarse en lo que realmente lo preocupaba: sus investigaciones. Poco o nada había averiguado sobre la muerte de Brenton y menos aún acerca del asunto de traición para el que le había pedido ayuda sir Ruppert. Sólo tenía unos cuantos rumores que se difuminaban por las laberínticas callejuelas de Londres y que no lo conducían a ninguna parte en concreto, salvo a la pequeña cala de Cheryl Bay.

Había sido bautizada así por un campesino de origen escocés, hacía más de cien años,

después de cometer en ella un crimen atroz, rememoró Gresham. Por celos, asesinó a su joven esposa. La leyenda en torno a esa muerte decía que la amaba con locura, pero que no pudo soportar el engaño, nunca probado, de la muchacha. Desde entonces, todos conocían el lugar como *la bahía de la escocesa*. Las leyendas populares contaban que, a veces, en las noches de luna llena, se podía ver a Cheryl paseando por la orilla del mar, cantando una antigua balada escocesa.

—¡Qué bobada! —dijo, sacudiendo los almohadones como si de un enemigo se tratara y disponiéndose a dormir.

Al día siguiente, Kimberly volvió a encontrarse en dificultades para librarse de las atenciones de McPearson y los hermanos Gresham. Resultaban encantadores además de ocurrentes, pero su ánimo, después del bochornoso enfrentamiento con el señor de Braystone Castle, no era el más idóneo para aceptar de buena gana a aquel trío de alborotadores. Trató de darles esquinazo, pero no lo logró; es más, se empeñaron en mostrarle el salón de baile donde, supuestamente, había prometido la primera pieza a los tres.

La sala era tan espaciosa que resultaba hasta exagerada, ampliada visualmente por la cantidad de espejos fijados en los muros. Seis impresionantes arañas pendían de una bóveda embellecida con querubines en sus cuatro puntos cardinales, había una hilera de sillas tapizadas en rojo alrededor de la lustrosa pista, candelabros en las paredes y una plataforma para los músicos... Ni en sus mejores sueños podría haber imaginado un espacio así. Las contraventanas daban acceso a un frondoso jardín, en uno de cuyos laterales, expertos jardineros habían creado un laberinto.

Más tarde, la llevaron a visitar las perreras. Éstas supusieron la nota más agradable del recorrido. Había cuatro podencos, tres setter irlandeses de un precioso pelaje color canela y un cachorro de braco alemán, aún jugueteón. Pero Kim se enamoró de inmediato de una hembra bearded collie que acababa de alumbrar dos preciosos perrillos.

Intentó ganarse a la orgullosa madre, pero *Sultán*, acomodado en los brazos del sufrido James, al que le endosaron la tarea de llevarlo, reclamó de inmediato su atención con lastimeros ladridos.

—Para ser tan pequeño, arma un escándalo de mil demonios —protestó James, esforzándose por mantener quieto a aquel manojito de nervios que no cesaba de aullar, provocando que los demás perros se le uniesen.

Sultán se tranquilizó cuando abandonaron las perreras para dirigirse a las caballerizas. Allí no había peligro de que perdiese sus privilegios con el ama, debió de pensar el animalillo.

—Me sentiría muy honrado si me permitiera dar orden de que ensillen dos caballos y acompañarla a dar un paseo —propuso el vizconde de Amsterdill.

—¡Por encima de mi cadáver! —exclamó Darel.

—¡Y, naturalmente, del mío! —se le unió James.

Kimberly puso paz, prometiendo que cabalgaría con todos más adelante. La rivalidad entre ellos era una constante y, aunque en el fondo se sentía halagada por sus atenciones, no estaba acostumbrada a tener que lidiar, a cada paso, con tres admiradores tan fogosos.

—Si a milady le apetece —interrumpió un muchacho muy joven, que faenaba a poca

distancia—, puede elegir el que más le agrade. Todos los ejemplares son excelentes.

—Sí que lo son —convino ella, fisgando aquí y allá en algunas de las cuadras—. ¿Cuántos caballos hay?

—Cuarenta y dos. Cuarenta y tres —rectificó el chico—. *Maravilla* acaba de parir un potrillo. ¿Les gustaría verlo, milady? Yo mismo ayudé a traerlo al mundo —aseguró ufano. Pero bajo la atenta mirada de Kim se sonrojó.

—Parece que se hubieran puesto de acuerdo.

—¿Perdón, milady?

—Venimos de las perreras.

—¡Ah! Ya comprendo. *Reina* tuvo cachorrillos hace cuatro días. Son muy bonitos. Aunque éste —acarició a *Sultán*, que le lamió la mano—, es algo especial, señora. Raza escocesa.

—En efecto.

—Lo bueno abunda, hijo, lo bueno abunda —insinuó McPearson, ganándose un puñetazo de Darel en el brazo.

Kim se desentendió de sus devotos seguidores para prestar su atención al muchacho, y éste, hinchado como un pavo real, se apresuró a mostrarle cada ejemplar de los magníficos equinos que cuidaba. Ella se enorgullecía de sus buenos animales de Beau Terre, poca cosa si los comparaba con los de Braystone Castle, pensó con un deje de envidia.

—¿Cuál de ellos me recomiendas...?

—Ian, milady. Ian Austin, a su total servicio. —Se acercó a la cuadra que les quedaba a la derecha—. *Cleo* es muy dócil, totalmente adecuada para una dama como usted.

Una yegua pinta, de magnífica estampa, los observó con ojos soñolientos por encima del travesero de madera.

—Te lo agradezco, Ian, pero prefiero un caballo más brioso, si no te importa —le dijo, acariciando el hocico de la potranca.

Como dándose por aludido, desde el fondo de las caballerizas llegó hasta ellos un relincho inquieto. Kim se volvió de inmediato. Apenas fue un segundo lo que tuvo para ver la cabeza de un caballo, que se retiró al fondo de su cuadra. Hacia allí se dirigió. Al descubrir al vistoso ejemplar que había llamado su atención, se le agrandaron los ojos: un ruano negro como la noche, nervioso, de estupenda alzada y estampa principesca. Le habló y el animal se acercó a ella. Kim alargó la mano para acariciar su estilizada cabeza; los ollares del caballo se expandieron en una prolongada oxigenación. De inmediato, retrocedió, con sus relampagueantes ojos fijos en la joven.

Kim hubiera jurado que el animal sabía que despertaba admiración, porque giró grupas, se levantó sobre las patas traseras y luego trotó, pomposo, por la amplia cuadra, como si pretendiera demostrarlo.

—¡Presumido! —El ruano soltó un pequeño relincho de engreimiento—. Quiero éste, Ian —dijo, sin pensarlo dos veces.

Al no oír respuesta, volvió la cabeza.

Tanto Ian como sus tres implacables admiradores seguían allí. No, no se había quedado sola. Pero ahora, en vez de bromas, se hizo un espeso silencio. La causa no era otra que el mismísimo conde de Braystone, que se les acercaba. Su presencia eclipsó a los demás.

—No es caballo para una dama —convino Christopher, que había oído su petición.

Ian se escabulló tan pronto percibió la mano del conde en su hombro. Dedos largos y

elegantes, pensó Kim como una boba. Se encontró mirándolo, sin poder apartar la vista de sus ojos grises, que destacaban como gemas en un rostro tostado y severo. Unos ojos que la recorrieron, desde la coronilla hasta la punta de sus escaupines con total descaro. Le dio la espalda, acodándose en la cuadra.

—Pues casualmente, me gusta este ejemplar.

Era un reto evidente y Chris lo entendió como tal.

—Vanidoso, empecinado y brioso. También pendenciero.

Ella estuvo a punto de preguntarle si hablaba del caballo o de sí mismo. Se contuvo a duras penas. Le fastidiaba que aquel engreído aristócrata no la creyera capaz de dominar a un animal de pura sangre.

—Sería el primer caballo que pudiera apearme por las orejas, milord. No me pasa como a otros...

La mofa estaba servida, a la espera de una respuesta contundente, pero Chris guardó silencio porque su mente estaba ocupada calculando si podría abarcar el talle de ella con las manos. Ganó tiempo acercándose a la valla de madera, como si no hubiera reparado en su burlón comentario. Su brazo rozó sin querer el de Kim y ella se retiró.

—¿De verdad se atrevería a montarlo?

¿Así que ahora lo asaltaba la duda?, se creció la joven. Creía que no sería complicado darle una lección de equitación si se lo proponía. Había aprendido a montar antes incluso que a caminar.

—Hagamos una apuesta, milord. ¿Qué le parecen diez libras?

Christopher dejó que fluyera la carcajada que contenía desde que entró en las caballerizas. Los otros guardaban silencio, atentos al enfrentamiento.

—Mejor aún, Kimberly. Le apuesto veinte a que no llega antes que yo en una carrera hasta la playa.

Su nombre en sus labios provocó un estremecimiento en la piel de Kim. Aquel hombre era peligroso, se repitió. Tendría que haber desechado el ofrecimiento, pero el reto estaba allí, frente a ella, con testigos, y no era de las que rechazan el guante de un buen desafío. Le miró de reojo mientras él chistaba al caballo y éste se aproximaba a la mano tendida para frotarse contra ella. Gresham podía presumir de tener un perfil patricio. Sus pestañas eran espesas y oscuras, sus pómulos altos, la nariz recta, el mentón decidido, la boca... Allí se quedó varada su mirada, pero se negó a seguir contemplándolo, molesta consigo misma por su ensimismamiento.

—Tendría que ser usted mucho mejor jinete de lo que quiere aparentar para ganarme en una carrera, milord.

Darel ahogó una risa y Chris se quedó pasmado por su arrebatado de mal genio. Estaba claro que los americanos tenían la lengua muy afilada, debería ir con pies de plomo.

—Aquí mismo, dentro de media hora —contestó, desafiándola ya abiertamente—. ¿Es tiempo suficiente para que se cambie de ropa, señorita Brenton?

—Me sobran quince minutos.

La vio alejarse a paso vivo y resuelto, casi masculino. Un mohín burlón estiró las comisuras de sus labios. ¡Demonio de chica! Tenía arrestos, la condenada. Acarició al caballo y casi se arrepintió de la faena que iba a jugarle. *Príncipe* no era animal para ella, ni mucho menos. Estaba aún a medio domar, resultaba incluso demasiado vivaz.

—Bueno, lo más que puede pasar es que la belicosa señorita Brenton no pueda sentarse en unos cuantos días, ¿no os parece? —Nadie contestó y él salió de allí sin otra consideración que la de que era pan comido—. A estos americanos hace falta bajarles un

poco los humos.



Gresham esperaba encontrarse con un pimpollo embutido en un vestido de amazona.

No, desde luego, con la delgada figura de Kim ataviada con ropa masculina: camisa, chaqueta y pantalón ajustado bajo altas botas de caña, recogido el largo y rizado cabello en una coleta en la coronilla.

Al joven Ian, que estaba acabando de ensillar los caballos, se le escapó una exclamación al verla aparecer, justo quince minutos más tarde.

McPearson, Darel y James, animados por la apuesta, esperaban junto a Christopher. Igual de gratamente sorprendidos, de inmediato se pusieron a favor de la dama con expresiones de aliento. El conde la miró apreciativamente, sin disimular su aire de engreimiento, como si así pudiera cohibirla.

Kimberly se le enfrentó con los brazos en jarras. En su boca bailaba una mueca de sarcasmo, y tenía los ojos encendidos por la excitación de la inminente carrera. Para ella, montar era como una medicina, un ejercicio que la liberaba, habida cuenta de que no había podido practicar desde que salieron de Beau Terre.

—¿Dispuesto a perder veinte libras, milord?

Chris carraspeó ante la bravata. Amilanarse ante espectadores decantados de antemano por ella sólo le acarrearía chanzas, no iba a darles la oportunidad.

—¿Va a cabalgar con esa indumentaria?

Kim parpadeó varias veces, mirándose de arriba abajo.

—¿Qué tiene de malo? —De pronto, cayó en la cuenta de la silla que habían colocado sobre el caballo ruano y no pudo remediar mofarse de su interlocutor—. ¿Pensaba usted que montaría de lado?

—Supongo que es lo correcto.

—No para mí, señor. Ian, por favor, quiero una silla masculina.

El muchacho dudaba, mirando a la invitada y a su amo alternativamente, hasta que el vozarrón de Julius, desde la entrada, lo espoleó:

—Chico, yo que tú le haría caso.

Sin tenerlas todas consigo y recelando del buen juicio de la señorita, Ian pidió mudo permiso a Gresham. El conde vacilaba como él. Una cosa era darle una lección a la combativa señorita Brenton y otra permitir que se abriera la cabeza montando a *Príncipe* a horcajadas.

—Creí entender que era usted algo así como el ángel guardián de la señorita —le dijo

a Bart.

—Algo de eso hay, sí. ¿Puedo preguntarle qué cantidad ha apostado, milord?

—Veinte libras.

—Bien. Yo apuesto veinte más a que ella le saca dos cuerpos de ventaja.

Chris masculló algo que nadie oyó porque, ante la bravata del americano, Tommy, James y Darel subieron sus propias apuestas. ¡Malditos fueran los tres!, ninguna era a su favor. Picado en su orgullo masculino, aceptó todas y cada una de ellas.

—¿Quiere usted hacer de árbitro, señor Bart?

—Con mucho gusto, milord.

Los hermanos de Chris, junto con el vizconde, se apresuraron a pedir que les ensillaran caballos. No pensaban perderse el enfrentamiento.

Kim se acercó a *Príncipe*, le acarició la cabeza y le susurró quedamente al oído. El animal resopló, coceó el suelo, pero se mantuvo allí, escuchando, con las orejas tiesas, los ojos brillantes, expectante y preparado, olfateando ya la cabalgada. Después de tranquilizarlo, Kimberly montó sin ayuda, demostrando muy bien qué debía hacer.

Christopher mantuvo la vista fija con delectación en el ajustado pantalón que se adhería a un trasero redondeado y pleno, deliciosamente curvo y femenino. Muy femenino, sí, se dijo. Los carraspeos guasones de Tommy y sus hermanos, que captaban adónde dirigía su atención, no le desviaron de su objetivo. ¿Acaso pensaban que no iba a recrearse ante tan sublime espectáculo? Ni siquiera un monje se resistiría.

Príncipe extrañó el peso del jinete cabeceando y alzando peligrosamente las patas delanteras, a lo que Kim respondió sujetando las bridas con autoridad y tranquilizándolo con suaves palabras.

—De acuerdo, milord. —Se medio volvió hacia su contrincante—. ¿Dónde queda esa playa?

—Tras las caballerizas se abre un camino que debemos tomar antes de salir a campo abierto. Es terreno llano —explicó él, masticando las palabras y aupándose ya en su montura—. Como a tres kilómetros hay un bosque de abetos y una suave pendiente. Rebasada ésta, verá de inmediato el camino que baja hacia el mar.

—¿El primero que llegue a la playa, entonces?

Su incontenible entusiasmo atenuó un poco el mal talante de Gresham. Parecía una niña a la que acabaran de prometerle una muñeca llena de lazos.

—El primero que llegue a la playa, sí. Muy bien, señorita Brenton, antes de la cena habré ganado un buen puñado de libras gracias a todos ustedes.

—¡Y un cuerno, milord! —replicó ella, al tiempo que espoleaba a *Príncipe*, que salió de estampida, dejándolo atónito.

Chris salió tras ella, haciendo oídos sordos al jolgorio del grupo a sus espaldas.

El ritmo de la galopada perfiló desde el comienzo un jinete ganador. Pero no sólo porque *Príncipe* fuera un animal poco común, sino porque Kim montaba como si conociera el terreno palmo a palmo, erguida sobre los estribos, flojas las riendas, dejando al caballo dirigir la carrera. Fue tomando distancia segundo a segundo, limitándose a mirar hacia atrás de vez en cuando.

Chris se esforzó por alcanzarla, pero cuando apenas los separaba medio kilómetro de la meta, acabó dándose por vencido y refrenó ligeramente a su caballo, porque el esfuerzo sería en vano. Aquella condenada americana debía de haber nacido sobre una silla. No sólo montaba bien, sino que lo había ganado con sus propias armas. Así que disfrutó de la magnífica estampa de su galope sobre el relámpago negro que era *Príncipe*; una silueta

preciosa a la que se le había soltado el cabello, con el que el viento jugaba, modelando una nube oscura y zigzagueante tras ella.

Bart lo alcanzó poniéndose a su altura, para decirle lo que ya era una obviedad:

—Creo que ha perdido, milord.

—Esa chica se abrirá la cabeza cualquier día si sigue montando de esa manera.

—Su padre la enseñó a montar a caballo antes de que supiera caminar. Es una mujer a la que nadie puede decirle qué debe o no debe hacer. Yo procuro no ponerme nunca en su punto de mira, por si acaso —rió el americano de buena gana.

—¿No está un poco loca?

—Sí. En eso le doy la razón. —Miró a lo lejos. A Kim ya no se la veía—. ¿Vamos, milord?

Kim no disimulaba su euforia. Las olas que rompían en la arena salpicaban sus botas y la panza del caballo, al que instó a trotar sobre el agua, impregnándose ella los pulmones con la brisa y disfrutando del olor a salitre.

En realidad, haber ganado la apuesta no era lo que más la complacía, sino haberle dado una lección de humildad al engreído conde.

Refrenó al caballo para quedarse mirando la roca que se erguía frente a ella. El peñón, con la silueta irregular y grotesca de una mujer, similar a un guardián que protegiera la cala, la puso en alerta. Un escalofrío le recorrió su espalda. Absorta, observó cada saliente que, ahora se daba cuenta, ya conocía.

—Muy buena carrera —oyó.

Se ladeó sobre la montura para encarar a Gresham. Contrariamente a lo que esperaba, éste tenía una expresión de regocijo en los labios.

—¿Es esto Cheryl Bay? —le preguntó.

—En efecto, aunque es más conocida como la bahía de la escocesa.

Sin una explicación, Kimberly tiró de las riendas y espoleó a su caballo de regreso a Braystone Castle, con una actitud desconcertante que confundió a los recién llegados.

—¿Qué mosca le ha picado ahora? —preguntó Chris.

Bart se fijó en ella. Remontaba ya la colina, cruzándose con el trío que los seguía, tan atónitos como ellos mismos cuando los dejó atrás. Si su instinto de viejo pirata no le fallaba, Kimberly debía de haberse tomado la meta de la cala como una dolorosa burla, pues era el lugar donde su hermano había desaparecido.

Cuando llegó a las caballerizas, Kim desmontó y le entregó las riendas a Ian. Ni siquiera le dio las gracias, simplemente se encaminó hacia la mansión a largas zancadas, presa de un arrebató de furia.

Amsterdill fue el primero en volver, bajando del caballo poco después, para ir tras ella. La muchacha lo fascinaba cada vez más y estaba dispuesto a conquistarla.

—Enhorabuena —la felicitó, poniéndose a su lado.

Kim, sumida en sus pensamientos, apenas susurró:

—Gracias.

—Me alegra que le haya ganado a Gresham. En su favor, debo decir que lo ha noqueado su vestimenta.

—¿Tampoco a usted le parece adecuada?

—Bueno, quizá un tanto...

—Extravagante.

—No estamos acostumbrados a ver a una mujer con atuendo de varón y cabalgando a horcajadas, la verdad sea dicha.

—Ya entiendo. —Sorteó a McPearson, que se le había puesto delante con el fin de detenerla, pero no pudo eludir los dedos que atraparon su brazo.

—No he querido molestarla. Discúlpeme si ha sido así. Usted me intriga, eso es todo. Desearía que fuéramos amigos.

Kim se envaró.

—¿Quiere decir amantes, vizconde?

El rostro de Tommy se tiñó de rubor.

—No he insinuado tal cosa, señorita Brenton. Lamento de nuevo lo poco apropiado de mi expresión.

Kim hizo un vago gesto con la mano.

—Soy yo la que debe excusarse. Usted no tiene la culpa de nada.

Tommy se tranquilizó al oírla y, de paso, aprovechó la ocasión que se le brindaba.

—Como desagravio, podría concederme ese primer baile del que hablamos. —Hizo una breve pausa—. Porque para la ocasión vestirá como la dama que es, ¿no es así?

Ella se limitó a sonreír, asintiendo y aceptando la broma.

Admirando el femenino contoneo de sus caderas, Amsterdill se quedó regazado. Empezó a pensar que tal vez había llegado el momento de hacer caso a las continuas insinuaciones de su padre, que últimamente se afanaba por sacar a colación el tema del matrimonio y las bondades de formar una familia. Tenía fortuna, sabía que era atractivo y aquella americana era la cosa más bonita que había visto en mucho tiempo.



—¿Así que montaste ese caballo?!

La voz de lady Alice sonó como un disparo, tras el cual se produjo un silencio expectante en el comedor.

Christopher trató de adivinar el estado de ánimo de su abuela, que lo miraba directamente, como si necesitara su confirmación. Él no había dicho ni una palabra de la carrera, porque conocía el genio de la dama, pero era previsible que James se fuese de la lengua, consciente como era de que incordiarlo era una de las cosas que mejor hacía, no había más que ver lo que estaba disfrutando. Por fortuna, parecía haber guardado silencio respecto a la ropa con que la americana se presentó en las caballerizas. Ahora, su abuela, pedía en silencio una explicación.

Kimberly se anticipó sin levantar la vista del plato.

—Es un caballo precioso, tía.

—Dijiste que no sabías cabalgar. ¿Oí mal acaso? —Se la notaba bastante alterada.

—Lo que dijo, milady —salió Julius en su defensa—, es que hacía tiempo que no montaba.

Lady Agatha dejó delicadamente su tenedor, dedicando toda su atención a su nieto mayor.

—Christopher, creí entender que habías dado órdenes estrictas para que nadie más que tú montara esa bestia.

—Así es, abuela, pero ella no dudó en afirmar que deseaba hacerlo.

—Pero ¡si apenas está domado! Podía haberse matado.

Estupendo, pensó Gresham, el sermón vendría ahora, adornado con apelaciones al sentido común. Echó un vistazo rápido a la concurrencia y se encontró con tres rostros de mujer que parecían desear comérselo vivo; Tommy no tenía ojos más que para su invitada, Darel le sonreía como un mezquino. Lo de James era peor, pues casi babeaba. Le cedió su servilleta.

—Límpiate —le dijo, ganándose una mirada asesina y propiciando la carcajada de Darel—. Abuela, dudo que ningún caballo pueda apearse a la señorita Brenton —dijo Chris en su defensa—. Cabalga como un verdadero centauro.

A pesar de su aseveración, Agatha, Eleonor y Alice se aprestaron en hacerles ver —a ambos— los riesgos que conllevaba montar a un caballo tan inquieto; durante un buen rato, acapararon la conversación entre las tres.

Kimberly, causa de tanto alboroto, esquivó el rumbo de la charla preguntando a bocajarro:

—Disculpe, ¿conocía usted a mi hermano, milord?

Se hizo el silencio de nuevo. Un músculo se contrajo en el rostro de Gresham.

—Sí, claro.

—¿Hasta qué punto?

—Fuimos muy amigos de críos, aunque luego, al crecer, nuestras distintas ocupaciones nos fueron distanciando. Por lo tanto, lo suficiente como para sentirme afectado por su muerte, señorita Brenton. —Se reclinó en el respaldo de la silla sin esquivar su mirada inquisitiva—. Por otro lado, su hermano frecuentaba los mismos círculos que yo, coincidíamos en eventos sociales, en alguna partida de naipes...

Su respuesta hizo que se envarase. ¿Sería él uno de los acreedores de Adam? Se alteró con sólo suponerlo.

—¿Hacían negocios juntos?

—¿Negocios? —Él dudó una milésima de segundo que nadie advirtió, salvo ella—. No. ¿Por qué le interesa?

Kimberly presintió que ocultaba algo. Recordó las notas de su hermano. La colina pertenecía a Teriwood Manor, pero la cala era parte de la propiedad de los Gresham. ¿Quién más podría estar interesado en adquirir, por consiguiente, la colina, convirtiéndose en dueño de un enclave inmejorable? Se mortificaba por haber aceptado una carrera a la cala, ni se le había ocurrido que podía ser el mismo lugar donde murió Adam, el mismo del que hablaba en sus notas, el mismo que la perseguía en sus sueños. Se le había encogido el corazón al ver aquel peñón con silueta de mujer. Sin dejar de observar a Gresham, rememoró las confidencias de la joven criada de Teriwood Manor cuando preguntó por la cala:

—La ensenada es pequeña, pero de aguas peligrosas, sobre todo al subir la marea. Las olas rompen con inusitada fuerza contra los riscos si el mar está embravecido, que es con frecuencia. Debería ver usted lo bonito que es observar entonces el lugar, la espuma blanca besando los pies de la roca... —Suspiró—. Pero si está pensando en ir allí, hágalo acompañada, señora. Es un sitio muy hermoso pero... siniestro.

—¿Por qué dices eso?

—Se ven cosas, milady.

—¿Qué tipo de cosas?

—Bueno... —La joven desviaba ahora la vista—. Muchos del pueblo juran haber visto a Cheryl la escocesa.

—¿Quién es? ¿Una especie de bruja?

—¡Oh, no, milady! Cheryl era una muchacha muy bonita, según la leyenda.

Así que había una leyenda, pensó Kim. Aquello se ponía cada más intrigante.

—Sigue, por favor.

—Su marido la asesinó en esa cala. Por celos. Se cuenta que a veces, con la luna llena, se la puede ver jugando junto con las olas, con su rojo cabello al viento y su vestido blanco. Dicen que el mar, en su honor, una noche de crudo invierno, esculpió en la roca su figura.

—Yo no he creído nunca en fantasmas. No son más que cuentos que propagan gentes que no tienen otra cosa mejor que hacer.

—No lo pongo en duda, milady, pero no en este caso. —Parecía realmente excitada—. Yo misma he podido verla, señora, y le juro que casi me muero del susto.

¡Fantasmas! ¡Olas que modelan figuras humanas! ¡Menuda sarta de idioteces!
Olvidada un instante del presente, devolvió su atención a Gresham y preguntó:

—¿Adam solía venir por aquí, por Braystone Castle, milord?

—Muchas veces, hace años.

—¿Está usted interesado en la colina?

—¿Qué colina?

—La de las tierras de Teriwood Manor, desde la que se puede ver la cala donde, según dicen, se suicidó mi hermano.

A Christopher empezó a encresparlo tanta pregunta inoportuna. ¿Quién se creía que era? ¿Por qué lo había llevado a un terreno en el que parecía tener que rendir cuentas? ¡A él! Se acodó en la mesa, cruzó sus largos dedos y dejó descansar el mentón en ellos sin perder de vista ni uno de los parpadeos de la muchacha. Su título, su familia y su apellido lo obligaban a hacer de buen anfitrión, pero no lo hizo. Con un tinte de beligerancia, contraatacó preguntando a su vez:

—¿Qué es esto, señorita Brenton? ¿Un maldito interrogatorio?

Su tono y la palabrota quedaron flotando en el aire, ganándose la reprobación unánime, especialmente de las damas, cuyas miradas le decían de todo. No así Kimberly que, como respuesta, le dedicó una sonrisa maravillosa que no alcanzó a sus ojos.

A Chris le importaba un ardite ser el centro de atención de todos, ahora estaba descubriendo el hoyuelo que se formaba en su mejilla derecha.

—¿Le he importunado, milord? —preguntó ella con una voz engañosamente dulce y él supo que no lamentaba para nada haberlo hecho—. En mi disculpa, sólo puedo decir que la muerte de mi hermano ha afectado a mi carácter. Luego, el baile... me tiene nerviosa. Nunca he asistido a uno, señor, y ustedes son tan devotos de la tradición y las buenas costumbres que estoy preocupada. —Se enroscó uno de los rizos en un dedo, con un ademán coqueto que a Christopher le hizo perder toda concentración—. Espero no desentonar en su fiesta y le ruego que disculpe mis modales si con mis preguntas le he molestado.

¡Y unas narices está nerviosa!, pensó Gresham.

De inmediato, los caballeros se apresuraron a afirmar que ella era deliciosa, que no estaría fuera de lugar, que estaría maravillosa en la fiesta... Como si quisieran desagradarla, para satisfacción de las abuelas y de lady Alice. Bart, en cambio, se limitaba a observar y callar.

Chris estaba cada vez más interesado en adivinar qué era lo que tramaba aquella arpía. Intuía que la señorita americana se burlaba, pero no encontró manera de hacerlo ver. Kimberly Brenton se proponía algo. ¿Por qué se figuró a sí mismo como un corzo acechado que ignoraba por dónde llegaría la flecha?



Christopher abandonó la mansión al clarear el día. Cabalgó hasta Londres, se entrevistó con su abogado, resolvió algunos asuntos burocráticos y, a última hora de la tarde, aguardaba en una taberna de mala muerte, donde iba a cambiar impresiones con un sujeto.

El lugar no era otra cosa que un antro de reducidas dimensiones donde el bullicio era la nota dominante, aumentando a medida que se consumían las pintas de cerveza y las botellas de ron, en un ambiente saturado y sucio.

Dio un trago del abollado y no demasiado limpio pichel que una camarera le había puesto delante, mientras observaba, críticamente, a un par de individuos que echaban un pulso en el extremo más alejado del pringoso mostrador.

Su contacto no se hizo esperar demasiado, gracias a Dios, y Chris dejó de interesarse por aquellos dos al verlo entrar. Era un hombre alto y flaco; al igual que él, llevaba un sombrero con una pluma. El individuo escudriñó el local hasta fijarse en Gresham. Quitó la pluma de su sombrero, dejándola caer al suelo y el conde hizo otro tanto. Dado que ésa era la señal convenida, el hombre se acercó con pasos lentos, retiró la silla con el pie y se sentó.

—Me llamo Ben.

—Te has retrasado.

El recién llegado pidió por señas una bebida y esperó, sin responder, hasta que depositaron sobre la mesa una botella de ron y un vaso. Se quitó el sombrero y un único ojo sano se enfrentó a los del conde; el otro lo llevaba tapado con un parche negro.

El tuerto llenó su vaso, se lo bebió de un trago y volvió a servirse.

—He dado un par de vueltas por ahí, teniendo cuidado de que nadie me siguiera. ¿Por dónde quiere que empiece, patrón?

—Tú sabrás. Si lo que sabes lo merece, ya te habrán dicho que pago bien.

—Quince libras. ¿Las lleva encima?

Gresham se inclinó sobre la mesa, hablando despacio.

—Si estás pensando en asaltarme en colaboración con alguno de tus compinches cuando salgamos de este garito, olvídale. No sería buena idea.

El tipo sonrió, mostrando unos dientes picados entre los que destacaba uno de oro. Se encogió de hombros, captando la solapada amenaza. Andaba necesitado de dinero, pero tenía en gran estima su pellejo y lo habían avisado de con quién se lo iba a jugar. Si en algún momento se le había pasado por la cabeza asaltar al hombre que tenía delante, lo

desestimó de inmediato.

—Mire, señor... —comenzó a decir—, no soy avaricioso. En realidad, prefiero vivir con muy poco antes que encontrarme con una bala en las tripas. ¿Me entiende usted? Con vida se puede uno gastar las cuatro perras que tenga, en el otro mundo el dinero no sirve de nada.

—Sabias palabras —asintió Chris—. No tengo mucho tiempo, de modo que cuéntame lo que sepas, si es que sabes algo.

El tuerto apuró su trago, rellenando su vaso una vez más. La algarabía del local se hizo casi insoportable al hacer su aparición un par de mozas que bajaban del piso superior, obligándolo a elevar el tono de voz.

—Tráfico de mercancías y de información. Es lo que le interesa, ¿no es cierto? —Se esforzaba por ver la cara del conde bajo el ala del sombrero, sin conseguirlo.

—Desembucha de una vez.

—Dentro de veinte días. En un lugar llamado Cheryl Bay. —Christopher apretó las mandíbulas al oír el nombre—. Esperan la llegada de una fragata.

—¿Cómo te has enterado?

—Ya les hice un trabajo y han vuelto a llamarme para éste.

—¿Puedes asegurar que es una información fiable?

—Lo es, señor. —Había mermado el jaleo, por lo que redujo su tono a un bisbiseo—. De vez en cuando, uno tiene que comer, haciendo lo que sea. El contrabando no es tan malo, proporciona ciertos alcoholes a los caballeros, telas a las damas o ultramarinos varios a quien pueda pagárselos, además de unas monedas a desgraciados como yo. Si los señoritos demandan una mercancía y pagan bien por ella...

Gresham hizo un gesto vago. Saber que en sus tierras se llevaba a cabo contrabando no le hacía ninguna gracia, pero ahora no venía al caso preocuparse por eso.

—Dentro de veinte días en Cheryl Bay —repitió—. ¿Qué me puedes decir del jefe de los contrabandistas?

—Poca cosa. Sólo lo vi una vez. No sé su nombre y tampoco quiero saberlo. Los braceros son contratados por alguien que trabaja para él. Eso es todo. No es bueno para la salud preguntar demasiado, patrón. A mí me da igual quién me pague, siempre que lo hagan.

—De acuerdo. Procura no estar allí esa noche.

—No estaré, eso se lo aseguro. No quiero tener nada que ver con asesinatos.

Chris le prestó entonces más atención.

—¿Asesinatos?

El tipejo echó un vistazo huidizo a todos lados antes de continuar.

—Puede que yo sea un mal bicho. He hecho muchas cosas poco buenas en mi vida, seguramente demasiadas, ¿sabe? Pero no soy un criminal. La primera vez que me contrataron para descargar la goleta, hubo una muerte. Ese fulano, el jefe, se cargó a un tipo.

A Chris le dio un vuelco el corazón. Presintió que no iba a gustarle lo que estaba a punto de escuchar, pero lo instó a seguir porque intuyó que el asunto estaba relacionado muy de cerca con Adam Brenton.

—Me pareció un señorito joven. Discutieron. En realidad, lo descubrimos fisgando mientras descargábamos la mercancía. Teníamos prisa, así que no hicimos mucho caso cuando el jefe se lo llevó aparte. —Hizo un alto para echarse otro trago al coletito.

—¿Qué más?

—Luego se oyó un disparo. Estaba muy oscuro, apenas se veía nada. El jefe dijo después que todo estaba bien, pero yo vi cómo dos hombres cargaban el cuerpo del pobre desgraciado y lo echaban al mar. Seguimos a lo nuestro, porque teníamos que acabar la faena. Luego cobré mi parte y me largué de allí como alma que lleva el diablo.

—¿Puedes describirme al hombre que mataron?

—Aparte de que me pareció joven, ya le digo, no sé más.

—¿Seguro que no tuviste nada que ver con ese crimen?

—Puede que acabe en la horca. Desde que tengo uso de razón, he hecho méritos más que suficientes, patrón, pero cuando esté en el infierno, no quiero encontrarme a nadie que pueda echarme en cara haber acabado con su vida.

Gresham estaba clavado en su silla. Ante él tenía un testigo que podía dar al traste con el supuesto suicidio de Adam Brenton.

—¿Declararías en contra del hombre que dirigió la partida?

El tuerto escupió al suelo, bebió otro largo trago y negó con la cabeza.

—Antes tendrían que saber quién es y no creo que puedan agarrarlo tan fácilmente. Es muy listo. Además, ¿qué valdría mi palabra contra la de un caballero?

—¿Por qué dices que es un caballero?

—Tengo sólo un ojo, pero aún sé distinguir a un filibustero de un fulano con pasta. No quiero involucrarme en cosas que se me escapan, señor. Pienso desaparecer de Londres en cuanto cobre esas quince libras que tiene en su bolsillo, puede jurarlo.

—¿A qué te refieres con eso de que se te escapan?

El otro se removi6, inc6modo, girando de nuevo el cuello hacia los parroquianos del local, como si temiera que lo estuviesen vigilando.

—Escuche, no soy tan idiota. Si el tío en cuestión recibe un cargamento de encajes, sedas, objetos de valor, además de una pila de cajas de licor, y le entrega a cambio al capitán francés una cartera que sólo tiene papeles, no me cuadra. Estoy bien seguro, porque se le cayó y pude verlos. No era dinero, le apuesto mi único diente de oro.

La sangre burbujeaba por las venas de Gresham. ¿Después de meses de trabajo, estaría realmente en la pista que podía llevarlo a resolver el caso que traía de cabeza a sir Ruppert y, tal vez, la muerte de Adam?

—¿Podrías reconocer a ese hombre si volvieras a verlo?

—Ya le he dicho que la visibilidad era mala. Y dudo que yo tenga oportunidad de alternar con gente refinada.

—Así que era refinado...

—Estoy casi seguro de que se trata de alguien criado en la nobleza, si quiere mi opinión. Su modo de hablar, de dar las órdenes, su arrogancia, la manera de comportarse... No cabe duda que está acostumbrado a mandar. Ya sabe cómo son esos cabrones, patrón, orgullosos hijos de Satanás, podridos de dinero.

—Descríbeme lo que recuerdes de él.

El individuo se encogió de hombros e hizo señas para que le llevaran una segunda botella. Esperó a tenerla sobre la mesa para decir:

—Alto. Me pareció que de cabello claro, pero no puedo precisarlo, la maldita cala parecía la boca de un lobo.

—¿Edad?

—¡Qué sé yo! Todos esos señoritos se cuidan, se bañan, se perfuman... Treinta o treinta y cinco tal vez. Llevaba un anillo con una letra grabada.

—¿Qué letra?

El hombre hizo una mueca despectiva, a medio camino entre la risa y el lamento.

—Lo único que aprendí de mi padre, si es que lo era realmente, fue a robar, a engañar y a tirarme a las furcias. Y, de mi madre, a engañar, a robar y a tirarme a las mismas furcias, pero sin maltratarlas. Como verá, poca cosa. ¡Qué coño sé yo qué letra era! ¡Una letra y basta!

Chris cerró los ojos un instante. ¡Por Dios, tan cerca y ahora le salía con ésas! Un hormigueo desagradable le recorrió la columna vertebral.

—¡Cantinerero! —El dueño del local, un hombre barrigudo, totalmente rapado, se acercó con presteza—. ¿Tienes papel y pluma?

—Esto es una taberna, no el despacho de un picapleitos, hermano —gruñó.

—Trae cualquier cosa donde se pueda escribir, tinta y pluma —exigió, poniendo un par de monedas a su alcance—. ¡Ahora!

Su tono imperativo hizo que el tuerto se tensara, mirándolo con más atención. Las monedas desaparecieron en el mandil del tabernero, que regresó en un santiamén con lo solicitado. De inmediato, Gresham dibujó una flor de lis y empujó el papel hacia el otro.

—Cuando quiera volver a comunicarme contigo, le dejaré este dibujo al cantinero. Puede que no sepas leer, pero reconocerás la marca. Pregunta el lunes de cada semana. Nos veremos al día siguiente, a esta misma hora, para informarme de cualquier novedad a propósito de esa goleta.

—Yo me voy de Londres, amigo, ya se lo he dicho. Búsquese a otro.

—No lo harás. Conmigo vas a ganar dinero fácil, sólo debes tener los ojos abiertos y las orejas bien lavadas para no perder nada de lo que oigas por ahí.

El confidente se rascó la cabeza.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Del suficiente para que, cuando te marches de la ciudad, puedas montarte un pequeño negocio en cualquier otra parte.

Ante eso, no había lugar a dudas.

—Usted es uno de ellos. —No era una pregunta, sino una afirmación.

—¿Uno de quiénes?

—Un aristócrata —respondió, remachando la palabra.

El conde de Braystone ni afirmó ni negó. Dejó unas cuantas monedas más para pagar las consumiciones y le pasó una bolsa de cuero por debajo de la mesa.

—Eso, a ti te da igual. Soy solamente alguien que paga muy bien por una información que lo vale. Es lo único que te interesa.

El soplón se guardó sus opiniones. La bolsa pesaba lo suficiente como para sellar su boca y la hizo desaparecer rápidamente en el interior de su raída chaqueta.

—De acuerdo, patrón, usted manda.

Para Chris, la entrevista había terminado. Rompió el papel en pedacitos muy pequeños y se despidió.



El vestido gris perla de seda y las cintas que la doncella le había entrelazado en el cabello le quedaban muy bien. Su tía y las damas Gresham no habían querido ni oír hablar de elegir un vestido negro. Estaba bonita, lo reconocía, porque la prenda era exquisita y la doncella que le habían asignado, una artista peinando. Pero se estaba ahogando. La presión del ajustado corsé apenas permitía que el aire entrara en sus pulmones. Dando una vuelta completa ante el espejo, admitió que el pequeño suplicio merecía la pena, nunca se había visto tan elegante, hasta el punto de escapársele un guiño a la imagen que la observaba desde su reflejo.

—¿No es un poco indecoroso? —preguntó, tirando hacia arriba del escote.

La criada no estaba acostumbrada a que le pidieran opinión, pero empezaba a conocer a la invitada del conde y se apresuró a responder:

—Yo no lo veo así, milady.

—No me llames milady.

—Como quiera, milady.

Kimberly resopló, era inútil cambiar hábitos aprendidos desde hacía generaciones. Ahuecándose las manos bajo los pechos, se los empujó hacia arriba. ¡Santo Dios! Si respiraba hondo, hasta era posible que se escaparan de su confinamiento. Tiró de la tela, pero el condenado escote se resistía a abandonar su posición. *Sultán* gimió a su lado y ella se agachó para rascarle tras las orejas. Al verse de reojo en el espejo, se irguió como si la hubieran marcado con un hierro al rojo vivo.

—Voy a tener que estar quietecita si no quiero montar un escándalo.

—Se acostumbrará, milady —se echó a reír la doncella.

Cameron entró en ese momento y se quedó mirándola con la boca abierta.

—¡Estás preciosa, tía! —exclamó el niño—. Eres como una princesa.

—¡Vaya! Muchas gracias, cariño. —Su alabanza le llegó a lo más hondo.

—He venido a buscar a *Sultán*. ¿Permites que hoy duerma en mi cuarto?

—Me harías un gran favor si te haces cargo de él esta noche, Cameron.

—Lo cuidaré bien —aseguró el pequeño, tomando al animalillo entre sus brazos—.

Creo que ya me quiere un poco, ¿tú qué piensas, tía?

—Que es difícil no quererte, tesoro.

Lo besó en la coronilla, le recompuso el flequillo y lo instó a abandonar el cuarto. Oyéndolo reír por los lametazos de *Sultán*, se dio cuenta de que Cameron había supuesto un

inesperado regalo del Cielo. Lo quería más a medida que pasaba el tiempo. Significaba una enorme responsabilidad hacerse cargo de un niño, sí, pero lejos de sentirse agobiada, como le sucedió al saber que tenía un sobrino, se alegraba. Era como tener aún un pedacito de Adam. Se le saltaron las lágrimas, pero se esforzó por disimularlas y esbozar una sonrisa. No podía estar siempre sumida en la pena, recordando a su hermano, ahora, sus prioridades eran otras; una de ellas, encontrar a su asesino para entregarlo a la justicia... O hacer justicia por su propia mano. Para eso, era imprescindible que mantuviera la cabeza fría.

Su estancia en Braystone podía proporcionarle información valiosa sobre la vida de Adam en Inglaterra; necesitaba conocer a la gente entre la que se había movido, su círculo de amistades, en qué concepto se le tenía. De momento, ninguno de los personajes que le habían presentado esa misma tarde, la avanzadilla de invitados, dio muestras de haber tenido relación con Adam; todo lo más, habían coincidido en alguna fiesta o en las carreras. Kim no se desmoralizó, presentía que estaba en el lugar más indicado para tratar de desvelar la neblina que cubría la muerte de su hermano.

Lady Alice hizo acto de presencia mientras ella se aplicaba unos ligeros toques de perfume tras las orejas.

—¿No te dije que la señora Bucatti era increíblemente buena? Estás encantadora, Kimberly. —Se acercó al tocador y se pellizcó las mejillas—. Vas a causar furor. Espero acordarme de los nombres de todos los conocidos, sería horrible haber olvidado el título de alguno. ¿Bajamos, querida?

Se cruzaron con la condesa viuda y la vizcondesa en la galería. Ambas alabaron su buen gusto, admirando sinceramente su espléndida figura, a pesar de lo cual Kimberly no las tenía todas consigo, tratando de reafirmarse con miradas disimuladas cuando cruzaban ante un espejo o ventanal, que le devolvían un escote amplísimo, espléndidamente dotado. Intentó relajarse, estaba demasiado nerviosa, pero debía adaptarse a su nueva situación, por más que echara de menos la comodidad de sus sencillos vestidos.

Alcanzaron el salón, donde docenas de personas formaban grupos, charlando ya animadamente. Avanzó indecisa, dejándose llevar por el trío custodio en que se habían convertido las damas, que la flanqueaban como si se tratara de una de las joyas de la Corona.

Kim no fue consciente de la expectación que despertó en la concurrencia, admirando las damas su belleza y los caballeros la exuberancia juvenil que tan elegantemente exhibía. Iba aceptando multitud de presentaciones con las que su tía la incorporaba a un entorno social al que se debía ir adaptando. Al cabo de un rato, comenzó a cansarle la retahíla de títulos y nombres y le dolía la cara de sonreír a todo el mundo.

Las primeras notas musicales fueron como si se hubiera abierto la veda, el aldabonazo para que un nutrido grupo de caballeros se apretujaran a su alrededor para solicitarle un baile.

Kimberly nunca se había encontrado en una situación tan embarazosa. Desconocía cómo eludir el asedio, cómo evitar pretendientes cuyo aspecto le desagradaba o, simplemente, cómo decir no, sin herir sentimientos ni parecer una provinciana. Tampoco era que el baile en sí la atrajera demasiado, estaba incómoda, porque apenas había practicado. Allí, porque acababa de llegar; en Beau Terre, en contadas ocasiones había

asistido a una fiesta, ya que bastante tenía con sacar provecho de la hacienda. Por otro lado, el descaró con que las miradas se detenían en su escote la estaba poniendo frenética.

McPearson se dio cuenta de sus apuros y fue abriéndose paso hacia ella, a veces usando los codos, para hacerse hueco entre la maraña de admiradores. Al verlo, Kim se sintió aliviada... hasta que se percató de que los hermanos Gresham se le acercaban también. No era eso lo que hubiera deseado. Demasiados gallos...

—Lo lamento, caballeros, pero la dama tenía comprometido este baile desde hace días —dijo Tommy, ofreciéndole el brazo.

Se elevó un coro de reproches, pero Kim se aferraba ya al escocés. Una voz a su espalda la hizo volver la cabeza. Lucas Ganford la miraba con una sonrisa en la boca. Estaba guapísimo. Sin dar tiempo a que Amsterdill reaccionara, la rodeó por la cintura y la condujo hacia la pista, dejando al vizconde con un palmo de narices.

—Oiga, Lessenrose...

—Luego, Amsterdill —lo cortó Lucas—. Si no quiere que nos batamos en duelo, el baile es mío.

Hasta Kim llegó el exabrupto que escapó de labios del escocés.

—¿Ése es el modo de competir entre caballeros, milord? —preguntó ella, mirándolo de reojo.

—Lucas, por favor —rogó él—. A su pregunta, debo decir que nos aplicamos con sutileza, tal vez burlando un poco las formas, pero era eso o dejarla a merced de ellos.

—El vizconde ya me había rescatado —sonrió.

—Ya. Pero mi título tiene más peso —respondió moviéndose ya entre los bailarines.

—Es usted un poco fatuo, ¿no cree, señor? —Sabía que él bromeaba y le siguió el juego.

—Lo admito también.

—Entonces, no sé si he hecho bien en aceptar su brazo.

—¡Vamos, querida! Fue su tía quien nos presentó, ¿acaso va a dudar de su buen juicio?

—Empiezo a pensar que debería hacerlo. Además, no resulta adecuado bailar, sigo estando de duelo.

Lucas se rió alegremente. A ella le agradó aquella risa desinhibida y varonil. Ganford desplegaba todo su encanto masculino, de hombre maduro, acostumbrado a desenvolverse con la seguridad que daba el imponer su voluntad.

—Kimberly —se inclinó ligeramente hacia su oído—, estoy enamorado de usted y me he propuesto conquistarla.

En esa ocasión, fue ella la que soltó una carcajada que flotó en el aire. El marqués resultaba muy agradable, con su porte elegante, su seductora sonrisa y su humor cínico.

—Milord, le he escrito ya a mi abogado en Nueva York, él se encargará de transferir los fondos para pagar las deudas de mi hermano —le dijo entre giro y giro.

Ganford clavó sus claros ojos en ella para afirmar muy serio:

—Le canjeo la deuda por todos los bailes de esta noche. Ahora que la tengo entre mis brazos, estaría dispuesto a perder el doble de esa cantidad con tal de mantenerla a mi lado.

—Está usted loco —se rió Kim de la broma.

—Es cierto, loco por usted. Romperé los pagarés en cuanto regrese a mi casa. Lo juro por san Jorge.

Kimberly se estaba divirtiendo tanto con sus chanzas que apenas sentía ya la presión del corpiño. Ganford bailaba tan estupendamente bien, que a ella le resultaba sencillo

seguir los pasos. Por un momento, se acordó de las palabras de Cameron: una princesa en un cuento de hadas.

La pieza finalizó y, al instante, volvió a verse rodeada. Lucas no quiso robarle que fuera la protagonista de la fiesta, y se retiró con una inclinación de cabeza y un guiño. Kim empezó a pensar que no era tan malo mezclarse con la flor y nata de Londres, mientras buscaba una excusa para no elegir una nueva pareja de baile.

No pudo hacerlo. Su mirada se quedó fija en la alta figura de un hombre, al fondo de la pista.

Gresham escuchaba las explicaciones de dos caballeros con aparente interés. Pero no se estaba enterando de nada. Desde que había descubierto a Kimberly bailando con el marqués de Lessenrose, su humor se había avinagrado.

Desde lejos, Kim pudo apreciar su gesto severo. Lo retó sin desviar los ojos de él, calibrándolo del mismo modo en que el conde lo estaba haciendo con ella. Guapísimo, vestido totalmente de oscuro, salvo por la nívea corbata. No se podía engañar a sí misma. Aristócrata o no, con todas las dudas que le suscitaba su persona, lo encontraba arrollador, irresistible.

Le dio la espalda para atender a los galanteos que le llovían, de caballeros que insistían en bailar con ella. Sonreía por doquier, aunque quería volver la cabeza, porque notaba, como algo caliente en su espalda, los ojos del conde de Braystone fijos en ella.

—¿... ahora? —le solicitaba un pipiolo, vestido de llamativos tonos amarillos y anaranjados.

Kim parpadeó e intentó recordar su nombre. ¿Lord Clarmont? ¿Lord Carrington? Decidió no arriesgarse, limitándose a asentir con la cabeza para aceptar luego su brazo, dejando que la condujese a la pista.

Christopher seguía sin enterarse de la conversación que se desarrollaba en torno a él, una crítica a la política exterior que, en esos momentos, le importaba un comino. Su humor no era el mejor, después de regresar de Londres. No lo ayudó nada descubrir a su invitada dejándose ceñir la cintura por Lucas. ¿A él qué demonios le importaba con quién bailaba la belicosa americana? Pero le importaba, sí. Mucho. Lo fastidió darse cuenta de que llevaba mucho rato pendiente de cada uno de sus movimientos. Kimberly Brenton se mostraba encantadora con aquella pandilla de idiotas, Tommy y sus dos hermanos incluidos en el lote.

Musitó una disculpa y se alejó hacia un mostrador de manteles blanquísimos, donde se dispensaban las bebidas. Todo en aquella condenada fiesta le desagradaba, así que necesitaría una buena ración de alcohol antes de dar por buenas las razones por las que sus abuelas habían decidido organizarla y, sobre todo, haberse atrevido a invitar a Lessenrose.



—¡Jesús! —gruñó McPearson a su lado. La botella que acababa de agenciarse le fue arrebatada—. Para hablar con ella voy a tener que batirme con una docena de idiotas. ¿Sabes por qué tus abuelas invitaron a Ganford?

Iba a contestarle con un exabrupto, pero se vio interrumpido por la voz del lacayo, anunciando a otros asistentes al evento:

—¡Lord y lady Basston!

Un apagado rumor recorrió la sala y en Christopher se avivó el impulso de acabar con sus abuelas. China era un estupendo país adonde mandarlas a ambas.

Conocía a Basston desde hacía tiempo. Pero no era en él en quien clavó la mirada, sino en la dama que lo acompañaba, una mujer a la que deseaba tener lo más lejos posible de su vida. Ni más ni menos que Frances Wenswood, la Venus rubia con la que había estado a punto de casarse y a causa de la cual él, Christopher Gresham, había sido objeto de la mofa más vejatoria que se recordaba en Londres en los últimos años.

Por mucho que deseara evaporarse de allí, su condición de anfitrión se lo impedía, de modo que, ateniéndose a la formalidad más exquisita, atravesó el salón para recibir a los invitados.

Walter Brigde palmeó cariñosamente la mano enguantada de su esposa, como si con ese gesto pretendiera darse ánimos ante la figura del conde acercándose a ellos.

A nadie se le pasó por alto la frialdad con la que Gresham daba la bienvenida a la pareja. Tampoco a Kim, que no necesitó que le hablaran de la dama, con los cuchicheos de turno tuvo bastante.

Christopher vio a Frances más delgada, pero reconoció que seguía igual de bonita. Incluso más. Parecía haber florecido, despojada del aire de inseguridad que solía acompañarla.

Walter le estrechó la mano, acomodándose a las circunstancias, al tiempo que, inevitablemente, se les acercaban otros de los presentes.

—No esperaba la invitación, Christopher, pero te lo agradezco.

Dos témpanos grises se clavaron en la cara de Basston. De modo que la zorra de Frances había conseguido cazar a un buen partido. Pensó que el tipo era un imbécil, al cargar con una mujer de su calaña, aunque era posible que ignorara cómo se las gastaba la hembra. Tan modosa, prudente y tímida, todo candor. Virtudes aparentes con las que la arpía de Frances había conseguido pescarlo, sin duda. Desechó tales pensamientos, porque

tenía sus obligaciones como anfitrión, pero entre ellas no estaba pasar por necio.

—La invitación no fue mía, vizconde —enfaticó así la diferencia de sus títulos—, sino de mis abuelas. Excéntricas damas, ¿no le parece?

Basston carraspeó, ligeramente alterado, porque captó los matices de la respuesta, pero no se dejó intimidar demasiado, consciente como era de que la presencia de él y su esposa era el foco de atención inmediato.

—Llegamos de Holanda hace unos días —comentó, para quitar aspereza al encuentro—. Agradeceremos pues personalmente la invitación a lady Agatha y a lady Eleanor en cuanto tengamos oportunidad de saludarlas.

—¿Holanda? —Las cejas oscuras de Gresham formaron un arco perfecto, desplazándose sus ojos hacia la vizcondesa—. Al fin lo conseguiste, ¿no es cierto? Siempre me decías que adorabas ese país, Frances.

Un destello doloroso atravesó el rostro femenino. Chris, que sabía muy bien de su doble cara, nunca le perdonaría haberla sorprendido en un carruaje, dejándose manosear por otro hombre a menos de un mes de casarse con él. Cualquiera otro hubiera creído que era un mohín de arrepentimiento, pero no él.

—Sí —murmuró ella apenas sin voz—. Es una nación preciosa.

—Tienen que contarme acerca de ese lado del mundo —los interrumpió Ganford—. Por supuesto, después de aceptar mis felicitaciones por su casamiento. Ha sido una sorpresa.

Walter, aliviado, apretó con fuerza la mano amistosa que se le tendía.

—Lo imagino. Pero ni Frances ni yo deseábamos una boda multitudinaria y ya conoce usted a mi madre, hubiera hecho lo imposible para que lo fuera. Ahora soy un hombre felizmente casado, si bien es cierto que tuve dudas de que Frances me aceptara después de...

—Disculpen, señores —los interrumpió ella, dándole un ligero apretón en el brazo a su esposo—. Walter, creo que lord Seton te está haciendo señas.

Walter se aturulló, cayendo en la cuenta de la imperdonable falta de tacto que había estado a punto de cometer, pero supo reaccionar excusándose.

—Lord Seton está interesado en adquirir una partida de mis mejores caballos. Les ruego que sepan perdonarnos. ¿Me acompañas, cariño?

—Primero me gustaría cruzar unas palabras con el conde de Braystone, si me concedes un minuto.

Cuando se alejó el marido, el grupo, atendiendo a la cortesía del momento, se fue disgregando a la misma celeridad con que aumentaba el murmullo de las conversaciones.

—¿Puedes concederme ese minuto, por favor?

El rostro de Gresham parecía esculpido en granito.

—A decir verdad, no forma parte del programa de esta noche —respondió brusco.

—¿No vas a sacarme a bailar? Somos el centro de todas las miradas.

—¿Vamos a recordar viejos tiempos? —La ironía era una medicina de la que Christopher se había provisto en grandes dosis.

—¡Por favor! ¡No sabes lo odioso que resultas cuando te pones tan incisivo!

¿Cómo iba a dejarla plantada siendo la diana de tantos pares de ojos? Extendió sus brazos para enlazarla, incorporándose al baile. Frances se movía con una gracia exquisita, casi flotaba siguiendo las notas de la música, una delicia si no fuera porque Chris recordó otras piezas, otros salones y... ¡su traición! Desechó los funestos recuerdos para advertirle:

—El minuto se agota, Frances.

—No es éste el lugar más apropiado para cambiar impresiones. ¿Podríamos ir a tu despacho?

Él recurrió otra vez al tono cáustico:

—Mi reputación me importa un bledo, cariño; si a ti no te importa la tuya...

Ella enrojeció, lo que le permitió darse cuenta de que seguía siendo adorable cuando se ruborizaba. Esperaron a que terminara la pieza y luego salieron, conscientes de que eran seguidos ávidamente por una corte de ojos.

Kimberly enarcó las cejas al oír el comentario de su obligado compañero de baile:

—No me extrañaría que el vizconde de Basston padeciera un descalabro íntimo.

—¿Perdón?

—Quiero decir que Braystone tiene fama de no desaprovechar las oportunidades. Acaba de irse con la que fue su prometida.

—Pero ahora está casada.

—Eso nunca resultó un impedimento para Gresham.

¿Qué demonios le importaba a Kimberly lo que el condenado conde hiciera o dejara de hacer? Sus conquistas no le interesaban en absoluto. Pero por alguna razón, la maliciosa insinuación caló hondo en ella. Al cesar la música, agradeció medio sonriente el baile y se dirigió a la salita de los refrigerios.

Apenas hubo pedido que le sirvieran un poco de ponche, cuando tres manos masculinas le acercaron otras tantas copas. Tommy, James y Darel. ¡Allí estaban de nuevo sus tres paladines! No iba a poder librarse de ellos en toda la noche, pegajosos como moscones. Sin embargo, también estaba allí Ganford, apareciendo por segunda vez a modo de ángel de la guarda.

—Señorita Brenton, nuestro baile, por favor.

Kimberly no desaprovechó la ocasión y se agarró a aquel brazo como a una tabla de salvación.

—¡Condenado sea! —barbotó James.

—¡A éste me lo cargo! —murmuró Darel.

—Tendrás que esperar tu turno, amigo —masculló McPearson, bebiéndose el ponche de un trago.

Frances no sabía dónde esconder las manos.

Ahora reconocía que no había sido buena idea entrar en el despacho de Christopher. Pero tenía la obligación moral de aclarárselo todo, se lo debía, por hacerse él acreedor de las culpas de su ruptura y silenciar lo sucedido aquella lejana y aciaga noche, por mantener el secreto que le hubiera acarreado a ella la deshonra. Sin embargo, ¿cómo iba a hacerlo si él se cubría con una coraza tan reticente y evasiva?

—¿Me has sacado de la fiesta para hacerme perder el tiempo, Frances? Tengo invitados a los que atender.

Ella se llevó las manos a la espalda para que él no viera que le temblaban. Chris siempre consiguió intimidarla y continuaba haciéndolo. Se aclaró la voz y, lo más humildemente que pudo, le pidió que la escuchara.

—Me gustaría explicarte lo que de verdad sucedió aquella noche.

—¿Explicarme?! —replicó él con una ácida carcajada—. ¡Por todos los santos! Sobran las aclaraciones, señora, lo vi todo perfectamente.

A ella se le atascaban las palabras, consciente como era del golpe moral propinado a Chris cuando éste abrió la puerta del carruaje, y el dolor que se reflejó en su cara.

—Me crees una desalmada, ¿verdad? —Le palpitaba el corazón, a punto de echarse a llorar—. Piensas que soy una mujer sin principios ni moral, una perdida.

—No pongas esas palabras en mi boca, cariño.

—Lo piensas. ¡Admítelo!

—¿Qué puede creer un hombre que sorprende a su futura esposa revolcándose en una calea con otro, señora mía?

—¡Tuve que hacerlo! —gritó ella, con las lágrimas resbalando ya sin control por sus mejillas—. ¿No lo entiendes?

Chris se esforzó por mantener la calma. Sacó un pañuelo y se lo tendió de mala gana, para darle luego la espalda, camino de la puerta. Frances lo impidió, interponiéndose y sujetándolo de la chaqueta.

—¡Mírame! —le exigió—. Nunca podría haber roto nuestro compromiso, Christopher, mi tío no lo hubiera permitido. Él deseaba, más que nada en el mundo, verme casada con el poderoso y omnipotente conde de Braystone. Habríamos arruinado nuestra vida de habernos casado —se explayó de un tirón—. Tú sólo veías en mí la esposa adecuada, pero no estabas enamorado y yo lo estaba de Walter. Lo he estado siempre, desde que era una niña.

Gresham encajó sus palabras como una confesión en toda regla, a pesar de lo cual no fue nada condescendiente.

—Por eso decidiste que lo mejor era convertirme en un cornudo.

—¡Oh, maldito seas, Chris! Fue lo único que se me ocurrió, estaba desesperada. Te apreciaba de veras, pero no podía casarme contigo amando a Walter. —Se alejó un poco para no llorar ante él, pero todo su cuerpo se convulsionaba en agitados sollozos.

La coraza con la que Chris se cubría comenzó a resquebrajarse.

—Deja de lamentarte. Tienes lo que querías y yo sigo siendo un hombre libre, quizá hasta tenga que estarte agradecido.

—Los tres hubiéramos sido desgraciados, Chris. —Se volvió a mirarlo implorante—. Nunca he sido valiente, lo sabes, de otro modo me hubiera decidido a confesarte la verdad. Me faltó el coraje, lo lamento. Lo he lamentado desde entonces.

—Y te pareció lo más acertado acostarte con ese tipejo. Buena canallada, Frances.

—¡No pasó nada, te lo juro! —se defendió la muchacha con vehemencia—. Ni siquiera me tocó. —Le subió una llamarada de calor al rostro—. Te lo puedo demostrar. Ese hombre era John Mekerly.

—¿Mekerly? ¿El actor? Peor me lo pones.

—Para él sólo se trató de un trabajo más. Conociendo tu fama, me costó convencerlo. Te estábamos esperando, todo estaba preparado. ¿Cómo crees que se me hubiera ocurrido citarnos en el parque a esas horas, cuando había quedado contigo? No tiene sentido, a menos que una razón de peso me impulsara a semejante desatino. ¿Lo entiendes ahora? ¿Lo entiendes? ¡Tenía que hacer algo para romper nuestro compromiso, Chris!

Gresham no sabía qué decir, quería seguir dudando, pero sus diques se desmoronaban por la fuerza de sus argumentos. Estaba furioso a la vez que sereno y desencantado, porque ya no tenía motivos para odiarla. Frances debía de haber estado loca para montar aquella

farsa. ¿Y si él hubiera retado al que creía su rival? Recordó que sintió unas ganas enfermizas de acabar con él allí mismo, en el coche.

Ella lo miraba anhelante, esperando que rompiera su silencio.

Deshaciendo la tensión, Gresham suspiró y enjugó las mejillas de Frances con los pulgares. Hacía meses que la amargura había sido su desayuno, comida y cena. Había levantado un muro para protegerse del escarnio, como el petulante macho que creía haber sido engañado. Y ahora, de pronto, ella le explicaba que sólo se había tratado de un anzuelo que él había mordido como carnaza.

No sabía si echarse a reír o mandarla al infierno.

—¿Podrás perdonarme alguna vez, Chris?

—Si no lo hiciera así tendríamos que batirnos en duelo —se oyó la voz de Walter desde la puerta.

Frances corrió hacia su esposo, que le pasó un brazo protector sobre los hombros, pegándola a su costado.

—¿Cuánto tiempo hace que estás ahí, escuchando?

—El suficiente. Ella quería contártelo y yo estuve de acuerdo, por eso os he dejado solos. Pero no voy a permitir que siga humillándose.

—Ya veo.

—Supongo que, dadas las circunstancias, también yo debería darte las gracias por asumir la carga de haber roto el compromiso y guardar silencio sobre lo sucedido.

—No es necesario —respondió Christopher—. Olvídalo.

—Gresham... —Walter soltó a su esposa y dio un paso hacia su anfitrión; abría y cerraba las manos, como si buscara las palabras adecuadas—. Frances y yo nos amamos, ella es lo mejor que me ha pasado en la vida. Sé que debería haberlo hecho de otra manera, haber hablado clara y directamente con...

—¿Por qué no lo hiciste tú? —lo interrumpió—. Se supone que éramos amigos.

—¡Porque ya había renunciado a ella! No podía competir con tu título ni con la fijación de su tío. No tenía ni idea de que Frances había planeado algo tan... tan insensato. Juro que, cuando me lo contó, se lo recriminé en el acto. Le hubiera retorcido el cuello.

—Yo estoy pensando en hacerlo ahora, se lo merece. ¿Sabes el peligro que corriste, Frances? ¡Maldita sea, mujer! Te dejé allí, sola, con tu amante de pega. ¿Qué hubiera pasado si ese sujeto hubiera decidido aprovecharse de la situación?

Frances se echó a reír, algo más calmada; Walter se limitó a hacer una mueca.

—No hubiera pasado nada en absoluto. A Mekerly no le interesan las mujeres. En absoluto —enfaticó—. ¡Oh, vamos, Chris! No seas obtuso. ¿Pensabas que iba a correr ese riesgo? Tengo un cerebro que funciona muy bien.

Poco tenía que decir ya. Aceptar lo irremediable era lo propio de una actitud noble. Por ello, Gresham no tuvo inconveniente en palmear el hombro del vizconde, dando el asunto por zanjado.

—Basston, mi más sentido pésame, te has casado con una bruja. Pero os deseo lo mejor —aseguró, antes de salir del despacho.



Mediada la noche, Tommy, James y Darel habían conseguido, por fin, acercarse a Kimberly. Para penitencia de Christopher, muchos caballeros mariposeaban en torno a ella, atrapados en la gracia juvenil de la americana, aunque la joven se resistía a conceder más bailes de los que creía prudentes.

Los músicos se tomaron un descanso y comenzaron a formarse corrillos. Kimberly se unió a unas damas, aprovechando que hablaban de uno de sus temas preferidos: una carrera.

—Creo que se han apuntado casi todos los jóvenes —aseguraba una de ellas.

—¿Cuándo se llevará a cabo, señoras? —preguntó discretamente.

—La carrera forma parte del programa de entretenimiento que lady Agatha ha planeado para mañana.

—¡Qué interesante! Me encantaría participar.

—Pero ¡querida! Es competición únicamente para caballeros —atajó una matrona, vestida con una creación verde, excesivamente chillona, que no la favorecía en absoluto.

—¿Quiere usted decir, señora, que se trata de una carrera exclusiva para arrogantes varones?

—¿Arrogantes...? No comprendo...

—En Inglaterra, las mujeres también montan, ¿no es cierto? ¿Por qué la competición es sólo para hombres?

Ninguna de las mujeres supo qué responder, hasta que una se decidió:

—Es la tradición, se ha hecho así desde siempre.

—Obsoleta tradición, entonces. Las mujeres deberíamos dar un paso adelante, reclamando cierta igualdad.

—No voy a negarlo. Pero los caballeros no verían con buenos ojos que una dama se arriesgase a participar. Le aseguro que se trata de una prueba en la que se rivaliza sin concesiones y donde, con frecuencia, se producen caídas no exentas de fracturas o lesiones graves.

Kim no dudaba de ello, pero no se dejó convencer, porque le apetecía medirse con los jinetes ingleses. Sobre todo, volver a hacer morder el polvo a Gresham, que sin duda correría al día siguiente, como anfitrión que era.

Christopher, como si hubiera adivinado que los pensamientos de la joven lo incluían, se acercó al grupo.

—Señoras... —saludó e inclinó la cabeza hacia Kim—, están secuestrando a mi

invitada americana.

—Nada más lejos, milord. Pretendíamos hacerle ver que la carrera de mañana no es un deporte femenino —se apresuró a explicar una de las damas.

—Le aseguro, lady Marvall, que ella es una magnífica amazona.

—No lo pongo en duda, pero...

Kim no replicó, porque la mano del conde en su cintura la distrajo.

—Usted, milady, debería haberla visto dominar un caballo —respondió Gresham—. De todos modos, para su tranquilidad, le aseguro que no se permitirá que la señorita Brenton arriesgue su linda figura.

—Me quita un peso de encima, milord.

Kim esperó hasta que el grupo se alejó, presta a presentar batalla, exponiendo su punto de vista. A medida que lo miraba, su beligerancia disminuía. Era guapo, el condenado. Muy guapo. Se dio cuenta de que sus pensamientos tomaban caminos erráticos teniéndolo cerca. Gresham poseía un halo seductor que atrapaba, no era extraño que el género femenino allí presente no le quitara los ojos de encima. No le cabía duda de que podía conseguir a cualquier mujer y, sin embargo, si no se equivocaba, tan sólo había bailado una pieza con aquella rubia sosa que acompañaba al vizconde de turno, con aspecto de mosquita muerta. Si eran ciertos los comentarios, incluso habían estado prometidos. Sí, lo reconocía, no lo había perdido de vista durante la velada, aunque no se sentía orgullosa de ello.

—Agradezco su intervención, milord, por más que no era necesaria. Sé muy bien cómo defenderme sola.

Christopher se limitó a contemplar su cara de ojos chispeantes, preciosa toda ella, altiva y ligeramente acalorada, así que se propuso zaherirla un poco.

—En realidad, trataba de proteger a lady Marvall. Me ha parecido que estaba usted a punto de saltar sobre ella.

—Es usted todo un adalid. Apresúrese con esa dama y pídale un baile cuanto antes.

—Ella no me interesa en absoluto. Usted, sí, aunque todavía no entiendo por qué. Y la pieza se la pido a usted, en calidad de anfitrión debo de tener algún privilegio.

—¿Otra de sus arcaicas tradiciones inglesas? Pues lo lamento, milord, estoy agotada y sería de mal gusto bailar más en mi situación. —Le dio la espalda.

Los ojos de Chris se pasearon por su nuca y se demoraron en los rizos oscuros que le caían sobre la cremosa piel de un hombro. Incluyó levemente el cuerpo para hablarle al oído... y se encontró absorto en la turgencia de su escote. Le costó articular palabra, embebido como estaba en disfrutar de la dichosa contemplación de un busto pequeño, altivo, exquisitamente perfecto, maravillosamente apetecible. Por un momento, estuvo tentado de rodearle el talle y pegarla a su cuerpo, pero se contuvo. ¿Qué le pasaba con aquella mujer? Kimberly Brenton lo irritaba y excitaba a partes iguales, acaparaba su atención sin proponérselo. Lo provocaba. Lo hacía, maldita fuera.

—Un paseo por el jardín nos relajaría a ambos, ¿no cree?

La mirada que Kim le dedicó rezumaba ironía.

—¿No teme resfriarse, milord? Diría yo que es más propenso a las excursiones de interior —se aventuró, punzante, refiriéndose a su ausencia acompañado de Frances.

—¿Acaso me ha estado espiando?

—¡No diga tonterías! Todo el mundo lo ha visto salir con esa mujer, señor mío —contraatacó, sin poder evitar echar un poco más de leña al fuego—, aunque no ha tardado mucho en regresar. ¿Qué ha pasado? ¿Ha rechazado ella sus galanteos? ¿O acaso su marido

se ha presentado de manera inoportuna?

A Christopher se le frunció el cejo una décima de segundo. ¿Así que ésas tenían?

—¿Celosa? —la provocó.

De haber sido otras las circunstancias, a Kimberly le hubiera gustado replicarle con contundencia, pero no era el caso, tenía que pensar en su tía y en Cameron, a quienes no iba a dejar en mal lugar. ¡Fatuo engreído!, pensó, para preguntarse a continuación si no habría algo de cierto en su indirecta, porque era verdad que le había desgarrado verlo desaparecer con su antigua prometida. Mil mariposas revolotearon en su estómago muy a su pesar, porque sabía que se estaba burlando de ella. Cuadró los hombros, carraspeó y respondió con notoria acritud:

—Por mí, Braystone, puede usted seducir a un camello, si es su gusto. Cuanto más ocupado esté, menos tendré que soportarlo.

—Me temo que no le quedará más remedio, señorita, mis abuelas me han informado que permanecerán en Braystone Castle todavía algunos días.

—Sí, han sido muy amables. Parece que ellas y mi tía tienen mucho de que hablar. Particularmente, no me apetece en absoluto tener que cruzarme con usted a cada paso, pero supongo que no hay más remedio, puesto que es su casa. Espero que *Sultán* no lo incordie demasiado.

—Mientras no vuelva a tirarme al estanque, olvidaré que existe el chucho.

Kim optó por morderse la lengua, por el momento.

—Y ahora, señorita Brenton —continuó Chris—, vayamos a la pista, nuestro baile espera.

—¿Acaso sufre usted del oído, o no me ha entendido?

—Lo hará, si no quiere que arme un escándalo arrastrándola conmigo.

Entonces sí se volvió, confundida, para ver si hablaba en serio. ¿Sería capaz de...? La expresión de Gresham decía que sí, que lo era, de eso y de mucho más. Estuvo tentada de liarse la manta a la cabeza y seguirle el juego, a fin de cuentas, ella era una desconocida, un altercado lo perjudicaría mucho más a él, al poner en entredicho la hospitalidad de la mansión. Pero no. Había otras personas por medio, no sería justo pagarles a lady Agatha y lady Eleanor su afectuosa acogida con un alboroto que cebaría las habladurías durante meses. Por desgracia para ella y por suerte para él, tenía demasiados flancos que proteger y ciertas normas a las que atenerse, aunque le hubiera gustado poner en su sitio a aquel relamido aristócrata.

—Está bien, milord, si es tanto su interés.

Tan pronto como comenzó a sonar la música, con la mano de Christopher en su cintura, su enojo fue dando paso al nerviosismo. No tendría que haber cedido, debería haber esgrimido cualquier excusa para retirarse. Incluso haber fingido un desvanecimiento; algunas damas lo hacían si la ocasión lo requería. Ya era tarde para echarse atrás.

Gresham se movía con una gracia envidiable, sin apartar los ojos de ella. Intentó mostrarse fría, distante, poco dispuesta para él, pero el contacto de sus dedos, acariciando su cintura como al descuido, se lo dificultaba en extremo.

Christopher seguía los compases, pero su mente estaba a mucha distancia de allí, imaginando a Kimberly con el cabello suelto, tendida sobre la pequeña playa de la cala, desnuda como una diosa, dejándose acariciar por los rayos del sol. Dio gracias al Cielo por poder disimular a tiempo la evidencia de su excitación, activada por tan paradisíaco ensueño. Una señal de alerta rondaba su cabeza desde que ella llegó, agudizándose ahora: Kim empezaba a colarse en su vida.

La música cesó y Lessenrose se apresuró a pedirle a la joven un nuevo turno de baile, aun siendo consciente de la incorrección de que un mismo caballero solicitara varios a la misma dama. A Chris lo asaltaron unos deseos asesinos hacia el marqués, porque ella aceptó de buena gana. A pesar de ello, él le agradeció con una reverencia la pieza de que habían disfrutado, y dejó el campo libre. Necesitaba una copa.

Kimberly, lejos de sentirse liberada, se encontró echando de menos su contacto, su sutil presencia.

—Le aconsejaría máxima precaución, querida —oyó que la advertía Lucas.

—¿Cómo dice, milord?

—A Braystone no lo precede muy buena fama —comentó, conduciéndola con un hábil giro—. Ya me entiende.

—Pues, no. No le entiendo.

—Me refiero a sus conquistas.

—¡Ah!

—Además... Me sentiría más tranquilo sabiéndola en Teriwood Manor.

—No entiendo el motivo, señor.

Lucas dudaba en confiarse a ella, apenas se conocían y no era quién para indicarle el camino que seguir, pero la preocupación por la seguridad de la joven lo empujaba a ponerla sobre aviso.

—Sé que puede parecer una intrusión por mi parte, pero le pediría que se mantuviera alejada de todo hasta que... —Vaciló, sin encontrar las palabras.

—Continúe —lo instigó ella, cada vez más extrañada.

—Hasta que consiga saber más acerca de la muerte de su hermano.

A Kim se le trabaron los pies entre los de su pareja, pero sus ojos volaron hacia los de él.

—¿Qué sabe de ese asunto?

—No puedo decirle nada de momento, pero tengo la sensación de que usted y yo mantenemos muchas reservas respecto al triste suceso.

—La versión oficial es que mi hermano se suicidó.

—Totalmente descabellado. ¿Qué motivos podían inducirlo a semejante insensatez? Era joven, con toda la vida por delante, además del impulso que suponía educar y preparar el futuro de su recién hallado heredero.

—La deuda contraída, tal vez.

—De ninguna manera —negó Lessenrose enfáticamente—. Yo estaba dispuesto a darle todo el tiempo que hiciera falta para devolverme ese dinero, sin contar con el interés del que le hablé, a propósito de comprar parte de las tierras de Teriwood Manor para frenar el poder de Gresham, de manera que teníamos cumplido margen para haber llegado a un acuerdo.

Kimberly estaba perdiendo el ritmo de los pasos. El salón al completo no era más que un borrón que pasaba raudo en cada giro, las voces se difuminaban y en su mente sólo imaginaba a Adam cayendo, cayendo, cayendo en la profundidad del abismo marino.

—¿Insinúa que lord Gresham tiene algo que ver en todo esto, señor?

—Lo único que puedo adelantarle es que sé que tuvieron una fuerte discusión pocos días antes.

¿Adam había reñido con Gresham? ¿Por qué causa? Su hermano era de temperamento tranquilo, poco propenso a enfrentamientos. Christopher, sin embargo, sí aparentaba una actitud mucho más beligerante, hasta podría encajar en la cubierta de un

barco de bucaneros, ella misma había comprobado su carácter altivo y su humor levantisco. Ganford, con sus comentarios, no hacía más que ponerla sobre aviso, y se lo agradecía profundamente.

—Milord, ¿está insinuando que el conde pudo tener motivos para matar a mi hermano?

En esa ocasión, fue Ganford quien se tropezó, muy a su pesar. Retomó el compás con cierta torpeza, ajustando su mano derecha con más calor a la cintura de la joven.

—¡Por supuesto que no! —contestó a la defensiva—. ¿De dónde ha sacado esa idea? Me ha malinterpretado, sin duda. Sólo pretendo exponerle que veo muchas zonas oscuras.

—Entonces, explíquese, mi señor —le pidió.

Las notas murieron y las parejas fueron abandonando la pista. Ganford pudo captar el movimiento de varios caballeros caminando en dirección a ellos, seguramente para solicitarle turno de baile a la muchacha. La tomó del talle y la condujo hacia la salida que daba a los jardines. Caminaron un tramo para alejarse de oídos indiscretos, Kim aguardando lo que él iba a decirle y él pensando en el modo más adecuado de hacerlo.

—Antes de contarle nada, debo tener su promesa de que no se lo repetirá a nadie. A nadie, ni siquiera a ese amigo suyo, el señor Bart.

—La tiene —aceptó Kim sin dudar.

Le interesaba conocer lo que Lessenrose sabía, luego ya vería si hacía honor a su palabra o no, porque con Julius nunca había tenido secretos.

—Su hermano frecuentaba algunos lugares poco recomendables —empezó diciendo Lucas—. Garitos por los que se pasea la peor gente, contrabandistas, ladrones y asesinos.

—Sé que no era un dechado de virtudes.

—Lo que quiero decir es que en esos ambientes es posible que Adam viera u oyera algo inconveniente. Estoy investigando por mi cuenta sus últimos movimientos, pero no quiero que nadie interfiera. Me muevo mejor solo, porque conozco el terreno.

Kim se preguntaba si debía creerle, si era sincero o trataba de embaucarla. Así que también Ganford se movía bien en ese ambiente donde medraba lo peor de la sociedad. Razón de más para seguir confiando en él, porque el caso era que parecía preocupado y franco.

—¿Por qué ese interés, milord?

—Porque apreciaba a su hermano, además de albergar serias dudas acerca de su muerte.

Kim asintió. Si realmente el marqués era amigo de Adam, como había dicho desde el principio, comprendía los motivos que podían moverlo. ¿Acaso ella no pretendía llegar al fondo del asunto por su cuenta? Era evidente que si seguían dos frentes de investigación, sería más fácil hallar respuestas que los llevaran a esclarecer los hechos, así que no puso inconvenientes.

—¿Me mantendrá al tanto de sus pesquisas?

—Lo haré, se lo prometo. Y ahora, regresemos al salón, no quisiera que la lengua desatada de alguna matrona la colocara en su punto de mira.

—Vaya usted, a mí me gustaría quedarme un momento a solas.

Ganford se encaminaba ya a la escalera cuando Kim insistió, necesitada de respuestas.

—¿Cree de verdad, milord, que Gresham puede estar implicado?

Él se dio la vuelta tan de prisa que un mechón de pelo le cayó sobre los ojos. Se lo echó hacia atrás, se pasó varias veces el dedo índice por una ceja y contestó:

—Aunque así fuera, la simple sospecha no puede socavar la credibilidad de nadie. Yo sólo digo que el conde de Braystone frecuenta esos mismos garitos. Y si sabe algo, me propongo averiguar qué es.



Kim necesitaba aislarse, pensar un poco. Siguió el camino flanqueado de setos y se internó en el laberinto hasta toparse con un banco. Allí se sentó al abrigo de la oscuridad, que sólo hendía el reflejo de la luna, y a donde la música llegaba diluida como la cadencia de un murmullo apagado.

Elevó los ojos a un cielo que festejaba la noche luciendo una miríada de estrellas que centelleaban en un firmamento aterciopelado y negro. Se le escapó un sollozo al recordar al Adam de su niñez, que le enseñó el nombre de muchas de ellas. No, el dolor por la pérdida de su hermano no había remitido, continuaba allí, lastimándola, desgarrándola por dentro. Ahora se maldecía por su negativa a volver con él a Inglaterra tras la muerte de sus padres. Adam se lo había pedido, pero ella no quiso ceder un palmo, dispuesta a sacar Beau Terre adelante. Qué estúpida había sido al desaprovechar un tiempo que se les había escurrido sin poder estar juntos. Lamentarlo ya no servía de nada, y lo sabía, pero la losa de su ausencia le seguía pesando.

Se secó los ojos con las palmas de las manos. ¿Por qué el destino la había elegido a ella para seguir respirando mientras Adam yacía en la fría tumba del océano? Ni siquiera le quedaba el consuelo de haber podido sepultar su cuerpo, hecho que no dejaba de angustiarla; oía la voz de su hermano despertándola en sueños agitados recriminándose.

Le llegó un coro de risas lejanas, haciendo que se sintiera aún más desgraciada. El mundo seguía adelante, sí, pero sin Adam, y sobre ella recaía el peso notorio de responsabilidades que, a pesar de su aparente fuerza de carácter, no sabía cómo afrontar. ¿Qué iba a hacer con tía Alice? Llevársela a Beau Terre, lejos de todo lo que conocía, de sus amistades, del ambiente donde vivía, la destrozaría. ¿Cómo iba a cuidar de Cameron? Tampoco a él podía apartarlo de su lugar en el mundo, ahora que era un heredero. Y, lo que era peor, no sabía hasta dónde iba a llegar con sus pesquisas, porque a la atracción que Christopher Gresham ejercía sobre ella desde que lo conocía, se añadían ahora las sospechosas confianzas de Lucas Ganford. ¿Tendría realmente Christopher algo que ver con la muerte de Adam? ¿Podría estar implicado de algún modo?

—¿Se encuentra bien, señorita Brenton?

Dio un respingo al reconocer la voz que irrumpió en sus pensamientos y sus ojos barrieron el sendero, buscándolo. Percibió su silueta entre las sombras.

Christopher se le acercó: un rostro moreno parcialmente velado por la oscuridad, varonil, atractivo, de ojos plateados e hipnóticos y boca sensual. ¿Estaba viendo la cara de

un honorable aristócrata o la de un asesino? ¿Podía interesarse por un hombre al que apenas conocía de nada? Y si estaba relacionado de alguna forma con la muerte de Adam, ¿debía avergonzarse por la atracción que sentía por él? Las preguntas sin respuesta y la sombra de la duda le estaban provocando una horrible jaqueca.

Se secó de las mejillas las lágrimas derramadas y se puso en pie, dispuesta a regresar al salón. El conde se lo impidió tomándola de la muñeca, y pidiéndole con la mirada que volviera a sentarse.

Gresham había escapado de la fiesta, azuzado por el escozor de que cualquier hombre que bailara con ella le resultaba antipático, incluso lo molestaban las atenciones de sus hermanos y de su amigo Tommy. La proximidad de Lessenrose había sido la puntilla. ¿A quién pretendía engañar? En realidad, estaba huyendo de Kimberly, porque la conclusión a la que llegaba la situaba a ella como causante de su mal humor.

Al verla pasear con Lucas se negó a continuar en el jardín, donde se había refugiado con una copa, pero rectificó tras la corta conversación de la que fue testigo entre los dos. Después, ella se había quedado sola y Christopher clavado al suelo, sin decidirse a acercarse o marcharse también.

Ahora, teniéndola tan cerca, mirándola con interesada expectación a expensas de ella, sabía que no quería dejarla ir. ¿Dónde estaba su autodominio, del que siempre había hecho gala? La necesidad de estrecharla en sus brazos era más fuerte que él. Tomó el rostro lloroso de Kim entre sus manos y, muy despacio, como pidiendo permiso, acercó su boca a la suya. Se detuvo en el último instante.

Ella se debatía en un mar de contradicciones. Gresham la atraía, había estado a punto de besarla. ¿Quería ella que lo hiciera? ¿Su modo arisco de tratarlo no era, tal vez, un vano intento de engañarse a sí misma, de protegerse de él?

Pero aparte del lazo afectivo, la desconfianza respecto al conde gravitaba sobre ella, tan ponzoñosa como dardos que se clavaran en su alma.

Era imperioso que eliminara cualquier recelo para decidir si lo que sentía por Christopher era la simple atracción física de una mujer joven por un hombre fascinante. Por un segundo, le hubiera gustado presionar sus labios sobre los suyos, sólo por un segundo, parapeándose de inmediato tras el muro de frialdad que se había construido. Chris, que supo captarlo, la acercó más a él y susurró:

—No llores, preciosa, o me romperás el alma.

Con las cabezas casi unidas y la respiración acelerada, los ojos de Gresham traslucían un anhelo tan intenso que entibiaba sus rostros. Él deseaba besarla, lo deseaba más que nada y Kim fue consciente de ello, pero tras una caricia tierna y demorada, Chris se separó.

—Espero que Ganford no haya sido la causa...

—No es nada. —Se alisó nerviosamente la falda, sin saber qué hacer con las manos—. Me he acordado de mi hermano, eso es todo. Lo siento, no suelo comportarme así, ya ha pasado.

Christopher se dio por satisfecho. No era el momento de prevenirla sobre el marqués, ella muy bien podría pensar que lo hacía por egoísmo, pero se juró protegerla de aquel hombre si, como temía, intentaba acercársele más de lo prudente. El sentimiento de protección hacia Kimberly lo aturdía, era nuevo para él. Pero aún lo dejaba más indefenso la necesidad recién nacida de estar a su lado a cada instante. La ironía de sus palabras o sus cortantes respuestas habían pasado a ser, en pocos días, el arrullo de una voz que necesitaba oír.

El cielo estalló en mil colores al inicio de los fuegos artificiales, haciéndolos volver a

la realidad a ambos. Hasta ellos llegaron exclamaciones admirativas, ahora más próximas, ya que los invitados se esparcían por los jardines para disfrutar mejor de los fuegos, lejos de las luces de la mansión.

Gresham recobró el sentido común. No podían encontrarlos allí, tenía que salvaguardar el honor de la muchacha. No había sucedido nada, pero la soltura de ciertas lenguas podía convertir un simple paseo en algo malicioso. Se puso en pie tendiéndole la mano.

Kimberly llegó a la misma conclusión que él, porque lo siguió sin una pregunta, dejándose guiar hacia el interior del laberinto. Mientras los demás disfrutaban del espectáculo, ellos atravesaron varios senderos para acabar saliendo por el otro extremo, a espaldas del grueso de invitados, pendientes del cielo.

—Únete a ellos. Nadie notará tu ausencia.

Sin una palabra, Kim hizo lo que él le pedía. En su fuero interno, deseaba que el preludio vivido se hubiera intensificado, pero la sensatez se imponía. Se mezcló entre los demás hasta encontrar a su tía, de cuyo brazo se tomó.

—¡Ah, querida, estás aquí! Creía que te ibas a perder los fuegos artificiales. Espectaculares, ¿verdad? Han sido idea de Eleanor.

—Son preciosos —convino, intentando divisar entre las sombras la figura del conde. Había desaparecido.

Christopher se desentendió un momento de la velada, escabulléndose hacia la soledad de su cuarto. Necesitaba un respiro antes de seguir atendiendo a los invitados y a conversaciones que no le interesaban. Numerosas incógnitas bailaban en su cabeza mientras atravesaba la galería a largos pasos. ¿Qué diablos le estaba sucediendo? Lo había asaltado un deseo incontenible de quedarse con Kimberly en el laberinto y habría jurado que ella le hubiera respondido de haberla besado. Sí. No había sido una alucinación. Maldijo mil veces, porque ya no estaba seguro de nada.

En sus dependencias, Mortimer todavía se afanaba, trajinando en el armario de sus trajes a pesar de lo tardío de la hora.

—¿Se retira ya, milord? ¿No es un poco temprano?

Él sólo se encogió de hombros.

—¿Puedo preguntarle a milord qué le ha ocurrido en esta ocasión?

Christopher siguió el mentón de Mortimer, que señalaba su chaqueta de raso. Sólo entonces se percató del desgarró en una manga, probablemente enganchada en alguna rama mientras se alejaban del laberinto. Se la quitó de dos sacudidas, arrojándola sobre la cama.

—Ha debido de ser el ramaje de los jardines.

—Ya veo, milord —asintió, entregándole otra del armario—. ¿Resulta muy aventurado deducir que en compañía de la señorita americana? Lo digo —atajó, anticipándose a la respuesta de su joven señor—, porque se está convirtiendo en habitual que su ropa no salga bien parada cuando esa dama está cerca, milord. Tal vez deberíamos llamar al señor Hobson, su sastre.

—Muérdete la lengua, Ladislaus —le recriminó, vistiéndose de nuevo y abandonando la habitación para regresar al salón.



El día siguiente amaneció ligeramente nublado pero sin visos de que fuera a llover, lo que hubiera deslucido la competición.

Después de un frugal desayuno, Kim dedicó algo de tiempo a charlar con Cameron y hacerle ver que no podía estar constantemente pidiendo a los sirvientes que jugaran con él al escondite o a buscar al malvado pirata Jack de sus sueños infantiles, como le habían comentado. Comprendía, sin embargo, que Braystone Castle fuera para él como un castillo de cuento, con tantas galerías y habitaciones. El niño le prometió olvidarse del capitán Jack por el momento, que ya era algo.

Cuando llegó al lugar donde se congregaban la mayoría de los invitados, acompañada de su tía y de Julius, varios criados pasaban entre ellos, ofreciendo pastas y té caliente para amenizar la espera y combatir el fresco de la mañana. James y Darel los vieron y se acercaron a saludarlos. A ambos se los veía impecables.

—Esperamos que disfruten de la carrera.

Lady Alice les aseguró que así sería y se alejó para saludar a una dama; Bart les deseó suerte y aprovechó para ir a echar un vistazo a los formidables caballos, alguno de los cuales pifaba, presintiendo tal vez el ambiente competitivo.

—Disfrutaría mucho más si fuera uno de los participantes —dijo Kim.

—He oído por ahí —comentó Darel con una sonrisa pícaro bailando en sus labios—, que anoche casi le arrancó el moño a lady Marvall.

—A punto estuve. —Se echó a reír ella también—. Como suele decirse, se salvó por la campana.

—La campana fue nuestro hermano.

—Algo así. —Al recordar su encuentro de la noche anterior, cambió su expresión, menos relajada de lo habitual, porque la cercanía del conde en el jardín le había alterado el sueño.

—No es mal chico —concluyó James, inclinándose hacia ella con descaro para aspirar cómicamente el aroma floral que despedía—, pero le gusta meterse siempre donde no lo llaman. Por el buen nombre de los Gresham y todo eso, ya sabe.

—Es posible que así sea —dijo una voz que los hizo volverse a los tres—. Lo cierto es que vosotros dos ya enlodáis el apellido de la familia lo suficiente.

—¡Félix! —exclamaron los dos jóvenes a un tiempo, estrechando la mano del recién llegado.

—¿Dónde te has metido estos días? ¿Tal vez tratabas de escapar de Rufus?

—Rufus es un bandido y vosotros dos bribones. No creáis que su última broma me hizo mucha gracia.

—Reconoce que sin él, Londres sería bastante más aburrido.

—Vosotros sabíais lo que me preparaba.

—Es verdad, pero te juro que verte rebozado en plumas era lo último que esperábamos —se carcajeó Darel, uniéndosele su hermano.

A Kim le gustaba el juego que se traían los tres. Los Gresham eran unos bribones encantadores y el otro, algo mayor que ellos, un hombre guapísimo al que no le faltaba el sentido del humor, a tenor de cómo encajaba los piques. Era alto, vestía con elegancia, llevaba el cabello claro un poco largo, fuera de moda, predominando en él unos ojos profundos que parecían observarlo todo. Tuvo la sensación de conocerlo.

—¿No váis a presentarme? —preguntó, fijando su atención en ella.

—Ni lo sueñes —teatralizó James.

—Lo suscribo —le advirtió Darel.

—En ese caso, lo haré yo mismo. Félix Lekker, a su servicio, milady.

Ella le tendió la mano, que fue atrapada por unos dedos largos y enérgicos.

—Kimberly Brenton. Encantada, señor.

—¿Brenton?

—Es la hermana del vizconde de Teriwood, Félix —le aclaró Darel—. Nuestra invitada por tiempo indefinido.

—Tendré que mudarme también yo a Braystone Castle —comentó el hombre, sonriente. Luego, su atractivo rostro se puso serio—. Déjeme expresarle mi más sentido pésame.

—Gracias, señor Lekker.

Los Gresham, percatándose de que la expresión de la muchacha se había ensombrecido, empezaron a hablar a un tiempo, haciendo burla de nuevo a su amigo hasta conseguir devolverle la sonrisa.

Aquellos dos no se tomaban nada en serio, pero sus chispeantes comentarios no dejaban de animarla, pensó Kimberly.

—¿Vas a competir, Félix?

—Eso pretendo. Tenía asuntos que atender en Londres, por eso no acepté la invitación a la velada de anoche, pero no he podido resistir la tentación de la carrera.

—¡Vaya por Dios!

—¡Se fastidió el invento!

—Era demasiada suerte.

—Demasiada.

—Vamos, muchachos, no iréis a decir ahora que me tenéis miedo, ¿verdad?

—Sueñas despierto, amigo.

—No deberías beber a hora tan temprana.

Kim reía ya abiertamente cuando un clarín llamó a los competidores a sus puestos. Hubo un revuelo general, las conversaciones se animaron e incluso se cruzaron apuestas. James le hizo una inclinación de cabeza, Darel le tiró un beso con los labios y ambos se dirigieron a sus caballos. Lekker, por su parte, se limitó a decir:

—Apueste por mí, señorita Brenton. Pienso ganar.

—Eso será si mi caballo se queda cojo, Félix —lo provocó Tommy McPearson, apareciendo de súbito. Tomó la mano de Kim y se la besó—. No me pierda de vista,

princesa, el trofeo será para usted. Te veré después de la carrera, Lekker.

Ella lo siguió con la mirada hasta que se reunió con los hermanos Gresham. Desde la distancia, Darel volvió a enviarle un beso, James se llevó la mano al corazón poniendo los ojos en blanco y Tommy le hizo el signo de la victoria. ¡Menudos zalameros! Eran bufones y un poco absorbentes, pero realmente cautivadores. Estaba convencida de que las mujeres que acabaran conquistándolos serían dichosas. Los jinetes fueron tomando posiciones y ella suspiró contrariada por no intervenir en el evento.

—Sientes envidia, ¿eh?

—Hola, Julius. —Se colgó de su brazo—. Sí, claro que siento envidia. ¿Has visto a Cameron? El señor Mortimer iba a traerlo a la carrera, pero no los veo por ninguna parte.

—Están en la primera curva de la pista, no te preocupes. Si Mortimer se descuida, acabará comiendo en la mano del chico. Los criados están encantados con el pequeño, al que están malcriando.

—Es un niño muy inteligente.

—Cuando sea mayor, habrá que atarlo corto. ¿Sabes que alguien le ha enseñado a hacer guiños a las muchachas del servicio?

—¡No! —rió de buena gana.

—Cuando quiere algo, les sonrío con cara de ángel, el muy bandido.

Kim prestó atención al clarín de inicio de carrera. Según le habían explicado, los competidores debían recorrer tres kilómetros, rodear un pequeño lago y regresar. Las apuestas seguían subiendo a medida que crecía la expectación, pendientes todos de caballos y jinetes, incluso las damas, que también, en alguna medida, habían apostado dinero a su caballo —o caballero— preferido. Los nombres que más sonaban eran Braystone, Lessenrose y Amsterdill.

Sin poder remediarlo, buscó a Christopher con la vista. Y lo vio. Era difícil no hacerlo. Se aferró al brazo de Julius para reprimir acercarse más a la valla. ¿Por qué demonios tenía que ser tan atractivo? Vestía de oscuro y montaba con indolencia sobre *Príncipe*. Dos príncipes, pensó ella.

—¡Ojalá pierda! —dijo entre dientes.

—¿A quién te refieres?

Kim eludió responder, como si no lo hubiera oído.

Los caballos salieron de estampida, acompañados del griterío general, para tomar rápidamente la curva azuzados por sus jinetes.

—¡Qué emocionante! —cloqueó una dama que se había ido acercando a Kim y que no era otra que lady Marvall—. Hacía mucho tiempo que no se celebraba una carrera en Braystone Castle. ¿Tiene algún favorito, querida señorita Brenton?

—Si he de serle sincera, señora, no. Por su forma de correr, ninguno me merece gran confianza. Dan la impresión de irse a caer en el primer hoyo que encuentren.

Tal contundencia expresiva descolocó a la buena mujer que, de inmediato, se alejó excusándose.

—Te comportas como embajadora ideal de la diplomacia de Estados Unidos —gruñó Bart, a lo que Kim se limitó a contestar resoplando.

Para los espectadores, el interés estaba en otra parte: la carrera había cubierto el recorrido de ida, los cuellos se estiraban, tratando de identificar a los que marchaban en cabeza. Se cruzaban apuestas de última hora, se elevó el sonido de las conversaciones y algunas mujeres daban saltitos de alegría, acompañando en su cabalgar al caballero por el que habían apostado. Alguien dijo el nombre de Gresham y Kimberly se aupó de puntillas

en el acto. Una mezcla de desilusión y entusiasmo la embargó por igual: Christopher tomaba la delantera, arropado por el empuje de los gritos de ánimo de quienes habían apostado por él, jaleando su galope, azuzados por el avance del vizconde de Amsterdill, que lo seguía a corta distancia.

—¡Ánimo, Tommy! —aulló una jovencita, tan cerca del oído de Kim que el grito retumbó en su cerebro—. ¡Hazle tragar polvo a ese diablo negro! ¡Yujuuuuu!

A Kim le hubiera encantado teparle la boca, pero se desentendió de la chica, no quería perderse la llegada a meta. Quedaba poco para el final y se encontró brincando para poder ver algo sobre las cabezas que tenía delante. En efecto, el caballo de McPearson se acercaba peligrosamente a *Príncipe*, pero también lo hacían el de Ganford y el de Lekker; cualquiera de ellos, en un último esprint, podría ganar.

Christopher parecía un centauro, de pie sobre los estribos, con las bridas sueltas para dejar que su semental dirigiera el frenético galope. Su arrojo le recordó a Kim a los indios de las praderas americanas. *Príncipe* corría como alma que lleva el diablo, con un batir de cascos liviano y constante.

Pero entonces, la montura de Tommy realizó un extraño giro con el cuello, dobló las patas delanteras y lanzó a McPearson por encima de sus orejas. La concurrencia soltó exclamaciones desoladas, e incluso una dama se desmayó junto a Kimberly, mientras el escocés rodaba por el suelo.

Con el alma en vilo Kim vio que Chris frenaba a *Príncipe* y descabalgaba en cuestión de segundos para correr hacia su amigo. ¡Qué locura! Los jinetes que venían detrás podían arrollarlos a ambos. Se disparó el pánico, el de los espectadores y el suyo; dirigió al Cielo una plegaria para que nos les pasara nada.

A Chris apenas le dio tiempo de empujar a Tommy y echarse a un lado antes de que los caballos llegaran a su altura. Se produjo un auténtico caos, los jinetes trataban de refrenar sus monturas atravesándose en la pista, chocando entre sí e intentando controlar a los animales, que relinchaban despavoridos.

El escocés no se movía. A Gresham se le encogió el corazón, temiendo que se hubiera roto el cuello. Darel fue el primero en descabalgarse y llegar hasta ellos; cargaron a McPearson entre ambos, alejándolo de allí antes de que llegaran los más rezagados, que seguían corriendo por inercia. Bart se apresuró a saltar la valla para hacerles señas antes de que tomaran la curva previa al tramo donde se había producido el accidente. Desplegándose a campo abierto, fueron alejándose del barullo, a excepción de Félix Lekker, que no consiguió refrenar a su caballo, que siguió corriendo y llegó el primero a la meta.

Todos se acercaban apresuradamente al lugar del incidente, presas del temor y el desconcierto, a los que Kimberly no era ajena. Ésta se fue abriendo paso, agarrotada por lo que pudiera haberle pasado a Christopher. Pero él, ileso, cargaba con el cuerpo inerte del vizconde de Amsterdill en dirección a la mansión.

—Está vivo, tranquilos, dejadme pasar —oyó que decía.

A Kim le flaqueaban las piernas. ¡Dios santo! Nunca había pasado tanto miedo en toda su vida. Temió por Tommy, sí, pero la angustia por la suerte de Chris casi la vuelve loca. Ahora, sabiendo que los dos estaban bien, tenía ganas de reír y llorar a un tiempo.



McPearson juraba en gaélico.

Por fortuna, el accidente había quedado en un buen golpe en la cabeza y un molesto esguince en el tobillo derecho, que debería mantener inmovilizado bastantes días, razón que le impedía moverse libremente y, para desazón del escocés, lo convertía en centro de las atenciones constantes de lady Alice, lady Agatha y lady Eleanor, un suplicio de buena voluntad aderezado de palabrería y consejos.

Aunque hubo unos cuantos entretenimientos más, los invitados se fueron despidiendo a primera hora de la tarde, temerosos de que la tormenta que se avecinaba dejara los caminos intransitables. Ganford se marchó a la par que Félix Lekker, entre uno y otro, Kim creyó captar una clara animosidad. No sólo fue testigo de un breve enfrentamiento verbal entre ellos —aunque no pudo saber de qué hablaban—, sino que el resto del tiempo se evitaron descaradamente. Pero pensó que no le incumbían sus problemas y se olvidó de ello.

Concluido el acontecimiento social, Braystone recobró la calma y un ritmo pausado que era como un bálsamo tras la tumultuosa saturación de los días pasados.

Chris no apareció por el comedor a la hora de la cena. Aunque a nadie pareció extrañarle su ausencia, Kim sí lo echó de menos. Tommy, en cambio, a pesar de su tobillo lastimado, insistió en bajar y lo hizo con ayuda del señor Mortimer. Fue un alivio que decidiera acompañarlos, porque al acabar la cena se reunieron en el salón y él amenizó la velada con una versión muy particular y graciosa de la carrera, para divertimento general. Comoquiera que el día se había hecho muy largo, decidieron retirarse, aunque a Kimberly no le hubiera importado que se prolongase la guasa.

No quiso irse a la cama sin pasar antes por el cuarto de Cameron. Esa noche había luna llena. El rostro del niño recibía su reflejo y Kim se asombró, con el corazón encogido, del notable parecido con Adam. Incluso dormía en la misma postura en que ella recordaba a su hermano cuando eran pequeños, con un brazo debajo de la almohada. Se inclinó para besarle en la frente, consciente de cómo crecía su cariño por él a cada instante. Recolocó el embozo de las sábanas para cubrirlo y salió de puntillas.

La servidumbre se había afanado en limpiar las estancias y ahora, con habitaciones de sobra, habilitaron una para tía Alice, con lo que Kim podía disponer de un dormitorio propio.

Una criada aguardaba para prestarle su ayuda, deferencia que ella agradeció, pero tan

pronto como se quitó el vestido la mandó a descansar, quedándose a solas. Se puso el camisón y se metió en la cama.

Una hora más tarde, seguía con los ojos abiertos, fijos en un techo en el que flotaban pintadas gordezuelas caritas de querubines.

Tenía una cierta sensación de vacuidad al recordar las últimas horas, y las sospechas de Lucas se le hacían presentes y regresaban una y otra vez, desvelándola. Dio varias vueltas en la cama, aporreó los almohadones, bebió un poco de agua... No había modo de conciliar el sueño. Nerviosa, acabó por levantarse, encendió un candelabro, que dejó sobre la mesita que había cerca de la ventana, y se decidió a hojear el cuaderno de Adam. Con el librito en la mano, se sentó en un sillón y se arrimó más a la luz. En aquella libreta debía de haber algo que se le había pasado por alto, su hermano tenía que haber dejado algún indicio más; si realmente estaba tras el rastro de una traición, le parecía impensable que sólo hubiera escrito unas pocas palabras.

Repasó varias veces cada frase, pero no eran más que notas inconexas que a nada conducían. Ni siquiera un nombre, solamente aquella letra que abría ante ella demasiadas incógnitas. G. G ¿de qué? Sólo se le ocurría que Adam se refiriera a la inicial de un apellido. ¿Gresham? ¿Tomaban forma sus dudas? Había muchas posibilidades de que se tratara del conde, y tercamente, como si con ello pudiera asfixiar la atracción que sentía por él, enumeró mentalmente sus razones para sospechar de Christopher: la colina de Teriwood Manor lindaba con las tierras de los Gresham y le interesaba adquirirla; Adam y él habían discutido días antes de la muerte de su hermano; el marqués le había transmitido sus aprensiones... Demasiadas coincidencias.

El reloj desgranó sus campanadas anunciando las cuatro de la madrugada.

Acarició la libreta con manos trémulas.

Un reborde en el cuero le hizo un pequeño corte en la yema del dedo, que retiró en el acto con una breve exclamación, para ver cómo la sangre trazaba una delgada línea roja.

Cerró la libreta de golpe, dejándola sobre la mesa, y se lamió la herida. Entonces, de repente, una idea cruzó su mente y dirigió sus ojos al cuaderno. Como si una mano helada le hubiera acariciado la espalda, dejó de respirar. ¿Podría ser que...? Lo tomó de nuevo y lo abrió, acercándolo al candelabro. En efecto, en el cuero había una pequeña rotura, difícilmente detectable, porque el desgarrón apenas era visible. Con el corazón retumbando en su cabeza, tanteó con cuidado el borde interior de la cubierta, para acabar desgarrándola con una uña.

Encontró un papel dentro.

Lo sacó y dejó el cuaderno, que cayó a sus pies con un ruido sordo. Temblándole las manos al desdoblarlo, rezó para que aquella nota fuera lo que la guiase para esclarecer la verdad de lo que le había sucedido a su hermano.

Sus esperanzas se evaporaron al leer lo que aparecía escrito en el papel. Parpadeó, completamente confusa, porque sólo vio una serie de números.

—¿Números? —se preguntó a sí misma.

8-7-22-6-20-22-13-22-26-25-25-22-2

24-6-22-5-26

15-22-16-16-22-9

Eso era todo. Absolutamente desconcertada, leyó tres veces aquellos números en voz alta, buscándoles un significado. Nada. No tenía ni idea.

—¡Maldito seas, Adam! —sollozó, incapaz de profundizar en el galimatías de las cifras.

Estrujó el papel con rabia y lo lanzó contra el espejo de la cómoda, donde cayó. Sabía que allí estaba la clave. ¡Lo sabía! Un sexto sentido se lo anunciaba, pero ¿cómo iba a descifrarlo si el muy descerebrado se la dejaba en un jeroglífico? De haber seguido vivo, le habría matado.

Se echó sobre la cama y comenzó a llorar. Lloró hasta que se quedó sin lágrimas, víctima de la desolación y la rabia a partes iguales. Lentamente, se fue amodorrando hasta que el agotamiento acabó por vencerla y no supo cuándo se quedó dormida.



Se despertó sobresaltada.

La pesadilla en la que Adam se ahogaba volvía a fustigarla en sueños.

Se incorporó, se sentó en el borde del lecho y se atusó el cabello revuelto. Oyó que el reloj daba las seis; apenas había dormido dos horas. Acercándose hasta el aguamanil, vertió un poco de agua en la jofaina y se refrescó la cara. Luego, abrió la ventana, recibiendo la caricia del aire como un regalo del Cielo.

Braystone Castle estaba sumido en la oscuridad. Sólo se oía el canto de los pájaros entre el follaje del jardín y un incipiente y apagado eco de la aún lejana tormenta que se aproximaba a la zona, trayendo consigo el delicioso olor a tierra mojada, junto con el fulgor de los relámpagos previos surcando el firmamento. Permaneció acodada en el alféizar unos minutos, reviviendo la pesadilla. Ese sueño no la había abandonado desde que llegó a Inglaterra; se le repetía, cada vez más nítido y dañino. No iba a librarse de él hasta que resolviera el misterio que la volvía loca.

Consciente de las escasas probabilidades de volver a dormirse, se ajustó una bata, se calzó las zapatillas, tomó el candelabro y salió de la habitación. Leer durante un rato calmaría sus nervios; en Beau Terre solía hacerlo cuando los problemas la intranquilizaban.

Recorrió la galería envuelta en el silencio y las sombras, que se alargaban a su paso, provocándole un escalofrío que no pudo reprimir al bajar la escalera. Todo parecía irreal a la tenue luz de las velas: los techos se estiraban, ampliando los volúmenes de las paredes para transformar en dantesca la belleza de las escenas pintadas en ellos, todo ello aderezado con la sensación de que alguien la acechaba en las tinieblas. No era ni sensiblera ni miedosa, pero tuvo que asumir que fue víctima de una zozobra medrosa hasta llegar a la biblioteca.

Cerró la puerta y se apoyó en ella, bombeándole el corazón.

—Eres tonta, Kim —se dijo.

Más calmada, alzó el candelabro para otear la sala y luego lo depositó sobre una mesa maciza, encendiendo acto seguido el que ya había allí. La eclosión de luz tranquilizó sus alterados nervios. Darel y James le habían enseñado la biblioteca, pero apenas había reparado en ella. Ahora, a solas, se fijó en los detalles. Era una estancia amplia, de grandes ventanales, muebles recios y un toque absolutamente masculino. Sus labios se distendieron en una sonrisa al descubrir un primoroso cojín bordado en una de las butacas y dos encantadores cubrebrazos tejidos a ganchillo en otra. De inmediato supuso que esos sillones

los ocupaban lady Agatha y lady Eleanor. Pero éstos eran los únicos detalles femeninos en una sala donde destacaba el mármol estatuario y una vitrina con objetos que le parecieron antigüedades. Tres cuartas partes de las paredes estaban paneladas en madera y tenían estanterías.

Miró por encima los lomos de los volúmenes más próximos, desechando la mayoría: latín, poesía, novelas de aventuras, tomos sobre maquinaria, ganado o procesos para destilar whisky. Ejemplares sobre la India, Escocia, China, así como textos de las tribus africanas o árabes, uno de la ciudad española de Toledo y una teoría sobre la ubicación de la Atlántida...

Eligió ese último, un ejemplar precioso, forrado de raso azul, para acomodarse en el sofá, con las piernas encogidas bajo el cuerpo.

Mientras ojeaba las representaciones gráficas, oyó cómo aislados goterones golpeaban los cristales, añadiendo un punto de suspense al entorno donde se encontraba.

Súbitamente, una ráfaga de aire hizo oscilar la llama de las velas. Se asustó de veras. Cerró las tapas del libro, achicó los ojos y escrutó cada rincón. Pasaban los segundos, las velas se mantenían sin oscilaciones, todo era calma, excepto los sonidos del exterior, a los que se sobrepuso un chasquido a su espalda que le erizó la piel. Volvió la cabeza. A duras penas sofocó un grito ante la alta y oscura figura que se recortaba contra el ventanal.

—Lamento haberla asustado, excúseme.

Kim exhaló un suspiro de alivio al reconocer la voz del conde.

—No me ha asustado —mintió.

Se puso en pie y devolvió el libro a su lugar.

—¿Por dónde ha entrado?

—Existe un viejo pasadizo hasta mis habitaciones —le explicó él, al tiempo que se sentaba en el brazo del sofá—. Mi abuelo lo utilizaba ya antes de casarse, para evitar murmuraciones.

—Por lo que veo, también lo utiliza usted —puso ella, enfatizando el significado de sus palabras.

Nada más aguijonearlo, se arrepintió. ¿Qué le importaba a ella si el conde de Braystone usaba un pasadizo secreto para sus encuentros amorosos?

A Gresham, que al verla había olvidado por completo los documentos que decidió repasar al no poder conciliar el sueño, la respuesta no lo tomó desprevenido.

—Es usted un libro abierto, querida. Lamento decirle que se equivoca; no va conmigo seducir a las mujeres que están bajo mi techo. La defraudo, lo sé, pero le aseguro que no hallará en mí a un sádico nocturno —concluyó en tono áspero.

Kim guardó silencio. ¿Qué podía decir? Con su afilada lengua, siempre más rápida que su cerebro, acababa de provocarlo. Carraspeó y desvió su atención hacia los libros. La situación se hacía más incómoda a medida que pasaban los segundos, porque ninguno de los dos se decidía a hablar.

—No podía dormir —se excusó ella al fin, para romper el tenso silencio—. Supongo que no le molestará que haya bajado a su biblioteca para tomar un libro prestado. Quería algo un tanto espeso que me ayudara a conciliar el sueño y me ha llamado la atención este que teoriza sobre la Atlántida.

—Ya veo. Muy interesante, lo he leído.

—Lo cierto es que tiene usted una colección magnífica.

—Puede que un poco excesiva. Mi bisabuelo comenzó a coleccionar libros; con los años, se ha convertido en una tradición familiar. Ése, precisamente, lo adquirí hace pocos

meses.

Kim dio un rápido vistazo al reloj que reposaba en la repisa de la chimenea. Pronto amanecería. El ruedo de la bata se le enganchó en el atizador, tiró de la tela para liberarla y quedó al descubierto la intimidad de su atuendo. La aparición imprevista de Gresham había hecho que olvidara lo poco convencional de su ropa. Turbada por su exposición, deambuló por la sala, nerviosa, muy consciente de la presencia masculina.

Chris no perdía detalle de las distintas emociones que atravesaban su rostro. Al verla cruzar los brazos sobre el pecho, adivinó lo que la atormentaba y sonrió. También él distaba mucho de vestir adecuadamente, apenas se había puesto un pantalón y echado sobre los hombros una camisa. Contrariamente a ella, a él eso le importaba poco.

Kim trató de rehacerse, fingiendo interesarse por otros volúmenes, de los que tomó uno cualquiera, pero le costaba una enormidad desviar los ojos de la porción de piel que se le mostraba bajo la camisa abierta del conde. Su cabello revuelto, con algunos mechones oscuros y rebeldes cayéndole sobre la frente, le confería el aspecto de un muchacho díscolo a quien tampoco había acompañado Morfeo esa noche. El contraluz de la sala lo dotaba de un atractivo indudable. Más que nunca, sus ojos parecían acero pulido. Hubiese deseado acercarse, estirar la mano y tocarlo, para comprobar si realmente era así o se lo imaginaba.

Se prendó de su boca.

Y le gustó preguntarse cómo sería estar abrazada a ese cuerpo fibroso que exudaba sensualidad.

¿A qué sabrían sus labios?

Con la respiración acelerada, abochornada por sus erráticos pensamientos, cerró el libro y lo devolvió a su lugar.

Christopher, entretanto, fantaseaba.

Desde que había entrado allí, y descubierto la presencia de la muchacha, su honor lo instaba a marcharse. No así su cuerpo, que le pedía acercarse a ella, estrecharla entre sus brazos, besar su barbilla, su oreja, su boca... Ella no parecía consciente de su juvenil encanto, del imán que suponía para un hombre su cabello largo y rizado, una oscura nube de seda sobre sus frágiles hombros. La silueta de su cuerpo bajo la liviana ropa activaba la quimera de soñar con poseerlo.

Le había costado un triunfo no besarla en el jardín; ahora no estaba tan seguro de volver a actuar de igual manera. Kim representaba una tentación hecha mujer y él podía ser un caballero, pero no dejaba de ser también un hombre. Daría lo que fuera por besar aquella boca que se fruncía cuando pensaba, aquellos ojos grandes, plenos de vivacidad, sus largas pestañas, sus cejas arqueadas, el puente de su señorial nariz, el hoyuelo que se formaba en su mejilla cuando sonreía, la pequeña hendidura en la clavícula. Cedería con gusto su fortuna con tal de tenerla en su cama, entregada, dejándose ir, desgranando gemidos de placer, ciñéndose a sus caderas, acariciándole el cuerpo con sus pequeñas manos...

Kim, incómoda con la situación, se dirigió a la puerta. Christopher, con tal de retenerla un poco más a su lado, recurrió al tópico británico según el cual los ciudadanos de las antiguas colonias estaban poco interesados en la cultura.

—Pensaba que ustedes, los americanos, eran poco dados a perder el tiempo leyendo.

—¿Cómo dice usted, señor? —Kim se paró en seco.

Se volvió para mirarlo, pero ya no con el mismo semblante. Se había enfadado, volvía a estar en guardia, presta a contradecirlo. Gresham no sabía por qué, pero le encantaba cuando se mostraba retadora.

—Quiero decir que tienden a ser más prácticos —intentó aclarar—. Más propicios a

los negocios, a ganar dinero y no a la vida contemplativa.

—El dinero es necesario para vivir, milord. Algunos trabajamos para conseguirlo.

—Lo que es muy loable.

—Yo no tuve la suerte de heredar una fortuna del calibre de la suya. Mi hacienda, Beau Terre, es productiva, pero a base de gran sacrificio. Yo conseguí sacarla adelante. Ahora, puedo vanagloriarme de disponer de soporte económico suficiente como para que nadie pueda pisarme.

—Una mujer capaz.

—Lo intento.

—Dispuesta.

—Por descontado.

—Materialista.

¿Intentaba provocarla? El hilo de los pensamientos de Kim se perdió en algún punto al verlo sonreír y le resultó imposible retomarlos. Gresham era un hombre de un atractivo singular, terriblemente varonil, irremediabilmente excitante. Se dio cuenta de que entraba en su juego y reaccionó defendiéndose.

—Práctica, señor mío —apuntilló—. Si ha terminado de adjetivarme, regreso a mi habitación, no he bajado aquí para que me haga un estudio de personalidad. Buenas noches, milord.

—Pues no me pareció que tratase con esa frialdad al marqués de Lessenrose o al vizconde de Amsterdill, ¿cierto?

Gresham reaccionó dolido porque tenía muy presentes sus atenciones hacia Ganford y la preocupación que mostró hacia Tommy tras el accidente. Lo lastimaba de verdad sentirse atraído hacia aquella mujer que lo retaba con el desprecio.

—Lucas es un caballero y Tommy...

—¿Lucas? —Chris arqueó las cejas—. ¿Tanto ha intimado con él como para llamarlo por su nombre?

Kim se reprimió para no replicarle con uno de los epítetos malsonantes que Julius utilizaba para desahogarse. ¿A qué estaba jugando Gresham?

—Eso a usted, milord, no le importa.

—Por descontado que no. —Se encogió de hombros, adoptando una actitud más desenfadada—. Sin embargo, usted es mi huésped. Aunque sólo sea por mis obligaciones de anfitrión, me creo en el deber de prevenirla contra él. No es de fiar.

—Gracias por el aviso —respondió, ácida.

—Es un consejo gratuito. Tómelo o déjelo, a su gusto.

Kim se lo quedó mirando durante un momento y luego se echó a reír. A Chris se le subió la sangre a la cabeza al oír aquella risa fresca, espontánea y nada sofisticada.

—Imaginaba a los aristócratas ingleses engolados y suspicaces, milord. Usted se lleva la palma. Para su información, el marqués de Lessenrose ni siquiera ha solicitado aún el pago de la deuda de mi hermano.

—¿De veras? Diez mil libras es mucho dinero. ¿O es que se las piensa cobrar de otra manera?

Kim se irguió y sus ojos se cargaron de nubes de tormenta.

—¿Cómo sabe usted el monto de la deuda?

—¿No le habrá propuesto convertirla en su amante a cambio de olvidarse del dinero? —atacó él.

Ella abrió la boca para responderle, pero la volvió a cerrar. Se le subieron los colores.

La insinuación era rastrera, ignominiosa y perversa. Llegados a ese punto, sólo le quedaban dos caminos: o bien obviaba las venenosas palabras de Gresham o le cruzaba la cara. Optó por el desdén.

—Ése sería mi problema. Buenas noches.

Antes de que pudiese coger el candelabro y marcharse, él, resentido por los celos o por el desplante, cayó aún más bajo, replicando:

—Le hago la misma oferta, señorita Brenton: acepte ser mi amante un tiempo y yo me haré cargo de la deuda de Adam.



Kim recorrió la distancia que los separaba y entonces sí, frente a él, cerró el puño y le golpeó en el mentón con todas sus fuerzas.

Chris sabía que se lo había merecido, pero aun así no esperaba tal contundencia. Aquella mujer no hacía nada a medias; cuando plantaba cara lo hacía sin reservas. Se llevó la mano a la zona lastimada y movió la mandíbula.

—¿Milord? —La voz, al otro lado de la puerta, hizo que ambos se sobresaltaran.

Especialmente Kimberly. ¡Sólo faltaba que la descubriesen a aquellas horas, a medio vestir, a solas con Gresham! No era propio de una dama y Christopher se hizo cargo de la situación. Tampoco a él lo favorecía que la servidumbre lo encontrara en circunstancias tan embarazosas; sus abuelas no se lo perdonarían, lo despellejarían vivo.

—¿Está usted ahí, milord? —insistió la voz.

—Soy yo, Potters —respondió con firmeza, pidiéndole silencio a Kim llevándose un dedo a los labios.

—¿Necesita algo, señor?

Chris elevó las cejas con gesto irónico, como preguntándole a Kim. Ella desvió la vista, negando vehementemente con la cabeza.

—Nada, Potters. Gracias.

Kimberly siguió el sonido de las pisadas que se alejaban hasta que volvió el silencio del exterior. Era el momento de escabullirse.

—Yo que usted no saldría por esa puerta —le advirtió él, masajeándose de nuevo el mentón. Una vez captó su atención, le aclaró—: Ese criado es bastante entrometido, no me extrañaría que estuviera apostado cerca.

—¿Quiere asustarme?

—No diga tonterías. Si no me cree, solamente tiene que comprobarlo.

Kim no sabía si creerlo, pero ¿debía arriesgarse? Si la veían salir de la biblioteca sabiendo que el conde estaba dentro, ¿qué explicación iba a dar? Su reputación no saldría bien parada. No tenía nada que ocultar pero los rumores volaban.

Chris se acercó a uno de los paneles de madera, tiró del lomo de un libro y, para asombro de Kim, se fue entreabriendo una puerta, sin duda el acceso por el que había entrado en la biblioteca poco antes.

—Puede quedarse aquí, arriesgándose a que la vean, o seguirme, usted decide.

No había mucho que pensar, así que se recogió el ruedo de la bata y se apresuró a

acercarse a la entrada secreta.

—El pasadizo está oscuro, debería llevar uno de los candelabros.

Así lo hizo. Sopló las velas de uno y tomó el otro. Gresham se lo arrebató y abrió camino. Cuando ella hubo entrado en el estrecho corredor, accionó una pequeña palanca en el muro, haciendo que el panel se cerrara, dejándolos confinados.

No se trataba de una aventura, sino de una circunstancia imprevista e incómoda. Kim se esforzó por mantenerse serena, aunque el lugar donde se encontraba y la compañía de Christopher en nada ayudaban a tranquilizarla.

Él caminaba de prisa, porque conocía el terreno que pisaba, pero ella tropezó alguna vez, desgarrándose una manga de la bata al apoyar el brazo en una pared de piedra para no golpearse la cabeza. Retiró la mano, impregnada de una masa viscosa, producto natural de la humedad del túnel, pero que a Kim no le evitó una exclamación de repugnancia.

—Sólo es moho —murmuró Christopher, como si tuviera ojos en la nuca.

A ella le pareció que el ascenso duraba una eternidad. Hasta llegó a preguntarse si sería una jugarreta del conde. No lo era. Para su tranquilidad, lo vio tirar de otra palanca y ante ellos se abrió otra puerta que daba a un recinto apenas iluminado. Kim dejó escapar un suspiro liberador, tan profundo que él se echó a reír.

Se dio cuenta de que estaban en una especie de vestidor. Gresham cerró el panel y empujó una falsa pared enfrente. Ella lo siguió apenas dos pasos, para verse en una habitación espaciosa en la que destacaba una enorme cama con la ropa revuelta. Desconcertada, recordó entonces que el conde había dicho que el pasadizo unía la biblioteca con su habitación. ¡Su habitación, por todos los diablos del infierno!

Chris observaba sus reacciones con ironía. Kim, en cambio, a la luz del candelabro, lo veía más alto, más suficiente... y más guapo.

—Diría que está aterida. ¿Quiere un poco de coñac?

Ella dejó quietas las manos con las que se frotaba los brazos instintivamente. Sentía frío, sí, la humedad del pasadizo había impregnado su ropa, pero ni aunque se estuviera congelando permanecería allí más tiempo del que se necesitaba para dar el primer paso y largarse.

—Le agradezco que me haya sacado del aprieto, pero me voy.

No pudo. Las manos de Christopher la atraparon, haciendo que girase sobre sus talones para encontrarse pegada a su cuerpo musculoso. El aliento de él hizo que tiritara y no precisamente de frío.

—Escuche, lamento de verdad mi comportamiento mezquino y mis insinuaciones tan sucias.

—Olvidemos eso —le cortó ella—. Si me indica hacia adónde debo dirigirme para ir a mi cuarto...

Gresham no la escuchaba. Absorto en su cabello despeinado, alargó la mano para tocar su mejilla. El contacto los obligó a retroceder a ambos.

—Kim...

Ella quedó atrapada en unos ojos ligeramente entornados, de color plata. Sabía que debía marcharse, que no debía permanecer allí, pero no podía moverse. Se sintió como un ratón en presencia de una cobra, consciente de su indefensión, pero desprovista de energía para escapar.

—Kim... —volvió a decir él, absorta ella en su boca.

Christopher se arriesgó a un rechazo además de frontal, permanente. Pero ya había decidido beber de aquel elixir. La tomó del talle, la atrajo hacia sí, bajó la cabeza y

secuestró sus labios. La tenue respuesta de Kimberly fue un regalo que no esperaba. Estrechó el abrazo y ahondó en la caricia... hasta que las palmas de ella, en su torso, lo instaron a detenerse.

—No, por favor, no siga.

Más allá de razones físicas que lo impulsaban a retenerla, a besarla hasta saciarse, llevársela a la cama y hacerle el amor, tenía delante una mujer que le pedía distancia. Esa mujer le gustaba. No podía defraudarla so pena de arrepentirse, quizá para siempre. Tenía que ganársela. La soltó, aun a pesar del lamento de su cuerpo. Porque, después de todo, ella había aceptado su beso y no pudo disimular que lo deseaba. Se quedó con eso, con el mañana que auguraba su boca receptiva.

Kim, por su parte, se retorció las manos, no se atrevía a mirarlo de frente, estaba confusa. Se mordió los labios, donde permanecía el sabor de la boca de Christopher. ¿Qué le estaba sucediendo? Deseaba continuar, volver a apretarse contra su cuerpo, palpar al envite de sus besos. No podía ser, no podía someterse por mucho que su cuerpo lo reclamara. Se permitió una última muestra de proximidad acariciándole la mandíbula, donde lo había golpeado no mucho antes.

—Indícame hacia adónde ir —pidió con un hilo de voz.

Él estuvo tentado de decirle que a su cama, pero no era momento para la ironía. La tomó de la mano, guiándola hasta la puerta y dijo:

—Tuerce a la derecha, tu puerta es la quinta.

—Gracias.

Antes de que ella se escabulliese, se interpuso en su camino. Volvió a besarla, pero no se permitió tocarla, por temor a no dejarla ir.

—Esto no ha terminado, señorita Brenton —dijo, y luego cerró.

Él había vuelto a mostrarse indulgente pero a ella no le importó. En realidad, allí, en el pasillo, no le cupo duda de que el conde acababa de lanzarle un reto. Y a Kim le encantaba competir. Voló hacia su cuarto sin pensarlo un segundo... y sin advertir siquiera la inoportuna presencia del criado que se ocupaba de llenar los quinqués de las galerías, que se quedó mirándola con total asombro.

Christopher se lo recriminó tras dejarla marchar.

¿Qué demonios le pasaba? La había tenido en su poder, a su merced y, sin embargo, como un completo cretino, había permitido que se le escapase. Kimberly anulaba su capacidad, lo convertía en un inepto sin juicio.

¿Desde cuándo ponía él tantos reparos a una conquista? Era cierto que, hasta conocer a Kim, se había mantenido a distancia de cualquier virgen, por bonita y deseable que fuese, huía de ellas como de la peste, porque no quería problemas. Cuando decidiera casarse, buscar a una mujer que le diera el heredero que estaba obligado a engendrar para perpetuar su título, buscaría a una muchacha manejable y sin mácula, pero hasta que llegara ese momento, mantendría su coto de caza entre damas casadas, aburridas de sus esposos, o en el de viudas deseosas de un romance sin complicaciones. No se tenía por un moralista, pero tampoco por un mujeriego incontinente, podía muy bien pasar sin la americana.

Entonces, ¿por qué era incapaz de mantener su libido bajo control cuando estaba junto a Kimberly? La deseaba ferozmente.

Se desesperaba al no encontrar el modo de alejarla de su cabeza; cobraba cada vez más fuerza la certeza de que estaba cayendo en sus garras, de que se estaba convirtiendo en un botarate al que ella manejaba con una simple mirada.

Nunca en la vida se había sentido tan impotente ante una mujer. Sus pullas no eran

sino el reflejo de su carencia de medios para oponerse a una seducción que lo neutralizaba. Una sonrisa, una mirada, la trivialidad de un mechón de cabello cayéndole sobre el rostro, todo en ella lo excitaba. Kimberly Brenton ni siquiera lo intuía, pero se le estaba metiendo en la sangre como una enfermedad contra la que no conocía remedio alguno.

Malhumorado por una evidencia que lo atormentaba, se sirvió una copa de brandy y se la bebió de golpe, haciendo denodados esfuerzos para olvidar el suave tacto de sus labios, la tersura de su piel, el destello de sus ojos al finalizar el beso. Todo fue en vano, estaba atrapado sin remisión.



Ben sabía muy bien cómo perderse en las callejuelas de Londres. Se había criado en los barrios bajos desde que lo abandonaron, con cinco años. Amigo de rateros y prostitutas, había desarrollado el sexto sentido propio de las gentes prestas a burlar con frecuencia a la policía. Era allí donde se manejaba con facilidad, entre los angostos pasajes donde la ley y el orden apenas hacían acto de presencia. El Londres de las infectas callejas por entre las cuales transitaban las ratas, disputándoles el espacio a los humanos; el de los chiquillos mugrientos y desharrapados que soñaban, pobres ilusos, con un futuro mejor; el de las noches sórdidas y crueles en las que se cercenaban vidas a diario.

Sí, aquél era su mundo, donde vivía confiado, casi invisible, en medio de un universo que las clases altas y los gobernantes ignoraban.

Hasta aquella noche.

La neblina había caído con tal intensidad que envolvía edificios y personas en un manto húmedo, acrecentando la sensación de frío. Pero no era la bruma lo que helaba los huesos de Ben en su caminar presuroso, internándose más y más en los callejones, sino la certeza de que estaba siendo vigilado.

Descartó un intento de robo. ¿Qué iban a robarle a él, como no fuera la raída ropa que lo cubría o la mugre de su cuerpo? Parte del dinero obtenido del hombre con el que se entrevistó se había esfumado después de varias veladas de ron y putas. El resto estaba a buen recaudo. Por lo tanto, si lo estaban siguiendo, la causa tenía que ser otra.

Aminoró el paso, atento a las pisadas que le confirmaban que alguien iba tras él. Reanudó la marcha más de prisa, creciendo en él el nerviosismo. Los pasos que lo seguían se aceleraron. Ya no le cupo duda, lo estaban persiguiendo. Torció en la primera esquina y echó a correr, con un nudo apretándole las tripas, por un espacio angosto que olía a desperdicios. Pisó en blando y resbaló, cayendo de bruces sobre un cuerpo peludo que desprendía una pestilencia nauseabunda. En la caída, se torció un tobillo, lo que le provocó un dolor sordo que le subió hasta la rodilla. Al apoyar las manos en el suelo para incorporarse, tocó los restos con los que se había topado y retrocedió asqueado. Debía de tratarse de un gato o de un perro pequeño en avanzado estado de descomposición. Cojeando, apretó los dientes para soportar el dolor del tobillo herido y reemprendió la huida.

Tras él, a poca distancia, su rastreador debió de tropezarse con una pila de maderas, porque oyó cómo éstas caían y una apagada blasfemia.

Ya podía distinguir la luz macilenta de las escasas farolas de la plazuela donde se encontraba la taberna El Cuervo, refugio de maleantes. Si conseguía llegar allí, estaría a salvo, pues conocía al propietario y se había tirado unas cuantas veces a la dueña, una mujerona que no despreciaba una moneda y que mantenía a raya los supuestos celos del esposo. Celos enfermizos, sin duda, porque él consentía que ella ejerciera de prostituta, con lo que conseguía doble ingreso, el del revolcón y el precio del alquiler de las habitaciones de arriba.

No podía dejarse atrapar. No entonces, cuando había conseguido información metiendo las narices aquí y allá, que iba a proporcionarle una buena bolsa de dinero, de suficiente calibre como para exprimir al relamido aristócrata que le había hecho tantas preguntas sobre los contrabandistas. Sí, había podido averiguar lo que significaba el signo del anillo y, lo que era más importante, a quién pertenecía. A *Ghost*. A *Fantasma*. Estaba harto de robar, de buscarse la vida entre bribones y zorras sucias de cuerpos malolientes. Él se merecía una existencia mejor, lejos de villanos y sinvergüenzas. Se iría de Londres. Siempre había deseado conocer Edimburgo. Si el pago estaba a la altura del nivel de sus confianzas, bien podría montar un pequeño negocio en la ciudad escocesa. Correctamente vestido y dueño de una tienda, las mujeres no harían ascos al parche que le cubría el ojo. Y no era tan viejo como para no poder engendrar un hijo.

La distancia con su perseguidor se acortaba, pero él era un sabueso, si llegaba a la plaza le daría esquinazo. Estaba cerca, muy cerca de dejar a aquel desgraciado con un palmo de narices.

Inesperadamente, otro hombre cubrió la salida del callejón, haciéndolo frenar en seco. En la mano izquierda portaba un candil, pero a tan baja altura que sólo le alumbraba unas botas de caña alta y el ruedo de la capa. Ben miró hacia atrás; la silueta que lo acechaba se recortaba entre la bruma, acercándose. Se friccionó el tobillo, que le dolía más a cada segundo que pasaba, y llamó al que acababa de aparecer. Fuera quien fuese, era su salvación, porque viéndolo en compañía, el que iba tras sus pasos no se atrevería a atacarlo.

—¡Hey, amigo!

El desconocido avanzó hacia él y Ben esbozó una sonrisa... que se congeló en sus labios cuando el sujeto elevó el quinqué a la altura de sus hombros.

—¡*Ghost*...! —balbuceó.

Como si de una pesadilla se tratara, lo vio dar vueltas con el pulgar al sello que lucía en su mano derecha, haciendo que apareciera y desapareciera la letra que tenía grabada, la misma por la que él se había jugado la vida. Unos dientes blancos y parejos destacaron en su rostro, pero no era una sonrisa, sino la mueca de una alimaña.

El tipo, muy tranquilo, se pasaba ahora un dedo, una y otra vez, sobre la ceja derecha.

—Hijo de puta... —lo insultó Ben, presa ya de un terror que le atenazaba las cuerdas vocales.

La cuchillada le llegó a traición, traspasándole la espalda a la altura de los riñones. Luego hubo una segunda. Con los ojos muy abiertos, fijos en los del hombre que lo observaba como un depredador lo hace con su presa, notó que le fallaban las rodillas. Supo que era el final. Se dejó caer, porque su organismo se negaba a oponer resistencia. Desde su espalda, su agresor lo agarró del cabello, obligándolo a echar la cabeza hacia atrás. Durante unas décimas de segundo, Ben pudo ver las crueles facciones de su asesino, sobre las que el destello de luz del farol destacó el filo de una arma blanca clavándose en su garganta, un tajo que se fue tiñendo de rojo. Después, el silencio se quebró por el golpe sordo de su cuerpo contra el suelo y el gorgoteo de la sangre escapando por la herida.

—Déjalo en lugar bien visible —dijo el individuo de la lamparilla—. Y haz correr la voz. Éste será el precio de quien se atreva a traicionar a *Ghost*.

Sopló la vela del quinqué y la oscuridad se adueñó del callejón. Cuando el esbirro quiso darse cuenta, ya había desaparecido.



Darel Gresham irrumpió en Braystone Castle con los ojos inyectados en sangre, furioso consigo mismo y con un rictus que transfiguraba su atractivo rostro.

Si alguien le hubiese dicho que una noche de juerga en Londres iba a terminar de manera tan desastrosa, no se lo hubiera creído. Y, desde luego, no habría entrado al trapo de los naipes. La fortuna le había dado la espalda, ¡maldita fuera!

Había acudido a Lucky Bet, una exclusiva sala de juego que había abierto Félix Lekker, donde damas y caballeros probaban suerte en la ruleta, se entretenían con partidas de whist e incluso, en ciertas ocasiones, se organizaban timbas de póquer. Allí, en sus mesas de juego, habían cambiado de manos verdaderas fortunas.

Tanto su hermano James como él se habían hecho asiduos del local, que acogía no sólo a los jugadores, sino a cualquier ciudadano decidido a pasar unas horas de esparcimiento, bien charlando, bien deambulando entre las mesas o consumiendo una bebida.

El refinamiento caracterizaba un local donde las paredes paneladas de madera y tela de brocado competían con las exquisitas arañas o los cómodos sofás del más puro estilo francés. El surtido y la calidad de los licores y aperitivos que se servían en el Lucky Bet, era un aliciente más añadido para que más de un caballero engrosara el número de socios, amén del mutismo que se mantenía sobre quién perdía o ganaba en las salas del primer piso, donde tenían lugar las partidas privadas.

Maximilian Norton, un alfeñique borrachín, empedernido y nefasto jugador, que solía perder partida tras partida hasta el punto de tener hipotecada la mitad de su hacienda, le había ganado un par de manos, arrebatándole una buena cantidad de libras. Darel procuraba no participar en las partidas, pero en esa ocasión le resultó imposible negarse, dado el interés que su hermano James tenía en hacerse con algunos de los caballos purasangre de Norton.

Por si eso fuera poco, Félix Lekker, abandonando en esa ocasión su función de dueño del local, se había unido a la mesa, lanzándole una apuesta que no pudo rechazar:

—¿Quinientas libras a la carta más alta, Gresham?

Barajó Norton, tras solicitar un mazo de cartas nuevo para repartir un naipe ante cada uno. Darel levantó el suyo: una dama. Félix volteó un rey.

Para completar el cuadro, había bebido más que de costumbre, admitió, subiendo de dos en dos la escalera. La acalorada discusión en la que se enfrascó después de la partida,

con el tipejo que ahora ocupaba la cama de su amante —no, su ex amante, rectificó de inmediato—, descargando en él la frustración de su mala fortuna en el juego, había terminado por ponerlo de un humor de perros. Como un imbécil, se había refugiado en el oportuno más de la cuenta.

Se decía que las desgracias nunca llegan solas.

Tras abandonar el local, de vuelta a Braystone Castle, con la mente abotargada y ahogado en la autocompasión, se había equivocado de camino. Sin una luz a la vista y con el estómago revuelto por el alcohol consumido, fue presa fácil para el desharrapado saltador que le cortó el paso, ¡así se lo llevara el infierno!

No era la primera vez que se enfrentaba a una de esas sabandijas dedicadas a aligerar el bolsillo de los viajeros. Pero sí lo era en un estado que rayaba con la embriaguez, para su desventura.

Si solamente le hubieran robado el dinero que le quedaba en la bolsa, no le habría dado más vueltas al asunto. Lo que realmente lo indignaba era que el hombre lo había despojado también del caballo y, para colmo, de un alfiler de corbata con esmeralda, último regalo de su padre antes de morir. Le dolía, claro que le dolía.

—¡Por todos los cuernos del averno! —masculló, enfilando la galería con la sangre en ebullición—. ¡Asaltado por...!

Al principio, cuando se le enfrentó, apareciendo tras un árbol y apuntándolo con una pistola, creyó que se trataba de un bandido. Tiró de las riendas, deteniendo el caballo a la vez que trataba de enfocar la vista, nublada por la bebida ingerida. Con la amenaza de un cañón no se juega, por lo que se imponía mantener la calma. Estaba bebido, pero no loco. No era cuestión de alardear de heroísmo; el bandido podía muy bien apretar el gatillo a la menor provocación.

Alzando las manos por encima de la cabeza, dijo:

—La bolsa está en el bolsillo de mi chaqueta.

El asaltante vestía de oscuro, confundiendo con las sombras del camino, pero su figura era la de alguien sin corpulencia, tal vez un chico muy joven.

—Desmonte —dijo una voz un tanto forzada.

Darel lo hizo despacio, para no inquietarlo. Se le trabó el pie en un estribo, pero reaccionó antes de besar el suelo. A indicación del arma enemiga, se apartó unos pasos de la montura.

—La pistola.

Así que el muy cabrón sabía que iba armado y se protegía de cualquier sorpresa, pensó Darel. Se llevó la mano a la parte trasera de los pantalones, sacó el arma con dos dedos y la dejó caer, alejándola con el pie.

—El dinero.

Al abrirse la chaqueta, el resplandor lunar incidió en su prendedor de corbata, llamando la atención del malhechor, que apenas desvió un segundo la mirada para atrapar la bolsa al vuelo.

—Su alfiler.

Darel se irguió entonces en toda su estatura, ensombrecido el semblante.

—De eso nada, hermano. Es un regalo de familia.

—El alfiler... o su vida. —La amenaza brotó al tiempo que lo apuntaba directamente a la cabeza—. Préndalo en la silla de montar.

Despejado en parte por la rabia que empezaba a embargarlo, dejó la joya donde se le indicaba.

—Apártese.

Darel Gresham no estaba acostumbrado a que lo sometieran de esa manera, por lo que verse manejado por un rapaz de poca monta al que en otra circunstancia vapulearía lo cegó. Si el ladrón se quedaba también con su caballo, su situación se complicaría, estando como estaba a una distancia más que respetable de casa. No tenía, por lo tanto, más remedio que jugarse el todo por el todo. Se hizo a un lado obedientemente, pasando a la acción en el momento justo en que el otro se guardaba la pistola en la cinturilla del pantalón para auparse en la silla. Era entonces o nunca.

Su constitución, más grande y pesada que la del salteador, arrastró a éste. Cayeron entre las patas del caballo, que piafó inquieto, en un revoltijo de brazos y piernas. Darel recibió una patada en pleno tórax que lo dejó sin aliento. Sin resuello, el siguiente golpe le llegó justo entre las piernas. Revolcándose de dolor por el suelo, aulló una letanía de obscenidades, situación que el chico aprovechó para levantarse y tratar de huir.

Aun así, Darel consiguió atraparlo de la capa, derribándolo. Lanzó el puño, pero su intento se perdió en el vacío. Pequeño y flaco, su rival tenía, sin embargo, la destreza de una anguila. Descolocado por el golpe fallido, Darel ofreció su costado desprotegido, que su enemigo no dudó en castigar, clavándole el codo. Gresham se dobló sobre sí mismo, sin aire, y entonces, el ladrón le asestó una patada en la espinilla que le provocó un daño lacerante, que intentó calmar saltando como un cretino a la pata coja; una presa demasiado expuesta para el ladronzuelo, que quiso rematar la faena tumbándolo definitivamente.

Pero ahí se equivocó.

Darel era fuerte y decidido y, ebrio o no, ágil y bregado en condiciones mucho más comprometidas. Tuvo reflejos para ver el puño, se hizo a un lado y desestabilizó a su agresor.

—¡Ya te tengo, truhán!

Como por arte de magia, la pistola reapareció entonces en la mano del chaval.

—¡¡Apártese!!

¡Como para no hacerlo, cuando se lo pedían con tanta vehemencia con el cañón a un palmo de la nariz!

Jurando en arameo, dio un paso atrás, pero sólo para volver a saltar sobre el filibustero antes de que éste consiguiera subirse al caballo. Rodaron por tierra otra vez. En la refriega, el pañuelo que cubría la cabeza del chico se soltó, dejando al descubierto una melena larga de la que la luna, saliendo de entre las nubes, arrancó brillos rojizos. Perplejo, Darel perdió el impulso un breve paréntesis para que otro codazo, esta vez en el mentón, lo aturdiere.

La chica montó con la elegancia de una consumada amazona y, por unos segundos, él pudo ver una hermosa cabellera enmarcando un perfil patricio, una boca de labios plenos y jugosos. Sucia, desharrapada, ladrona... pero bonita, con un rostro que se le quedó grabado a fuego.

Para cuando llegó a Braystone Castle, magullado, presa de la cólera, cualquier imagen positiva de la chica había desaparecido bajo el resentimiento de la burla sufrida. Él, Darel Gresham, había sido atacado, humillado, vapuleado, por una vulgar muchacha. No conseguía digerirlo.

—¡La muy zorra! —escupió, como si la tuviera delante.

Exasperado como hacía mucho que no estaba, no vio a su hermano James, que doblaba la esquina del pasillo a la carrera. Inevitablemente, chocaron, y James quedó sentado en el suelo, mirándolo como si fuera una aparición.

—¡A ver si miras por dónde mierda vas, atontado! —barbotó.

Darel no fue más ponderado en reprenderlo:

—¡Quítate de en medio, espantapájaros!

El menor de los Gresham sólo acertó a balbucir, viéndole alejarse pasillo adelante.

—¿Qué mosca le ha picado a éste?



Tampoco Kimberly estaba para muchas bromas esa mañana.

Apenas había dormido. La atormentaba la comezón del beso de Christopher. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué no escapó de allí burlando las artimañas de su seducción? ¿Por qué había permitido que la besara? Iba a volverse loca si no se sobreponía a tantas emociones insólitas para ella.

Hasta que recibió la noticia de la muerte de Adam, su vida había transcurrido por cauces de normalidad. Se veían muy de tarde en tarde, era cierto, pero Kim había sido feliz haciendo frente al día a día de Beau Terre, disfrutando con el simple hecho del ciclo de sus cosechas, procurando protección a los que trabajaban para ella. Julius había llenado buena parte del vacío que su hermano dejó al instalarse definitivamente en Teriwood Manor. Nunca le había pedido a la vida más de lo que recibía.

Ahora todo había cambiado y su mundo estaba patas arriba. Con Adam muerto, el enigma de su desaparición pesaba sobre ella como una losa, empujándola hacia un embrollo de traiciones, contrabandistas, quizá asesinos, donde nada era lo que parecía. Por si eso fuera poco, irrumpían en su vida su tía y Cameron, de quienes tendría que hacerse cargo en adelante.

A todo ello se unía, para su desazón, la atracción irresistible por un hombre del que nada sabía, sobre cuya figura se cernían sombras de sospecha respecto a la muerte de su hermano. Lucas Ganford la había advertido contra Gresham. ¿Qué era lo que había dicho? ¿Que tuviera cuidado con sus artes de seducción? ¡Buen caso le había hecho, dejándose arrastrar por sus besos! ¿Cómo demonios iba a enfrentarse ahora? Sólo pensar en volver a verlo la ponía tensa como una cuerda de violín. ¿En qué lugar entre Estados Unidos e Inglaterra se había perdido la mujer que juró no dejarse embelesar nunca por un hombre, no perder su independencia? ¿Dónde quedaba ahora su firmeza, tan endeble que sólo podía pensar en volver a probar la boca de Christopher?

Indignada consigo misma, había recogido la nota de Adam, deshecho el ovillo estrujado en que la había convertido y la había vuelto a leer con calma. Para alejar de su mente el interludio amoroso que la perseguía. Sólo consiguió mortificarse más, porque aquella serie de números no significaban nada para ella, no los entendía. Dobló el papel y lo guardó en el joyero. Era la clave de todo, estaba segura, pero no lograba descifrarla por más que eso la contrariara. ¿Por qué su hermano no fue más claro, dejando por escrito de quién sospechaba, qué sabía del contrabando o de traiciones? ¿En qué había estado metido

Adam? ¡Él y sus malditos juegos!

Se le cerraron los ojos cuando la luz clareaba ya en el horizonte, pero su sueño duró poco, interrumpido por una criada sin piedad. Cansada y ojerosa, se levantó para escuchar cómo la muchacha, risueña como siempre, le contaba el revuelo que se había organizado con Cameron. Kim se despertó del todo al oír el nombre de su sobrino.

—¿Qué?

—Lord Cameron —repitió la joven en voz alta desde el cuarto de baño— se ha metido en la leñera y nadie sabía dónde estaba.

—¿Cómo que se ha metido en la leñera?

—Lady Alice ha ido a despertarlo a primera hora de la mañana, pero milord no estaba en su cama. —Kim no acababa de llevar bien que los ingleses tuvieran la manía de dirigirse a una criatura de corta edad por su título, por más que le correspondiera—. No aparecía por ninguna parte, así que el señor Bart y el señor Mortimer han ido a buscarlo.

—Pero ¿se encuentra bien?

—Perfectamente. —Se echó a reír—. Aunque han tenido que remover una pila de troncos para rescatarlo, atascado como estaba. ¿Pido que le suban ya el agua para el baño, milady?

—No me llames milady.

—Como usted diga, milady.

Kim suspiró, desalentada, los ingleses eran imposibles. Desprezándose, echó un vistazo al reloj.

—Es tardísimo, dejaremos el baño para luego.

—Como guste, milady.

Ya a solas, se aseó rápidamente, se embutió en un sencillo vestido y bajó a desayunar.

Le habían explicado la larga tradición de Braystone de reunirse para el desayuno, una especie de liturgia en la que se comentaban los asuntos del día. Le molestaba llegar tarde, faltar a la cortesía. Pero ese día no iba a ser la única que lo hiciera. Una voz la hizo detenerse a la puerta del comedor, una voz al final del corredor, una voz conocida...

Christopher también tuvo que bregar con sus inquietudes personales.

Tumbado sobre el lecho, con los brazos cruzados bajo la cabeza y la vista fija en el calidoscopio de colores que creaban los nacientes rayos del sol al atravesar los cristales, oyó la llamada de Mortimer sin muchas ganas de levantarse.

—Buenos días, milord.

—¡Buenísimos! —farfulló.

Ladislaus arqueó las cejas, echándole una mirada de soslayo. Si conocía un poco a su señor, de su respuesta se desprendía que había pasado mala noche, hecho que confirmaban sus pantalones y su camisa, tirados sobre una butaca, manchados de... ¿moho? Los recogió y se dispuso a elegirle ropa, anunciándole:

—Una visita lo aguarda abajo, milord.

Gresham se bajó de la cama, le agradeció mentalmente a Mortimer que todo estuviera dispuesto y se perdió en el cuarto de baño.

—No sé si me ha oído, milord.

—Perfectamente. Sea quien sea, que espere, mi despacho es muy cómodo y no voy a

faltar al desayuno.

—Es que no le he hecho pasar al despacho, milord, está fuera.

—¿Fuera?

—No me ha parecido oportuno permitirle la entrada en la casa. Se trata de Rayner, milord.

Christopher salió de la bañera a toda prisa.

—Que me espere en el despacho, bajo en un momento.

—¿Ayudo al señor a...?

—Puedo vestirme solo, Ladislaus, gracias.

—Como ordene el señor.

Se vistió en un santiamén, se atusó el cabello con los dedos y se apresuró escaleras abajo.

Un tipo alto, delgado, de ojos oscuros y aspecto desaseado lo esperaba junto al ventanal, del que se apartó al verle entrar.

—Tenemos problemas, señor.

—Lamento que te hayan dejado en la calle, Rayner.

—No importa. —Una media sonrisa afloró en el rostro del visitante—. Estoy acostumbrado.

—Lo cierto es que hueles condenadamente mal. —El conde arrugó la nariz—. ¿Dónde diablos te has metido? Bien, desembucha. ¿Qué tipo de problemas?

—Siento haber venido aquí, pero me ha parecido tan importante que no he querido confiar en nadie. El sujeto con el que se entrevistó, el tuerto, ha aparecido muerto en un callejón lleno de desperdicios, de allí vengo.

—¿Joder! —se despachó Gresham—. ¿Se sabe qué ha pasado? ¿Puede tratarse de un robo?

Rayner negó con la cabeza.

—Lo he descartado. Lo único que el tuerto tenía de valor era un diente de oro, que aún llevaba cuando descubrieron el cadáver.

—¿Quién lo encontró?

—Una fulana de las que trabajan en las calles del puerto. Abandonaron el cuerpo en un montón de desperdicios, los muy...

—Entonces, sólo puede significar una cosa, amigo mío: que nos estamos acercando.

—Pero seguimos a ciegas.

—No tan a ciegas. De momento, he concertado una cita nocturna para dentro de unos días —comentó enigmáticamente—. Es posible que de ella saquemos algo. Tú sigue moviéndote por ahí y abre bien los ojos, Rayner, confío en ti. Este asunto está durando demasiado, cada día que pasa crece el riesgo, con el consiguiente peligro de abordaje a una de nuestras naves, lo que supondría un descalabro que no estoy dispuesto a asumir.

—Le mantendré informado, milord —aseguró.

—Pasa por las cocinas y come algo antes de irte, tienes un aspecto lamentable. Si hay cualquier otra noticia, me avisas de inmediato.

—Así lo haré.

—Ten cuidado —le pidió Chris, poniendo una mano sobre su hombro, ya en la galería—. No me gustaría perder a uno de mis mejores hombres. Y, sobre todo..., no levantes sospechas.

Gresham se tomó unos minutos a solas para reflexionar. Si Rayner decía que no había sido un robo, no lo había sido. Sabía de su pericia de años, desde que lo contrató para la

Gresport Company. Confiaba plenamente en su instinto, pues, en más de una ocasión, su intuición le había sacado las castañas del fuego.

Lamentaba la muerte del desgraciado Ben.

Sonaron las campanadas del reloj del despacho, devolviéndolo al presente. Iba a llegar condenadamente tarde a desayunar.

Desde la esquina del corredor, Kimberly había visto desaparecer al hombre que acababa de hablar con Gresham. De no habersele deshecho el lazo del vestido, lo que la obligó a pararse frente a un espejo para rehacérselo, nunca hubiera tenido oportunidad de ser testigo de la despedida de ambos hombres. Los engranajes de su cerebro comenzaron a trabajar a toda velocidad. ¿Qué hacía el conde recibiendo a un tipo así en su despacho? Sus sospechas daban un giro más de tuerca.

—Pienso averiguarlo —musitó para sí misma—. Puede jurar que pienso averiguarlo, milord —aseveró, empujando la puerta del comedor, instantes antes de que Christopher apareciera en la galería.

La entrada de Kimberly en el comedor fue recibida por un conjunto de rostros cariacontecidos. El único que le dedicó una sonrisa sin reservas fue Cameron, pero al ver su cejo fruncido y su mirada reprobatoria, supo que se había enterado de su barrabasada en la leñera y volvió a meter las narices en su tostada, intentando pasar desapercibido.

James se apresuró a levantarse para retirarle la silla, sorprendiéndose Kim de que Darel, que siempre competía con su hermano, no hiciera siquiera ademán de adelantársele. Tommy McPearson, con el tobillo apoyado sobre un escabel, se limitó a saludarla con una inclinación de cabeza.

—Pido disculpas por el retraso —se excusó la muchacha.

Nadie contestó, lo que le extrañó aún más.

James se acercó al mostrador donde estaban dispuestas las bandejas, con intención de servirle el desayuno. Justo entonces, entró Chris dando los buenos días. Al advertir que el plato de Kim aún no estaba lleno le dijo a su hermano:

—Ya me encargo yo.

James le dejó el campo libre, regresando a su lugar en la mesa.

—¿Cómo se encuentra hoy, lord Amsterdill? —preguntó Kim, simulando que la presencia del conde era sólo la de un comensal más.

—¿Lord Amsterdill? —la reprendió Tommy—. ¿No voy a conseguir que me llame por mi nombre de pila? Hágalo, aunque sólo sea porque soy un pobre hombre herido.

—Si no lo he conseguido yo, que soy mucho más ingenioso que tú... —bromeó el pequeño de los Gresham.

—Hijo, a ti te faltan aún un par de hervores para compararte conmigo.

—Lo dices porque eres más viejo.

—No, lo digo porque soy más caballero.

—Querrás decir más soporífero.

—Lo que sois es dos bufones —intervino Darel, que pareció despertar por el juego de dardos dialécticos entre ellos.

—Muchachos, por favor... —rogó lady Agatha.

—Siempre igual, Señor, siempre igual —apostilló lady Eleanor.

Kimberly escondió una sonrisa tras la servilleta.

—¿Huevos revueltos, beicon, sesos, salchichas, jamón, fruta, tostadas... señorita Brenton? —preguntó Christopher, enumerando todas las viandas, para así cortar la sarta de estupideces en que sus hermanos y Tommy caían frente a la muchacha.

Todas las cabezas, menos la de Cameron, se volvieron hacia él a la vez. A Kim la incomodó su hosca interrupción, y, dedicándole una mirada gélida, respondió con aspereza:

—Café, por favor.

Gresham no se hizo de rogar, sirvió dos tazas, le puso una delante y tomó asiento.

Se hizo un silencio incómodo que a Christopher no le pasó por alto. Había demasiada seriedad, e incluso observó alguna mirada huidiza, algo inverosímil, porque los desayunos solían ser momentos que la familia disfrutaba animada y distendidamente en torno a la mesa. Se fijó en que James lucía un moratón en el ojo derecho y Darel otro en la mandíbula, pero no le dio demasiada importancia; seguramente, sus hermanos habrían reñido, algo habitual entre ellos. No era la primera vez que los dos se enzarzaban en una pelea; él mismo había intervenido en alguna. Lo chocante era el gesto agrio de sus abuelas.

—¿Qué sucede? —Nadie contestó, cada comensal concentrado en su plato, como si no lo hubieran oído—. Vale, me rindo, no doy con la adivinanza. ¿Quién se ha muerto?

—Tu hermano ha sufrido un atraco —se decidió lady Agatha.

—¿Cómo fue eso, James? —se dirigió a éste, suponiéndolo la víctima.

—A mí no me mires. Fue a él a quien asaltaron. —Señaló a Darel.

Darel parecía no tener nada que decir, pero su hermano mayor insistió:

—¿Y bien? Estoy aguardando.

—Ya te lo han dicho, ¿no? —gruñó el aludido—. Me asaltaron. Tampoco tengo que dar más explicaciones.

—Me las tienes que dar a mí.

—¿Eso por qué?

—¡Porque soy el cabeza de familia y se acabó! ¿Te han herido? —quiso saber luego.

—Sólo en su orgullo —contestó James, cáustico como siempre.

Darel se levantó con ánimo de enfrentársele.

—¡Darel! —lo frenó Chris—. Supongo que ésa no es la razón por la que os habéis turnado en poner os la cara como un mapa, ¿no? No estoy muy despejado esta mañana, así que me gustaría que me explicaseis qué tiene que ver un atraco con haberos peleado.

—Sólo le gasté una broma al enterarme de las circunstancias que rodearon el robo —confesó el más joven—. Ya sabes que cuando está de mal humor se pone intratable.

—Aún no he acabado contigo, James.

—¡Basta ya, Darel! Vayamos al grano. ¿Pudiste verlo?

—No verlo, hermano. Verla —pinchó James.

—¿Has dicho *verla*?

—Era una mujer —contestó Darel con cara de pocos amigos—. Una condenada perra que...

—¡Por el amor de Dios! —exclamó lady Agatha.

—¡Qué vergüenza! —coreó lady Eleanor, abanicándose con la servilleta.

Cameron soltó una risita que ocultó tras su vaso de leche. Darel se removió en su

asiento.

—Disculpadme, señoras —se excusó, azorado—. Esta mañana no estoy en mis cabales.

—¿Lo has estado alguna vez? —terció el escocés, con una pizca de guasa.

—Lo que nos faltaba, que el amigo Tommy se ponga también a enredar.

Cualquiera que los oyera, ajeno a la personalidad de aquellos cuatro, bien podría definirlos como superficiales, altaneros, pagados de sí mismos, poco serios. Así los veía Bart, por más que supiera de otras de sus virtudes.

—Darel, sigo esperando —lo apremió Chris.

—¡Está bien! Fui asaltado por una chica. Algo que le puede suceder a cualquiera en los tiempos que corren. Me quitó el dinero, el caballo y el alfiler de corbata. ¡Fin del informe!

—No habrá sido el de la esmeralda, ¿no? —aventuró su hermano. Darel ni lo negó ni lo admitió—. ¿Se trata del que te regaló papá? ¿Ese alfiler de corbata?

—Justamente ése, sí.

Chris se recostó en el asiento. No era raro, entonces, que estuvieran todos apesadumbrados. Conocían el valor sentimental que el prendedor tenía para Darel, sin contar, todo fuera dicho, la pequeña fortuna que valía. Lo que no iba a evitar el escarnio que iba a sufrir su hermano a cuenta del dichoso robo. ¡Se había dejado atracar por una mujer! Sólo de pensarlo se suavizó su enojo.

—¿Una chica? —Señaló a Darel con un dedo—. ¡Una chiquilla, por el amor de Dios! —se echó a reír.

Y entonces se desencadenó la guerra que tanto temían las damas.

Darel se aupó por encima de la mesa, impulsando su puño cerrado, que alcanzó el mentón de Chris haciéndolo caer hacia atrás. Consciente de que perdía el equilibrio, se sujetó a lo primero que pudo, que resultó ser la chaqueta de Darel, al que arrastró consigo en la caída. Todo lo que había encima de la mesa cayó con ellos; el estrépito de vidrio y porcelana al estrellarse contra el suelo se mezcló con las exclamaciones de las mujeres y la bronca de los hermanos. Pero había alguien que se lo estaba pasando en grande: Cameron no se perdía detalle de la pelea.

Bart se levantó con premura para detenerlos, sacó a Darel del revoltijo de tela y loza y, haciéndolo a un lado, le tendió la mano al conde. Christopher la aceptó para incorporarse, pasándose la otra por el mentón. De buena gana le habría atizado a su hermano, pero la actitud firme del americano, interponiéndose entre ambos, la presencia de las abuelas, que no se merecían el espectáculo, así como el nefasto ejemplo que le estaban ofreciendo al pequeño Cameron, lo hizo desistir.

Kim se dedicó a quitarle hierro al asunto calmando a las damas, a quienes trataba de hacer ver que no era más que una exhibición de orgullo pasajera. Eso sí, abanicando a lady Eleanor, que no dejaba de pedir sus sales, como cada vez que le daba un sofoco.

Alertados por el ruido, se presentaron un par de sirvientes que, sin mostrar el más leve signo de extrañeza, empezaron a recogerlo todo. No debía de ser la primera vez que asistían a semejantes escenas, dedujo Kimberly, ciertamente divertida con la pelea de los hermanos.

Ya no hacía nada allí, así que tomó a Cameron de la mano y se excusó antes de salir. A fin de cuentas, el desayuno estaba arruinado.

—Tía, no quiero irme nunca de Braystone —le dijo el niño—. Aquí se pasa la mar de bien, ¿no es cierto?

Kim ya no pudo contener la carcajada.



El hombre al que un número muy reducido de personas conocía como *Ghost* golpeó violentamente la mesa, a la vez que maldecía a voz en cuello.

Quien aguardaba sus órdenes retrocedió instintivamente un paso, tragando la saliva que tenía atascada en la garganta.

—¡Hijo de puta! —lo oyó bramar—. Debería haberle sacado las tripas y haberlas espaciado por todo Londres. ¿Sabes lo que significa esto? ¿Lo sabes?

El aludido, pálido, asintió sin decir nada, porque ante la furia de su jefe no conocía otra alternativa. Sólo lo había visto tan rabioso en una ocasión, cuando descubrieron a aquel joven vigilando el desembarco de la nave francesa. Hubiera preferido no estar allí en las actuales circunstancias; no las tenía todas consigo, temiendo que el hombre pagase con él su arrebatado de violencia.

Pero tras la explosión pareció recobrar la calma, retomando la apariencia fría e insensible que siempre mostraba.

—Tal vez podríamos echar una ojeada al cuarto en el que vivía el tuerto, señor, por si se nos ha pasado algo por alto.

Unos ojos claros, helados, se clavaron en él.

—Si no has encontrado más que una bolsa con diez libras, ¿qué coño quieres hallar ahora? Olvida a ese piojoso, demasiados problemas nos ha causado ya. No obstante, que un par de muchachos se den una vuelta, hagan preguntas, rompan alguna cabeza si es menester, pero que averigüen todo cuanto puedan.

—Sí, señor.

—Otra cosa —lo detuvo antes de que saliera—, no habrá descarga en esta ocasión, despide a los braceros que hayas apalabrado.

—Pero la goleta llegará...

—No podemos arriesgarnos. Haremos la señal convenida para que no se acerque a la cala, debemos ser cautos. No quiero que una patrulla de la ley nos sorprenda en plena faena. Recuerda que no sabemos con quién se ha ido de la lengua ese desgraciado.

—Así retrasaremos la entrega de los pedidos, señor.

—Retrasaremos lo que haga falta. Primero es mi cuello. De todos modos, tendréis vuestra parte. ¡Lárgate y haz lo que te he dicho!

El tipo no esperó a que le repitiesen la orden y salió de allí. Ya a solas, *Ghost* se levantó, acercándose a la ventana del cuarto alquilado tiempo atrás, en el que llevaba a cabo

sus negocios ilícitos. En la calle, dos chicos se peleaban entre la basura por ver quién se quedaba con un par de botas mugrientas, robadas seguramente a algún borracho; algo más lejos, una prostituta trataba de pactar con un cliente, enseñándole sin reparos la jugosa mercancía de un generoso pecho; al fondo del callejón, otra meretriz se defendía a duras penas de los sobos soeces de dos fulanos de mala catadura.

Dio la espalda al lamentable espectáculo de la calle, para adentrarse en el haz de luz que alumbraba el cuarto, que, al incidir en sus cabellos claros, le arrancó destellos. Se pasó un dedo por una ceja repetidas veces, un tic recurrente con el que exteriorizaba su tensión o nerviosismo, y maldijo en voz baja.

Estaba harto de todo aquello. Harto de tener que lidiar con sujetos nauseabundos, tan necesarios por otra parte. Harto de tener que respirar el aire putrefacto de callejuelas de los bajos fondos, como aquella en la que se encontraba. Harto de disimular, de vivir al amparo de un apodo que había llegado a ser objeto de temor entre maleantes.

La vertiente positiva venía del lado de los réditos: una tajada notable. Le había costado esfuerzo, dedicación y un alto riesgo, pero había merecido la pena enfangarse con la bazofia de Londres, traficar con contrabando, vender información de los barcos ingleses e incluso matar. Todo fuera por mantener el estatus que le correspondía, pensó, satisfecho consigo mismo.

Nadie sabía quién era. Ni sus propios hombres, que acataban sus órdenes sin rechistar, impulsados por una mezcla de miedo y codicia, merced a los beneficios que obtenían.

Nadie sabía quién era *Ghost* en realidad.

Y nadie lo sabría jamás cuando desapareciera.

Pero aún le quedaban algunos asuntos que arreglar antes de abandonar su otro yo, ese mundo ruin y apestoso. Primero, poner manos a la obra para solventar el problema en el que el malnacido del tuerto los había metido. Luego se encargaría personalmente del otro asunto. Esperaba con deleite el momento en que el hombre al que odiaba le pidiera clemencia justo antes de que él le rebanara el gaznate.



Kim hizo lo imposible para evitar al conde.

Su estancia en Braystone Castle se estaba dilatando sin que consiguiera ni una sola pista fiable, ni ningún dato objetivo que la condujera hacia la resolución de su problema, si exceptuaba la extraña visita del sujeto al que descubrió hablando con Christopher. Comenzaba a impacientarse.

Los Gresham eran encantadores y unos anfitriones excelentes, su tía había rejuvenecido al retomar su antigua amistad con las damas, Cameron disfrutaba moviéndose a sus anchas. Bart se había dedicado a dar largos paseos por la finca, enterándose de sus métodos de producción, así como visitando las caballerizas, donde compartía largas charlas con Ian, el muchacho que las atendía. Mantenía, eso sí, una rivalidad soterrada con el ayuda de cámara de Gresham, el señor Mortimer, que ninguno de los dos se preocupaba por disimular. Bart era un hombre llano, un poco brusco tal vez, su modo de ser no encajaba con el estirado criado de Christopher, por lo que, en ocasiones, no se privaban de algún intercambio de frases desdeñosas entre ellos. Kim, por su parte, nunca se encontró desplazada allí, más bien al contrario. Fue acogida sin reservas, animada y adulada por Amsterdill y los hermanos Gresham. Christopher, sin embargo, representaba la cruz de la moneda por dos motivos: porque los indicios lo señalaban como primer sospechoso y porque su presencia la bloqueaba afectivamente.

Cuanto más tiempo pasaba allí, más ardua se hacía su visión descalificadora. Su innegable atractivo ejercía sobre ella una fascinación en la que estaba cayendo, atrapada como una mosca en la tela de la araña, relegando a segundo término la razón de base de su estancia allí.

Desde su llegada a Braystone Castle había tenido al conde bajo su punto de mira. Cierto que él era el clásico aristócrata estirado, arrogante, cínico, siempre elegante, que aparentaba que toda su ocupación consistía en mostrar ante el mundo su estatus social. Pero se iba dando cuenta de que era muy distinto a como lo había juzgado. Christopher se preocupaba más de los problemas de su gente que de las reuniones sociales. Eso lo hacía ganar puntos a sus ojos, a la vez que la molestaba, porque si él tenía algo que ocultar, dudaba que fuera el servicio quien lo sacara a relucir.

Demasiada cavilación. Todo se reducía a una simple decisión. Tenía que alejarse de Braystone Castle, tal vez dejándole a un investigador el rastro de los pagarés firmados por Adam y, de paso, que averiguase quién era el tipo que había visitado al conde aquella

mañana. Aunque Lucas Ganford le había pedido que dejara las investigaciones en sus manos, ella se resistía a quedarse de brazos cruzados. Además, ¿por qué fiarse de él? ¿Por qué debía prestarle oídos, si apenas lo conocía, salvo por las referencias de la tía Alice?

Debían dar por concluida su estancia en la mansión para retomar el rumbo que se había trazado al salir de Beau Terre.

El primer escollo era vencer la resistencia de lady Alice, bastante reacia a marcharse, con lady Ágata haciendo frente común con ella, pensó, recordando la conversación mantenida hacía apenas una hora.

—Había planeado pasar un par de días de asueto en Londres para animar a Alice —respondió la condesa viuda al oír su idea de regresar a Teriwood Manor—. Supongo que no pensaré desairarnos, querida.

Durante esos días, Kimberly había podido apreciar la enérgica personalidad de la dama, por lo que decidió no oponerse, habida cuenta de que la visita a la ciudad era en provecho del solaz de su propia tía.

Distraída con sus razonamientos, aceptó el palo que *Sultán* le entregaba y se lo volvió a lanzar una vez más. El chucho salió a toda velocidad para recogerlo, incansable en su correteo. Siguiendo la carrera del perrillo, emprendió un paseo en solitario por el jardín.

A pesar de sus esfuerzos por burlar la presencia de quien interfería en sus pensamientos, e incluso en sus determinaciones, Christopher y ella volvieron a encontrarse. Kim no se percató de su presencia, sentado en un banco, medio oculto como estaba por los recortados cipreses que flanqueaban uno de los paseos. Cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde: el conde la había visto.

Al ver que Kim frenaba sus pasos, él se apresuró a enrollar los documentos que estaba revisando, atándolos con una cinta y dejándolos a un lado.

—Supongo que quieres decirme algo.

—¿Algo? ¿De qué?

—Estás evitándome. Suponía que, después de nuestra pequeña aventura, querías que hablásemos de ello. Yo creía que habíamos firmado lo que podría llamarse... un armisticio.

¿Armisticio? Admitió que muy bien podría haber sido así, a fin de cuentas él la había salvado de cotilleos morbosos ayudándola a escabullirse de la biblioteca. De haberlos visto a ambos a horas tan intempestivas, ella en camisón y bata y él a medio vestir... Tragó saliva al recordar el aspecto bohemio de Chris esa noche y la chispa que los incendió a ambos.

Posiblemente le debía un favor, de acuerdo, pero de ahí a tener que darle explicaciones, iba un mundo. ¿Explicaciones de qué? ¿Quién se creía que era para pedirle cuentas? Recogiéndose el vestido, pasó junto a él con el ánimo alterado, para encaminarse hacia la casa. No iba a entrar en su juego. Ni siquiera deseaba mantener una conversación con tan petulante, relamido y altanero aristócrata.

No se le antojaba mejor respuesta que desaparecer; tenerlo cerca la convertía en una persona de carácter levantisco y más débil. Aún tenía demasiado vívido el contacto de sus brazos y el calor de su boca como para sentirse cómoda a su lado.

Debería haberse ido sin decir nada, pero no se ahorró el adjetivo que le quemaba la garganta:

—Presuntuoso fantoche. Vamos, *Sultán* —llamó al perro, que olfateaba, buscando entre los arbustos el lugar idóneo donde aligerar su vejiga.

Christopher no estaba para muchas bromas, sobre todo, después de la charla mantenida con su ayuda de cámara.

Mortimer, con el semblante tan serio como un empleado de funeraria, se había

dedicado a elegirle ropa limpia en cuanto lo vio entrar en el cuarto, cuando él subió a cambiarse tras la pelea con Darel en el comedor. Mientras se desnudaba, el hombre depositó con excesiva lentitud camisa, pantalones, chaleco, chaqueta y corbatín sobre la cama. No abrió la boca, pero Christopher lo conocía lo suficiente como para saber que se esforzaba por callar lo que, en cualquier caso, iba a decirle tarde o temprano. Así que, mientras se enfundaba los pantalones, lo apremió:

—Vamos, di lo que sea ya, Ladislaus.

Mortimer le dio la espalda para tenderle el chaleco. Por el tonillo burlón de su voz, Chris supo que se estaba divirtiendo, por más que tratara de disimularlo.

—Me preguntaba, milord, si la causante de los... estragos en su ropa, ha vuelto a ser la señorita Brenton.

—Pues no. Esta vez la culpa es de mi inconsciente, grosero y malhumorado hermano Darel.

—Ya veo, señor.

Él permitió que le anudara el corbatín, aprovechando que lo tenía de frente para preguntar:

—Mortimer, ¿qué piensas de mí?

—¿Cómo dice, milord? —Las manos del hombre se quedaron suspendidas en el aire.

—Me conoces desde que era un crío, sabes que confío en tu buen juicio.

—No entiendo a qué se refiere, milord.

—¿Crees que puedo interesarle a una mujer?

Mortimer se quedó en blanco unos segundos. ¿Pretendía burlarse de él? Demasiado bien conocía sus andanzas con las damas para... Comprendió de golpe, carraspeó y terminó de ajustarle el corbatín. Luego lo ayudó a ponerse la chaqueta, retirándose a continuación con las manos cruzadas a la espalda, en actitud servicial.

—Si milord se refiere a una señora en concreto...

—A ninguna en particular.

No consiguió engañar a Ladislaus.

—Me tomaré la libertad de pensar que milord no quiere darme esa respuesta. —Chris enarcó las cejas—. Mi opinión es que con... cierta dama... lo tiene complicado, señor. Por lo que he podido apreciar, la señorita americana no comulga demasiado con nuestro estilo de vida, criada como ha sido en otra cultura.

—¿Quién ha hablado de la señorita Brenton? —Se erizó el conde, consciente de que había sido descubierto.

—Si me permite el atrevimiento, no creo que la dama encaje aquí. Es deliciosa, muy bella, instruida; sin embargo, y siempre a mi modo de ver, no sé si se adaptaría al desempeño digno de su papel en sociedad. Sin hablar ya de ese áspero, ceñudo y grosero guardián que la acompaña. Hasta donde yo alcanzo, sería una imprudencia pensarlo siquiera, milord.

A Christopher le tocó el turno de quedarse desconcertado.

—¿Quién demonios ha dicho que piense en...?

No terminó la frase. Porque nada más escuchar a Mortimer, se imaginó mentalmente un nombre que le sonaba perturbador: Kimberly Gresham.

—Creo que desvarías, amigo mío —respondió con brusquedad.

—Es muy posible, milord.

No obstante, ahora, teniéndola de nuevo a su alcance, lo que le había parecido un absurdo tomaba forma, se afianzaba. Probablemente se estaba dejando llevar por la

precipitación, pero a cada segundo que pasaba, acariciaba con más énfasis la desatinada, vehemente y alocada idea de unir el nombre de ella a su apellido.

Kim acababa de llamarle engreído y no iba descaminada. ¿Acaso no era cierto que se había comportado con suficiencia en cuanto la vio aparecer? Pero también era cierto que, desde entonces, dejó de pensar con lucidez en su presencia. El aroma que desprendía Kimberly le nublabla la mente, lo hacía jugar con la posibilidad de quitarle las horquillas una a una y gozar de la suavidad que prometía su cabello, con acariciar su piel de seda y, entonces, su cuerpo reaccionaba invocando el sabor de su boca. Convenía con ella en que era un fantoche, sí, porque ambicionaba su contacto. Nunca hasta entonces había deseado tanto a una mujer como deseaba a Kimberly Brenton. Y su rechazo despectivo y confirmado lo enervaba.

No iba a admitir que le diera de lado sólo porque lo considerase un vanidoso. ¡Ah! Eso sí que no.

Kim alcanzaba ya el final del camino cuando la detuvo, tomándola del brazo. Un segundo más a su lado, aunque fuera para discutir, se le antojaba el paraíso.

—De modo que soy un estirado.

Antes de que ella pudiera responder airadamente, *Sultán* pasó al lado de ambos como una exhalación, llevando entre sus dientes el rulo de documentos que Gresham había dejado sobre el banco.

—¡Condenado chucho! ¡Suelta eso!

Kim no lo pensó dos veces, le tomó la delantera para atrapar a *Sultán* antes que él, temiendo por la seguridad de su mascota.



Durante los segundos que Chris tardó en reaccionar, a *Sultán* le dio tiempo a adentrarse en la casa con los papeles entre los dientes. ¡Por Dios, eran documentos importantes, no recortes de prensa! Si el condenado chucho se atrevía a estropearlos, aquella noche cenarían perro en salsa. Y si Kimberly trataba de proteger al animal, americana y perro en pepitoria, pensó, echando a correr en persecución de ambos.

Al oír sus pisadas, Kim se volvió a medias, consciente de que era él, lo que hizo que la adrenalina la instara a acelerar su carrera, sin perder de vista a *Sultán*.

El trío atravesó el vestíbulo como si los persiguiera Satanás en persona, uno tras otro, ante el gesto atónito de un par de criadas cargadas con ropa de cama. El perro se parapetó tras una columna, con los ojillos brillantes por lo que creía que era un juego, moviendo el rabo como si tuviera ritmo. Christopher se le fue acercando poco a poco hasta acorralarlo entre la columna y la pared.

—¡No te atrevas a tocarlo, déjalo!

El grito de Kimberly lo paralizó, momento que el perro aprovechó para pasar entre sus piernas y emprender una carrera.

Con las faldas recogidas casi por encima de las rodillas para evitar rodar por el suelo si se las pisaba, ella volvió a adelantarsele.

Darel cruzaba la galería justo entonces. Tuvo que saltar para no pisar al perro, pero no fue lo bastante rápido como para esquivar el vendaval de faldas que se le vino encima, Kimberly tropezó con él y el empujón lo derribó.

—¡Lo siento! —le gritó ella sin pararse.

Darel trató de incorporarse, pero se topó con Chris, que le pasó por encima. Sólo sus buenos reflejos evitaron los tacones de las botas de su hermano en la cara, aunque no se libró de un pisotón en el estómago que le arrancó un bufido.

—¡¡Ya te pillaré un día de éstos, Chris!! —vociferó.

Kim, con el corazón acelerado y maldiciendo en varios idiomas al condenado perro, empezó a bajar la escalera que daba a otras dependencias. Corría como un gamo, al conde no le iba a ser fácil darle alcance. ¡Maldito chucho! ¡El bochorno que le estaba causando! Sí, pero sería ella quien castigara a *Sultán*, en modo alguno aquel engreído.

Entretanto, el perro se coló por una puerta entreabierta.

Kim la empujó sin miramientos, haciéndola chocar contra la pared para continuar por un pasillo más estrecho. Un aroma a comida la previno de que se acercaban a las cocinas.

Corrió como un rayo, sorteando armarios repletos de conservas; con el codo, golpeó una estantería y algunos frascos se cayeron al suelo.

Otra puerta, otro pasillo más estrecho que el anterior.

A su espalda, oyó un golpetazo, seguido de una maldición. Por encima del hombro vio a Christopher, despatarrado en medio de un montón de perolas y frascos rotos. Se tomó unos segundos para recuperar el resuello, mordiéndose los labios para no reírse a carcajadas.

—¡En cuanto te pille, te vas a enterar! —amenazó él a su espalda.

Kim se rehízo. Le dolía el costado por la carrera y el aire se le atascaba en la garganta, pero no se iba a parar ahora.

A Christopher, la desenfrenada persecución lo había excitado; tenía la excusa perfecta para atraparla a cuenta del condenado chucho.

Ella cubrió los escasos metros que la separaban de las cocinas, donde se había refugiado *Sultán*, haciendo un quiebro de malabarista para no llevarse por delante a una muchacha que salía con una bandeja. La criada se hizo a un lado, sin poder evitar que parte del contenido de una cazuela se derramase sobre su inmaculado delantal y el pavimento.

—¡Perdona! —se excusó Kim.

La pobre chica no tuvo tanta suerte con la aparición de su señor. Éste apenas le rozó el hombro, pero la fuerza de su carrera la hizo dar una vuelta completa sobre sí misma, y que bandeja, cacerola y contenido saltasen por los aires antes de estrellarse contra el suelo.

Una vez en las cocinas, Kim se quedó parada. Y muda. Igual que los sirvientes. *Sultán* jadeaba, observándola desde la protección que le daba la enorme mesa donde se preparaban los platos, moviendo graciosamente el rabo, bien sujetos los documentos del conde en su boca.

La cocinera, una mujer rolliza, de mejillas rubicundas, se limpió las manos en el delantal mientras los pinches dejaban lo que estaban haciendo; dos muchachas que amasaban se quedaron pegadas sobre los pringosos pegotes de harina húmeda.

Kim no tenía ni idea de lo sorprendente que era que una dama anduviera por aquellos dominios, al contrario de lo que hacía en Beau Terre, donde solía entrar en la cocina a menudo, sin importarle ayudar a preparar algunos platos. Pero en Inglaterra, su intromisión representaba poco menos que un acontecimiento para los que allí trabajaban.

Sin embargo, quedó como un ángel cuando Chris hizo su aparición. Que una mujer, invitada de su señor, pudiese haberse colado allí —seguramente por equivocación— era incluso admisible. ¡Que lo hiciese el propio conde, un desatino!

La cocinera lo recibió como si fuese una aparición, dejándose caer pesadamente en una banqueta, que gimió bajo su voluminoso cuerpo.

—¡Jesús! —murmuró en medio de aquel silencio espectral en que se habían sumido todos.

Cuando Chris quiso reaccionar, tan asombrado como el resto de encontrarse en un lugar que no había pisado desde que era un crío que robaba dulces, Kim ya había perdido su rigidez, tomando posiciones al otro lado de la mesa, dispuesta a proteger a su mascota con uñas y dientes. No lo pensó y le lanzó un buen pegote de masa.

Christopher esquivó el primer proyectil.

Y el segundo.

Y hasta el tercero, mientras en la cocina las exclamaciones sonaban a coro, pasmados todos ante lo que veían.

El cuarto pegote de masa voló sobre la cabeza del conde, yendo a estrellarse... en la

cara de Darel que, para no ser menos, irrumpió con la misma prisa con que lo hicieron los anteriores.

Kim se quedó pálida. Chris, por el contrario, esbozó una sonrisa complacida ante una situación tan sorprendente y cómica.

Darel dijo algo que nadie entendió mientras se limpiaba.

—¡Lo siento! —se disculpó la joven, acercándose a su inesperada víctima—. ¡No sabe cuánto lo lamento!

Cuando consiguió eliminar parte de la masa que embadurnaba a Darel, Christopher se reía ya a mandíbula batiente, ante el mutismo de los criados.

No esperaba la rápida reacción de su hermano, que se fue hacia él con el puño en alto. Pillado por sorpresa, salió despedido, aterrizando sobre un saco de harina, que se cayó sobre él, derramándose sobre el suelo levantando una nube de polvo blanquecino.

La cocinera decidió que entonces sí, ya era hora de desmayarse, y se escurrió de la silla en una aparatosa caída.

Comenzaron a oírse toses y risas. La cocina había cambiado de aspecto en un instante.

Chris se incorporó lentamente, estornudando a causa del polvo de harina.

Kimberly, íntimamente avergonzada, pero sin poder contener la hilaridad ante un espectáculo tan bufo, se encontró con *Sultán* a su lado, buscando el refugio de su ama, una vez que las carreras se habían acabado. Ella retiró el rollo de documentos de entre sus dientes, depositándolos sobre la mesa, y luego se agarró del brazo de Darel, su imprevisto paladín.

—¿Nos vamos?

Él la obsequió con un guiño pícaro, mirándola de arriba abajo. Despeinada, un poco sudorosa, con el vestido desaliñado y sucio, los ojos chispeantes de humor y las mejillas sonrosadas, estaba preciosa. Sonriendo de oreja a oreja, dejaron atrás el desorden y desaparecieron de las cocinas con el chucho tras sus pasos.

Siete pares de ojos se volvieron entonces hacia su señor. Todos trataban de mantener la compostura, pero su aspecto era tan jocoso, rebozado como un pescado, que no había forma de controlarse por más que lo intentaran.

Christopher asumió que estaba haciendo el ridículo, así que lo mejor era retirarse con cierta elegancia. Se sacudió los pantalones, palmeándose los como pudo, justo en el momento en que la cocinera volvía en sí y abría los ojos para, a la vista de su amo y de su cocina, volver a desmayarse.

—Lamento la intromisión —se disculpó Gresham antes de salir, dejando un coro de toses a su espalda.

Poco después, entraba en sus habitaciones como una exhalación. ¡Cómo no, Ladislaus parecía haber intuido que necesitaba de su presencia! Erguido, firme, allí estaba una vez más la sombra alargada, pendiente siempre de sus desventuras.

Observó a su señor sin un gesto de asombro, tiró del cordón con que llamaba a la servidumbre, solicitó agua inmediata para un baño y se ocupó de disponer ropa limpia.

—¿La señorita americana, milord? —preguntó, haciendo caso omiso de las atrocidades que Chris iba soltando en voz baja.

—¡Exactamente!

—Creo, señoría —dijo con voz serena—, que debería pensar en serio en llamar a su sastre. Si esa joven sigue en Braystone Castle mucho tiempo, vamos a necesitar un nuevo guardarropa. Las criadas no dan abasto con vos, milord.

Chris le dedicó una mirada asesina. Mortimer estaba tan serio como un ajo, pero su labio superior temblaba ligeramente y él intuyó que se encontraba a un paso de perder su afectada compostura. Antes de soportar otra andanada de burlas avisó:

—Ladislaus, es mejor que no te rías, mucho mejor.



Después del lamentable espectáculo en las cocinas, Kimberly y Christopher se distanciaron más si cabía. Ella, porque a pesar de que le había resultado divertido secundar a Darel en sus burlas, se avergonzaba de su conducta. ¡Cómo se le había ocurrido actuar de modo tan irresponsable! Le extrañaba, por demás, que el incidente no hubiera tenido repercusión, como si todos hubieran hecho un pacto de silencio. Gresham, por su parte, la evitaba, aunque sólo fuera por no darle la razón a Mortimer, que no cesaba de relacionar sus sucesivos lamentables aspectos con la presencia de la americana.

Aun así, cuando su abuela y lady Alice le comentaron su decisión de acercarse a Londres, Christopher se ofreció como acompañante de las damas.

—No es necesario que desatiendas tus asuntos, Chris, el señor Bart se ha ofrecido gentilmente a venir con nosotras.

—No dudo que su compañía es garantía de tranquilidad, *grand-mère*, pero he de resolver algunos asuntos en la ciudad, de modo que lo más práctico es que hagamos el trayecto todos juntos. Dos pistolas siempre son mejor que una.

—¿Pistolas? ¿Has dicho pistolas? —se alarmó lady Eleanor—. Los caballeros no deberían portar arma alguna, es de pésimo augurio, muchacho.

—Darel fue asaltado, por si no lo recuerdas, Ely —replicó lady Agatha—. Por mi parte, iré más tranquila si van armados.

—Es cierto. ¡Pobrecillo! —suspiró la mujer afectadamente, con cara de conmiseración—. ¡Qué vergüenza! No sé adónde vamos a llegar, una no puede estar tranquila con tanto maleante suelto. ¿Qué está haciendo el gobierno al respecto? Se supone que los agentes de la ley están para algo, ¿no es así?

Partieron muy temprano. Las damas ocupaban uno de los carruajes; Mortimer, con dos de las criadas, el otro, donde habían cargado un equipaje ligero por si surgía cualquier eventualidad. Bart y Gresham prefirieron viajar a caballo. Para tranquilidad de su hermano, James se brindó a hacerle compañía a Amsterdill, tan bien atendido en Braystone Castle que no veía el momento de marcharse. Darel, por su parte, había recibido aviso de su administrador de Londres, reclamando su presencia para que estampara su firma en la minuta de gastos de la reparación de su casa y se había ido. Así pues, por unos días, Chris no iba a tener que lidiar con los tres.

Kim se convenció de la bondad de la excursión, aun cuando debiera soportar la cháchara de las tres damas. Hubiera preferido un trayecto en solitario y aprovechar para

leer, a pesar de los botes del carruaje en el camino repleto de baches, difícilmente transitable debido a las recientes lluvias. Pararon en una posada a descansar, cambiar los caballos por otros de frescos y tomar un refrigerio. Para entonces, maldecía en arameo. Reconocía que sus compañeras de viaje eran de conversación amena, salpicada de comentarios jocosos, si una estaba interesada en acontecimientos sociales, pero a ella los cotilleos le importaban un pimiento. Le dolía la cara de tanto sonreír, fingiendo escucharlas. Y, peor aún, los ojos se le iban hacia la ventanilla del coche cada vez que el caballo de Christopher las adelantaba en sus idas y venidas, oteando posibles obstáculos o tal vez salteadores.

Pero él ni una sola vez le echó una mirada a ella.

Se soportaron mientras daban cuenta del pequeño refrigerio, sin disimular que trataban de ignorarse, lo que no consiguió ninguno de los dos, a tenor de la cantidad de veces que sus ojos se cruzaban.

La charla de las mujeres languideció al reanudar el viaje, y empezaron a dormitar a intervalos. Kim tampoco pudo resistirse al sopor, teniendo en cuenta que estaba despierta desde casi antes del amanecer. El traqueteo de las ruedas sobre el empedrado de la urbe la espabiló de golpe. Asomada a la ventanilla, se empapó del entorno. La mezcolanza de olores, algunos desagradables, unida al barullo reinante en las calles, enfriaron su ánimo de bajar del coche e incorporarse a la marea humana. Londres bullía de actividad: cocheros, animales, transeúntes, repartidores y mercadillos. Multitud de puestos atestaban los laterales de las calles. Telas, cuero, armas, enseres, cacharros, telas...

—¡Perfumes de la *belle France*, señoras! —cantaba sus excelencias un vendedor—. ¡La fragancia de la mismísima *impératrice* Josefina!

Vasijas de barro, especias llegadas de lejanas tierras, frutas, verduras, carne, pescado desecado, armas, joyas. Un edén para las damas y un infierno para los bolsillos de los caballeros que debían correr con los gastos de esposas o amantes.

Como Gresham temía, su abuela no quiso dejar pasar la oportunidad, haciendo parar al cochero. Deseoso de llegar y darse un baño, hubo de aceptar sin embargo el obligado paseo entre la marabunta de gente que se agolpaba en los puestos. A las mujeres, que no paraban de quejarse de las incomodidades del viaje, ahora se las veía encantadas entre una muchedumbre de lo más variopinto.

Christopher se preguntaba de dónde sacaban fuerzas, en realidad, deberían tener el cuerpo molido por los vaivenes del coche. Pero intentar encontrar una explicación plausible a esa atracción frenética de las féminas por un escaparate o un tenderete no estaba al alcance de la mente de un varón. Sus abuelas, liderando la marcha, se mostraban eufóricas. Así eran ellas, forjadas en hierro, con cuerda para tumbar al más pintado.

—Esté atento, Bart, por aquí se mueve la mayor concentración de amigos de lo ajeno de toda la ciudad.

Los ladronzuelos se confundían con los compradores, no era extraño por lo tanto que más de un caballero o dama acabara *extraviando* su bolsa. Los carteristas abundaban en Londres como en cualquier otra gran ciudad donde se mezclaban ricos y mendigos, busconas y pedigüños en acontecimientos tumultuosos como aquéllos, terreno sembrado para rateros y timadores.

Mucho rato después, cuando la paciencia de Chris tocaba ya a rebato, las mujeres dieron por finalizada la sesión de compras. Lady Agatha había adquirido tres piezas de tela, una de encaje y seis pañoletas para las criadas. Lady Eleonor, para no ser menos, encargó que llevaran a la casa que mantenían en la ciudad, y en la que se iban a alojar, un par de

estatuillas traídas de la India, una caja de jabones franceses de tocador y algunos frascos de perfume. Más comedida, lady Alice sólo compró un fular de lana gris y unos guantes de cabritilla.

Kim se encaprichó de un juego de soldaditos de plomo para Cameron, aplicándose al regateo con el descarro de una comerciante. Gresham no pasó por alto el detalle, uno más, pues a cada paso descubría una nueva faceta de ella que lo fascinaba. La joven consiguió la colección a la mitad del precio de salida, encantada por el cierre de la transacción; menos contento estaba el vendedor, que renegaba entre dientes sobre la tacañería de los extranjeros.

La mansión de los Gresham se hallaba al oeste de la ciudad, en Mayfair, distrito de Westminster, un barrio elegante y prestigioso. Se trataba de una construcción recia, de ladrillo rojizo y tejado negro, rodeada de una alta verja que contenía un cuidado y amplio jardín. Una casita encantadora, según lady Alice, y de absoluta decadencia inglesa en opinión de Kimberly. Sin embargo, no pudo por menos de apreciar el lugar, que resultó ser un oasis silencioso y acogedor tras su andadura por el mercado.

Después de asearse y cambiarse de ropa, Christopher propuso ir a cenar a un restaurante de moda a un par de calles de la casa. Un local selecto, dijo. Kim escogió un vestido de seda azul oscuro, agradeciendo la exquisita confección a la señora Bucatti. En su fuero interno, aunque nunca lo admitiría, la asustaba no estar a la altura.

Con el beneplácito del grupo, Christopher se tomó la libertad de elegir el menú: distintos tipos de paté, salmón ahumado y carne asada de ternera con verduras salteadas. El establecimiento, supervisado y dirigido por un sujeto que se hacía pasar por un noble francés huido de la tiranía de Napoleón, se acercó a saludarlos, vanagloriándose de preparar en su restaurante los mejores postres de Londres. Dejaron por lo tanto en sus manos la elección de los dulces.

Kimberly no era demasiado golosa, pero le encantó la presentación primorosa de unas bandejas con diminutos pastelillos bañados en nata y chocolate caliente. Tuvo que reconocer que nunca había probado nada tan delicioso. Cuando monsieur Crochet volvió a la mesa, interesándose por su opinión, le dedicó tal sonrisa embelesada que a Christopher se le agrió la nata. Ella parecía dispuesta a dedicar sus mohínes agradecidos a todo bicho viviente... salvo a él.

Estaba preciosa, maravillosamente femenina con aquel vestido que dejaba al descubierto una porción de escote de piel nacarada, hacia donde a él se le iban los ojos sin remedio. Bebía cada una de sus sonrisas, cada alzamiento de cejas, cada palabra... hasta el punto de verse forzado a cambiar de postura para aligerar cierta rigidez que presionaba sobre sus ceñidos pantalones. ¡Condenada mujer! ¿Cuándo había estado él tan pendiente de los mariposeos de una coqueta?

El buen sabor de boca de la cena se le fue diluyendo a medida que Kimberly alababa la galantería del francés, al que él tildaba en su fuero interno de figurín pomposo. Una vez fuera del restaurante, las damas sugirieron dar una vuelta por la ciudad para verla iluminada, y lady Agatha propuso un tour para el día siguiente, prometiendo enseñarles a sus invitados los lugares más representativos de Londres. Christopher no estaba dispuesto a servirles de niñera, por más que deseara seguir disfrutando... y sufriendo la presencia de Kimberly.

—Mañana contrataré los servicios de dos hombres para que os acompañen —dijo.

—Pensaba que ibas a hacerlo tú —se extrañó su abuela.

—Tengo otros asuntos que atender y ya conozco la ciudad.

—Asuntos que atender, asuntos que atender... —cacareó lady Eleanor, apoyando a lady Agatha—. Supongo que no hay nada que no pueda posponerse. Le he mandando una nota a lady Oberston. Ya sabes cómo te aprecia. No puedes hacerle el feo de estar en Londres y no visitarla.

¡Lo que faltaba! ¡Ya le había programado el día! Conocía de sobra la amistad entre su tía abuela y aquella cotilla de Ofelia Weston. Ir a su casa significaba soportar un tercer grado. Si se planteó dar una excusa, la gélida mirada de lady Agatha lo hizo desistir. Acababan de ganarle en una partida que ni siquiera había comenzado. Poco podía hacer, salvo aceptar de mala gana. Sus asuntos deberían esperar, porque no tenía intenciones de enfrentarse a sus dos abuelas cuando formaban un frente común. Las idolatraba, pero en ocasiones así, sería una liberación embarcarlas a un destino muy lejano, quizá la India.

A solas ya en su habitación, el sueño lo rehuyó buena parte de la noche. Se acostó cansado, pero le costaba olvidar el azul de los ojos de Kimberly, la delicadeza de su rostro, la sombra de sus largas y espesas pestañas, el movimiento de sus manos. ¿Cómo podía decir Mortimer que no era adecuada para...? Estaba de acuerdo en que la americana era dueña de una lengua mordaz, una mujer de otra cultura poco dada a atenerse a las normas sociales de la aristocracia, que incluso podría escandalizar a alguna que otra dama de la flor y nata de Londres. Pero era un sueño mirarla. Tenía que ser suya, se lo decía el corazón, o se hundiría en un vacío afectivo que dudaba que pudiese llenar otra mujer.

Kimberly tampoco descansó bien, pasó la noche en un sueño inquieto del que se despertaba para entrar en un duermevela plagado de imágenes que la hicieron dar mil vueltas en la cama. Gresham vigilando el camino, encargándose de cada detalle, llevándose a los labios la copa de vino... ¿Tenía que aceptar que situaciones tan corrientes estaban causándole una subida de temperatura? No podía olvidar el tacto de sus labios. Gruesos, dulces como la miel, hechizantes, delicados... Y también atrevidos, temerarios, peligrosos.

Después, el sueño se convirtió en pesadilla: Adam dejaba que las olas lamieran sus pies descalzos, avanzaba, se perdía en la negrura de un mar embravecido que lo llevaba hacia la muerte...

—*No vendas las tierras, Kim. Nunca vendas. G insiste en comprarlas.*

—No lo haré, Adam —gimió entre sueños.

—*No vendas. No vendas. No vendas...*



Ofelia Weston, lady Oberston, era una mujer delgada, alta y vanidosa. Vestía con corrección exquisita, sin un solo cabello fuera de su austero tocado, ni uno de los pliegues de su falda descolocado. De manos delicadas, apenas las movía, expuestas sobre su falda, donde sabía que llamaban la atención. Toda una personalidad.

Y chismosa a más no poder, según pudo comprobar Kimberly; con un agravante: no disimulaba su animadversión por los extranjeros.

—Bueno —empezó la mujer, depositando la copa de licor con toda parsimonia—, y dígame... ¿tiene pensado casarse pronto, querida señorita Brenton?

Ciertamente la dama no se andaba por las ramas, pensó Kim.

—No he pensado en ello de momento, milady.

Ofelia la observó achicando ligeramente los ojos. Era de dominio público que era tan miope como un topo, pero ¿usar ella impertinentes? ¡Por nada del mundo, con lo vulgar que resultaba!

—Hay unos cuantos caballeros en esta ciudad que podría presentarle, si ha venido a Londres decidida a buscar marido; contando, naturalmente, con su buena posición allá, en las colonias —añadió, como quien hace un favor.

Kim hizo un esfuerzo por tragarse su licor de manzana ante semejante impertinencia, en tanto Gresham seguía la conversación tan tranquilo, al no ser él la víctima de sus pesquisas.

—Ya no son *colonias*, milady —replicó con tirantez—. Le quedo muy agradecida por su ofrecimiento, pero ya le digo que no...

—¿Y a qué se dedica su padre? —la interrumpió lady Oberston, dejando de lado la sutileza de la que siempre hacía gala cuando quería enterarse de algo, y obviando sin recato alguno la corrección de Kim.

—Mis padres fallecieron, milady. Yo administro la hacienda que me legaron.

—Lo lamento. Y, dígame, ¿es una posesión notable?

—Lo suficiente.

—Entonces tiene fortuna. A algunos de nuestros jóvenes no les importaría aceptar a una americana acaudalada como esposa.

Gresham se mordió el carrillo, pendiente del gesto contenido de la muchacha. Si Ofelia Weston no se andaba con cuidado, podría salir escaldada, algo que a él le haría disfrutar muchísimo.

Lady Agatha se apresuró a intervenir limando asperezas, con lady Eleanor a la expectativa.

—Ofelia, no insistas, querida, la señorita Brenton no ha venido a Londres en busca de marido, sino para hacerse cargo de la herencia de su difunto hermano.

—¡Oh!

—El vizconde de Teriwood —agregó lady Eleanor.

Lady Oberston hizo una pausa para rebuscar en sus recuerdos.

—De modo que su tía es... ¡Dios bendito! Tiene que disculparme, lady Alice, no la había reconocido. —Chris puso los ojos en blanco. No habría reconocido ni a su propio marido sin sus lentes; los usaba, por descontado, pero sólo en la intimidad—. He oído que dejó un heredero. ¿Es eso cierto?

—Sí, milady.

—Pero ¡no estaba casado!

—¿Y...? —se arriesgó Kim, que había perdido hacía rato la obligada sonrisa de compromiso.

—Bueno... —Ofelia rectificó de inmediato su tono abrupto—. Lo entiendo, créame. Los hombres son así, no les importa traer al mundo hijos bastardos.

—¡Ofelia, será mejor que cierres el pico! —la avisó lady Eleanor con aspereza, asombrando incluso a Christopher, que siempre había creído que su tía abuela era el paradigma de la modestia y los buenos modos.

La salida de tono de la condesa viuda fue el detonante para dar por finalizada la visita, aduciendo otros compromisos. Kim se olvidó de la escasa diplomacia de lady Oberston en cuanto dejaron la casa, no merecía la pena preocuparse por semejante arpía. No lo hizo así lady Eleanor, que salió escopetada, sin despedirse de la anfitriona.

—¡Cotilla! ¡Bruja! ¡Alcahueta! —la insultó abruptamente, ya al abrigo del coche.

—Pero querida..., ¿qué sueltas por esa boca? —dijo lady Agatha riendo abiertamente—. Tú has querido visitarla, Ely.

—Recuérdame que no lo haga nunca más. ¡Nunca! ¿Quién se ha creído que es para insultar a nuestra invitada? Y no reconocer a Alice... ¿Dónde se ha visto semejante desfachatez? ¡Qué vergüenza!

—No tiene importancia —comentó ésta, que apenas había abierto la boca durante la visita—. He estado mucho tiempo fuera de Londres y apartada de la sociedad, Eleanor, es lógico cierto desapego.

—¡No lo es, Alice! Debería recordar, cuando menos, el favor que le hizo tu esposo al suyo en aquel negocio que casi los arrastra a la ruina. ¡Si no llega a ser porque Thomas le advirtió con tiempo, ahora esa mezquina, impertinente y murmuradora de Ofelia estaría pidiendo limosna junto al Támesis!

—Supongo que hay que disculparla porque no ve tres en un burro, abuela —intervino Chris, al ver que se estaba poniendo roja como la grana, no fuera a ser que necesitara sus sales, que ahora no tenían a mano—. En cuanto a los desatinos en sus formas con nuestra encantadora y apreciada señorita Brenton... es porque no sabe, como nosotros, lo adorable que es.

La adorable señorita Brenton, captando su fina ironía, dudó si agradecerle el cumplido o mandarlo al infierno y, aunque se inclinó por lo último, se tragó la mordacidad para no alimentar la acidez del momento, por más que el cuerpo le pidiera guerra.

Kimberly se moría de curiosidad. No se le había escapado la impaciencia de Gresham en casa de lady Oberston, aunque aparentó estar relajado. Tampoco la nota que había escrito con rapidez, entregándosela a uno de los jóvenes criados de Ofelia Weston, que partió con ella de inmediato. Tal vez por ese detalle, no le extrañó que, durante la cena, en otro de los lujosos restaurantes de Londres, al que Christopher les anticipó que los llevaría, un camarero se le acercase para darle un recado al oído.

—¿Me disculpan?

Chris se alejó hacia la entrada del comedor. Allí, el mismo sirviente de lady Oberston al que le hizo el encargo por la mañana le devolvió otro sobre. A Kim le hubiera gustado ver su cara mientras leía el contenido, pero se tuvo que conformar con ver cómo entregaba unas monedas al chico, guardaba el sobre y regresaba a la mesa.

—¿Negocios? —preguntó lady Eleonor.

—Negocios —asintió él, centrando su atención de nuevo en su plato.

Tomó su copa y los ojos de Kim quedaron prendidos de sus manos elegantes y fuertes que imaginó sobre su piel, sus hombros, su cuello, su cintura. Un hormigueo le recorrió la espina dorsal y sus miradas se cruzaron un segundo; ella desvió la suya, levemente acalorada.

Aparentó seguir la conversación de lady Agatha, pero no podía dejar de estar pendiente del conde, tan guapo que apenas podía pensar en nada que no fuera él. Vestido de oscuro, con el cabello correctísimamente peinado, oliendo a colonia masculina y a almidón, representaba el prototipo de hombre con el que cualquier mujer soñaba. Refinado en sus movimientos, el timbre de su voz grave incrementaba el aleteo de mariposas que tenía en el estómago desde que lo conoció. Para rebajar su súbito acaloramiento, no encontró a mano nada más que su servilleta, que movía de acá para allá y con la que simulaba limpiarse porque, a cada instante que pasaba, le resultaba más difícil mantenerse serena junto a aquel hombre. Gresham la fascinaba sin proponérselo, la seducción que emanaba estaba en él como el agua está en el mar, era algo innato. Una simple mirada suya hacía que las rodillas de Kim se le volvieran de gelatina, un leve roce le espesaba la sangre, acelerándole los latidos del corazón. Tenía que terminar con su hechizo o acabaría sometida, sin posibilidad de reacción.

—Demasiado estirado —dijo para aniquilar el sortilegio.

—¿Cómo dices, querida? —preguntó su tía.

—¿Qué?

Se ruborizó al darse cuenta de que había pensado en voz alta. De reojo, vio que Christopher la observaba relajado y complacido, delatando con ello que no sólo había oído su comentario, sino que había intuido que tal vez se refería a él.

—No es nada, tía.

—Estás distraída, niña.

—Lo lamento.

Lady Agatha retomó el hilo de la conversación, un viaje que ella y el difunto conde hicieron a España, hacía ya muchos años.

¿Qué clase de negocios se traía Gresham entre manos?, cavilaba Kim entretanto. Fueran cuales fuesen, su posición social y su clase, incluso su manera de ser, lo excluían de la categoría de hombres que recurren a la traición y al asesinato. No se lo imaginaba de otra manera, por más que hubiera hechos circunstanciales que lo señalaran.

Sumida en sus cavilaciones, no percibió la presencia del caballero a su lado hasta que oyó a sus compañeras de mesa hablando casi a la vez.

—¡Qué agradable coincidencia, milord!

—¿Nos aceptaría una copa, marqués?

—No puede negarse, Lucas.

Alzó la vista. Lessenrose atendía a las damas, pero tenía la mirada fija en ella.

—Sin duda una agradable coincidencia —dijo el marqués—. No los imaginaba en Londres.

Kimberly no pudo por menos de echarle una ojeada disimulada a Christopher, cuyo semblante había adoptado una expresión huraña. Por alguna razón que a ella se le escapaba, la animadversión entre los dos hombres era evidente.

Consciente de que su presencia incomodaba a Gresham, Lucas Ganford carraspeó.

—Lamento no poder quedarme a compartir la velada con ustedes, pero me aguardan ciertos asuntos que no pueden esperar. ¿En otra ocasión, tal vez? Señoras, caballeros.

En cuanto se fue, lady Alice se deshizo en halagos hacia el marqués, que suscribieron las otras dos señoras, en contraste con el rictus hermético de Christopher.

Acabada la cena, fue él quien se excusó. Las dejaba en manos de Bart, pues tenía una cita ineludible y las vería por la mañana. No dio más explicaciones, tampoco se las pidieron. Kim agradeció perderlo de vista y las damas instaron a Julius a jugar una partida de naipes cuando llegaron a casa, antes de retirarse a descansar. Él aceptó encantado, advirtiéndoles del error que cometían, porque pensaba dejarlas sin un penique, lo que fue acogido con buen humor y alguna que otra respuesta mofándose.

Kim desestimó unirse al cuartero, pues prefería leer un poco antes de irse a la cama. Pero le fue imposible concentrarse mientras oía la poderosa voz de su amigo contándoles a sus tertulias historias, la mayoría inventadas, de su época de bucanero.

—Como buen pirata, señoras mías —decía—, voy a ganarles hasta la ropa interior.

Un coro de risas que pretendieron sonar escandalizadas celebró la broma.

Kim se retiró a su habitación tan pronto como la buena educación se lo permitió. Su humor no corría acorde con el de un cuarteto tan dicharachero y jovial. Prefería repasar las notas de Adam, por ver si se le encendía una luz que alumbrara el maldito jeroglífico, con el que, por más vueltas que le diera, siempre volvía al principio.

Un leve chasquido al final de la galería la puso alerta. Frunció el cejo, vislumbrando el haz de luz que salía del cuarto de Christopher. ¿Cómo era que estaba en la casa? Había dicho que tenía una cita ineludible. Entonces...

Se acercó sigilosa. El corazón se le aceleró. No estaba actuando como lo haría una persona sensata. Gresham tenía todo el derecho del mundo a cambiar de opinión, pero algo le decía que tenía que vigilarlo. Parapetada a un lado de la puerta, estiró el cuello para mirar dentro del cuarto.

¡Mortimer estaba ayudando a Christopher a cambiarse de ropa!

Se le dilataron las pupilas al recorrer su piel tostada. Una vocecita interior decía «Apártate» pero ella la mandó a paseo, porque, fuera o no correcto lo que hacía, el cuerpo desnudo del conde de Braystone la tenía hipnotizada. Contempló sus hombros, más anchos de lo que aparentaba vestido, su cintura estrecha, se saltó las nalgas y admiró sus piernas: largas, magníficamente formadas, fuertes.... Para volver sus ojos al trasero masculino. ¡Al cuerno con las gazmoñerías! Era tan perfecto, que perderselo tenía, forzosamente, que ser pecado mortal.

—¿Lo espero levantado, milord?

La voz de Ladislaus Mortimer hizo que Kimberly diera un respingo y se ocultase de inmediato. Sus latidos eran tan fuertes que si no se tranquilizaba iban a delatarla. ¡Lo que le faltaba, ser sorprendida como una vulgar fisgona, espiando a un hombre desnudo! Tragó saliva con esfuerzo, se notaba la boca pastosa, le sudaban las manos, le flaqueaban las piernas. Tenía que alcanzar la protección de su cuarto, a resguardo de su propio palpitar.

—Acuéstate —oyó que respondía Gresham—. No sé a qué hora volveré.

Ahogando un suspiro, Kim supuso que, cansado sin duda de ejercer de custodio, el conde se largaba a una noche de juerga. En Londres no escaseaban locales discretos donde los caballeros distinguidos podían satisfacer sus necesidades. Bueno, era normal, así funcionaban los hombres. Pero ¡injusto, caray!, rectificó un segundo después. ¿Por qué las puñeteras normas sociales permitían, e incluso propiciaban, que un varón saliera de francachela hasta altas horas de la noche, cuando a una mujer se le tenía prohibido incluso elevar la voz? Las desigualdades entre sexos la superaban. Tal vez por eso no pensaba casarse; no soportaría que su esposo tuviera una amante, por muy bien visto que estuviera entre la decadente aristocracia inglesa, o la alta clase americana, mientras ella agonizaba de aburrimiento en reuniones sociales, cosiendo o dedicando su tiempo a obras de caridad.

—¡Vaya con cuidado, milord!

—¡No seas pesado, Mortimer! Pareces una vieja.

—Últimamente, es peligroso salir de noche, milord, se habla de una banda de ladrones organizada. Varios caballeros han sido asaltados ya... su hermano, sin ir más lejos. Me sentiría más tranquilo acompañándolo y guardándole las espaldas.

—No necesito niñera, amigo mío. Pero te agradezco el ofrecimiento.

¿Tanto peligro entrañaba Londres durante la noche? ¿Hasta el punto de tener que ir con guardaespaldas? A Kimberly se le encogió el estómago al imaginar que Christopher pudiese sufrir algún percance. Claro que... ¿y si no se iba de parranda sino a entrevistarse con alguno de sus cómplices? ¿Los tenía? ¿Y si fuera la pista que había estado esperando?

Se imponía seguir sus pasos. No había otro modo de acallar sus dudas.

Dicho y hecho, se escabulló hacia su habitación en el más absoluto silencio. Si el conde de Braystone la conducía, sin saberlo, hacia la solución de sus pesquisas, estupendo. Si, por el contrario, se trataba sólo de una escapada a los barrios bajos... ¿qué perdía? Hasta podría resultarle interesante para matar el tedio.



Llamó a una criada para que la ayudara a desvestirse. Una vez desabrochados los botones y las cintas del corsé que había llevado toda la velada, le dio las gracias y la despidió.

—Ve a descansar, el resto puedo hacerlo sola.

—Buenas noches, milady —respondió la chica, disimulando un bostezo.

Casi no se había cerrado la puerta, cuando Kim la emprendió con el vestido sin pérdida de tiempo. La costosa tela cayó con un siseo a sus pies y ella la alejó de una patada. Respiró aliviada al desembarazarse del condenado corsé y de las enaguas. En ropa interior, se abalanzó hacia el armario y abrió la bolsa de viaje en la que guardaba su ropa de montar, que incluía siempre en su equipaje y que ahora agradecía haber llevado. Volvió a vestirse en un santiamén, recogiendo la larga cabellera en una cola de caballo, que retorció y se sujetó con horquillas antes de calarse el sombrero. Ladeando una de las alas para cubrirse el rostro, se echó una rápida mirada al espejo y asintió. Para finalizar, se metió una pequeña pistola en la cinturilla del pantalón y una daga en la bota derecha, además de guardarse una bolsita de monedas. En pocos minutos estuvo lista para salir.

Abrió la puerta, atisbó el pasillo y se acercó de puntillas a la habitación de Christopher. El conde y Mortimer hablaban ahora en voz muy baja, pero pudo captar que Gresham pedía su capa. Tenía el tiempo justo.

Con los nervios de punta, se asomó a una de las ventanas de la galería y echó un vistazo abajo. La distancia hasta el suelo era como para hacer dudar a cualquiera, pero no tenía más remedio que salir por allí, porque ¿qué explicación podría dar, si no, si la pillaban con aquella facha?

Colocando con infinito cuidado las puntas de las botas y las manos en los salientes del edificio, descendió un tramo y a media altura se dejó caer. Ya en la calle, corrió hacia el punto de carruajes más cercano.

—Vaya hasta la esquina y aguarde allí —le pidió al cochero, disimulando la voz y tendiéndole como adelanto un par de monedas.

El hombre asintió, esperó a que subiese e hizo avanzar a los caballos, deteniéndolos donde le había indicado.

Kim no tuvo que esperar demasiado. Poco después, Christopher salía de la casa, al parecer con el mismo secretismo con que lo había hecho ella, le hacía señas a otro carruaje y se alejaba de allí.

—Sígalos.

Se le escapó una sonrisa al recostarse en el asiento. Su disfraz había funcionado, no era la primera vez que lo usaba. En Nueva York, había convencido en una ocasión a Julius para que la acompañase a una taberna para conocer de primera mano el ambiente de un tugurio del puerto, y se divirtió de lo lindo siendo testigo de una reyerta. Bart juró por lo más sagrado que nunca volverían a hacer algo semejante.

Sin embargo, no podía negar su nerviosismo. Se notaba el estómago encogido y no podía tener las manos quietas; la preocupaba no saber a qué se enfrentaba. Porque, por un lado, deseaba fervientemente descubrir los manejos de Gresham, caso de haberlos, y esclarecer de una vez por todas cualquier relación que pudiera haber tenido con la muerte de Adam. Pero por otra parte, ¿qué iba a hacer si estaba realmente implicado? El peso que notaba en el estómago se intensificó ante la perspectiva.

—Entonces, le meteré una bala entre los ojos —se prometió a sí misma a media voz, para darse valor.

El coche paró bastante después. Haciendo a un lado la cortina de la ventanilla, vio el carruaje de Gresham frente a una casa de dos plantas rodeada por un pequeño jardín. Oteó la calle, silenciosa y bien iluminada; no parecía una zona peligrosa. Se apeó al ver que Chris lo hacía, y le pagó al cochero. Vio al conde atravesar el jardín y llamar a la puerta de la casa.

—¿Puede esperar aquí? —le preguntó al hombre.

—Eso depende, señor...

Kim echó de nuevo mano a su bolsa. Necesitaba un medio de transporte por si tenía que poner pies en polvorosa. El sujeto se espabiló ante el brillo de las monedas, que se guardó de inmediato.

—Lo esperaré aunque sea toda la noche, milord.

Kim aguardó algunos minutos, oculta detrás del carruaje. Observó la propiedad y el entorno con detenimiento: las casas apenas estaban separadas entre sí, y eran muy parecidas en su construcción. No se atrevía a moverse, con el corazón encabritado y el despecho royéndole las entrañas al imaginar que podía tratarse de la casa de una amante. ¡Si sería idiota...! ¿Cómo podía sentirse celosa si entre ella y Gresham no había pasado nada, excepto el breve interludio de un beso?

Los minutos pasaban y las dudas la martirizaban. ¿Y si aquél fuera el punto de reunión para sólo Dios sabía qué negocios? Admitía que era el lugar idóneo, alejado del bullicio del centro. ¿Qué mejor excusa podía alegar el conde de Braystone que la de ir allí a visitar a una querida? Decidió que estaba perdiendo el tiempo con elucubraciones, así que se apartó del coche con resolución, cruzó la calle y rodeó el edificio, en busca de alguna entrada lateral.

No la había. Saltó la valla por la zona más oscura y se coló en el jardín. En ningún momento apartó la mano de la cinturilla del pantalón, donde guardaba su arma, con los ojos fijos en el rectángulo de una ventana iluminada. Se las arregló para encaramarse al alféizar de la misma, a buena altura del suelo, aprovechando un hato de astillas para el fuego y la oportuna rama de un árbol. Si la suerte la acompañaba, pescaría a Gresham con las manos en la masa.

No era exactamente en la masa donde el conde tenía las manos, sino en las exuberantes caderas de una pelirroja que, a su vez, le rodeaba el cuello con los brazos, unidos sus labios en un profundo beso.

Sintió de nuevo la amarga mordedura de unos celos ilógicos e indeseados, por lo que maldijo mentalmente la hora en que había decidido seguirlo. No había debido arriesgarse saltando por la ventana, ni desperdiciar un buen dinero en el coche de alquiler sólo para presenciar cómo un libertino retozaba con una buscona. A su pesar, reconoció que la amante de Christopher era una mujer muy atractiva, de generosas curvas, una piel cremosa apenas cubierta por la bata que llevaba y una brillante cabellera que realzaba la luz amarillenta de los quinqués. Desechó por malsano un deseo instintivo de que se quedara completamente calva.

Encaramada en el alféizar de la ventana, a algunos metros del suelo, en una situación bastante precaria, la figura de Kimberly se confundía con las sombras del jardín. Empezaban a dolerle las piernas por la forzada postura y decidió que ya había hecho suficientemente el ridículo. Debía largarse de allí antes de que alguien la descubriese.

Puso el pie derecho en un saliente de la pared... y resbaló. Sus dedos se deslizaron del alféizar y un grito de pánico rompió el silencio de la noche acompañándola en su caída.

Christopher creyó tener una muy buena razón para visitar a su antigua amante, Margret Ballington: alejarse lo más posible de Kimberly. Pero cuando lo hicieron pasar al saloncito privado y Margret, exclamando contenta, se echó sobre él, se dio cuenta de que había sido un error.

Desde que Kim entró en su vida, sus sentimientos bullían como un caldero sobre las brasas. No dormía bien, no se centraba en sus cosas, había descuidado el asunto que sir Ruppert le pidió que investigara... en definitiva, la presencia de la americana lo desestabilizaba, a la vez que la deseaba con todas sus fuerzas. Por eso pensó que no estaría mal hacerle una visita a Margret, para convencerse de que lo que Kimberly despertaba en él era simple y llanamente un pasajero deseo sexual. Un clavo quita otro clavo, decía siempre su abuelo.

Le dolió como una puñalada darse cuenta de lo equivocado que estaba. Ni el voluptuoso cuerpo de Margret ni sus besos, que no hacía mucho le parecían deliciosos, despertaron en él apetito alguno. Del fuego de su relación no quedaban ni las ascuas.

Había conocido a Margret hacía tres años, durante una velada en la ópera. Acompañaba a un antiguo conocido, Harry Tropper, que presumía de ella del mismo modo que lo hubiera hecho de un diamante de cincuenta quilates. No era para menos. Aún joven, hermosa, de enormes ojos verdes, Margret Ballington era una viuda cotizada, con posición y carácter, circunstancia que aprovechaba muy bien, dada la libertad que le confería su estado y la fortuna que heredó de su esposo.

Christopher decidió que quería poseerla en cuanto la vio colgada del brazo de Tropper y, simplemente, la conquistó. Ella se dejó seducir con facilidad. Claro que, por su parte, desde que los presentaron, ya había decidido meter al conde de Braystone en su lecho. Chris lo sabía, Margret lo sabía y Harry lo supo con sólo mirarlos. De modo que, como un caballero que pierde una partida de cartas y sabe aceptarlo, se hizo a un lado dejando el campo libre.

Margret lo sabía casi todo de la reacción de los hombres en una cama, frente a una mujer desnuda; poco tenía que aprender. Sabía mimarlos si estaban ofuscados por un problema, sabía ponerse a su nivel, sabía cómo enloquecerlos entre las sábanas. Por encima de todo, sabía escuchar.

Christopher dejó de tenerla como amante al conocer a Frances, pero no perdieron el contacto y en más de una ocasión lo había ayudado con asuntos diplomáticos. Margret se jactaba de conocerlo incluso mejor que su familia, no en vano defendía que donde mejor se conoce a un hombre es en la cama, y allí habían pasado muchas horas.

Seguramente por eso, al separarse de él mirándolo a los ojos, aquellos fascinantes ojos acerados que la dejaban sin aliento, supo que Chris no había ido solo, llevaba consigo una duda.

—¿Me lo vas a contar? —Le acarició el mentón.

—¿Me dejarías otra opción?

—Si puedo evitarlo, sabes que no.

Margret se apretó más a él, tratando de provocarle una reacción física que no se produjo. Gresham la excitaba, pero no forzaría la situación. Si él había ido allí para retomar su antigua relación, ahora que lady Frances era agua pasada, debería ser quien diera el primer paso. Ella nunca rogaba, aunque lo echara terriblemente de menos.

Se acercó al mueble de las bebidas y sirvió dos copas de brandy. Christopher no disimuló un vistazo admirativo del contoneo de sus caderas y la delicada forma de su estrecha cintura bajo la liviana bata que la cubría. De tul verde, como sus ojos, realizaba su figura espléndida, dejando poco a la imaginación.

Pero también se dio cuenta de que, en realidad, estaba evocando un cuerpo más esbelto, una cintura más estrecha, un cabello oscuro y rizado y unos ojos azul furioso. Lo irritó no ser capaz de alejar a Kim de su pensamiento.

Margret se recostó en uno de los sofás, cerca de la chimenea, tendiéndole una de las copas.

—¿Te preocupa algo?

Él se encogió de hombros, acercándose para darle un beso casi fraternal en la punta de la nariz.

—Siempre hay de qué preocuparse.

—Ya veo.

—Un asunto farragoso que no consigo desentrañar.

La pelirroja se fijó detenidamente en su cejo fruncido, sus ojeras, su gesto hermético. Si su instinto no la engañaba, Christopher arrastraba un problema, pero dudaba que fuera de negocios. Aun así, le siguió el juego.

—Si has venido sólo a hablar... te escucho.

—Sigo la pista de un contrabandista, asesino y traidor.

—¿Por qué me cuentas eso a mí? —se envaró ella.

—Tú y yo sabemos el gran número de amistades que tienes.

—Igual que tú.

—La diferencia está en que yo no soy una mujer que quita el aliento, Margret. Ese delator podría ser un personaje de la alta sociedad.

—Y quieres que yo intente averiguar lo que pueda, como otras veces.

—Exactamente.

Ella pareció pensarlo, frunció los labios con un gesto coqueto y dijo:

—No pierdo nada, y además, puede ser entretenido. ¿Hay algo que deba saber?

—Es posible que conociera a Adam Brenton; mi instinto me dice que está relacionado con su asesinato. Empieza por los que se relacionaban con él y frecuentan las mesas de juego.

—¿El vizconde de Teriwood? —Margret abrió sus preciosos ojos como platos—. ¿Bromeas? ¿No decían los periódicos que fue un suicidio?

—Nunca he estado de acuerdo con esa teoría.

—Está bien. Pero... hay más, ¿no es cierto? Algo te carcome, y no son precisamente las pesquisas de las que me hablas.

Chris rehuyó su mirada. No era fácil burlar la intuición de Margret, muy perspicaz en su trato con los hombres.

—Lo hay.

—Bien. ¿Cómo es ella? ¿La conozco?

Él apretó las mandíbulas. Escocía ser tan transparente para aquella mujer. Vacío su copa para luego confesar:

—Es americana.

—¿La hermana del vizconde, tal vez?

—¿La conoces? —se extrañó él.

—No. Pero esta misma tarde he oído decir que es una belleza, aunque un tanto... irreverente y burda, como buena hija de las *colonias*. Conste que cito palabras textuales, gaceta particular de Ofelia Weston.

—Un comentario tan corrosivo no podía provenir de otra fuente.

Por un momento, se hizo el silencio entre ambos. Luego, ella musitó:

—Estás enamorado.

Los ojos de Gresham refulgieron como gemas. ¿Realmente lo estaba? Era un trago demasiado amargo para aceptarlo. No quería atarse a una mujer, le bastaba con ir visitando camas sin compromiso. ¡Hola y adiós! Sin promesas de continuidad. Caer en las redes del enamoramiento contradecía sus principios, bloqueaba su margen de maniobra, lo abocaba a demasiadas renunciadas. En una palabra, era de estúpidos, así que lo negó categóricamente, por más que la punzante duda se abriera paso en su mente.

—No digas tonterías.

—La mentira nunca ha formado parte de nuestra relación, Chris, no menosprecies mi inteligencia. ¿Sabes?, cuando recibí tu nota pidiendo verme, lo primero que pensé fue en reconquistarte, nunca he tenido un amante como tú. Pero ahora veo que no es posible. No me quejo, lo nuestro fue hermoso y lo recordaré incluso cuando sea una ancianita, pero tú ya no eres el mismo. Así que no te engañes. Sólo espero que esa muchacha te haga feliz.

—Estás divagando, Margret.

—¿Sí? Estoy dispuesta a demostrarte lo contrario. ¿Quieres que te demuestre que estás atrapado?

—Margret...

—Bésame. Como lo hacías antes. Luego, si mantienes la cordura del hombre que conocí, pregúntate a ti mismo a quién desearías tener en tus brazos, si a ella... o a mí.

Acertaba de plano y él sabía que era así. Pero persistían las razones por las que había llegado allí: necesitaba gozar de una mujer, por más que eso significase hacerle daño a Margret, una amiga a la que apreciaba. Era una actitud ruin y reprobable, porque en realidad no deseaba besarla, a quien deseaba besar hasta saciarse era a Kimberly Brenton, ¡condenada fuese la intratable señorita americana! Aun así, abrió los brazos y Margret se incorporó para pegarse a su pecho.

La boca de Gresham cubrió la de ella y sus manos se deslizaron sobre la piel que le había dado placer en otras ocasiones. Necesitaba... ¿qué? ¿El contacto de otros labios que no fueran los de Kimberly, cuyo deleite recordaba, o la posesión de otro cuerpo que le hiciera olvidar el que de verdad ansiaba? ¿A quién demonios trataba de engañar?

Un grito del exterior, acompañado de un golpe sordo, lo arrancó del arrebatado de lujuria al que se entregaba.

Cuando salió al jardín, sólo pudo alcanzar a ver la figura de lo que parecía un muchachuelo, saltando la valla y que, cojeando manifiestamente, cruzaba la calle para meterse en un carruaje que partió, raudamente, antes de que él llegara siquiera a la puerta de la verja. ¿Por qué tuvo la sensación de que había visto a aquel chico en otra parte? Revisó el jardín, pero no encontró nada sospechoso. Le pidió a uno de los criados que se levantara y que mantuvieran una cierta vigilancia, aunque dudaba que se repitiera el asalto, si de eso se trataba.

En cualquier caso, le había arruinado la noche.

—He de marcharme, Margret. Lamento haberte tenido despierta hasta tan tarde.

—Sabes que siempre eres bien recibido.

—Y te lo agradezco. Si averiguas algo...

—Te lo haré saber, descuida.

Ella lo acompañó hasta la puerta, robándole otro beso antes de verlo partir, con una opresión en el pecho. Lo había perdido definitivamente.

Gresham cerró los ojos cuando el carruaje se puso en marcha. A su pesar, reconoció que se había confundido de medio a medio intentando encontrar en brazos de su antigua amante la solución a sus desvelos. Ni siquiera se había sentido excitado ante su entrega. El recuerdo del sensual cuerpo de Kim pegado a él era demasiado vívido. La americana lo estaba destrozando.



Regresaron a Braystone Castle.

Chris, encerrado en su despacho, se dedicaba a estudiar los últimos documentos recibidos de su abogado, tarea casi imposible por la desconcentración a que lo sometían Cameron y Kimberly, jugando al escondite o a pillarse en el jardín. Apartó los papeles, se levantó y se acodó en el ventanal.

Empezaba a ser consciente del grado de desconexión de su rutina diaria a que lo arrastraba la presencia de Kim, distracción que estaba durando ya demasiado. Debía conseguir que se le entregase como amante, o al menos meterla en su cama, entonces, su ensimismamiento desaparecería.

Kimberly había disfrutado mucho su corta estancia en Londres. Aprovechó para encargar un par de vestidos para ella, para su tía y ropa nueva para Bart y Cameron, pero sobre todo se interesó por la historia de la ciudad, absorbiendo los datos que Gresham desgranaba sobre la misma, fundada por Julio César allá por el año 55 a. C., decidido a construir un puerto al que llamó Londinium. Durante esos momentos de empatía, recorriendo los puntos más emblemáticos de la ciudad, se habían comportado casi amistosamente; ella preguntaba y él respondía, en un tácito acuerdo de paz. Sin embargo, tan pronto como finalizó su estancia, Kimberly volvió a mostrarse esquiva, casi reticente con él. Curiosamente, en más de una ocasión la había sorprendido vigilándolo, como si espicara sus movimientos. Por el contrario, a James y a Tommy los trataba con una completa amabilidad. ¿Por qué diablos las mujeres eran tan complicadas?

En el jardín, Cameron se había escondido y Kim trataba de encontrarlo. Recortados bajo la tenue luz del atardecer, semejaban un elfo y una ninfa. *Sultán*, por su parte, se disponía a arruinar el trabajo de los jardineros con las azaleas, haciendo un agujero con las patas delanteras para enterrar algo que llevaba en la boca.

Desde donde estaba, Christopher pudo ver el lugar donde se ocultaba Cameron. Se le escapó una sonrisa. El crío era avisado, revoltoso, inteligente y traía de cabeza a todo el personal de la casa con sus travesuras. Vio a Kimberly pararse, apoyarse en la fuente y masajearse el tobillo derecho; cojeando ligeramente, siguió buscando a su sobrino...

Por una fracción de segundo, la imaginó a lomos de *Príncipe*, con ropa oscura de muchacho y le vino a la cabeza la figura del intruso que escapó de casa de Margret.

—Milord.

La voz de Mortimer entrando con un lote de nuevos papeles diluyó la visión como

por ensalmo. Christopher cerró el ventanal y se acomodó frente a la mesa, echando un vistazo a los documentos. Ya sabía lo que eran: contratos de arrendamiento, informes sobre ventas, compras, acciones, cargas y seguros de la Gresport Company. Suspiró y cerró los ojos, con la cabeza recostada en el respaldo del asiento, acusando el cansancio acumulado de los últimos días. Poco a poco, se fue relajando y, al abrigo de la penumbra del cuarto, se fue sumiendo en el sopor.

En el momento en que estaba cayendo en el sueño, el leve chirrido de la puerta al abrirse lo despertó. Una sombra entró y después cerró tras de sí.

¡Kimberly!

¿Qué demonios estaba haciendo en...?

La vio ocultarse entre dos muebles, y llevarse su pequeño puño a la boca, con los hombros sacudidos por una risa sofocada. Era su turno, le tocaba a ella esconderse de Cameron.

Gresham contuvo la respiración. Así, en cuclillas, con el cabello oscuro pulcramente recogido y el sencillo vestido barriendo el suelo, parecía una niña. ¡Cómo disfrutó del instante, que se le antojó inesperadamente mágico!

—¡Kiiiiiiiiiiiiim! —aullaba Cameron en la galería. Ella retrocedió aún más en su escondite—. ¡Te voy a encontraaaaaaaaar! ¡Y tendrás que comprarme más soldaditos de plomo!

La vocecita infantil se fue perdiendo, absorbida por el ruido de puertas que se abrían y cerraban buscándola.

A Christopher no le quedó más remedio que tomar aire, no podía seguir conteniendo la respiración para no importunarla. Fue suficiente para que el oído de ella lo captara. De un brinco, se puso de pie y se quedó mirándolo asustada.

—P... p... perdón —tartamudeó—. No sabía que...

Quiso irse de allí cuanto antes, pero el tobillo lastimado molestaba y él se movió como una pantera, consiguiendo sujetarla del brazo antes de que alcanzara la puerta. La empujó contra la pared. Quedaron tan pegados que no hubiera cabido ni el filo de un cuchillo entre los dos.

El aroma a azahar que Kim desprendía lo envolvió como un narcótico, impulsando sus dedos a tomarse la libertad de acariciar los brazos femeninos, la seda tibia de su piel, deseando pasar los labios por donde se deslizaban sus yemas.

—¿Puedes soltarme... por favor?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque, de lo contrario, voy a gritar tan fuerte que acudirán los criados en pleno.

—¿Y arriesgarte a que te encuentren aquí, conmigo? No lo creo. ¿Qué ibas a decir?

—Jugábamos al escondite —respondió ella, con la sangre circulando como loca por sus venas.

—Lo sé. Y que te has apostado más soldados de plomo. Si Cameron te encuentra, perderás. Puedo fingir que no te he visto.

—¿A cambio de...?

—Un beso.

—¡Antes compraría cien regimientos de soldaditos!

Lo dijo, sí, pero sin convicción y él lo notó. El detestable y libertino-conde-que-besaba-a-pelirrojas-voluptuosas pareció adivinar sus más íntimos deseos. ¿Era porque no podía apartar la mirada de aquella boca divinamente cincelada a la que asomaba una sonrisa irónica? ¿O porque se le alteraba la respiración? ¿Acaso porque apretaba los puños contra

los muslos, para evitar echarle los brazos al cuello? Se le había quedado la boca tan seca como el estropajo. Intuía que si Gresham se atrevía a besarla, olvidaría incluso su propio nombre. Su mirada gris la persuadía, su olor a loción la sugestionaba, el contacto de sus manos, que habían ascendido y le acariciaban los hombros, la hechizaba. ¿Cómo resistirse a su encanto?

—Un beso —siseó él, pegada ya su boca a sus labios—, y no te descubriré ni contaré tu secreto de hace tres noches... en Londres.

Kim cayó en la trampa como una gacela. Su cuerpo retrocedió instintivamente con una rigidez que la dejó al descubierto. ¡Maldito fuera! ¿Cómo había sabido que...? Sólo le hizo falta mirarlo a los ojos para convencerse de que, en efecto, estaba al tanto de su correría nocturna. Ni siquiera se molestó en disimular.

—Pídele el beso a tu pelirroja —dijo elevando el mentón, muy digna, pero temblando de pies a cabeza.

—Margret no tiene secretos para mí, cariño.

—¿Así que se llama Margret? Muy bien. Pues que sea ella. —Trató de rechazarlo—. Pero si nadie me persiguió, ¿cómo me descubriste?

Las manos masculinas, abrasando su piel, se entretuvieron en su cuello. Chris se inclinó y la besó donde le latía una vena enloquecida, arrancándole un gemido. Sus dedos delinearon la curva de su mentón, los pómulos, las sienes, las orejas... ¡Dios! Si no paraba iban a fallarle las piernas. No hizo nada por apartarlo, no podía. Tampoco lo deseaba.

—Te vestes de varón cuando cabalgas, un merodeador cae lastimándose una pierna en casa de Margret —iba diciendo, mientras posaba sus labios aquí y allá y ceñía sus manos alrededor de la estrechez de su talle—, acabas de mencionar a una pelirroja de la que no deberías tener noticia y, por si fuera poco, cojeas levemente. ¿Hace falta algo más para suponer que me estás espiando?

—¿Q... q... qué? —tartamudeó ella, privada de lucidez bajo el tacto embriagador de sus dedos.

—Digo que me espiabas.

—No es cierto —trató de mentir, sofocada por el pulgar de Gresham que delineaba sus labios, mientras con una mano le abarcaba el contorno de un pecho.

Christopher ardía de necesidad de besarla, de poseerla allí mismo. ¡Al infierno con las consecuencias! La erección que se le había despertado le provocaba una tortura, le dolían todos los músculos del cuerpo de reprimir el deseo de tomarla en sus brazos. ¡Jesús! ¡Cómo la necesitaba!

—Kim... —musitó, como una plegaria.

Fue ella quien salió al encuentro de su boca. Hundió los dedos de una mano en la suavidad del cabello masculino, y abrió los de la otra sobre su pecho, ávidos de abarcar cuanto pudieran. Necesitaba tocarlo, besarlo, tomar todo de él y entregárselo todo también. Sin saberlo, sus pensamientos coincidieron con los de Gresham: «¡Al diablo!», se dijo, al saborear unos labios que le estaban nublando la razón.

Las manos de él no se quedaron quietas, le acariciaron el pelo, el cuello, los hombros, se perdieron en su escote buscando el tacto de su piel. Ávidas, mágicas, subyugantes, le abrían el corpiño sin que Kim pudiera hacer otra cosa que gemir, mientras devoraba su boca.

—¡Kiiiiiiiiim! ¡Me he cansado de jugar al escondite! ¿Dónde estás, tía?

—¡Condenado mocosito! —rugió Christopher, aún sobre los labios de ella y con sus manos tomando ya la fruta de un pecho, arruinado el éxtasis de ambos.

—Bendito sea. —Kimberly se liberó, apartándose de él como si quemara. Se llevó la mano a la boca abrasada por sus besos, consciente entonces del fuego que había contribuido a provocar.

Lo hizo a un lado y escapó del despacho antes de que pudiera detenerla, e intentó poner un poco de orden en el desaliño de su ropa. Ciega en su huida, tropezó con una de las criadas en el pasillo y a punto estuvo de tirarle el jarrón con flores que la muchacha llevaba.

—Discúlpame —dijo mecánicamente.



Era el día.

O mejor hubiera sido decir la noche, en que fondearía la goleta francesa.

Ladislaus, al tanto de lo que el joven conde se traía entre manos, como hombre de confianza suyo que era y quien cubría y disfrazaba en muchas ocasiones sus ausencias, insistió una vez más, a sabiendas de que obtendría una negativa.

—No vas a acompañarme.

—Tal vez un par de muchachos...

—No.

—Milord, yo creo que debería...

—Mortimer, a veces resultas fastidioso. Sé moverme solo. Vigilaré mucho mejor la descarga de la nave francesa sin tener que preocuparme de nadie.

Las espesas cejas del criado se alinearon en una sola.

—No dudo que habrá sopesado la posibilidad de que estén sobre aviso.

En el jardín, bajo el ventanal entornado, una Kim desconcertada oyó la conversación. No había tenido intención de escuchar, de hecho, ni siquiera sabía que Gresham estuviese en Braystone Castle; desde hacía veinticuatro horas, sus caminos no habían vuelto a cruzarse. Con el misterioso acertijo de Adam en su mente, había vagabundado por la propiedad intentando conjugar variables que dieran respuesta a las incógnitas que se resistían a salir a la luz. Tantas vueltas le había dado, que terminó por tener dolor de cabeza. Masajeándose las sienes por ver si remitía, había buscado acomodo en un banco que se encontraba justo debajo del despacho de Christopher, para admirar los jirones cárdenos con los que el anochecer pintaba el horizonte inglés y rememorar los sublimes ocasos de su país, las mágicas noches en Beau Terre. ¿Cuándo podría regresar? El término «goleta» la sacó de golpe de sus cavilaciones haciéndole prestar toda su atención.

En el despacho se hizo el silencio y Kimberly supuso que había oído mal. Cerró los ojos para recostar la cabeza contra el muro, dispuesta a disfrutar un poco más de la agradable brisa que se filtraba entre los castaños y llegaba hasta ella como una caricia.

—Presiento que surgirán inconvenientes, milord.

De nuevo, la voz de Mortimer la puso en guardia. Aguzó el oído, agradeciendo que la oscuridad fuera invadiendo el jardín y la mantuviera a salvo de miradas indiscretas.

—Tú y tus vaticinios —oyó decir al conde—. Harías fortuna ejerciendo de oráculo en las ferias. Tranquilízate, no me llevará mucho tiempo supervisar el desembarco del

cargamento en Cheryl Bay.

—No es el cargamento lo que me preocupa, milord.

—Tampoco a mí, si he de ser sincero. Pienso centrarme mucho más en ciertos documentos que deben ser entregados esta noche al capitán francés. —Se había jurado que los acólitos del conde de Artois, del que se decía iba a ser coronado como Carlos X en cuestión de días en la catedral de Reims, no recibirían el envío si él podía remediarlo—. Si todo sale como tengo previsto, esta noche será muy fructífera para nosotros, amigo mío.

Ni a pleno sol hubiera reparado nadie en la figura de Kimberly, pues parecía una estatua. La nota de Adam se le hacía presente. Su respiración se había detenido y el corazón le palpitaba con violencia en el pecho, agujoneado por un dolor sordo que golpeaba la insensata víscera donde había nacido y crecido un cálido sentimiento hacia Christopher, que ahora, tras oír sus comentarios, encizajaba su ánimo, porque avivaba su sospecha y ponía al conde en su punto de mira.

Con el mayor de los sigilos, se escabulló. Ya lejos, dio rienda suelta a su frustración y su congoja, dejando aflorar libremente las lágrimas. ¿Cómo había estado tan ciega? ¿Cómo se había dejado atrapar por las buenas maneras de Gresham? ¿Por qué maldita razón había caído bajo su embrujo? Atravesó distintas dependencias como una autómatas, obnubilada por la pesadilla de haber sido engañada, concentrada solamente en digerir lo que acababa de oír.

Al llegar a su cuarto, cerró la puerta y se apoyó un momento en la madera, vencida por los sollozos. Se secó las lágrimas de un manotazo furioso y respiró hondo, obligándose a recuperar la calma y pensar con lucidez.

La llama del amor había prendido en ella. Negarlo no conducía a ninguna parte. Se había enamorado del conde de Braystone como una colegiala. Un hombre gallardo, arrogante, maravilloso... Pero ¿cabía que fuera un asesino? Por mucho que le doliera, los hechos apuntaban en esa dirección. ¿Qué más pruebas necesitaba? De lo que había oído se derivaban indicios suficientes como para involucrarlo en la muerte de su hermano, en el contrabando y en un deleznable acto de traición.

—De acuerdo —masculló las palabras, arrasado su discernimiento por una sed de venganza imparable, volcando en él una rabia que en realidad sentía contra sí misma por haberse dejado embaucar—. Tú has movido ficha, ahora me toca a mí.

Dispuesta a todo, aunque lo que iba a hacer la matara por dentro, la anulara para siempre, convirtiéndola en poco menos que una cáscara vacía, cogió el maletín de su ropa masculina, que dispuso sobre una silla, comprobó la pistola y dejó a mano la manejable espada, regalo de Bart. Al sopesarla, le tembló el pulso, pero se rehízo escudándose en la pasión que despertaba en ella una revancha feroz. No había vuelta atrás. Adam había muerto al descubrir los artificios del miserable conde de Braystone, ella ajustaría cuentas con él enviándolo a los infiernos. Se lo debía a su hermano y se lo debía a Cameron. El nombre del vizconde de Teriwood debía quedar sin mácula; y luego se marcharían al otro lado del mundo, a su amada Beau Terre, donde el recuerdo de Christopher se diluiría poco a poco.

Ahogó otro sollozo, se lavó la cara y llamó a la doncella para decirle que no bajaría a cenar.

—Voy a acostarme, tengo una jaqueca terrible. No quiero que se me moleste bajo ningún concepto. Bajo ninguno. ¿Me has entendido?

—Sí, milady.

A solas de nuevo, echó el pestillo, se vistió, se acomodó junto a la ventana y esperó.

Christopher debía pasar forzosamente por allí camino de las caballerizas, entonces lo seguiría.

—No, milord —susurró, con voz cargada de desprecio—. Esta noche no estarás solo en Cheryl Bay.

Christopher echó de menos la presencia de Kimberly durante la cena; los platos le parecieron insulsos y no escuchaba los comentarios. Darel seguía en Londres, tratando de localizar el caballo que le robaron y al ladrón. La nota que envió excusando su ausencia decía que un amigo había creído reconocer su montura en una feria de ganado. Las damas parloteaban entre sí. En los retazos de conversación que llegaron a él, oyó diatribas contra cierta conocida común que, había que ver, a sus años, había decidido contraer nuevas nupcias. Dedicó por lo tanto su atención a Cameron, al que esa noche se le había permitido cenar con los adultos.

El pequeño le habló de su afición por la pesca y él prometió mostrarle algunos trucos para lograr una buena pieza, dando pie a que empezara a contarle las cosas que Adam le había enseñado en el corto espacio de tiempo que estuvieron juntos. La devoción infantil con que hablaba de su padre hacía que cualquiera lamentara las escasas oportunidades que había tenido de disfrutar de su cariño.

—Siento que no esté aquí para ayudarme a atrapar al malvado capitán Jack —dijo Cameron con un mohín compungido.

—¿Quién es el capitán Jack?

—Un enemigo imaginario, milord —se anticipó lady Alice, atenta a la queja del niño.

—Nada de eso —negó Cameron, inclinándose hacia Gresham en tono confidencial—. Lo he visto en Teriwood Manor.

—¿De veras? —le preguntó el conde con igual tono conspiratorio.

—¡Ajá! Era de noche y todos dormían, pero él rebuscaba algo en los cajones del despacho de mi padre.

—¿Qué hacías tú a esas horas deambulando por allí?

Cameron se sonrojó, echó un rápido vistazo a lady Alice por si los estaba escuchando y confesó:

—Había bajado a buscar unas galletas. Padre tenía una caja en su despacho y me obsequiaba con ellas.

—Entiendo. Y, dime, ¿cómo es ese capitán Jack? ¿Enorme, con barba, una pata de palo y un parche en un ojo?

—¡Qué va! Es alto, sí, pero más o menos como usted. No es como lo describe, milord.

—Creía que todos los piratas tenían ese aspecto.

—Ésos son cuentos para niños —respondió el chaval con un aire de madurez que lo enterneció—. Yo pude ver bien al capitán Jack cuando pasó junto al ventanal y le dio de lleno la luz de la luna. Registró el escritorio y miró también tras los cuadros —afirmó, bajando más la voz.

—Y tú... ¿dónde estabas?

—Me escondí en el reloj de pared.

—Muy sagaz.

—¿Qué podía buscar detrás de las pinturas, milord?

—Seguramente creía que tu padre guardaba allí un tesoro.

A Cameron se le abrieron los ojos ante la posibilidad que se le presentaba de poder buscarlo a su regreso a Teriwood Manor.

—¿Un tesoro de monedas de oro y joyas, como el anillo que llevaba él?

Un repentino malestar se instaló en el estómago de Gresham, que fijó sus ojos en el niño con atención. Cameron no le estaba contando los pormenores de un juego infantil, sino detalles muy descriptivos de una realidad que había vivido y que todo el mundo achacaba a la imaginación desbordante de la que hacía gala.

—Así que llevaba un anillo.

—Sí.

—¿Pudiste verlo?

—No muy bien, sólo sé que era grande y tenía una letra.

—¿Qué letra, hijo?

—Me pareció una C, pero podía ser una G, no estoy seguro.

A Christopher se le atragantó definitivamente la cena. *Lucas Ganford, marqués de Lessenrose.*



El reloj de pared marcaba las doce cuando Kimberly, escondida tras las cortinas, vio pasar la alta figura del conde. Se levantó e hizo algunas flexiones para desentumecer los músculos. Luego lo siguió.

En las caballerizas, *Príncipe* estaba ya preparado. Christopher tomó las riendas y montó saliendo al paso, sin ser consciente de que lo estaban vigilando.

Ella aguardó hasta que él se alejó lo suficiente, luego entró con sigilo y escogió un caballo. No tardó nada en colocarle las bridas y, calmando el nerviosismo del animal, montó a pelo.

Se había levantado un ligero viento, pero la noche era clara, la luna llena proporcionaba luz suficiente para iluminar el camino, y el cielo, de un negro aterciopelado, estaba tachonado de miríadas de rutilantes estrellas. Gresham recorrió el trayecto en escasos minutos, adentrándose en las tierras que pertenecían a Teriwood Manor. Se apeó de la montura cuando aún faltaba un trecho para coronar la cima de la colina y, ya a pie, dejó a *Príncipe* junto a las ruinas de la antigua abadía de St. Eugene, aproximándose al borde del precipicio. Con el cuerpo en tierra oteó la cala, solitaria y oscura. Abajo, el mar acariciaba la orilla, recalando en la oscura arena. A su izquierda, en su choque interminable contra el muro de arrecifes, las olas rompían lamiendo los pies del peñasco conocido como *la roca de la escocesa*. Salvo por el soniquete perpetuo y adormecedor del mar, el silencio lo abarcaba todo.

Enfocó el catalejo apuntando a lo lejos. No vio nada en la tenebrosa inmensidad. Miró y remiró. Ni rastro de ningún barco. ¿Podría haber malinterpretado la información facilitada por el tuerto o, por el contrario, su asesinato significaba que los contrabandistas estaban sobre aviso, lo que resultaba previsible?

A corta distancia, unos ojos azules recorrían el entorno, vigilando cada uno de sus movimientos.

Gresham no tuvo que esperar demasiado. De repente, en la distancia, una luz cortó brevemente la oscuridad para apagarse después y volver a encenderse de nuevo: estaban haciendo señales desde algún navío. Dirigió el catalejo hacia la luz y distinguió la difusa

silueta de un barco, que se recortó unos segundos contra el horizonte. Un nuevo resplandor, más largo, antes de que regresara otra vez la oscuridad. Su sangre emprendió una alocada carrera a través de sus venas, impulsada por la posibilidad, mucho más real ahora, de descubrir, por fin, al sujeto al que ya le había puesto nombre: Lucas Ganford.

Parapetada tras las ruinas, Kimberly experimentaba emociones confusas. A la euforia de estar a un paso de culminar sus pesquisas si se confirmaban sus temores, se interponía un desánimo absoluto que cegaba sus ojos, irritados de tanto limpiarse las lágrimas. La atracción que sentía hacia Christopher se había transformado en una fuente de cólera que batallaba en su pecho contra el ahínco de su corazón de dejarse arrastrar por aquel amor involuntario e ingenuo en el que estaba encarcelado. Ahora, tan próxima a tomar una decisión final, dudaba si sería capaz de llevar a cabo lo que se había propuesto. ¿Por qué tenía que haberse enamorado de Chris? ¿Cómo vengar a su hermano cuando todo su ser anhelaba refugiarse en los brazos de Gresham?

Los destellos que provenían de alta mar la pusieron en guardia. Se acercaba la hora, pero ella, inmersa en su lucha interna, no acababa de decidirse. El bombeo de la sangre en sus oídos la aturdía, el aire traspasaba sus ropas con un aliento gélido. Aferró la empuñadura de la espada con determinación, mordiéndose los labios para que su frustración y sus dudas no la paralizaran.

Un ligerísimo sonido a su espalda la hizo esconderse tras los restos de una columna. Con los sentidos en alerta, acertó a entrever la silueta de dos personajes saliendo de las ruinas. Se agachó, agradeciéndose el buen juicio de dejar su montura a prudente distancia, a salvo de ojos indiscretos. Maldijo la inconveniencia de los inoportunos visitantes, porque se sentía muy capaz de enfrentarse a un hombre, pero no era tan inconsciente como para hacerlo con tres. Se recriminó no haber pensado que Gresham, por lógica, se habría hecho acompañar de alguno de sus hombres. Su ansia de venganza tendría que esperar mejor ocasión. Contuvo la respiración y rezó para no ser descubierta, reparando sin embargo en que las figuras de los intrusos se movían demasiado despacio, mientras avanzaban encorvados, como si dieran por sentado que no estaban solos.

Sin saber bien por qué, empuñó la pistola. El sigilo con que actuaban no encajaba con el cuadro que ella se había pintado. Si eran esbirros de Gresham, ¿por qué se escondían? Más que vigilar, se diría que acechaban.

Justo entonces, le llegó el exabrupto de Christopher que, incorporándose con celeridad, cerró de un golpe seco el objeto que tenía en la mano, quedando de pie junto al precipicio.

Lo oyó blasfemar en voz alta. Todo había fallado. Todo. Abajo, en la playa, tres destellos largos de linterna transmitieron un mensaje a la nave francesa y ésta viró, alejándose de la costa, puesta sobre aviso de algún peligro inmediato; eso indujo a Christopher a pensar que el jodido tuerto se había ido de la lengua antes de que lo quitaran de en medio. Los contrabandistas no aparecerían, eso estaba fuera de duda.

Inquieto y confuso al ver sus planes desbaratados, no se percató de los dos hombres que lo emboscaban amparados en la oscuridad.

Acercándose a él poco a poco, uno de ellos sonreía como un lobo, calculando que el individuo sería una presa fácil, siendo ellos dos, así que acabarían pronto el trabajo. Un

trabajo por el que se les había prometido una buena suma de dinero si llevaban la cabeza de aquel hombre a quien los había contratado.

A menos de veinte pasos, Kimberly pudo distinguir el brillo de sus puñales desenvainados.

Algo no iba bien, se dijo.

Era evidente que Christopher no estaba al tanto del peligro real que, con todo sigilo, lo acechaba. Entonces... ¿a qué demonios estaba esperando? Su corazón le dio un doloroso vuelco en el pecho. ¡Iban a matarlo!

No lo pensó más. Estaban a punto de abalanzarse sobre él. En ese momento, no valoró si él tenía algo que ver con la muerte de Adam, si los atacantes eran contrabandistas o actuaban en nombre de la ley, no pensó más que en salvaguardar la integridad de un hombre que iba a ser víctima de alevosía criminal, sin que le importara el hecho de estar enamorada de él. Lanzó un grito desaforado que rasgó la noche, y se precipitó desde donde estaba, con la pistola amartillada.

Christopher, despreocupado como estaba creyéndose solo, sufrió un sobresalto que, probablemente, le salvó la vida. Sus buenos reflejos lo ayudaron a ladear el cuerpo un segundo antes de que lo alcanzara la puñalada dirigida a su corazón, aunque no logró evitar que la hoja lo hiriese en el costado. Apenas fue consciente del dolor, pues su prioridad era otra: lanzó un puñetazo que impactó directamente en el rostro de su atacante, que retrocedió a trompicones, pero no se amilanó por el golpe ni la sangre que brotó de su nariz partida, sino que embistió con más brío. Empleando el catalejo a modo de ariete, Christopher lo recibió con un mazazo demoledor, esta vez en el mentón. El tipo se paró en seco, aturdido, se le escapó un gruñido, se tambaleó y perdió pie, precipitándose al abismo.

No hubo tiempo de lamentarlo, tenía que hacer frente al otro fulano. No tuvo necesidad. Alertado por el grito de advertencia, el individuo se había dado la vuelta para hacerle frente a Kim, a la que agredió con su cuchillo. Un estampido rompió el silencio, y el rufián, con la mirada clavada en el arma que acababa de alcanzarlo entre ceja y ceja, se derrumbó. Christopher acertó a ver a otra figura más menuda cayendo de rodillas, aferrando con los dedos el mango del arma blanca que tenía clavada en el hombro.

—¡Joder!

De inmediato supo de quién se trataba. Con el alma en vilo y una maldición en los labios, corrió hacia ella, consiguiendo rodearla con sus brazos un segundo antes de que cayera al suelo.

Kimberly perdía sangre, pero gracias a Dios seguía viva, el aleteo de su pulso débil en el cuello lo confirmaba. Debía alejarse de allí, no fueran a atacarlos de nuevo, pero era preciso taponar la herida cuanto antes. Se quitó el pañuelo del cuello, le abrió la camisa y presionó el corte con fuerza.

Christopher apenas podía respirar. El miedo lo atenazaba, restándole capacidad de decisión. Mil y una preguntas a las que no encontraba respuesta lo acribillaban. ¿Qué diablos hacía ella esa noche en la colina? ¿Lo había seguido? Acababa de salvarle la vida, pero tal vez estaba a un paso de perder la suya.

De pronto, evocó la pequeña cabaña que Adam, sus hermanos y él habían utilizado cuando eran unos críos y eran amigos, antes de que las circunstancias personales de cada

uno los separasen. Se encontraba cerca, mucho más que Braystone, en el bosque que servía de frontera entre las dos propiedades. No se había acordado de su antiguo refugio desde hacía años. Tenía que llegar allí con Kim y curar su herida; de la suya ni se preocupaba.

La cabaña al principio había sido un simple chamizo que apenas se sostenía levantado sobre cuatro palos, un bastión del grupo, donde intercambiar historias de miedo ambientadas casi siempre en la leyenda de las apariciones del fantasma de la escocesa en la cala, un lugar en el que escabullirse por unas horas, para escapar de la estricta educación a que sus padres los sometían a todos.

Los pillaron allí una noche en que a Darel se le ocurrió birlar una botella de brandy que los tumbó a los cuatro, víctimas de los efectos del alcohol que, hasta entonces, nunca habían probado. El vizconde de Teriwood y su propio padre comandaron la partida de búsqueda, temiendo que hubieran sufrido un percance en la cala, donde solían nadar a escondidas. Habían causado un buen revuelo con su inconsciencia y el castigo, en consecuencia, no se había hecho esperar. Aún le escocían los azotes. Sin embargo, después de la travesura, el conde de Braystone, consciente de que iba a ser imposible atar corto a los muchachos, hizo construir una pequeña cabaña en el mismo lugar donde ellos habían levantado tan precario refugio. Al menos, cuando desaparecieran, sabrían dónde encontrarlos.

Haciendo caso omiso de las punzadas de dolor que sentía en el costado, silbó y *Príncipe* acudió veloz, colocó a Kim con cuidado sobre la silla, montó tras ella y guió al animal al paso.

Encontró la cabaña sin complicaciones, aunque habían pasado los años y casi estaba oculta por la maleza. Pero seguía en pie.

Los goznes de la puerta, oxidados por el paso del tiempo, se le resistieron en un primer intento, cuando empujó la puerta con el hombro. Solucionó el problema asestando una feroz patada a la carcomida madera. Una ráfaga de aire enrarecido asaltó sus fosas nasales trayéndole evocaciones lejanas. Recordó que había un par de jergones; a tientas, procurando no tropezar, atravesó la pequeña estancia hasta que sus piernas chocaron con uno de ellos. Con infinito cuidado, depositó a la muchacha sobre él. Abrió las ventanas para airear la estancia y buscó luego un quinqué y yesca. Los encontró, pero era demasiado pedir que, después de años de abandono, estuvieran en buen estado, así que destrozó un par de taburetes, se deshizo de la chaqueta, se arrancó las mangas de la camisa e intentó sacar chispas del pedernal. Tras varios intentos, una enfermiza llama azulada prendió en la tela, propagándose con rapidez por la reseca madera.

La choza se le antojó muy pequeña. La lluvia, el sol y el viento habían deteriorado el lugar donde pasó tan buenos ratos, al punto que la pared de uno de los lados se combaba con peligro de derrumbarse, en el techo había unos cuantos agujeros por donde se colaba la humedad, el moho y las ortigas, y en los libros infantiles se acumulaban tantas telarañas que ya no se veían las tapas. Envió al infierno la añoranza y se acercó a Kimberly. Una oración le vino a los labios al notar que respiraba con normalidad. No se anduvo con remilgos: le quitó la chaqueta manchada de sangre y le rasgó la camisa.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea... —murmuró, a la vista de la herida.

La sangre, siempre aparatosa, había empapado el pañuelo que había usado como primera medida y se le extendía por el pecho, pero después de limpiarla mejor ya no le pareció tan grave. Taponó la herida con tiras de su camisa y, con el resto, se la vendó lo mejor que supo.

—Vas a tener que explicarme muchas cosas, cariño —dijo en voz alta.

Pero ella seguía inconsciente y él no las tenía todas consigo. ¿Y si no fuera suficiente la cura? ¿Qué pasaría si la herida era más importante de lo que parecía? No quiso ni pensarlo, se negaba a aceptar una probabilidad que lo enloquecía, pero no estaba en condiciones de desecharla. Necesitaba ayuda, pero moverla más en aquellas condiciones podía resultar peligroso. Arrojó a Kimberly con una manta apolillada y le dio un tembloroso beso en sus labios en el mismo momento en que ella abría los ojos y gemía.

—No te muevas, estás herida.

—¿Qué... ha...?

—Calma, todo saldrá bien. Regresaré con ayuda.

Ella asintió, cerrando los párpados.

—Ni se te ocurra morirte, condenada.

Con esa advertencia, Chris salió a la noche para perderse en las sombras.



Julius Bart no acertaba a despejarse, a pesar del zarandeo, abría los ojos y bizqueaba, enfocando al mismísimo conde de Braystone sobre él, candil en mano, con su atezado rostro tan pálido como el de un cadáver. Una vez ubicado, se sentó en la cama, completamente despierto.

—Ella ha sufrido un accidente.

Bart no necesitó que le dijera quién era *ella*. Se levantó y se vistió tan pronto como pudo, preguntando:

—¿Qué ha pasado? —Mortimer irrumpió en el cuarto en ese instante, cargando una caja—. ¡¿Qué coño ha pasado, Gresham?!

Sin responder, Christopher precedió a ambos hombres por las tinieblas en que estaba sumida la mansión, con el americano trotando tras él, remetiéndose los faldones de la camisa en los pantalones, hasta alcanzar las caballerizas. Antes de entrar, les pidió silencio por señas; lo último que quería era que Ian los descubriera.

—Monte un caballo, si es que sabe hacerlo a pelo, Bart. Ladislaus, tú a la grupa del mío, no hay tiempo de ensillarte uno.

Bart lo agarró entonces por la chaqueta, casi pegándolo a su nariz, con gesto iracundo a la vez que temeroso, en demanda de una explicación que no llegaba.

—¿Va a decirme qué pasa de una puñetera vez?

—Basta con que sepa que su jodida e irresponsable pupila ahora mismo podría estar muerta.

Cabalaron como si les fuera la vida en ello. Chris puso su montura a galope tendido, le importaba un carajo si el caballo se rompía una pata o ellos la crisma, y el animal voló sobre el abrupto terreno como si adivinase la urgencia, dando todo lo que se esperaba de él. Bart no se quedó atrás siguiéndolo a la zaga, si bien con más prudencia, nada familiarizado con el camino.

Se internaron en el bosque esquivando arbustos y ramas sin que por eso Gresham disminuyera la marcha. Agarrado a su cintura, Mortimer parecía un pelele que bailara sobre el animal, sujetando como podía entre ambos cuerpos la caja donde había metido con prisas los útiles indispensables para una cura de urgencia, en cuanto su señor lo despertó.

Adivinando que Kimberly se encontraba en la ruinosa cabaña que aparecía ante ellos, Julius se tiró del caballo, adelantándose a los otros. Pero al entrar se quedó paralizado, momento que Christopher aprovechó para echarlo a un lado y acercarse a Kim, retirar la

sucia manta y descubrirla.

Los ojos de Julius relampaguearon ante el cuerpo medio desnudo de la muchacha, parcialmente ensangrentado, con un aparatoso vendaje en el hombro. Interrogó al conde con una mirada fiera, dejando que Mortimer sacara lo que llevaba en la caja.

—Espero que tenga una buena explicación para esto, milord.

—Avive el fuego y consiga más leña —le dijo Gresham por toda respuesta.

Con la choza razonablemente iluminada, Mortimer retiró el precario vendaje y revisó la herida.

—No es grave, señor —aseguró—. Pero le va a quedar una buena cicatriz.

Tanto el conde como Julius suspiraron tranquilos.

—Entonces, ¿por qué no vuelve en sí? —quiso saber Bart.

—Seguramente por el shock, no se preocupe.

—¡Una mierda no voy a preocuparme!

—¿Y esa leña, Bart? —lo instó Gresham.

Rumiando su desazón, Julius salió en su busca, y volvió con ella sin demora. Mortimer demostró entonces que el conde no había solicitado su ayuda en vano. Limpió la herida, la desinfectó a conciencia, abriendo los bordes del corte, lo que hizo que la muchacha se removiera inquieta, aplicó unos polvos blancos y la vendó de nuevo.

—¿Qué hacía ella aquí? ¿Quién le ha asestado esa puñalada? —volvió Julius a la carga.

—Eso dígamelo usted, Bart. Sí, ¿qué demonios hacía Kimberly siguiéndome? ¿Por qué me ha seguido hasta aquí? ¿Qué buscan ustedes en Braystone Castle? En cuanto al desgraciado que la ha herido, ella misma ha acabado con su vida, salvando la mía, dicho sea de paso; le ha metido una bala entre ceja y ceja.

—Sea como fuere, si a ella le pasa algo malo, cuídese, Gresham, porque iré a por usted.

—¡No me joda, Bart! Podría meterlos a los dos en Newgate con sólo proponérmelo. Usted o ella van a tener que explicarme muchas cosas. Muchas.

El americano no tenía respuesta para eso. ¿Cómo justificar la actuación de Kim si de verdad lo había seguido? Desde luego, poner al conde al tanto de las dudas que ambos tenían a propósito de su posible implicación en la muerte de Adam era impensable, por más que él, personalmente, deseara que tuviera algo que ver con ese desgraciado asunto, al menos de la forma en que lo creía Kimberly.

Más sosegado ahora que ella estaba fuera de peligro, Chris buscó dónde sentarse. Empezaba a sentirse mareado, los contornos se le desdibujaban y se notaba pegajosa la pernera del pantalón. Un doloroso pinchazo en el costado le recordó que también él estaba herido. Metió la mano por debajo de la chaqueta, se palpó y la sacó cubierta de sangre.

—Hay que conseguir un carruaje para llevar a la señorita Brenton a la casa —decía Mortimer, pero su voz se perdía en las brumas de una inconsciencia que comenzaba a atraparlo.

—¿Podemos moverla? No me he atrevido a...

—Habrás que hacerlo con cuidado, pero sí, milord.

—¿Y a usted qué le sucede? —preguntó Julius, viendo que se ponía cada vez más pálido.

—No es nada.

Chris quiso incorporarse, pero no lo consiguió y se derrumbó inconsciente.

Se despertó, acariciado por los rayos de sol que se filtraban entre la suciedad de los ventanucos. Estaba sediento y empapado en sudor. Quiso levantarse, pero sintió un dolor en el costado que le hizo boquear y lo obligó a dejarse caer de nuevo sobre el camastro. Aturdido, echó un vistazo a su alrededor. ¿Qué demonios hacía allí? ¿Por qué le dolía el costado igual que si lo hubieran...? Recordó de repente. Soltó una maldición, se movió con cuidado y consiguió recostarse en la pared. Un ligero vahído lo hizo cerrar los ojos. ¿Dónde estaba Kim?

—¡Dios!

Entonces apareció Mortimer con un abultado maletín que depositó a un lado.

—¿Cómo se encuentra, milord?

—¿Dónde está?

—En Braystone, señor —contestó su ayuda de cámara, dando por sentado a quién se refería.

—¿Estaba...?

—Debería preocuparse más por usted, si me permite decirlo, milord —lo reconvinó, dejando a su lado una pequeña cazuela con asado y una botella de vino—. La señorita Brenton recuperó la conciencia poco después de que la perdiese usted. Aunque molesta, la herida del hombro no tendrá mayores consecuencias. La suya me preocupa más.

—¡Al infierno con eso! ¿Qué hacemos nosotros aquí? ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —Bebió un buen trago de la botella y echó mano a un muslo de ave; estaba famélico—. ¡Mortimer, esto está horrible!

—Esta choza no es Braystone Castle, milord. He traído lo que he podido sacar a escondidas.

¿Había oído mal? Sin duda alguna, debía de ser el efecto de la calentura, porque... ¿Mortimer acababa de decir que había *sustraído* comida de las cocinas?

—Es lo que está suponiendo, señoría —respondió su ayuda de cámara leyéndole el pensamiento—. Digamos que... usted salió anoche para Londres por un asunto urgente, dejándome el encargo de disculparlo ante sus abuelas e invitados, antes de reunirme con usted. No iba a pedir una cesta de pícnic —argumentó, muy digno—. El señor Bart y un servidor, espero disculpe la libertad que me he tomado, pensamos que era una buena estrategia para evitar que se sepa lo ocurrido. No encontrábamos una explicación convincente si los llevábamos a ambos a Braystone en semejantes condiciones.

Chris abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla. O él estaba perdiendo facultades, o entre aquellos dos le habían organizado la vida en unas pocas horas.

Mortimer parecía bastante más interesado en adecentar el lugar que en darle conversación. En efecto, la cabaña presentaba mejor aspecto. En el camastro había mantas nuevas, las sábanas que lo cubrían estaban limpias, en la pequeña hornacilla que utilizaban hacía años para encender fuego, se apilaban ahora ramas de pino que despedían un aroma agradable. No había ni una sola telaraña. Mortimer era una alhaja.

Así que había pasado la noche allí, al cuidado exclusivo de su sirviente. Tomó otro trago de vino y dio un mordisco al pollo; seco o no, era alimento.

—¿Me permite preguntarle al señor qué pasó?

—Que suponías bien. Hicieron señas desde la cala y la goleta emprendió la retirada. ¡Maldición, esto duele! —protestó, tocándose el costado.

—Debería dar gracias de que todo haya quedado en una herida, milord; podría estar muerto. Ya le dije que debía tomar precauciones.

—Lo dijiste, lo dijiste, sí. Debería haberte hecho caso. Hay que ocuparse de los dos cadáveres.

—El americano revisó el terreno, señor, pero no había ni rastro de los cuerpos. Por supuesto, los hicieron desaparecer.

—Por supuesto.

—En cuanto se encuentre con fuerzas, deberíamos partir hacia Londres. Este... *pabellón* no reúne condiciones.

Llamar *pabellón* a la casucha era síntoma inequívoco de la ironía solapada de Ladislaus, rasgo que sólo aparecía en él de tarde en tarde.

—¿Deberíamos? ¿Ambos?

Las cejas de Mortimer formaron un arco. Sacó pecho y exclamó ofendido:

—¡No pensaré que voy a dejar que el señor viaje solo!

—Es evidente que no hay manera de librarse de ti —se rindió Gresham, retirando los restos de comida. Se levantó, presionándose el costado herido, aunque se le escapó un gemido—. ¿Qué asuntos importantes se supone que he ido a tratar a Londres? ¿Cuántos días debo permanecer allí? Porque imagino que tú y tu compinche lo tendréis todo pensado —preguntó con sarcasmo, aunque admitía que lo mejor era desaparecer por unos días, que aprovecharía para poner toda la carne en el asador y obtener pruebas contra el maldito Lessenrose.

—Milord, siempre puede poner la excusa de algún contratiempo en la naviera. Y si me está pidiendo mi modesta opinión en cuanto a lo segundo, diría que hasta que la señorita Brenton se vaya de Braystone.

—A ella pienso retorcerle el cuello.

—Dudo que el señor Bart se lo permita, milord, la cuida como un padre; es un buen hombre.

—¿Has cambiado de opinión respecto a él?

—Digamos, milord, que se ha desarrollado cierta afinidad entre nosotros, al ejercer ambos de niñeras.

—Pues afinidad o no, Mortimer, voy a retorcerle el pescuezo a su pupila. Después, claro está, de que me explique unas cuantas cosas.



El mundo era una cloaca.

Kimberly había soportado con estoicidad la andanada de sermones de Julius sin decir una palabra. Le echó en cara su irresponsabilidad, le repitió hasta la saciedad que había corrido un riesgo estúpido, que se había puesto en entredicho, que tendría que haber pensado mejor las cosas antes de aventurarse, siguiendo a Gresham. Pero ella no lo escuchaba, acuciada por un lacerante dolor alojado en su alma, que no encontraba forma de mitigar.

—He matado a un hombre.

Se tapó la boca con las manos para acallar un sollozo. Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar. No podía pensar en otra cosa, ni ver nada que no fuera la expresión entre dolorida y pasmada del hombre antes de derrumbarse, muerto. Muerto, muerto, muerto...

—¡Olvida a ese cabrón! —El impropio de su amigo le llegó entre las brumas de la culpabilidad y el bombeo de la sangre en sus sienes—. Él trató de matarte a ti e iba a matar al conde. Hiciste lo que tenías que hacer.

Con la mirada turbia por las lágrimas, sus ojos abarcaron los confines del jardín azotado por la lluvia. ¿Cuánto tiempo llevaba allí, apoyada en la ventana, preguntándose cómo había sido capaz de apretar el gatillo? ¿Cuántas veces se había reprochado haber acabado con la vida de otra persona? ¿Dónde había perdido los principios que le inculcó su madre acerca del bien y el mal?

—Duele, Jul —se lamentó sollozando—. Duele.

El abrazo de Bart estrechándola contra su pecho no la reconfortaba. No tenía derecho a su cariño, a su comprensión, a su empatía. El tacto de aquellas manos grandes, un poco callosas, hablándole en silencio de lealtad y cercanía, de nada le servían. Porque era ella la que no se exoneraba de culpa. Y dolía, sí, dolía saber que había acabado con la vida de un ser humano. Convencerse de que había disparado en un acto de autodefensa al ver a Christopher en peligro no borraba el asco que sentía hacia sí misma. ¿Era la misma persona que juró matar al conde de Braystone si descubría su implicación en el asesinato de Adam? ¿La misma que prometió sobre su tumba vacía vengarlo por encima de todo? Porque si así era, para cumplir su venganza tenía que asumir que iba a tener que matar o verse en el trance de hacerlo.

—Lo sé, pequeña, lo sé —respondió Julius, estrechándola aún más—. Tendrás que vivir con ello, y no se te borrará por mucho tiempo que pase. Pero no puedes abandonarte a

la autocompasión, tienes que reaccionar, ser fuerte.

—¿Cómo se hace eso? —Apoyada en su pecho, las lágrimas arrieron.

—Apelando a tu orgullo, al coraje que llevaste como estandarte tras el fallecimiento de tus padres, del que hiciste gala para embarcarte en dirección a Inglaterra para esclarecer la muerte de tu hermano. Has matado a un hombre, es cierto, pero has salvado la vida de otro y la tuya propia. Tuviste que hacerlo, Kim, porque el desgraciado no te dejó otra salida.

—Podría haberlo herido. ¡No! —lo acalló—. No me digas que era de noche, que estaba desquiciada por el miedo. Veía perfectamente y sabía lo que hacía. Lo maté a sangre fría.

—Lo mataste en defensa propia —rebatí él—, tienes una bonita herida que lo demuestra.

La separó de él, sujetándola por los hombros con delicadeza. Sus pálidas mejillas surcadas por lágrimas que no dejaban de caer le provocaron un acceso de cólera. Maldijo a Adam por haberse metido en un callejón que lo llevó a la muerte, a Kim por su obsesión por limpiar su memoria, a Gresham por estar en medio, sembrando la sospecha. Pero sobre todo maldijo al condenado rufián que —bien muerto estaba— hacía sufrir a la muchacha. No encontraba palabras para consolarla y eso lo sacaba de quicio, le mostraba su propia incapacidad. Debería haber vigilado mejor sus pasos, haber imaginado que, con sus arrebatos de búsqueda de redención para su hermano, podía cometer una locura. Desde que Kim le salvó la vida había sido su protector, pero esta vez había fallado estrepitosamente.

Como si adivinara que se estaba echando sobre la conciencia un acto del que sólo ella era culpable, Kim se secó las lágrimas y esbozó un atisbo de sonrisa que fue más bien una mueca.

—Dejémoslo. Tienes razón, disparé porque no tenía más alternativa y el tormento por lo que he hecho se mitigará con el tiempo. —Su actitud condescendiente no lo engañó, pero asintió—. Dame un minuto y bajaré, ya he hecho esperar demasiado a lady Agatha. ¿Sabes qué es eso tan importante que tenía que hablar conmigo?

—No, pero no me ha gustado su gesto huraño ni el modo en que ha dado la orden.

—En seguida estaré con ella, hazle llegar mis disculpas, por favor.

Julius se volvió para irse, pero antes preguntó:

—¿Necesitas ayuda?

—Puedo apañarme sola, gracias. La herida cicatriza bien. ¡Julius! —le llamó antes de que saliera—. Gracias por cuidarme.

Él no dijo nada, no era necesario.

Kim se lavó la cara y se arregló el pelo, poniéndose luego un vestido de escote alto que serviría para disimular el vendaje. El hombro le dio un par de pinchazos mientras se vestía, pero eran soportables, mucho más que el dolor de su alma condenada. Antes de salir, se miró al espejo. Tenía los párpados hinchados, pero lo achacaría al supuesto estado febril que le había servido de excusa para recluirse en su habitación, mientras se recuperaba de la herida. Inhaló aire repetidas veces, vigorizando sus pulmones, y luego irguió los hombros, y salió del cuarto, dispuesta a enfrentarse de nuevo al mundo.

Pero el mundo era una cloaca, sí.

Demasiado apesosa, según comprobó Kim en cuanto entró en el salón donde la esperaba la condesa viuda de Braystone.

Ataviada con un traje oscuro, con sus ojos grises clavados en ella, lady Agatha se le antojó un juez. Además, no estaba sola, la acompañaban lady Eleanor y su propia tía. La condesa se abanicaba nerviosamente, evitando cruzar la mirada con ella. Lady Alice, expectante, estrujaba un pañuelito entre los dedos. Kim saludó en voz baja sin obtener respuesta de ninguna de las damas. Su instinto le dijo que no iba a gustarle la conversación, aunque sin imaginar para qué la habrían hecho llamar, ni a qué se debía aquel trío de caras largas, más bien hostiles.

—Siéntate, querida.

La entonación de lady Agatha sonó demasiado dura. Kim obedeció, acomodándose en el borde de un sillón, frente al sofá que ocupaban ellas. Había buscado una excusa para su prolongada ausencia, aduciendo un ficticio enfriamiento, aunque se había negado a permitir que la visitara un médico. Posiblemente se trataba de eso, de regañarla por su empecinamiento. No sabía lo lejos que estaba de la razón por la que se encontraba allí, pero lady Agatha en seguida se encargó de ponerla en antecedentes.

—Será algo íntimo —se arrancó la dama—. Es lamentable que Darel no haya dado señales de vida desde hace días y que James haya tenido que acompañar a Tommy a su casa, deberían estar presentes ambos. El vizconde de Amsterdill dejó una nota, excusándose por su repentina marcha, algo urgente reclamaba su regreso inmediato. De todos modos, es mejor así, esos tres juntos no causan más que problemas. Será sólo una sencilla ceremonia familiar, aunque, cuando se conozca la noticia, seremos pasto de las habladurías de todo Londres, pero no hay más remedio, así que...

—Perdone, milady —la interrumpió Kim—, no comprendo. ¿De qué ceremonia estamos hablando?

La condesa viuda se irguió, mirándola con sus fríos ojos mientras afirmaba solemne:

—¿No lo he dicho? Kimberly, vas a casarte con mi nieto Christopher.

—¿Cómo?! —Saltó del asiento, con un gesto de estupefacción en la cara.

—Siéntate y escucha, no me gusta repetir las cosas, muchacha: tu honra está en juego.

—¿De qué condenada honra está hablando, señora? Si esto es una broma, no le veo la gracia.

—Estoy lejos de ser una persona a la que le gusten las bufonadas —exclamó lady Agatha con irritación—. Cuando hablo de tu reputación, me refiero a que habéis sido pillados en falta. No te culpo directamente, imagino que el causante de todo es mi nieto, pero la decencia, el buen nombre de los Gresham y el de tu tía y tu sobrino no pueden verse salpicados por el escándalo. Te guste o no, vas a casarte. Tenemos que acallar los comentarios cuanto antes.

—¿En falta? ¿Y quién se atreve a decir tal cosa, milady? ¿Qué testigos tiene para asegurar algo semejante? En cuanto a acallar las habladurías, déjeme decirle que me importan bien poco si ello me lleva por un camino que no he elegido, ni pienso elegir.

—¿Los suficientes testigos, Kimberly! ¿Acaso vas a negar que estuviste en la habitación de mi nieto?

—Yo... —Se le cayó el mundo encima al recordar el episodio de la biblioteca y el beso de Christopher al salir del cuarto.

—¿A tanto llega tu descaro que negarás también haber salido de su despacho con la ropa... digamos un tanto desordenada?

—Yo... —se le atascaron las palabras de disculpa. ¿Cómo explicar lo sucedido?

Lady Eleanor la miraba con gesto compungido mientras su tía estallaba en llanto.

—No hay justificación, no la busques. Has caído en desgracia, Christopher te ha mancillado y debemos remediarlo.

—Sólo fue... —Tragó saliva—. Sólo fue un beso. ¡Les juro que no pasó nada más!

—No malgastes palabras, el honor está por encima de todo. Una dama inglesa...

—¡No soy inglesa! —exclamó Kim, viéndose acorralada. Era una pesadilla, tenía que serlo, tenía que despertar.

—Pero ¡estás en Inglaterra!

—¡Sus normas sociales, caducas y atrasadas me importan un rábano, señora! Si por un simple beso piensan que van a obligarme a seguir sus patrones, se equivoca. No se preocupe por el buen nombre de los Gresham, milady, me marché de aquí para no enlodarlo. A Estados Unidos, donde la gente no se rige por falsos principios.

—Kimberly, hija... —terció lady Alice, hecha un mar de lágrimas.

—Si quieres acompañarme, tía, estaré encantada de que vengas a vivir a Beau Terre.

—Muchacha, muchacha... —Se levantó, acercándose a ella para tomarle las manos—. Te ruego que no me hagas pasar por todo esto. El apellido Brenton ya ha sufrido bastantes descalabros. Primero, el suicidio de tu hermano, luego, el origen bastardo de Cameron. Aunque pusieras tierra de por medio, no se acallarían las murmuraciones. ¿No te parece que ya se ha enfangado lo suficiente nuestro linaje?

Kimberly observó a las tres damas acrecentándosele el nudo que sentía en la garganta. Había ido a Inglaterra para descifrar el enigma de la muerte de Adam, para limpiar su nombre si era necesario. Le tenía mucho afecto a aquella mujer que ahora le suplicaba. Quería a Cameron. Se sentía indignada, furiosa ante una situación tan enmarañada, porque, si por un lado defendía su independencia y su derecho a tomar sus propias decisiones, no era menos cierto que el afecto hacia ellos dos le impedía dar una respuesta mordiente. ¿Tenía derecho a anteponer su libertad a la dignidad que se merecían sus parientes? ¿No aprendió de su madre que lo primero, lo más importante, lo que de verdad merecía la pena preservar era el bien de la familia, lo único que, a fin de cuentas, era el apoyo en el que apuntalar la existencia?

Se dejó caer en el asiento, sin encontrar el modo de escapar.

Cuarenta y ocho horas después del veredicto, una imposición que no digería y que la mantenía en un estado de colapso mental entre el que se abría paso la furia, Kim seguía yendo y viniendo por su habitación como un oso enjaulado, preguntándose si todos se habían vuelto locos, ella incluida.

Al escuchar su sentencia, porque no fue otra cosa, se había rebelado apasionadamente. Lady Agatha, sin embargo, severa e inmutable, no permitió que la intimidara, enumerando los motivos que las habían llevado a las tres a tomar tal decisión. Excluida, la embargó el asombro, luego la rabia, finalmente el desaliento. Porque, a tenor de su exposición, se había quedado sin argumentos; por más que lo lamentara, era inapelable: los habían visto juntos, besándose a la puerta de la habitación de Christopher, saliendo desaliñada de su despacho. Para una sociedad pacata, amiga de moralinas trasnochadas, tal actitud era rotundamente reprochable, sobre todo de puertas afuera. Entre el servicio, debía de haber un montón de cuchicheos a cuenta de ambos. ¡Y todo por culpa del

maldito conde! Lo uno había llevado a lo otro y, según lady Agatha, su honor había quedado mancillado porque, ¿qué otra cosa se podía pensar sino que ella y Chris habían estado manteniendo relaciones inapropiadas? A eso, que ya podía considerarse definitivo, se añadía el hecho de que las súplicas de su tía le habían roto el corazón. Lady Eleanor había repetido varias veces, durante el discurso, su exclamación favorita:

—¡Qué vergüenza!

Luego llegó el turno de las lamentaciones de lady Alice, que degeneró en llanto al ver a su sobrina caída en desgracia, pero se unió a las duras palabras de la condesa viuda hacia el comportamiento desvergonzado de su nieto, motivos de peso por los que no les quedaba más remedio que casarse lo antes posible para acallar las murmuraciones, legalizar un hipotético embarazo y evitar que el apellido Brenton volviera a estar en boca de todos.

En tales circunstancias, razonar con ellas carecía de sentido. Se habían aprendido un guión del que no iban a salirse.

Sólo la mantenía la esperanza de que, cuando se le enfrentaran en Londres, Christopher se negara rotundamente a aquel absurdo matrimonio.



Kimberly ralentizó sus pasos cuando pisaron la gravilla del camino que atravesaba el cuidado césped del jardín. Hubiera deseado tener a Julius a su lado, pero él se había excusado, retirándose en cuanto se bajaron del carruaje, aduciendo que un asunto de esa índole era cosa exclusiva de la pareja. Ella sabía que ése no era el verdadero motivo; lo que realmente quería era evitar un enfrentamiento con Gresham si éste se negaba a la boda manipulada por sus abuelas. Le había contado punto por punto su encuentro con ellas, pero él no había expresado ninguna opinión.

Íntimamente, Kim rezaba para que Christopher no sólo se negara a formar parte de aquella farsa, sino que incluso las echara de allí.

Se le encogió el estómago pensando lo que se le venía encima. Gresham muy bien podría pensar que ella se había dejado convencer dócilmente con el propósito de pescarlo. Era joven, muy atractivo, poseía un título y además una naviera de las más prestigiosas de Inglaterra. Un partido inmejorable en todos los aspectos. ¿Qué mujer no querría llevarlo ante el altar? ¡Ella no, por descontado!

Sin embargo, a pesar de todo, su corazón latía como un potrillo desbocado ante la perspectiva de volver a verlo.

Fue Mortimer quien abrió la puerta. Al verlos, la presencia de las damas y el pequeño Cameron lo hicieron dudar un instante. Pero si estaba asombrado no dio muestras de ello, franqueándoles la entrada con una rígida reverencia.

—Es un verdadero placer volver a tenerlas aquí, señoras. Las anunciaré a...

—¡Déjate de pamplinas, Ladislaus! —le cortó lady Agatha de mal talante, haciéndolo a un lado—. ¿Dónde está mi nieto? ¿Se encuentra en casa o está de parranda por ahí?

—Eeeeh... no, milady, está en casa.

Tal vez Mortimer podría haber mentido, pero conocía demasiado bien a la condesa viuda que, varada ante él, parecía poco dispuesta a tolerar tonterías. La creía muy capaz de revisar la casa en persona, desde la cocina hasta el desván.

—¡Bien! Eso que ganamos. Me disgustaría tener que dilatar más las cosas. ¿A qué esperas, hombre de Dios? Dile a ese sinvergüenza que lo esperamos en el salón cuanto antes. Cuanto antes, quiere decir *ya mismo*, Mortimer.

Viéndola dirigirse hacia allí con paso decidido, a la cabeza del grupo, el ayuda de cámara de Gresham no tuvo más remedio que obedecer, lógicamente intrigado por tan repentina irrupción en Londres. Si no se estaba quedando ciego, el ceño de las damas no

auguraba nada bueno. La señorita americana, en concreto, parecía un reo al que llevasen a la horca. ¿Qué demonios había sucedido en su ausencia de Braystone Castle? El plan tan admirablemente trazado amenazaba con irse al garete si lady Agatha sospechaba lo que realmente les había sucedido a milord y a la señorita Brenton.

Se paró ante la habitación del conde y tomó aire. Éste había mejorado, pero no se encontraba repuesto del todo. Mucho se temía que no le iba a hacer mucha gracia la presencia de sus abuelas allí. Llamó y entró tras obtener permiso.

Chris dejó a un lado el libro que tenía entre las manos.

—Parece que has visto al diablo. ¿Qué pasa?

—Peor que eso, milord, perdone mi insolencia. Sus abuelas, lady Alice, la señorita Brenton y el joven vizconde de Teriwood están todos abajo.

Gresham se quedó pasmado, aunque su corazón dio un salto al oír que Kim estaba allí. No había dejado de pensar en ella y le fastidiaba reconocerlo. Se le había metido bajo la piel, cada segundo sin verla era una agonía. Había maldecido mil veces tener que permanecer en Londres, alejado de ella. La necesitaba, por mucho que no quisiera admitirlo y no encontrara explicación a esa obsesión que lo martirizaba. Deliberadamente, deseando olvidar su repentina excitación al saberla de nuevo cerca, adoptó una actitud sarcástica.

—¿Has montado una fiesta y yo no me he enterado? ¿Qué diablos hacen aquí? — Pero no pudo dejar de preguntar—. ¿Ella está bien?

—A lo primero, no sabría decirle, milord. Y si creo entender que pregunta por el estado de la señorita Brenton, diría que sí, milord, al menos físicamente. La condesa viuda me ha pedido que le hiciera saber que lo esperan en el salón de inmediato. Ha recalcado lo de inmediato, milord.

—¡Condenación! Lo que menos me apetece ahora es volver a hacer de cicerone para mis abuelas por medio Londres. ¿No ha dicho nada sobre el motivo de la visita?

—No, milord, nada en absoluto.

—Está bien, bajo en un momento.

Minutos más tarde, con la sangre corriéndole alocada por las venas de sólo pensar que iba a volver a ver a Kim, hizo su entrada en el salón, luciendo su mejor sonrisa. Mortimer le había pedido que no se excediera, que aún debía reposar. Supo cuánta razón tenía su criado cuando fue víctima de un vahído pasajero, que disimuló a duras penas. Saludó a las damas, revolvió el rubio cabello de Cameron y le dedicó a Kimberly una inclinación de cabeza. Con paso elástico, haciendo caso omiso de la mirada reprobatoria de sus abuelas, tomó asiento.

Kimberly lo miró. Se le secó la boca y empezaron a sudarle las manos. Christopher era un hombre fascinante, incluso entonces, con su aspecto fatigado, transmitía un aire disipado que atraía su mirada.

—Una visita que no esperaba. ¿De nuevo de compras, señoras?

—De caza, más bien —gruñó lady Agatha.

—¿Perdón?

—He dicho de caza, Christopher.

No había que ser muy avisado para darse cuenta de que no estaba de humor. Su abuela, furiosa, era una montaña a la que en ese momento no se veía con fuerzas de subir.

—Disculpa, *grand-mère*, pero no comprendo.

—Escúchame bien: ¿hay alguna iglesia que te guste especialmente?

—¿Qué?

—Particularmente, yo escogería San Pablo para el evento.

—Agatha, por Dios... —la conminó la vizcondesa.

Christopher perdía el hilo de la conversación, más pendiente de la actitud solemne de Kim que de lo que le estaban diciendo. ¿San Pablo? ¿Iglesia? Al principio, supuso que su abuela se habría enterado del incidente de la cala y se había presentado allí para recriminárselo, pero ahora estaba desorientado, no sabía de qué le estaba hablando. Miró a Kimberly en una pregunta muda, pero ella rehuyó sus ojos. Que lo ahorcasen si entendía algo. Se removió incómodo bajo el escrutinio gélido de su abuela, notando un latigazo doloroso en el costado ante el que no pudo esconder un gesto de molestia.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó lady Eleanor.

—Calla, Ely. Te advierto, muchacho, que sobran las tretas; no van a servirte para nada. Estoy esperando una respuesta.

Chris se rehízo de inmediato, consiguiendo esbozar una media sonrisa.

—Pero una respuesta ¿a qué? —preguntó.

—Me refiero a la boda.

—¿Boda? ¿De qué boda me hablas, abuela?

—De la tuya con Kimberly, por supuesto.

—¿Qué?!

—¡No grites, Christopher, no soy sorda!

—¡No estoy gritando!

—¡Lo haces!

—¡Maldita sea!

—¡Agatha! ¡Milord! Por favor... —terció lady Alice, sonrojada por el cariz que tomaba el encuentro.

—Tener que llegar a esta situación... ¡Señor, Señor! ¡Qué vergüenza! —enredó aún más lady Eleanor.

Gresham no salía de su asombro, absolutamente alucinado. Se le venían a la lengua mil y una obscenidades; todo aquello era una sinrazón absurda, pero tras el estallido se había quedado mudo. En cualquier otra circunstancia no hubiera permitido ser el sujeto pasivo de semejante enredo, ni siquiera por parte de su abuela, pero Cameron estaba delante, con sus azules ojos clavados en él.

La tensión podía cortarse. Incluso Mortimer, que hizo acto de presencia con una bandeja con un refrigerio, sopló y no se movió.

Kimberly deseaba fundirse con la tapicería del sofá hasta desaparecer, hasta hacerse invisible. La situación resultaba tan embarazosa que había empezado a temblar. No quería mirar a Christopher. No podía hacerlo, temerosa de ser receptora de su furia. Ella no deseaba casarse, no de ese modo, y menos aún con un hombre engreído y envarado como él, pero el cauce se había desbordado y ahora mismo eran dos barquichuelas que lady Agatha gobernaba con el timón de las normas sociales.

—Abuela, ni por todo el oro del mundo me casaría. No estoy dispuesto a suicidarme —se oyó en el silencio la voz calmada de Chris.

La inflexión con que lo dijo lastimó a Kimberly como no lo imaginaba. El tormento de los últimos días se trocó en animadversión, que fue creciendo segundo a segundo. Se hacía cargo de su sorpresa, de su indignación incluso, que se negara a acceder a un matrimonio obligado, pero el desprecio de su respuesta era una bofetada a su persona. Ella era una mujer de buena cuna, con fortuna propia, la hija de un vizconde. ¡Por el amor de Dios! No le estaban proponiendo casarse con una trotona del puerto. Elevó el mentón, orgullosa y digna. Ni siquiera la salvaguarda del apellido de su hermano merecía rebajarse

como lo estaba haciendo.

—Yo no pienso sacrificarme, lady Agatha, y rechazo a quien no es digno de mí, por muy nieta suyo que sea. Y, en cuanto a los rumores, por mí pueden llegar hasta Francia.

Hubo entonces un feroz enfrentamiento de voluntades entre ambos. Christopher estaba a punto de dejar a su abuela con la palabra en la boca, por muy poco caballeroso que fuera eso, pero aquellas pupilas azul oscuro retándolo, aquella boca fruncida en un gesto de rabia contenida, aquel rostro de ángel... ¿Cómo había soportado estar tantos días sin verla, sin olerla? Ni una sola noche había dejado de soñar con ella. ¡Cómo la deseaba! *Kimberly Gresham*. ¡Cristo, sonaba a canto celestial!

—¿De qué rumores hablas?

Kim sólo quería salir de aquella casa, mandar al infierno todo lo que tuviera que ver con Braystone, en especial al maldito conde, y dejar Inglaterra atrás. Se llevaría a Cameron y a su tía con ella, inscribiría al pequeño en una buena escuela de Nueva York, haría de él un hombre íntegro... Dejó de pensar cuando Christopher se le acercó y apoyó las manos en el reposabrazos del sillón donde ella se sentaba, atrapándola entre el respaldo y la cárcel de su cuerpo, a escasos centímetros de su cara. Casi estuvo a punto de cubrir la distancia y besarla en la boca.

Casi.

—¿Qué rumores, Kim?

A Gresham, el despectivo rechazo de ella le había picado en su orgullo masculino. Así que la dama no estaba dispuesta a sacrificarse, ¿eh? Poco lo demostró cuando se mantuvo pegada a su cuerpo mientras la besaba, mientras sus manos moldeaban su cintura, mientras sus dedos cubrían la redonda exquisitez de su pecho pequeño y altivo... Se excitó al recordarlo. Así que no era digno de ella, ¿eh? Rabiaba por demostrarle la falacia de sus palabras. Kim lo deseaba y él... ¿Por qué seguía engañándose? ¿Por qué no reconocer que la situación en que les habían puesto sus abuelas, avaladas por una conducta imperdonable a los ojos de todos, le facilitaba las cosas? No había pasado nada deshonesto entre los dos salvo unos cuantos besos y unas caricias que no pudieron evitar. Pero eso sólo lo sabían ellos. Claro que lo había puesto colérico que su abuela intentara dominarlo, decirle qué tenía que hacer. No era un niño de pecho, sino un hombre adulto que sabía tomar sus propias decisiones. Era el conde de Braystone, el cabeza de familia ¡por todos los infiernos! Sin embargo, mirando a Kim, tenía que reconocer que empezaban a importarle poco las argucias de su abuela para proteger su abolengo y verlo casado. Él quería tener a Kimberly en su cama, dormir cada noche junto a ella, despertarse a su lado cada mañana, beber su aliento, ser su dueño o, si no, su esclavo.

Suspiró, obligándose a calmar el impulso de atrapar sus labios. Volvió a sentarse, cruzó las piernas y miró directamente a lady Agatha que, expectante, no se perdía detalle. Acababa de tomar una decisión. No sabía si acertada o equivocada, si le arrastraría a la felicidad o a la desventura, pero no podía hacer otra cosa, resistirse a lo que sentía por ella lo estaba matando. Se había enamorado como un pollino y no tenía fuerzas ni argumentos para seguir luchando. Lo quisiera Kimberly Brenton o no, sería suya. Si para conseguirlo tenía que pasar por el altar, que así fuese.

—Soy todo oídos, abuela.

Apenas oyó esta simple frase, los ojos de Mortimer se deslizaron sobre las visitas y desapareció del salón sin que nadie se percatara de su ausencia. Se dirigió presuroso a la cocina, donde se encontró con alguien que no esperaba.

—Mortimer, usted y yo tenemos que hablar —le dijo Julius en un tono que no

admitía réplica.

—Permítame dudar que usted y yo tengamos mucho de que hablar, señor Bart.

—Antes de que salga de aquí, va a explicarme algunas cosas sobre el conde de Braystone.

—¿A qué se refiere?

—A todo lo que tiene que ver con las visitas a la colina de Teriwood Manor, a ciertos negocios de contrabando y a la muerte de lord Brenton.

Mortimer abrió los ojos como platos.

—Usted está loco...

—Si no salgo de esta cocina con respuestas convincentes, voy a encargarme de que el apellido Gresham se vea arrastrado por el fango, acusándolo de un crimen.

—Completamente loco... Usted no es más que un extranjero y su señoría un hombre muy importante que no es culpable de nada salvo, en todo caso, de haber admitido en su casa a un tipo de modales tan rudos —respondió altanero, dándole la espalda—. ¿Quién le iba a creer? No tiene idea de nada. No sabe...

—Exactamente, Ladislaus. Por eso estoy aquí. Porque quiero saber quién es el hombre con el que, si no he perdido oído, y no creo, porque hasta aquí llegan las voces, quieren casar a la muchacha. Siempre he protegido a Kimberly y seguiré haciéndolo, así que empiece a hablar ahora mismo.

Mortimer también lamentaba la encerrona que la condesa viuda le había hecho a la señorita americana. No era que la joven fuera santo de su devoción, no la veía como condesa, le faltaba pulir sus costumbres para ser toda una dama, pero reconocía que las cosas se habían complicado demasiado. Miró a Bart y dijo:

—Dadas las circunstancias, creo que se merece una explicación sobre la participación de mi señor en el asunto del que lo acusa.



La alfombra de la habitación empezaba a deshilacharse de tanto pasear sobre ella. La muchacha que esperaba sus órdenes no se atrevía a abrir la boca.

Después de dos largos días compadeciéndose de su desgracia, encerrada en su cuarto, negándose a ver a nadie —incluso le prohibió la entrada a Julius, que intentó hablar con ella varias veces—, un furor latente seguía allí, atrincherado en su interior, acelerando su sangre. Simplemente, le costaba asimilar lo que había pasado. Ni siquiera decirse que se había sacrificado por el bien de Cameron y de su tía Alice mermaba la inquietud que le provocaba su proceder. ¿Cómo era posible que hubiese caído en semejante trampa? Todos se habían confabulado contra ella. Todos. ¡Hasta el maldito Julius que, lejos de mantenerse a su lado, se conjuró en su contra! ¿Por qué? Había sido arrastrada al altar de forma artera y ruin, presionándola con el chantaje moral que le llovió de todos los frentes relacionado con el futuro que le esperaba a su sobrino.

Tras haberlo pensado mucho, se daba cuenta de que dudaba de la culpabilidad de Christopher. El corazón le decía que no podía haberse enamorado de un asesino. Pero eso no mermaba su indignación por haberse visto empujada a casarse con él.

Le habían llevado ya su vestido de novia, un traje sencillo con irisaciones marfileñas y decenas de pequeñas perlas en el corpiño y los puños, al que apenas dedicó un vistazo. Lo habían hecho traer con urgencia. La señora Bucatti lo había confeccionado para una dama que estaba a punto de casarse, pero no puso demasiados impedimentos en acceder a entregárselo a la futura lady Gresham tras leer la nota enviada por lady Agatha —y el importe que acompañaba su carta—, después de llevar a cabo unos rápidos ajustes en el busto y el largo de la falda.

Luego llegó el agua caliente, las sales, los perfumes y dos vueltas de perlas prestadas para la ocasión por la condesa viuda de Braystone.

Era imposible luchar contra todos, así que se bañó, dejó que le lustrasen el cabello, se vistió, se puso un ligero toque de perfume y salió del cuarto dispuesta a enfrentarse con el mundo. Julius, que aguardaba fuera, le ofreció su brazo pero ella, acusándole con la mirada, lo rechazó.

—No olvidaré esto —le dijo entre dientes.

Con el pesar de haber cedido a aquella chifladura, sintiéndose casi como María Antonieta camino de la guillotina, Kimberly caminaba con la vista al frente, sin mirar a nadie, manteniendo un mutismo total durante el trayecto que les llevó hasta St.

Bartholomew the Great, lugar elegido finalmente para llevar a cabo la ceremonia.

—Te gustará la iglesia, querida —le había dicho su tía, palmeándole la mano con afecto, contrita por su aparente indiferencia—. Está edificada sobre los restos de un antiguo monasterio del siglo doce. Thomas y yo nos casamos ahí, es la más bonita de todo Londres, un lugar místico, lleno de espiritualidad, con preciosas vidrieras.

Tal como estaban las cosas, a Kim le importaba un comino si se trataba de una catedral o de la taberna más lóbrega del puerto. No estaba para bobadas. Le dolía la cabeza, le dolía la espalda de tan tiesa como iba. Le dolía hasta el alma, abocada a un destino que rechazaba y del que no supo escabullirse, una trama orquestada a conciencia aunando voluntades hasta crear la tupida red tejida por tres mujeres para las que los patrones sociales se superponían a todo. Aun así, no tenía excusa, debió decir no y poner tierra por medio. Pero fue medrosa y se dejó llevar.

Se le iluminó un poco la mirada al descubrir a Cameron cerca del altar. Erguido y sonriente, se lo veía espléndido con su traje oscuro, chaleco de brocado dorado y corbata anudada al cuello. Era la imagen de un elegante caballero en miniatura, sujetando en sus manitas un pequeño cofre de plata. ¡Qué orgulloso se hubiera sentido Adam viéndole así! Y sus padres, de haber vivido. Le hubieran malcriado, era imposible no caer bajo su encanto infantil cuando sonreía.

Se negó a mirar a Christopher, al lado del niño.

Avanzó hacia el altar con paso inseguro, repitiéndose que hacía lo adecuado, que sólo cedía por su sobrino.

Una mano morena, de dedos largos, se tendió hacia ella. Entonces sí lo miró. Christopher Gresham, conde de Braystone. En pocos minutos, su esposo. El hombre al que estaría atada, de quien iba a depender, que le robaría la libertad. Quiso odiarlo, pero le fue imposible porque se imponía su inmejorable estampa, su singular atractivo, sus hipnóticos ojos plateados, firme, dominante, soberbio. Seductor como el pecado. A Kimberly le pareció casi irreverente que un ángel caído estuviera bajo el techo de la casa de Dios.

Rechazó su mano y ocupó su lugar, a su lado, frente al sacerdote.

Apenas se enteró de la ceremonia, como si no fuese ella la que se estaba casando.

Las arras ofrecidas por Cameron pasaron de las manos del sacerdote a las de Christopher, que las depositó luego en las suyas con un tintineo al que ella buscó similitud con el de las cadenas que iban a atarla a él. El leve roce de sus dedos, ofreciéndole el símbolo de todas sus posesiones terrenales, le provocó un estremecimiento. No quería casarse, pero tampoco podía negar la atracción que Gresham ejercía sobre ella, convirtiéndola en gelatina.

Debió de contestar «sí quiero», aunque tampoco lo recordaba, porque al finalizar escuchó cómo decía el sacerdote:

—Milord, puede besar a la novia.

Christopher la había tomado por los codos, la había acercado a él... Kim se dejó llevar como una sonámbula, como si su espíritu hubiese escapado de su cuerpo y estuviera viéndolo todo en imágenes superpuestas. No era ella a la que estaba besando. ¿O sí? Su boca le supo demasiado terrenal para poder seguir imaginando que soñaba. Caliente, suave, subyugante, atrevida. A su pesar, respondió al beso notando que se le encogían los dedos de los pies, un escalofrío le recorría la espalda.

En el primer banco de la iglesia, lady Agatha, lady Eleanor y lady Alice intercambiaban miradas cómplices que ninguno captó.

Más tarde, aún con el sabor de Christopher en los labios, llegaban las felicitaciones, el

sonoro beso de Cameron, su alegría inocente asegurándole que estaba encantado de tener un tío como Chris.

Su flamante marido y ella no intercambiaron ni una palabra en el trayecto de vuelta. Tampoco durante la pequeña celebración que tuvo lugar, a la que se unió el personal de servicio. Kimberly caminaba sobre una nube pero, lejos de ser rosa, como se le supone a cualquier novia que contrae matrimonio, la suya se vislumbraba negra como el alma de Satanás.

Bebió más de la cuenta, íntimamente decidida a embriagarse para olvidar que acababa de convertirse en el tipo de personaje que siempre reprobó. No lo consiguió. ¡Qué ironía! Ahora era ni más ni menos que una aristócrata. Su señoría, la condesa de Braystone.

De sus dedos emanaba un destello: una alianza de diamantes.

Estaba casada.

¡Casada, por los todos los infiernos!

A eso de la medianoche, salvo el servicio, todos se habían ido. Creyó entender que habían reservado habitaciones en un hotel con el fin de dejarles la casa para ellos solos, momento que ella aprovechó para escapar escaleras arriba, recluyéndose en la habitación.

—Milady... —susurró la muchacha que esperaba—, ¿puedo ayudarla ya a cambiarse?

Kimberly reparó entonces en su descortesía para con la joven. ¿Cuánto tiempo llevaba aguardando a que ella dejara de comportarse como una fiera enjaulada?

—Lamento haberte mantenido despierta hasta tan tarde.

—Lo hago con mucho gusto, señoría.

Nunca iba a acostumbrarse a tanto título pomposo, pensó. Nunca. Para no desairar a la chica, le dijo con suavidad:

—Ve a descansar, todos hemos tenido un día ajetreado. Me las arreglaré sola.

—¿Me permite al menos que le desabroche el corpiño, milady?

Le dio la espalda asintiendo para, seguidamente, ver a la criada apresurarse hacia un envoltorio que reposaba sobre uno de los sillones, del que Kimberly no se había percatado. La chica extendió sobre el lecho un camisón que la hizo atragantarse. Sin una palabra, abrió la cama, hizo una reverencia y desapareció.

Kim se adelantó para tomar entre sus dedos la delicada prenda, murmurando una palabrota por lo que representaba. Era precioso, sí, azul pálido, de tacto maravilloso y livianos tirantes. Pero una indecencia de regalo que, completamente transparente, retrataba a quien se lo ofrecía, un marido libidinoso que pretendía así que se mostrase a él casi desnuda. Lo soltó como si quemara.

—Te quedaría maravillosamente.

Con una exclamación de sorpresa, se volvió hacia esa voz, sorprendiéndose del aspecto desenfadado de él.

Lejos de su habitual apariencia, siempre impoluta, Christopher exhibía ahora un aire disoluto, relajado y una pizca depravado. Sin chaqueta, corbata, ni chaleco, la camisa abierta hasta casi la cinturilla de los pantalones, dejando al descubierto una buena parte de aquella piel tostada que ella recordaba nítidamente, con las mangas remangadas por encima de los codos. ¿Dónde estaba ahora el encopetado conde de Braystone?

—¿No piensas ponértelo?

Kimberly seguía sin poder articular palabra, porque en su cabeza bullía como lava de un volcán a punto de erupción el hecho inapelable de que se acercaba el instante físico que tanto había temido y que, por otra parte, tanto deseaba, para qué engañarse. Había deseado a Christopher desde que sus ojos se encontraron con los suyos, grises, fríos en ocasiones,

candentes casi siempre. Lo había deseado con el primer roce, con el primer beso, no iba a adular una verdad que le nacía muy dentro. Por lo demás, había entrado en su juego, había consentido convertirse en su esposa y, como tal, no iba a eludir sus obligaciones conyugales. Entregarse a Christopher, a su esposo, le despertaba una embriaguez anticipada a la vez que un terror paralizante. No había querido enamorarse de él, pero lo había hecho. No había querido casarse con él, pero se había casado. No había querido abrirle su corazón a nadie, pero abierto estaba, aunque hubiera pretendido silenciarlo. ¡Era su noche de bodas, por las barbas de Judas! Pero... ¿qué pasaría si resultaba que había entregado su vida a quien era el blanco de su juramento de venganza? No se habían despejado las nieblas sobre la inocencia de Chris, por más que ella codiciara ir hacia él, fundirse en sus brazos, besar su boca, respirar su aliento, dejarse arrollar por su cuerpo. ¿Y si después de todo era culpable? ¿Qué pasaría entonces?

Casada o no, condesa o no, enamorada o no, nunca se le entregaría con la losa de la duda pesándole en las entrañas.

Dándole la espalda, se acercó al ventanal al tiempo que decía:

—Quiero saber qué tienes que ver con la muerte de Adam.



Christopher apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas, experimentando un violento arrebato; se negaba a aceptar que era objeto de una acusación tan terrible. Se distrajo un momento cuando sus sentidos, susceptibles como nunca, se centraron en la suave piel de la espalda de su esposa que el corpiño abierto le mostraba. Deliraba por tocarla, por quitarle el vestido, por tenerla como había ansiado tantas veces, desnuda, entregada, complaciente.

No se engañaba. Sabía que haberla forzado a casarse implicaba tener que derribar el muro del carácter levantisco de Kimberly. Le iba a costar un triunfo limar asperezas, apaciguar la naturaleza bravía de la mujer que le nublaba el pensamiento, aquella de la que se había enamorado sin remedio. Contaba a su favor con una fiebre de deseo que ella no había podido disimular cuando la tuvo en sus brazos. Poca cosa para comenzar un matrimonio, sin duda, pero una base sobre la que cimentar la felicidad que pretendía darle.

Sin embargo, el dardo envenenado que acababa de arrojarle a propósito de su hermano impedía cualquier acercamiento. ¡Así que la flamante condesa de Braystone recelaba de él! ¡Le cuestionaba!

Acortó la distancia que los separaba, colocándose tras ella. Sin tocarla, aunque estuviera loco por hacerlo, alimentándose del suave aroma a azahar que desprendía su cabello.

Kim le notó a su espalda. Hubiera querido volverse, echarse en sus brazos, dar rienda suelta a una liberación reparadora. Necesitaba que él borrara toda sombra de duda, que se desvaneciesen sus escrúpulos y temores. Lo amaba, sí, pero condicionaba su futura vida en común a una respuesta. Porque ella, títere de ese amor, incluso traicionando sus principios, le creería, necesitaba hacerlo. ¿Por qué no decía nada? ¿Por qué callaba? ¿No se daba cuenta de que moría, atrapada entre el amor hacia él y sus espantosas vacilaciones?

La voz enronquecida de Christopher sonó tras ella, haciendo que su aliento le acariciara la nuca.

—¿Qué es, exactamente, lo que quieres saber, *esposa*?

Kim se armó de valor, entrecruzó los dedos con fuerza y se volvió para enfrentarlo. Le temblaron las rodillas ante una cercanía tan palpable, percatándose del brillo acuoso de sus ojos grises, ahora intensos como acero líquido. Hasta ella llegaba el calor de su cuerpo, de su corpulencia que la empequeñecía, que la hacía necesitarlo cada vez más. Clavó los ojos en su boca seductoramente cincelada y las palabras se quedaron atoradas en su

garganta.

—Yo...

—¿Qué crees tú que tengo que ver con la muerte de tu hermano, Kimberly? ¿Crees que pude ser la mano ejecutora? ¿Por eso me interrogaste sobre nuestra amistad? ¿Por eso me seguiste hasta casa de Margret? ¿Por eso estabas en la colina la otra noche? ¡Contesta, maldita sea! —exigió, palmeando el marco de la ventana.

Ella se escabulló como una corza acorralada, huyendo de su cercanía. Parapetada tras una butaca al otro lado de la habitación, afianzó sus manos temblorosas en el respaldo de la misma e intentó recuperar un poco de la serenidad de que siempre había hecho gala y que ahora se le evaporaba.

—Tengo que saber... Tú no lo entiendes...

—¿Qué es lo que no entiendo? ¿Que me he casado con la mujer equivocada? ¿Que he sido tan insensato como para enamorarme y jurarle fidelidad a quien me cree, tal vez, un depravado asesino? ¡Por la gloria de Dios! —se sublevó, pasándose la mano por el pelo al tiempo que caminaba arriba y abajo de la habitación—. Si no fuera tan patético, me echaría a reír.

Kimberly lo miraba con los ojos muy abiertos. Magnífico en su cólera, la afirmación de que estaba enamorado de ella aniquiló su miedo. Porque lo había dicho, ¿verdad? El escalofrío de placer que la recorrió casi la hizo desfallecer obligándola a asirse con más fuerza a la butaca.

—Hice todo eso, sí —confesó, permitiendo que las lágrimas se liberaran—. Porque tenía que convencerme de que no eras la persona que buscaba. Porque me lacera el alma cuestionarte. Porque no podía, ¡condenado seas! —dijo con un sollozo que le convulsionó los hombros—, pensar que le estaba entregando mi corazón a un hombre que no se lo merecía, un hombre al que juré matar si estaba involucrado en la muerte de mi hermano.

—Y aun así has consentido en casarte conmigo, carcomida por la sospecha.

—Sí.

—Por el buen nombre de los Brenton, ¿verdad?

Christopher se le acercaba lentamente, como un depredador al acecho, convirtiendo en calidez la frialdad de sus ojos al asimilar la confesión de Kim. Su sangre había comenzado una loca carrera por sus venas, lo quemaba la necesidad de abrazarla, calmar su congoja, acunarla contra su pecho. ¡Kimberly lo amaba, bendito fuese el Cielo! Incluso recelando de su inocencia, con la ponzoña de la duda desgarrando sus entrañas, lo amaba.

—He tratado de engañarme —seguía diciendo ella, con él pegado tan cerca que respiraba su aliento—. Pero ya no puedo seguir haciéndolo, Chris. Ya no. Ya no me queda energía. —Si le quedaba alguna, se evaporaba al roce de sus largos dedos en su mejilla enjugando sus lágrimas—. Aunque vaya de cabeza al infierno, tengo que admitir que no solamente me he casado contigo por salvaguardar el apellido de mi familia.

—Kim...

Bajó la cabeza para tomar sus labios, beberse sus lágrimas, perder su alma si era preciso con tal de saborear su boca. Una pequeña mano en su pecho lo contuvo, obligándolo a mirarla a los ojos. Los de ella, arrasados por el llanto, exhibían su fulgor rebelde, tenaz en sus objetivos por más que ahora le acompañara la intensidad del deseo.

—Antes de que me beses... quiero tu respuesta, milord.

Él dejó caer la cabeza, apoyándola en su frente. Kimberly no supo discernir si era resignación o entrega lo que agitó el cuerpo de su esposo. Pero lo que dijo a continuación fueron las palabras más dulces que había oído nunca:

—Terca y porfiada condesa de Braystone... La vida contigo va a ser un purgatorio, pero no escaparía de él aunque me ofreciesen la gloria eterna. Confía en mí, cariño. Confía en un hombre que sólo respira por ti aunque arda en el infierno. Confía, princesa, porque te amo más que a mi vida.



Cerró los ojos, apoyándose en su hombro. Chris no podía mentir, no en ese instante, no cuando sus manos le quemaban la piel quitándole el vestido. Sintió sus labios en la nuca, tras su oreja, en la sien, el tacto de sus dedos como seda caliente dibujando círculos de fuego en su espalda, en sus hombros, en sus brazos. Allí por donde pasaban avivaban escalofríos de placer.

—¿Duele? —oyó que preguntaba, besándole la pequeña cicatriz que le dejó la herida del hombro.

—Apenas.

Se dejó llevar. ¿Cómo no hacerlo? El hombre que ahora desgranaba suaves palabras, que susurraba tórridos requiebros, que decía bajito que la amaba, era su esposo. Y ella le quería con toda su alma.

Christopher le pasó un brazo por la espalda y otro bajo las corvas de las piernas, levantándola del suelo. Su boca atrapó la de Kimberly en un beso ardiente que le arrancó un gemido. Sin abandonar sus labios, se acercó a la cama, depositándola encima como si se tratara de la joya más preciada. Ella lo miraba entre los párpados entornados, con las mejillas encendidas, agitada su respiración, acuciada por un deseo que no disimulaba y, a la vez, la avergonzaba como a una niña, tímida y temblorosa. Pero era toda una mujer de cuerpo escultural y fuego juvenil en sus entrañas. Una diosa ante la que él, pobre diablo, se arrodillaba vencido, ofreciéndole su corazón.

Cohibida por su desnudez, tendida y febrilmente expectante, le quitó los zapatos. Luego, con la adoración reflejada en el rostro, le masajéo los tobillos, ascendió hasta las rodillas y se recreó en la parte interna de sus muslos, con caricias deliberadamente pausadas, despojándola de las medias lenta, muy lentamente, poniendo al descubierto milímetro a milímetro la línea admirable de sus piernas esbeltas.

Kimberly se mordía los labios para acallar los gemidos, dejándolo derribar las últimas barreras de su reserva.

Él se olvidó del tiempo del que tantas veces fue rehén para dedicarse a ella, que, anhelante de su cuerpo, pugnaba por exhortarlo para que no acabara con aquella maravillosa tortura.

Arqueó la pelvis facilitándole la labor de bajarle los calzones. No sintió pudor. Ningún pudor. Sus instintos saqueaban su cuerpo, que se afanaba por poseerlo, y clamaba por entregársele. Lo urgió, estirando los brazos hacia él.

—Ven a mí. Ahora.

Una afirmación ronca que pareció un estertor surgió de la garganta del conde de Braystone. Sus ojos febriles recorrieron cada partícula de la piel de Kim, sus manos la mimaron resiguiendo sus muslos, su vientre, su cintura, los globos perfectos de sus pechos, donde los pezones, duros y sensibles, se elevaban contra las palmas que los acogían.

—Eres como un sueño, mi amor —lo oyó musitar.

Cubrió su boca sin tregua y luego se incorporó para quitarse su propia ropa, ahora sí con urgencia. Se deshizo de los zapatos sacudiendo los pies y se giró un poco para desprenderse de camisa y pantalones, que arrojó fuera del lecho.

A ella se le encogió el estómago al descubrir el apósito que tenía en el costado, allí donde el filo del arma había buscado hacer daño, pero de inmediato, sus ojos recorrieron su cuerpo, deleitándose con aquella musculatura perfecta.

—¡Oh, Señor! —suspiró, casi rezando—. Eres tan espléndido como recordaba.

Christopher parpadeó. A su cerebro, aturdido por la necesidad física de su henchido miembro que exigía liberación, la frase llegó y se fue. ¿Qué había dicho ella? Ahora no podía pensar en nada, salvo en fundirse en su interior, rendirle el alma, colmarse de Kim, hacerla suya. Aun así, se tomó un poco más de tiempo, bebiendo de nuevo su aliento, devastando su boca, recorriendo cada centímetro de su piel hasta llegar al centro de su deseo, tan caliente, húmedo y dispuesto, que lo hizo vibrar.

Fue tierno, pausado, casi perezoso. Hasta que Kimberly lo instó de nuevo, rodeándolo con sus brazos, evitando su costado lacerado, pero apretándole las nalgas para acercarlo más. Christopher ya no fue capaz de resistirse. Presionó con una rodilla entre las de ella y Kimberly se abrió para él elevando las caderas, buscándolo, reclamándolo apasionada.

—Ahora, Christopher. Ahora.

No había nada que él deseara más que enterrarse en su cuerpo, empujar con brío marcándola a pasión y fuego, liberarse al fin. Iba a morir si no la poseía en ese instante. Sin embargo, aún supo reprimir el fuego que lo quemaba, supo quedarse a las puertas, rozándola en un vaivén que provocó que ella gimiera desesperadamente acuciada. Apoyado en los brazos, que le temblaban por el control impuesto, tomó su boca de nuevo, uniéndosele ella en un juego de lenguas que salían al encuentro, que se retraían, que volvían a enroscarse, una batalla posesiva a cuyo desenlace sólo pondría fin un éxtasis compartido.

Acabando con la presión de su tormento, Christopher entró en ella. Kim enroscó sus piernas en su espalda, presionándolo con los talones, apremiándolo con murmullos inconexos. Él se hundió hasta el fondo, notando el leve desgarró del himen. Se quedó quieto, intentando recuperar el control, dándole a ella cuartel para que el escozor remitiera. Pero Kimberly no quería esperar, no podía esperar. Fue ella quien se removió contra él, porfiando, reclamándolo, poseyéndolo. Chris se dejó arrastrar al tobogán del delirio, apresurándose, empujando con rápidas embestidas que tensaron a su esposa, aprisionándolo en su interior, absorbiéndolo. Un grito celestial de su cuerpo la elevó hacia las cumbres del orgasmo, al que él se unió cediéndole su simiente y alcanzando la gloria junto a ella.

Con los miembros laxos, Kimberly yacía acurrucada sobre el pecho de su esposo, escuchando el retumbar de su corazón. Fuera llovía, pero ella se encontraba a salvo de

cualquier tormenta, guarecida en el refugio que formaban los brazos masculinos.

—Kim...

—¿Huuuum? —Ella tanteaba su costado con cautela, como queriendo disipar cualquier dolor.

—¿Cuándo me viste desnudo?

Abrió los ojos de golpe, el sonrojo le subió a las mejillas y se escondió bajo las sábanas. Christopher la siguió, abrasando su boca otra vez, coqueteando con su piel... Y preguntó de nuevo:

—¿Cuándo? —Le divertía su repentino pudor después de habersele entregado sin recato alguno.

—Una vez, mientras Mortimer te ayudaba a vestirte —admitió al fin.

—Así que te parecí espléndido, ¿eh?

Kim hizo una mueca. El muy bandido no disimulaba su regocijo.

—No pienso repetírtelo —le dijo, rebulléndose en el lecho—. Ya eres demasiado fanfarrón como para darte más motivos.

¿Demasiado fanfarrón? Ella no tenía idea de lo engreído que iba a llegar a ser mostrándola al mundo como su esposa. Una esposa con tal capacidad de atracción que su miembro cobraba vida al menor contacto con su cuerpo bajo las sábanas. No obstante, postergó sus apetencias por una causa mayor, un capítulo que no se había cerrado para ella.

—Tengo algo importante que contarte, Kim. Adam no se suicidó, como bien sospechas.

Ganó su completa atención, consiguiendo que dejara de agitarse. Se incorporó, ahuecó los almohadones tras su espalda y se quedó sentada. Chris hizo otro tanto, cubriéndolos a ambos. Durante un momento, permanecieron en completo silencio.

—Te escucho —dijo ella.

—Lo asesinaron. Lo siento, cariño. —Le pasó un brazo por los hombros para estrecharla—. Yo apreciaba a Adam. Fuimos compañeros de juegos y travesuras —le contó—. Los avatares de la existencia nos fueron distanciando, pero quedaron los posos de la camaradería que compartimos.

—¿Cómo es que tienes la certeza de que lo mataron?

—Me faltan pruebas. Se me hacía imposible creer que se hubiera suicidado e indagué por mi cuenta hasta encontrar a un testigo. Por desgracia, lo eliminaron. Pero creo haber dado con el causante de ese doble crimen. Me falta esto —unió el índice y el pulgar— para cazarlo.

—Es curioso —suspiró ella, secándose las lágrimas—. Parece que hay mucha gente interesada en esclarecer la muerte de mi hermano.

—¿A quién te refieres?

—El marqués de Lessenrose me dijo más o menos lo mismo que tú, durante el baile. Me pidió que no lo mencionara, que le guardara el secreto, y dijo que me mantendría informada de sus pesquisas.

—¡El maldito Ganford!

Escupió el nombre como si acabara de ingerir veneno, algo que a Kimberly no le pasó desapercibido.

—¿Qué pasa entre él y tú, Chris? Cada vez que saco su nombre a colación te pones furioso.

—Viene de largo. Escúchame. —Se volvió para encararla—. No quiero que vuelvas a acercarte a ese hombre. ¿Me entiendes?

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —Le palmeó las manos suavemente—. ¿Qué temes?

—Tú sólo mantente alejada de él.

—No me gusta recibir órdenes.

—Pues ésta la acatarás. ¡Por los clavos de la Cruz que lo harás, Kimberly! —exclamó incorporándose.

A ella le disgustó su tono imperativo y crispado. Así que saltó de la cama antes de que él pudiera impedirlo, llevándose parte de la ropa consigo. Ya de pie, se le enfrentó.

—¿Es que he jurado ante el altar que sería tu esclava? Porque no lo recuerdo, milord. Puedes ir olvidando que acepte exigencias tuyas sin explicación.

Chris se masajeó la nuca, comiéndosela con los ojos. Era preciosa: una amazona en pie de guerra, una diosa del Olimpo, una ninfa envuelta en metros de sábana. La mujer más hermosa... y más terca de la Tierra.

—Vuelve a la cama.

—Ni por asomo.

—¡Está bien, demonios! —cedió—. Lucas es mi principal sospechoso. Y creo que es peligroso.

—Eso mismo me dijo él de ti.

—¡¿Qué?!

—Me advirtió que anduviera con cuidado. Está interesado en comprar la colina para impedir que te hagas dueño de todo el terreno productivo e impongas condiciones inaceptables a los arrendatarios. A mí me parece una razón coherente. ¿Qué justificación tienes tú para querer también esas tierras de Teriwood Manor? Porque las quieres, ¿verdad?

—No creo que haya uno solo de mis arrendatarios que tenga queja de mí. Y no voy a negarlo, quiero esas tierras.

—¿Por eso discutiste con Adam poco antes de su muerte? ¿Porque no quiso vender?

—Por eso, sí. Se empecinaba en mantener unas hectáreas yermas.

—Si son baldías, ¿qué interés tienes en hacerte con ellas?

—Mis hermanos y yo queremos poner en marcha una escuela naval sobre las ruinas de St. Eugene. Es un lugar estratégico, que domina la cala de abajo.

—¿Dónde?

—En la antigua abadía. Nunca llegué a entender qué motivos tenía Adam para negarse en redondo a cederme ese terreno.

—Se negó porque sospechaba. De ti o de Lucas, aún no lo sé. Mi hermano sabía que alguien estaba haciendo contrabando y vendiendo información, traicionando a Inglaterra. Buscaba pruebas. No me cabe duda de que fue eso lo que le llevó esa noche a la cala... y lo que provocó su asesinato —explicó, yendo de un lado a otro del cuarto, arrastrando la sábana a modo de toga—. Una G. Sólo una maldita G —continuó su monólogo sin que Christopher perdiera nada del mismo—. Es lo único que dejó escrito en su diario. Eso y un puñetero jeroglífico que ni Julius ni yo hemos sido capaces de descifrar.

—¿De qué diantre me estás hablando, Kim?

—¿Qué pasó entre Ganford y tú para que le tengas tanta inquina? Ésa es la cuestión.

—Nos batimos. Me hirió.

—De modo que es simplemente el rencor por una humillación...

—¡Ni mucho menos! Vamos, vuelve a la cama. —Palmeó el colchón. Ella, empecinada, volvió a negar—. Había una chica... Ella aseguraba que Lucas era el padre del hijo que esperaba. Apareció muerta.

—¿Y piensas que él...? —A Kim se le abrieron los ojos como platos.

Christopher no dijo nada más. Pero aprovechó de maravilla su momentánea perplejidad para saltar de la cama y agarrarla. Kimberly protestó, se resistió, pero acabó en el lecho, bajo su cuerpo.

—No es la noche idónea para desentrañar misterios, señora mía —dijo Chris—. Mañana lo aclararemos todo y me hablarás de ese diario y del jeroglífico. Por si no lo recuerdas, es nuestra noche de bodas, cariño, y no pienso pasármela discutiendo contigo. Ahora, dime, ¿dormimos... o volvemos a hacer el amor?

Kim no pudo remediar esbozar una disimulada sonrisa contra su hombro.

—¡Qué pregunta tan tonta! —Luego melosa lo encaró, pellizcándole resuelta las nalgas, percibiendo ya la rigidez del miembro masculino contra su vientre—. Muy, muy, pero que muy tonta, milord.



Durante cuatro largos días, Kimberly disfrutó de Londres como nunca pensó que pudiese hacerlo. Lo que antes veía, con una cierta dosis de rechazo, como producto de una sociedad con principios antagónicos a los suyos, se le mostraba ahora bajo un prisma muy distinto.

Christopher se comportó como un perfecto caballero, tratando de que captara el espíritu inglés de los lugares que visitaban: la Torre, la catedral de San Pablo, donde rezaron juntos, el Támesis por el que navegaron en barcaza, Hyde Park, paseando y, a ratos, comiendo bollos sentados en el césped o dando de comer a palomas y ardillas. Disfrutaron de museos, compraron ropa y sombreros en las más selectas tiendas de Bond Street, rieron mientras tomaban café y pastas, leyendo la noticia de su matrimonio en el periódico, recorrieron finalmente los jardines de Vauxhall, donde pudieron escuchar a una nutrida orquesta interpretando la música de los *Fuegos artificiales* de Haendel.

Kimberly recordaría siempre la noche en que acudieron a Drury Lane. Había oído hablar del teatro que tiempo atrás fue pasto de las llamas, en el que, después de su reconstrucción, el actor Edmund Kean interpretaba a un Hamlet y un Otelo con un dominio de la tragedia tan verosímil que le encumbró a la cima de la fama. Pero no estaba preparada para un local de dimensiones tan enormes, con unos efectos escénicos que transportaron su espíritu y la emocionaron.

Ahora sí flotaba sobre una nube rosa; desechadas las sombras que la angustiaban, florecía a cada segundo. La ausencia de Adam continuaba siendo una espina clavada en su alma, pero se le hacía más llevadera. Por la noche, cuando la vencía el sueño, agotada y plena por el amor de Chris, las pesadillas no alteraban su descanso.

Pero a Christopher seguían esperándole sus responsabilidades, y la corta estancia hubo de finalizar necesariamente con el regreso a la casa familiar para retomar asuntos que requerían su atención, aunque Kim obtuvo de él la solemne promesa de que harían un verdadero viaje de novios a Beau Terre tan pronto como les fuera posible.

Las damas Gresham y lady Alice les recibieron con las típicas muestras de acogida a los enamorados. Cameron, que había malcriado a *Sultán* durante su ausencia, aseguró que había sido un niño muy obediente —ante cuya afirmación, más de un criado puso los ojos en blanco—, y hasta Mortimer, dejando de lado su habitual altiva actitud británica, se mostró afectuoso.

El único contrapunto negro a su regreso fue Julius.

—Me marcho, Kimberly.

—¿Cuándo? ¿Y por qué? —le preguntó con frialdad, enfadada aún con él por no haberla apoyado cuando creyó que lo necesitaba.

Julius sentía su desapego como el filo de una navaja cercenando su carne. Sabía que ella estaba resentida porque le había negado su apoyo, haciéndose a un lado, sin defenderla, ante una boda obligada. No habían tenido oportunidad de hablar para que pudiera explicarle lo sucedido, para tranquilizarla sobre lo que sabía del hombre con el que acababa de casarse; Kim se había negado en redondo a recibirlo en su cuarto, dolida por lo que interpretaba como una traición por su parte. Pero sabía que había tomado la decisión correcta no oponiéndose al casamiento. No, no se había equivocado. La conversación con Mortimer le había aclarado muchas cosas. Tras aquel coloquio, se convenció de que Gresham no tenía nada que ver con los turbios asuntos que Kim y él deseaban esclarecer. Muy al contrario, el ayuda de cámara le había hablado de las pesquisas del conde respecto a la muerte de Adam, aunque no soltó prenda sobre el motivo por el que su joven señor investigaba otros asuntos, porque, según él, no eran de su incumbencia. Hasta llegó a admitir que el conde estaba enamorado de Kimberly, aunque no lo quisiera reconocer.

—Dentro de unos días, regreso a Estados Unidos. Llevamos demasiado tiempo aquí y hay cosas en Beau Terre de las que ocuparse... siempre que siga contando con tu confianza para dirigir la hacienda. De no ser así, sólo tienes que decirlo y no volveré a pisarla. Últimamente me ronda la idea de visitar Carolina del Sur.

—Es tu decisión —respondió ella, perdiendo un poco de fuelle ante la posibilidad de perderlo como capataz y, lo que era más doloroso, como amigo—. Pero si te sirve de algo, me gustaría que hablásemos antes de tu marcha. Y que te hicieras cargo de la hacienda, Beau Terre es casi tan tuya como mía.

—Si es lo que quieres...

—¿No puedes retrasar tu partida? Había pensado que tal vez... —dudó, evitando su mirada—, podrías ayudarme con Cameron hasta que le encuentre un buen tutor.

—Pídeselo a Mortimer. —Se rió de su propio chiste al imaginar al ayuda de cámara del conde persiguiendo al crío por toda la casa. Mortimer y él habían llegado a una especie de *entente cordiale* tras su entrevista, pero no se resistía a gastarle una última jugarreta al estirado inglés—. Yo estoy viejo para bregar con semejante terremoto. —Negó con la cabeza con pesar—. Lo cierto es que voy a echarle de menos. Lo último que ha hecho ha sido meterse en tu cuarto y ponerse hasta las orejas de polvos y colorete, no sólo él, sino también *Sultán*.

—¡Jesús!

—Bart —intervino el conde que había asistido a la conversación como mero oyente—, ¿puedo pedirle un último favor antes de su marcha?

—Usted dirá, milord.

—Sé de su experiencia en el mundo de los caballos. He recibido una nota de un vecino, el comodoro Norton, citándome mañana noche. Mi hermano James quiere adquirir algunos de sus ejemplares. Si no es mucho pedir, me gustaría que me acompañara para darme su opinión.

—El *Shadows*, de su compañía, no zarpa hasta dentro de tres días.

—¿Mañana, entonces?

—Sea, milord.

Al marcharse Bart, Kimberly se colgó del cuello de su esposo, aupándose para besarlo en la boca, y encontrando tan inmediata y ardiente respuesta que se olvidó de

cualquier pudor.

—Está perdiendo usted todo vestigio de vergüenza, señora condesa —bromeó él—. Pero me encanta tener a una mujer tan apasionada entre mis brazos. A *mi* mujer.

—Voy a sentir la partida de Julius —le confesó ella, retomando la cuestión Bart—. Es mi única familia y lo quiero.

—¿Por qué estás enfurruñada con él?

—Tomó partido por tus abuelas cuando me tendieron la encerrona de la boda.

—¡Ahora entiendo! —Se echó a reír—. Ha demostrado ser un tipo inteligente, adivinó qué era lo mejor para ti.

—No estoy yo tan segura. —Sonrió, palmeándole las manos, que ya se perdían en su escote.

—Le veremos pronto, no te aflijas. En cuanto ponga fin al asunto que me ocupa, partiremos hacia Beau Terre —aseguró, quemándole en el bolsillo una nota que acababa de recibir y en la que Margret había escrito: «Tu hombre se hace llamar *Ghost*». Seguía a ciegas, pero tenía un cabo del que tirar. No era la primera vez que oía ese nombre, pero ni siquiera los agentes de Bow Street habían podido averiguar la identidad del sujeto que así se hacía llamar y que manejaba buena parte de los engranajes que movían los bajos fondos de Londres.

—Lo has prometido —suspiró Kim evocando las fértiles cosechas, el olor de la tierra mojada—. Te enamorarás de la hacienda, Chris, ya lo verás. Iremos en cuanto *acabemos* con el asunto que *nos* ocupa.

Gresham asintió, no le quedaba otra, Kim era testaruda como pocas. Pero ella volvió a besarlo y a él se le olvidó todo, la carta de Margret incluida.

No a mucha distancia de allí, un par de figuras ocultas por las sombras atravesaron la playa dejando tras de sí varias linternas y perdiéndose en la caverna cuya entrada disimulaban apretados arbustos. Ascendieron después por un lóbrego túnel, prácticamente imposible de localizar para quien no supiera de su emplazamiento. Excavada en la roca, la galería se perdía por el interior del acantilado hasta llegar a la colina.

La loseta en la que siglos atrás se grabó la imagen de St. Eugene, tras el altar de lo que fue una capilla, emitió un chirrido agónico, cerrándose a sus espaldas y dejando clausurado el pasadizo que unía la abadía con la cala.

—¿Seguro que no quiere un par de hombres más para mañana por la noche, señor?

Ghost negó con la cabeza, echando un vistazo al lugar. Siempre lo había intrigado el motivo por el que un hombre podía renunciar a todos los placeres de la vida para recluirse en un cenobio. Ahora agradecía el estúpido retiro de los antiguos frailes, a la vez que alababa su destreza en la construcción del pasadizo que le estaba proporcionando una base de operaciones impagable para llevar a cabo sus oscuros negocios. No estaba dispuesto a perder aquel enclave fundamental para la entrada de sus mercancías de contrabando. En los últimos tiempos, su actividad clandestina peligraba por culpa del maldito Gresham, pero pronto acabaría con eso, se haría con la colina y podría proseguir acumulando ganancias. La fortuna le había sonreído, poniendo a su disposición el nombre del sujeto con el que el tuerto se había ido de la lengua. Un desgraciado lo había seguido al salir de la taberna con ánimo de asaltarle, pero se arrepintió en cuanto vio que se subía a un carruaje cuya puerta

ostentaba el escudo señorial de Braystone. Robarle a un tipo que se movía en su entorno no dejaba de ser algo común, pero asaltar a un noble era harina de otro costal, por eso el fulano en cuestión había puesto pies en polvorosa. Y como al final siempre se suele hablar más de la cuenta, esa información llegó a sus oídos a través de su hombre de confianza.

Un día más, sólo un día más, y acabarían todos sus problemas. Si para ello había que dejar tres cadáveres más en el camino, mala suerte. A fin de cuentas la gente vive y muere, ¿no es así?

—Cinco braceros serán suficientes. Los quiero aquí al anochecer. Que oculten los carros en el bosque y aguarden la señal.

—Así se hará, señor.

—En cuanto a ti —dijo poniéndose los guantes—, espérame en el cruce de caminos a las diez en punto, me ayudarás en un trabajo especial. Trae cuerda.

—¿Cuerda, señor?

—Eso he dicho. No mucha, sólo la suficiente para atar a una corza. ¿Hiciste llegar los sobres que te entregué?

—Como usted me ordenó, señor.

—Estupendo. Ahora, vámonos, tengo cosas que hacer.

A las nueve de la noche del día siguiente, Christopher y Julius galopaban camino de Airy House, unos pocos kilómetros al norte de Braystone Castle, pero el vendaval que se había desencadenado desde últimas horas de la tarde frenaba su trote e imposibilitaba que cubrieran la distancia en el tiempo previsto.

La hacienda de Maximilian Norton era una extensión de campos yermos que nadie trabajaba hacía mucho, coronada por un caserón inhóspito que clamaba sin remedio por reparaciones urgentes. No era extraño que el viejo comodoro se viera forzado a vender, pues en cada rincón se apreciaban los efectos de un abandono que necesitaba fondos para combatirse.

Norton los recibió con patentes muestras de desconcierto, lo que hizo que en Christopher se encendiera una chispa de aprensión sin saber el motivo. Como casi siempre, el comodoro, había estado bebiendo, aunque Gresham ignoraba si estaba tan borracho como para no recordar que le había escrito citándole esa noche. Tampoco entendía cómo era posible que semejante elemento siguiera ostentando galones de la Marina inglesa.

Pero para Norton, apremiado por las deudas, la inesperada visita constituía un alivio, una posible fuente de dinero. Se aprestó por lo tanto a guiarlos hasta los caballos, apiñados en un recinto que hacía las veces de establo, pero que difícilmente se mantendría en pie mucho más tiempo si no se acometían las mejoras que necesitaba.

A Julius le desagradó aquella desidia en el cuidado de los animales, más flacos de lo conveniente y necesitados de limpieza y ventilación, pero tampoco se le ocultó que, en su mayoría, eran ejemplares magníficos y así se lo hizo ver a Gresham con una seña previamente convenida.

—Bien, Norton, ¿cuánto pide?

—Pasemos a la casa, caballeros, allí ultimaremos los detalles tomando una copa. Hace una noche de perros.

Gresham deseaba acabar con aquel asunto cuanto antes. Norton le desagradaba

profundamente, cualquier terrateniente que descuidase sus obligaciones se le indigestaba. Sin contar con que anhelaba regresar a su casa, a los brazos de Kim. Se le vino a la memoria la tarde anterior, en su despacho, donde habían disfrutado de un maravilloso interludio amoroso, pero no se permitió divagar ni una pizca más por esa vía, no era el momento de pensar en ciertas cosas. Había ido allí como un favor a su hermano y ahora, si se daban las condiciones para cerrar un buen trato, lo que procedía era acabar la transacción y largarse sin más dilación.

Kimberly se retiró a su cuarto en cuanto terminaron de cenar. Al entrar, se encontró con que Cameron y *Sultán* habían tomado la estancia por asalto, ambos acomodados sobre la cama.

—¿Qué hacéis los dos aquí? ¡Baja de ahí, *Sultán*! —El perro obedeció para ir a su encuentro, buscando un mimo.

—Me asusta el rugido del viento, tía —respondió el niño, mordisqueando un lápiz de carboncillo—. Además, quería terminar de resolver el acertijo. No estarás enfadada conmigo, ¿verdad?

Kimberly frunció el cejo, alargó la mano para que le diera el papel y le echó una ojeada. Se le erizó el vello de la nuca, y se culpó de inmediato por dejarlo tan al alcance de Cameron, que había estado jugando con sus artículos de tocador y fisgando entre sus cosas. Abrió la boca para recriminárselo, pero no llegó a decir nada. Debajo de cada número, el niño había escrito unas letras de trazo irregular.

—¿Cómo has podido interpretarlo?

—Padre y yo solíamos jugar a descifrar acertijos. Es muy fácil, tía, si quieres te enseño —se ofreció ufano—. En éste, sólo he tenido que numerar las letras del abecedario, pero al revés. La Z equivale al 1.

—¡Por Dios bendito...! —Kim buscó un apoyo. Tantas horas dándole vueltas al condenado mensaje y Cameron lo había resuelto en un abrir y cerrar de ojos. No salía de su asombro.

St. Eugene Abbey

Cueva

Debajo, un apellido. La recorrió un escalofrío de inquietud. ¿Dónde había oído antes ese nombre?

St. Eugene. ¿No era así como Chris había llamado las antiguas ruinas de la abadía? Pero... ¿una cueva? Cuando estuvo allí, no vio más que los estragos del tiempo en los muros. «*No vendas la colina, Kimberly, les darías acceso a la cala*», recordó la carta de Adam. ¿Tal vez existía una cueva que comunicaba con la cala? Y aquel apellido... ¿Por qué lo había escrito su hermano? ¿Tenía algo que ver con el contrabando? ¿Se trataba, tal vez, de su asesino?

Cameron le tiró de la manga obligándola a volver al presente.

—Tía... ¿Me dejas dormir contigo esta noche? Me portaré bien, lo prometo.

Acarició la cabeza de su sobrino, dobló el papel y se lo guardó en la cinturilla del vestido con una sensación de desasosiego en la boca del estómago.

—Debes ir a tu cuarto, cielo, pero me quedaré contigo hasta que te duermas.

—¿Y me contarás un cuento, como hacía padre?

—Uno muy bonito, de princesas.

—¡Puaj! ¿No sabes ninguno de dragones y caballeros con espadas?

Sin dejar de martillearle en el cerebro la traducción que había logrado el pequeño, intentando recordar dónde había oído antes el nombre, porque estaba segura de haberlo hecho, lo llevó a su habitación y lo acostó, permitiéndole al terrier que se acomodase a los pies de la cama. Con voz monótona, con sus pensamientos muy lejos de aquel cuarto, en la colina, en lo alto de Cheryl Bay, fue inventando una historia de combates y peleas lo más coherente que pudo.

El lúgubre rugido del vendaval azotaba los ventanales, haciendo vibrar los cristales, pero Cameron, absorto ya en la historia de pajes y paladines, se fue tranquilizando y poco a poco se quedó dormido. Kim lo arropó con ternura, le dio un beso en la frente y abandonó el cuarto sin hacer ruido, tras hacerle una carantoña a *Sultán*.

Fuera, el viento arreciaba, sacudiendo con furia el ramaje de los árboles y batiendo contra los muros con saña, en un redoble incesante y siniestro. Atravesaba el pasillo cuando la sobresaltó la hoja de una ventana abierta, golpeando la pared. Una ráfaga de aire la traspasó como un mal augurio antes de poder cerrarla de nuevo.

En su cama, Cameron entreabrió los ojos, alterado en su sueño por el batir de la ventana, pero volvió a dormirse.

Kimberly empujó la puerta de su habitación, deteniéndose unos segundos en el umbral. Tenía que enseñarle la nota traducida por Cameron a su esposo. Y a Julius. Presentía que acababan de dar con la clave de la muerte de su hermano, aunque no la comprendía. Tal vez Chris, más conocedor del terreno, supiese de la existencia de alguna cueva cerca de las ruinas. Y, lo que era más importante, era posible que conociera la identidad del hombre al que se refería el jeroglífico. Se apretó las sienes, que habían empezado a martillearle. Intentaría aclarar el misterio en cuanto su esposo y Julius regresaran.

Entró en la habitación con una extraña sensación de inseguridad.

Algo contundente la golpeó en la base del cráneo provocándole un estallido de dolor. Aturrida por el golpe, Kimberly se volvió para descubrir la alta figura de un hombre del que no pudo distinguir las facciones. Abrió la boca para gritar, pero fue silenciada por una mano grande, mientras un brazo le rodeaba la cintura, cortándole el aliento. Estaba cayendo en el pozo del desmayo, pero aun así se retorció, intentando liberarse, perdiendo la nota de Adam durante el forcejeo. Su resistencia fue aplacada por otro golpe en la mandíbula. El agresor evitó que cayera al suelo echándosela sin contemplaciones al hombro para luego dirigirse con agilidad hacia la ventana. Antes de deslizarse el cuerpo inconsciente de Kimberly Gresham hacia el jardín, donde aguardaba su cómplice, echó una última ojeada hacia el lugar donde, bien visible, había dejado un sobre. Sabía que, tras leer la nota anónima, el conde de Braystone caería directamente en sus manos.



Atada de pies y manos como estaba, se apoyaba firmemente en el suelo, impulsándose a cada envite para conseguir acercarse a la pared de roca. Muchos intentos después, Kimberly había logrado recostarse en el muro, pero tenía el cuerpo empapado en sudor, notaba un dolor punzante en las piernas y los antebrazos se le habían despellejado por el penoso reptar sobre piedra y guijarros.

Inspiró hondo para calmar los impetuosos latidos de su corazón. Sus labios se movieron en una apagada queja, pero estaba lejos de caer en la conmiseración, era otro el sentimiento que la embargaba: miedo. Desde que se despertó con un terrible dolor de cabeza, en aquella cueva apenas iluminada por un par de candiles, lo sentía pegado a su piel. Sin embargo, no estaba en su ánimo dejarse arrastrar por la histeria y analizó la situación con toda la frialdad de que fue capaz.

No cabía duda de que se encontraba en un apuro. Golpeada, raptada de Braystone Castle, su propia casa, y trasladada allí. La guarida donde se hallaba rezumaba humedad, consecuencia muy probable del agua que se filtraba a través de la roca; podía oír el batir de olas sobre los riscos, atenuado pero claro. Le llegaban también voces distantes, en especial una que se hacía notar sobre todas, impartiendo órdenes que se intercalaban con obscenidades. El emplazamiento donde se encontraba no podía ser otro que el que mencionaba el acertijo: la cueva de la colina que daba a Cheryl Bay.

Ahora bien, ¿por qué? ¿Quién la había raptado? ¿Qué pretendía? ¿Querían dinero?

Unos pasos cada vez más próximos activaron sus reflejos, se dejó caer de lado y cerró los ojos, simulando no haberse despertado, ralentizando su respiración y rezando para que la creyeran aún inconsciente.

El hombre que mandaba el grupo la empujó con la punta de una bota.

—Diles a éstos que se apresuren. No tenemos toda la noche y quiero el campo despejado cuando lleguen las visitas.

Los ecos que levantaba aquella voz en la caverna, y el martilleo desacompañado de los latidos de su corazón en los oídos, impidió a Kimberly reconocer a quién pertenecía, aunque le sonaba familiar. Hizo un esfuerzo por permanecer relajada, pero el hombre no se dejó engañar. Una risa engañosamente divertida rebotó contra los muros de piedra.

—Vamos, querida, déjeme ver sus hermosos ojos de gata, sé que está consciente.

Tan cerca de su cara que su aliento le entibió la mejilla, haciendo que se le erizase el vello de la nuca, distinguió un cabello claro y unas facciones que reconoció al instante.

—¡¡Usted!!

Christopher y Bart no habían podido eludir la tromba de agua que se les vino encima poco antes de alcanzar Braystone. Dejaron los caballos al cuidado de un soñoliento Ian que no había querido irse a la cama hasta que ellos regresaran. Tras desearse unas presurosas buenas noches, ambos se encaminaron hacia la casa a paso vivo, guareciéndose del vendaval que ya amainaba. En esos momentos, Gresham lamentó que el nuevo cometido de Mortimer, tras su boda, tuviese que limitarse a atenderlo de día, en consideración a Kimberly; de otro modo, ahora lo estaría aguardando con un baño caliente y una copa de brandy. ¡Qué se le iba a hacer! No dejaba de ser un pequeño inconveniente que admitía de buen grado, a cambio del cual, sin embargo, obtendría un incentivo infinitamente mayor: el calor de su esposa en el lecho.

Encontró la puerta de su habitación entornada. La empujó sin hacer ruido, colándose en el cuarto y cerrando a sus espaldas y tanteó hasta encontrar un candelabro y cerillas para alumbrarse. Con el frío metido en los huesos, se acercó extrañado a la ventana que, abierta de par en par, permitía que un aire helado se metiera dentro sin piedad. La cerró, volviéndose después hacia el lecho...

Kimberly no estaba en él.

Suponiendo que no había podido dormir y que tal vez había bajado a la biblioteca, como solía hacer, comenzó a deshacerse de la ropa mojada. Al sentarse en el borde de la cama para quitarse las botas, descubrió el sobre que descansaba en la almohada. ¿Kimberly le había dejado una nota? ¡Qué extraño!

Abrió el sobre de prisa, sacudiéndolo un repentino estremecimiento de aprensión. El corto mensaje lo dejó aturdido unos instantes, sin capacidad de reacción. Luego, estrujó el papel entre sus dedos y buscó un punto de apoyo, pálido como un cadáver. En un arrebato de furia, su brazo barrió cuanto estaba sobre la cómoda, esparciendo por el cuarto candelabro y frascos de perfume. Se quedó un momento sin saber qué hacer, apabullado por un terror que se iba agrandando, que lo dejaba sin fuerzas.

Pero no era hombre de lamentaciones, sino de decisiones rápidas. El anónimo era muy claro y él tenía que actuar. Era impensable no seguir unas instrucciones que, de ser desdeñadas, podían suponer la muerte de Kimberly. Pero no pensaba ir como una res al matadero. Abrió uno de los cajones de la cómoda, sacó una arma que guardó en su chaqueta, se metió una daga en la bota derecha y luego, echándose la capa sobre los hombros, salió del cuarto como un demente. Aquella noche iba a morir alguien, se juró mentalmente. Iba a destripar con sus propias manos al cabrón que le había arrebatado a Kim.

Minutos después, la mansión estaba en pie de guerra, ni una alma seguía en su cama. El joven Ian había dado la voz de alarma. Se encontraba cepillando a *Príncipe* cuando el conde, con los ojos inyectados en sangre, había hecho su aparición en las caballerizas. Sin una explicación, saltó sobre el caballo y, agarrado a sus crines como un salvaje, salió de

estampida.

El chico no quería meterse en problemas, no era de su incumbencia adónde iba o dejaba de ir su señor, pero su mirada extraviada, la rabia patente en cada uno de sus movimientos, lo hizo sospechar que algo grave ocurría. Arriesgándose a una buena reprimenda, decidió acercarse a la habitación del ayuda de cámara del conde y ponerlo sobre aviso de la salida intempestiva de éste.

Poco le hizo falta a Mortimer para darse cuenta de que había ocurrido una desgracia. La habitación del conde estaba revuelta, con cosas tiradas por el suelo. Más inquietante aún, la pistola y la daga que su señor solía guardar en uno de los cajones de la cómoda habían desaparecido. Él se encargaba de mantener su ropa y sus armas y no cabía pensar que estuvieran en otro lado: se las había llevado con él. Pusó a Bart sobre aviso sin saber qué otra decisión tomar cuando tampoco encontró por ninguna parte a lady Gresham. Aparentemente, había desaparecido.

Formaron grupos para buscar a la muchacha por toda la propiedad. Algunos criados, siguiendo al americano, al que cedieron el liderazgo, batieron el jardín; Mortimer comandó al servicio femenino, revisando cada rincón de la casa, en las cocinas prepararon tisanas para lady Eleanor y lady Alice, presas de la histeria; lady Agatha, por su parte, no se quedó lamentándose, sino que se hizo con una de las pistolas que perteneció a su difunto esposo y la empuñó con decisión, haciéndose acompañar de un par de muchachas para inspeccionar el desván.

Maldiciendo a voz en cuello, Julius iba y venía, se unía a un grupo u otro, exigía respuestas, con Mortimer, que no dejaba de lamentar el extraño comportamiento de su señor, pegado a su espalda. A Bart, adónde hubiese ido el conde y por qué le importaba un pimiento. Pero Kimberly tenía que aparecer. Sin embargo, las respuestas no llegaban. No la encontraron por ninguna parte, y de los establos sólo faltaba el caballo de Gresham. ¡Por todos los santos, no podía haberse esfumado! Con el pánico anudándole las tripas, tras la infructuosa búsqueda los reunió a todos en el vestíbulo. La conclusión no podía ser peor.

—No es ninguna broma, milady —le dijo a la condesa viuda, una de los pocos que guardaban cierta compostura—. Kimberly ha desaparecido.

Gresham no podía digerir lo que decía la nota. ¡No quería admitirlo! Pero el mensaje, escalofriante, no dejaba de retumbar en su cerebro: «Si quiere volver a ver a su esposa, venga esta noche solo a las ruinas de la colina de Cheryl Bay. Solo. O ella morirá». Mientras recorría la distancia que lo separaba de su objetivo, no dejaba de preguntarse quién le tenía tanta inquina como para atentar contra lo que le era máspreciado, más incluso que su propia vida. Entregaría su alma al diablo por ella. Recordó la extrañeza del comodoro Norton al verle presentarse en su casa. Había sido una artimaña para alejarlos de Braystone Castle, ahora lo tenía claro, y él había caído en ella como un inepto, incluso haciendo que Bart lo acompañara, y dejando sola a Kimberly. Se le encogía el corazón al pensar qué le habrían hecho. Mataría al que le hubiera tocado siquiera un cabello.

Posiblemente, pensó, no estaba actuando con sensatez, porque acudir a una cita de ese calibre sin ayuda, sin el apoyo de nadie, aunque fuera a distancia, rayaba en la locura, era un acto temerario. Pero eso no le importaba, sólo quería llegar a su destino para saber de su esposa.

—Prepara algunos caballos, muchacho, nos van a hacer falta —le pidió Julius al asustado Ian.

El chico salió a la carrera y él agradeció que lady Agatha hubiera conseguido poner un poco de orden entre los atribulados y nerviosos sirvientes. Aquella mujer era de las que a él le gustaban, una hembra con agallas a la que los reveses como el que sufrían ahora daba más ímpetu en vez de aplastarla. Ella se le acercó presurosa y Julius pudo captar que, además, llevaba una pistola de cañón largo metida en el bolsillo de la bata.

—¿Qué vamos a hacer, señor Bart? Con mi nieto ausente, debería usted ponerse al mando de la búsqueda. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—No se preocupe, señora, los caballos estarán listos dentro de un momento, ya los he mandado ensillar. Conviene que se mantengan alerta por si Kimberly aparece. Ruego que todo sea un malentendido y entre por esa puerta con una explicación convincente. Pero saldremos a buscarla, por supuesto. Sin embargo, antes, debo hacerme con un par de juguetes como éste. —Palmeó su propia pistola.

—Apresúrese, por Dios.

Julius subió la escalera de dos en dos, pero antes de enfilear la galería que conducía a su habitación, una voz lo detuvo:

—¡Espere, señor Bart!

Mortimer se le acercó a paso vivo, con un papel en la mano que le tendió sin más, y que él identificó de inmediato.

—¿Dónde ha encontrado esto?

—En la habitación de milord. No sé si significa algo, si tiene que ver con la desaparición de mi señora, pero...

—¿Qué es St. Eugene?

—La antigua abadía de la que sólo quedan unas ruinas. Las que están en la colina de Teriwood Manor, justo encima de la cala de Cheryl Bay.

—¿Hay allí alguna cueva?

—Creo recordar que había una gruta en la playa. Una caverna olvidada. Posiblemente ahora sea difícil encontrarla, estará cubierta por la maleza. Es lo que me ha intrigado al leer ese papel. Eso, y el nombre que figura más abajo, por eso he creído que debía decírselo.

Julius enfileó hacia su cuarto, seguido de cerca por el ayuda de cámara. Abrió el armario, sacó un maletín y lo tiró sobre la cama.

—¿Sabe cargar una pistola, señor Mortimer?

Por toda respuesta, el inglés salió de allí dejándolo con la palabra en la boca. Bart maldijo a los ingleses y continuó con lo suyo. Estaba revisando un par de puñales cuando el hombre volvió a aparecer, abrochándose a toda prisa una chaqueta. Se acercó al maletín, lo abrió, cargó las dos pistolas que había en su interior con sorprendente habilidad y se ajustó una a la cintura, lanzándole la otra a un sorprendido Bart, que la cazó al vuelo.

—¿Se puede saber qué diablos está haciendo?

—Por una vez, y sólo por una vez, que quede claro —contestó Ladislaus, muy estirado—, voy a utilizar su zafio vocabulario, señor Bart: yo también tengo redaños, y me debo a mis señores, de modo que estaremos en esto juntos.

—¡Así que el viejo cascarrabias tiene lo que hay que tener! —exclamó Julius,

gratamente impresionado—. Reúna a algunos hombres, Ian debe de tener ya caballos dispuestos, y salgamos de inmediato.

—Le espero en las caballerizas —asintió el otro.

—¿Sabe qué Mortimer? —El inglés se medio volvió—. Me cae usted bien, ¡qué demonios!

—Permita que me reserve mi opinión sobre usted hasta que haya terminado todo este desdichado asunto, señor.

A pesar de la tensa situación en que los colocaba el destino, Julius se permitió un amago de sonrisa, porque, en ocasiones como aquella, las palabras sobran.



Chris saltó de *Príncipe* cuando éste aún no se había detenido y se internó entre las ruinas. El corazón le golpeaba en el pecho como un potro desbocado, le sudaban las manos y le palpitaban las sienes. Estaba loco de temor por Kimberly, cuya situación se le antojaba insoportable.

Oyó un chasquido a su espalda. Sin tiempo para volverse, notó el contacto de un objeto duro y frío en la nuca, acompañado de una voz que decía:

—Parpadee y es hombre muerto, Gresham.

A él la orden le importó un ardite, y se volvió echando fuego por los ojos para enfrentarse a un enemigo que no sólo no disparó, sino que retrocedió un paso.

—¡Hijo de puta! —bramó fuera de sí.

—Los insultos sirven de poco ahora, lord Braystone —lo censuró el marqués de Lessenrose, agarrando bien la pistola—. Déjeme felicitarle por su matrimonio, aunque, desgraciadamente, su esposa vaya a enviudar muy pronto, cuando a usted lo cuelguen de una soga.

—¿Dónde está mi esposa, Ganford? ¡Le juro por Dios que si a ella le pasa algo...! ¡Si se ha atrevido a...!

—¿De qué demonios está hablando? ¿Kimberly? —Lucas pareció olvidar que lo estaba encañonando con una arma.

—¿Me amenaza con matarla y aún pregunta, hijo de perra?

—¡No dé un paso más! —Ganford se plantó amenazador para cortar el avance de su furioso contrincante.

—Voy a hacerme un zurrón con su piel, maldito traidor.

—¡Deténgase y explíquese de una vez! ¿Qué pasa con ella? ¿Kimberly está en peligro? Yo he venido aquí a arrestarlo y entregarlo a la justicia; no sé de qué demonios de amenaza me está hablando.

Gresham lo miraba con gesto torvo, presto a saltar sobre él. Pero la conversación no iba por donde el conde quería. O estaba perdiendo facultades o Lucas parecía realmente confundido.

—¿Arrestarme? ¿Ha dicho arrestarme?

—El anónimo que he recibido no se equivocaba al afirmar que esta noche tendría ante mí al asesino de Brenton. ¿Cuánto tiempo pensaba que iba a poder ocultarlo? Lo siento por su esposa, que no se merece nada de esto, pero voy a encargarme de que usted pague por lo

que ha hecho.

—¿Pagar por un crimen que usted cometió y por una traición fruto de su avaricia, Ganford?

El aire se filtraba entre las ruinas silbando embravecido y su ulular cubrió el sonido de las pisadas de dos sujetos que, de súbito, entraron en escena.

—¡Vaya, vaya, vaya...! —Interrumpidos en su discusión, Chris y Lucas giraron en redondo.

—Así que ambos se culpan de la muerte del vizconde de Teriwood —prosiguió la voz, soberbia y despectiva—. ¡Ja, ja, ja! De haberlo sabido, hubiera dejado que se mataran entre sí, ahorrándome el trabajo.

—¡Lekker!

—¡Félix! ¿Qué demonios significa todo esto? —Lucas hizo ademán de avanzar hacia el recién llegado, con la estupefacción pintada en el rostro.

—Un paso más y morirás aquí mismo. Por favor, hermano, evítame tener que arrastrar tu cadáver hasta la cala. Tira esa pistola. Y usted, Gresham, la suya.

—¿Hermano? —Christopher no salía de su asombro. Dejó caer su arma, asumiendo poco a poco la nueva situación que se iba abriendo paso en aquella pesadilla. Kimberly había sido raptada, el pánico a que estuviera malherida lo atenazaba y, por otro lado, trataba de colocar entre las piezas del rompecabezas a Lekker.

—Hermanastro —puntualizó Lucas, a la vez que soltaba también su pistola—. Hace años que no quieres saber nada de mí ni de nuestro parentesco.

—Nunca es tarde para volver a los brazos de la familia —respondió Félix Lekker, sarcástico—. Me lo habéis puesto tan fácil... Dos incautos enamorados de la misma mujer, dos hombres que se odian. Uno de ellos sorprende al otro con su esposa en... digamos una situación comprometida. ¿Qué puede hacer para limpiar su honor sino matarlos a ambos? Luego, devorado por la culpa, se pega un tiro en la sien. ¡Ni un drama representado en Drury Lane podría acabar mejor!

—¿Dónde está mi esposa, Lekker?

—A buen recaudo.

—¿Qué le has hecho? —Lucas hizo intento de acercársele, pero el otro elevó la pistola—. Si le has hecho algún daño...

—Os estaba esperando para eso, no me atrevería a negarles una última gracia a los condenados. Soy un caballero. Sobre todo ahora, que me propongo heredar el título de nuestro jodido padre y su fortuna.

—¿Heredar? Te negaste a aceptar nada de nuestro padre. Ni siquiera su apellido cuando decidiste utilizar el de soltera de tu madre.

—Lo odiaba —confesó con saña—. Nunca sabrás cuánto odiaba al maldito viejo. Él fue el causante de la muerte de mi madre.

—Tu madre enloqueció por su afición a la bebida, nadie fue culpable de que eso acabara con ella impulsándola a envenenarse.

—¡Enloqueció víctima de sus constantes humillaciones! Para con ella y para conmigo. Tú no llegaste a conocer su ruindad, nunca te enteraste de las palizas, del desprecio, de la degradación a que nos sometía. No estabas en casa, sino en ese puto colegio que te pagaban, privándome a mí de todo para que tú estudiaras y aprendieras a ser un caballero.

Lekker había bajado un poco la guardia, embargado por el énfasis de recuerdos tan amargos y que, a la vez, ponían al descubierto hechos que Lucas desconocía. Pero el tipo

que lo acompañaba permanecía alerta a ellos dos como un perro guardián bien entrenado.

—¿Sabes, Lucas?, un buen día me dije que merecía algo más que ser el hijo menor de Benjamín Ganford, insigne marqués de Lessenrose. Por eso volví a Londres. Por eso puse en marcha el casino. Por eso empecé a codearme con banqueros, abogados, nobles que incluso me invitaban a sus fiestas, como usted, Gresham. Hice amistad con honorables caballeros como vosotros que acudían a mí para que les prestara dinero. Y esos contactos me han proporcionado rutas de contrabando y secretos que no he dudado en vender al mejor postor hasta amasar una pequeña fortuna. Bien es cierto que a costa de mezclarme con la escoria, sirviéndome de una personalidad dura y sin compasión, una identidad ficticia.

—*Ghost*.

—En efecto, Gresham. He vivido planeando mi venganza mucho, mucho tiempo, y estoy a punto de conseguir que los bienes de mi arrogante padre pasen a mi poder, y hacer que sus huesos se remuevan en su tumba.

—Estás tan loco como tu madre...

Las facciones de Félix Lekker se desencajaron. Su madre había sido sólo una víctima y cualquier mención a su locura lo sacaba de quicio. Acortó distancias y metió el cañón de la pistola bajo el mentón de Lucas, tensando un músculo de la mandíbula mientras apretaba los dientes.

—Es posible —siseó—. Sí, es posible. Y un demente es capaz de cualquier desatino, ¿no crees? —Se alisó una ceja con dedo tembloroso.

Christopher, observándolos, se preguntaba cómo nadie había reparado antes en el parecido físico de ambos. De la misma estatura, color de cabello, complexión y, a decir verdad, hasta compartían ciertos rasgos y tics, si bien diferían notoriamente en su actitud. Se desmoronaba así toda sospecha sobre Lucas, a quien había llegado a tachar de criminal. Lo lamentaba de veras.

—¿Fuiste tú quien mató a Molly Freeman? —le preguntó a Félix para despejar sus dudas.

—Una puta barata —escupió el otro volviendo la vista hacia él—. Podía haber tenido una vida larga, pero creyó que podía chantajearme, así que me desembaracé de ella. Una lástima, porque me sirvió muy bien haciéndoles creer a los aldeanos que el fantasma de Cheryl la escocesa rondaba por la cala.

—Un truco barato para amedrentar a los incautos —dijo Chris, que necesitaba distraerlo, hacer que perdiera los papeles. Cruzó una rápida mirada con Lucas, intuyendo que también él se mantenía a la expectativa para actuar. Pero tenían delante a alguien de mente exaltada y reacciones imprevisibles y, además, jugaba también el factor de Kim, cuyo paradero ignoraban—. Un método estupendo para alejar a curiosos del territorio de tus sucios negocios. Me engañaste. Siempre sospeché de Lucas como autor de ese asesinato.

—Molly podía haberse dedicado a las candilejas si hubiera sido un poco más lista. Sí, ella hizo correr la voz de que el crío era de Lucas, como yo le ordené. Con eso enlodaba el buen nombre de mi hermanastro allanándome el camino. ¡Bueno, basta de charla!, no tengo toda la noche, mis hombres deben de estar ya terminando el trabajo.

—¿Y tú? —se le encaró Chris—. ¿Has hecho ya el tuyo? ¿Qué secretos has entregado esta vez a los franceses, traicionando a tu país y, tal vez, la vida de tus compatriotas?

Félix sonrió ladinamente, dándose unos golpecitos en la chaqueta, a la altura del corazón, donde aguardaban los documentos que irían a parar a las manos del capitán galo.

—Todo a su tiempo, Gresham, todo a su tiempo.

—¿Quién es el malnacido que te pasa la información?

Un leve encogimiento de hombros, una mueca que pretendía ser una sonrisa, un destello de codicia en la mirada de Lekker...

—Supongo que ya no tiene importancia que te lo diga, ¿verdad? Al fin y al cabo, no podrás utilizar la información porque vas a estar muerto en unos minutos. El comodoro Maximilian Norton.

—Que estaba de acuerdo contigo para alejarme de mi casa esta noche, imagino.

—No. Nunca me he fiado de nadie que pudiera irse de la lengua, como ese maldito tuerto al que maté por traicionarme. Norton es un simple peón del que he obtenido mucha información. Se le suelta la lengua con facilidad cuando bebe y en Lucky Bet tiene todo el alcohol que puede desear. Eso y sus deudas conmigo. —Movi6 la pistola, indic6ndoles que echaran a andar—. Acabemos de una vez, tantas explicaciones me cansan, caminad hacia la capilla.

Lucas y Chris obedecieron, no tenían alternativa, ambos conscientes de lo precario de su situación, en la cuerda floja, abocados a una muerte segura, a menos que un golpe de fortuna los ayudase. Los dos sabían ya que Lekker no dudaría en officiar de verdugo.

El compinche de *Ghost*, que encabezaba la marcha, empujó la piedra del altar, tras el cual la lápida con la imagen de St. Eugene se fue desplazando lentamente con un chirrido, dejando a la vista la entrada de un túnel.



A Kimberly se le aceleró el corazón al ver entrar al cuarteto en la cueva, Chris y Lucas encañonados por los otros dos. Se hubiera arrojado en brazos de su esposo de haber podido, y se echó a llorar de puro alivio, pero no se atrevió a abrir la boca. Christopher contempló su mirada anhelante con ojos tan llenos de amor que para ella fueron una luz entre tinieblas y para él la liberación de la angustia que lo oprimía, al comprobar que estaba bien, aunque atada de pies y manos.

Una serie de sujetos que apenas les prestaron atención apilaban mercancía de contrabando junto a los escalones de la abadía. Uno de ellos calculó mal y una caja se volcó, rompiéndose algunas botellas que difundieron por el recinto un inconfundible aroma a brandy. Félix no se anduvo con miramientos, se acercó a él y lo golpeó con la culata de la pistola, abriéndole una brecha en la frente.

—¡Inútil! Esa mercancía vale más que tu miserable vida. Si vuelves a dejar caer algo más, acabarás como comida para los peces.

El tipo, acobardado por su estallido, escapó hacia afuera, restañándose la herida.

—Que vayan subiéndolo todo a los carros —le ordenó Lekker a su segundo—, yo me encargo de estos tres.

—Félix, aún estás a tiempo de rectificar —le pidió Lucas en un desesperado intento de hacerlo reflexionar, aunque intuía que en vano—. Olvida esos documentos, deja libre a lady Gresham y vete del país. No tenemos por qué mencionar lo de esta noche. Pondré a tu nombre la mitad de las propiedades, incluso estoy dispuesto a renunciar al resto. Ella no te ha hecho nada. Déjala ir.

—Realmente, estás loco por esta americana, ¿verdad? —Se echó a reír—. Yo no lo estoy tanto como para echar todos mis esfuerzos por la borda. Además, aunque te olvidaras del contrabando y la traición, dudo mucho que tarde o temprano no se filtrara algo sobre la muerte de Molly y la de Brenton. Es un riesgo que no puedo correr. Una pena lo del vizconde, pero no me dejó otra alternativa, metiendo las narices donde nadie le llamaba. La verdad es que me causó muchos problemas, por un tiempo hasta creí que había podido dejar sus descubrimientos por escrito.

—¿Eso fue lo que te hizo entrar en su casa por la noche, como un vulgar ladrón?

—Tiempo perdido, lo reconozco, porque no encontré nada. Pero ¿cómo sabes que...?

—Simplemente lo sé, *capitán Jack*.

Félix frunció el cejo sin entender a qué se refería Gresham con ese comentario. A

Kim, por el contrario, se le encogió el estómago al comprender que el pirata con el que Cameron jugaba no era una nueva ilusión infantil.

—¡Bien, dejémonos de tonterías, Félix! —continuó Gresham—. Uno mi fortuna a la de Lucas y mi juramento solemne de silencio si entras en razones. Yo que tú, aceptaría el trueque. De otra forma, juro que te mataré, aunque sea lo último que haga.

—¡Vaya! ¡Qué oferta tan jugosa, señores! Nada menos que las dos fortunas de una tacada. Y todo por una mujer. Tal vez me he precipitado un tanto decidiendo eliminarla —dijo acercándose a Kimberly despacio, sin perderlos de vista un instante—. ¿Qué les das, querida? ¿No merezco yo lo mismo a cambio de tu vida? —le preguntó, acariciándole la cara con la mano libre. Ella se apartó con repugnancia.

Quería escupirle en el rostro, aunque su difícil posición en el suelo sólo le permitió alcanzarle la pernera del pantalón. Sus ojos, furiosos, refulgieron en la penumbra.

—Si mi marido no acaba contigo, rata asquerosa, yo misma lo haré.

La carcajada autosuficiente de Lekker resonó en las paredes de piedra. Pero se le cortó de cuajo cuando fuera se oyeron voces, acompañadas de estampidos de armas de fuego.

Julius pretendía que el grupo que capitaneaba pasara inadvertido al llegar a la cala. El trayecto hasta allí no había sido tan rápido como él hubiera deseado, con unos criados guiando sus monturas como podían y otros, los que no sabían cabalgar, a la grupa. Ordenó dejar los caballos a prudencial distancia con el fin de que no los oyesen acercarse, y acabar de recorrer el camino a pie.

No se veía a Kim por ninguna parte, ni tampoco al conde. En la playa solamente trajinaba un pequeño grupo de hombres, descargando una barca varada en la orilla, perdiéndose luego con los bultos en lo que parecía ser la entrada de una cueva disimulada entre el follaje. Mar adentro, a la espera, se mecía una goleta sin bandera.

Ignoraba si la muchacha y Gresham se encontraban prisioneros en la cueva, por eso exigió silencio absoluto mientras escudriñaban, ideando el mejor modo de pasar a la acción por sorpresa, evitando arriesgarse a una lucha abierta con los contrabandistas sin saber la suerte de Kim y el conde; sus actos podrían suponer un serio peligro para sus vidas.

Lamentablemente, los hombres reclutados por Mortimer no pasaban de ser siervos voluntariosos, empeñados, como ellos mismos, en defender la integridad de sus señores. Inseguros e impacientes, alertaron a los rufianes, que se apresuraron a dar la voz de alarma.

No les quedó más remedio que salir de su escondite y enfrentarse a ellos, con Julius a la cabeza.

En cuestión de segundos se vieron envueltos en una refriega, disparando y esquivando balas enemigas, rompiendo el silencio de la noche con una lucha en la que sólo cabían dos posibilidades: vivir o morir. Se sucedían los disparos, las carreras, los silbidos de los proyectiles y los gemidos de los que caían heridos. Mortimer fue alcanzado en una pierna, pero no dejó de empuñar su arma. El pequeño ejército de Braystone supo batirse con notables agallas y, amparados en su mayor número, terminaron por dominar la situación con una escasa cuenta de heridos. De inmediato, Bart se hizo cargo de controlar a los filibusteros y Mortimer, cojeando pero resuelto, se sobrepuso al dolor de su pierna herida y avanzó hacia la cueva.

Kim no se planteó qué podía estar sucediendo, pero al segundo siguiente de tomar conciencia del barullo, actuó movida por la rabia, el asco y, sobre todo, por el miedo que se había apoderado de ella ante la posibilidad de que Chris acabara con una bala en el cuerpo. Aunque los tenía amarrados, movió los pies consiguiendo barrer a Félix que, al perder el equilibrio, braceó en el aire.

Lucas aprovechó para lanzarse hacia él en picado.

Christopher apenas se movió, pero rápido como una cobra, e igual de letal, en su mano apareció el puñal que guardaba en la bota derecha. Un ligero movimiento de muñeca y la daga voló hacia Lekker, clavándosele certera en la garganta. Instintivamente, Félix apretó el gatillo, a la vez que se le escapaba un chorro de sangre, pero su disparo se perdió en los confines de la caverna, vomitando ecos.

Sin preocuparse ya de su enemigo, Chris corrió hacia Kim, envolviéndola en un abrazo desesperado. Su boca cubrió la de ella en un beso ávido, impaciente, lleno de angustia. ¡Dios! Había estado a punto de perderla y aún temblaba, pero no era momento de mirar atrás, lo era de besarla una y otra vez, de estrecharla contra su cuerpo para vibrar con el galope desenfrenado de un corazón que, de haber sido otro el desenlace, ahora podría estar inmóvil.

—Mi amor, mi amor... —repetía, besando sus ojos, su frente, su cabello—. Dime que estás bien, Kim.

Ella se recuperaba con sus besos, el calor de su aliento, la certeza absoluta de la dependencia del uno del otro. Se le llenaron los ojos de lágrimas, consciente de golpe del peligro que les había acechado y del que habían conseguido huir. Abandonó la entereza de la que había hecho gala desde que volvió en sí en la caverna, y se dejó arrastrar por la necesidad inaplazable de dar rienda suelta a su propio terror. Lloró como una niña sobre el hombro de su esposo, pronunciando su nombre entre hipidos.

Lucas observaba sin recato, fascinado por el coraje de aquella mujer valerosa, y con una pizca de envidia hacia Gresham. Si en algún momento albergó alguna esperanza sobre Kimberly, se desvanecía ahora ante una realidad que se imponía sin reservas. Le dolía, pero se alegraba por ellos, por una mujer a la que admiraba y de la que casi había llegado a enamorarse.

Un Mortimer irreconocible, desencajado y sucio, manchado de arena, renqueante por la herida en la pierna, que le sangraba, irrumpió en la cueva seguido de otros criados, en cuyas manos las armas aún humeaban.

—¿Milady? ¿Milord? —Se quedó atónito al descubrir al marqués de Lessenrose junto al cadáver de un sujeto al que identificó como el señor Lekker, el nombre que estaba escrito en el papel que le entregó a Bart—. ¿Qué ha pasado? ¿Se encuentran ustedes bien?

Lucas se le acercó, le pasó un brazo por los hombros e instó al grupo a volver por donde habían venido.

—Ahora sí, amigo mío, ahora sí. Dejemos a sus señores a solas.

Reticentes, así lo hicieron. Antes de salir, tuvieron oportunidad de oír nítida la voz de Kimberly que decía:

—Cariño, si me desatas, podré abrazarte mucho mejor, ¿no te parece?

Epílogo



La tarde languidecía acortando las horas de luz. El bosque se estaba coloreando de ocres y amarillos, alfombrado por hojas secas sobre un tapete verde apagado, desvaído y mustio. Empezaba a hacer frío...

Pero en la cabaña, al abrigo de las brasas, bajo sábanas de seda, unas manos reseguían los valles y las colinas del cuerpo amado, al paso de cuyos dedos su dueña se deleitaba con gorjeos placenteros.

Kim soltó un prolongado suspiro tras regresar de las nubes, adonde ascendía cada vez que se entregaba a las tiernas y apasionadas caricias de su esposo. Se miraron aún temblorosos por el éxtasis, sin aliento. Rodeó el cuerpo desnudo de Christopher, besándole en el pecho, y él hizo que reclinara la cabeza en su hombro.

—Deberíamos regresar a casa —dijo, soñolienta, ahíta de felicidad.

—Quedémonos un poco más, hagamos el amor otra vez.

—Si me lo pides con tanta vehemencia...

Christopher esbozó una sonrisa mientras acariciaba el vientre de su esposa, allí donde se estaba engendrando una nueva vida. Lejos de sentirse relegado por el instinto maternal que toda mujer desarrolla por el ser al que ya ama aun sin conocerlo, él se recreaba en las vivencias íntimas que lo iban acercando al nacimiento de su bebé.

Se estiró como un felino sobre el estrecho catre. Desde que regresaron de Beau Terre, la cabaña había sido el refugio en el que escapaban del mundo, de las obligaciones que les imponía su título y, sobre todo, del ajetreo en el que Darel y James, secundados por Lucas, estaban inmersos y al que arrastraban a todos, proveyendo, dirigiendo y supervisando los progresos de la construcción de la escuela naval, que empezaba ya a perfilarse como un hecho sobre la colina.

En un punto no hubo debate, pues el acuerdo fue unánime: se llamaría Brenton School, y Gresham había encargado un busto de Adam, que presidiría la entrada principal, orientado hacia Cheryl Bay.

Desde aquella horrible noche en que pudo haber perdido a Kimberly, sus vidas habían tomado un rumbo definido.

Darel no había sentado la cabeza, pero él le sabía enamorado de una chiquilla a la que llamaba *incordio*, que no había dejado de darle problemas. James estaba más centrado en los negocios familiares, el alocado Tommy se hallaba a punto de casarse, y Lucas Ganford, el rival que nunca lo fue, se había convertido en uno de sus mejores amigos. Cameron, por

su parte, daba muestras de una inteligencia despierta, regalándoles parabienes y quejas de sus profesores a partes iguales. Chris sólo lamentaba la leve cojera de Mortimer, secuela de su valerosa intervención en la arriesgada escaramuza de la playa, enfrentándose a los contrabandistas, y de la que su estirado ayuda de cámara hacía gala constantemente, como si de una condecoración se tratara. Echaba también en falta al tosco pero resolutivo Julius, a quien apreciaba de veras, y que ahora dirigía Beau Terre en nombre de Kim.

La mano de su esposa en la entrepierna le hizo boquear. Riendo, Kimberly saltó del lecho revuelto. Desnuda como una diosa pagana, se acercó a la ventana, pero en seguida retornó al abrigo de las mantas, tiritando. Christopher la rodeó con sus brazos, con el corazón oprimido de tanto como la quería.

—Te amo hasta la locura, americana.

—No dejaría que fuera menos, milord. —Él le acarició el hoyuelo que se formó en su tersa mejilla—. Porque si no, no estaríamos a la par.

***Echa una mirada furtiva a
LOS GRESHAM. REINAR
EN TU CORAZÓN***



Darel Gresham empujaba la puerta de un almacén abandonado, próximo a los muelles, intrigado por el hecho de que el capitán del *Discordia*, McMillan, lo hubiera citado allí esa noche, en vez de acudir a su casa, como solía hacer si tenían algo que despachar.

El lugar estaba a oscuras.

El destello de una llamita prendió un candil, iluminando apenas los contornos de una nave vacía... salvo por la figura de un hombre atado y amordazado, con muestras visibles de haber sido golpeado.

Todos los sentidos de Darel se pusieron en tensión al reconocer a su capitán. Sin posibilidad de reaccionar, sintió el filo de un cuchillo en la garganta, paralizándolo, a la vez que una voz con fuerte acento extranjero preguntaba a su espalda:

—¿Dónde está su majestad, Elisabeta Smirnova?

Nota de la autora



Espero que hayáis disfrutado con *La bahía de la escocesa*, primera entrega de la saga de los Gresham, en la que me he tomado pequeñas licencias que confío me sean perdonadas.

Como siempre, me encantará conocer vuestras opiniones, que podéis enviarme a mi blog:

<http://nieveshidalgo.blogspot.com/>



Nací en Madrid hace algún tiempo.

Me considero, fundamentalmente, una incansable viajera, y también una impenitente devoradora de libros.

Escribo desde hace más de veinte años, al principio por simple afición y divertimento, y más tarde para el disfrute de mis amigas y compañeras de trabajo, hasta que se publicó mi primera novela, *Lo que dure la eternidad*, con la que conseguí hacerme un hueco en el panorama de la literatura romántica, algo que se consolidó con la siguiente, *Orgullo sajón*.

En 2009 fui galardonada con dos premios Rincón de Novela Romántica como mejor autora y mejor novela por *Orgullo sajón*, y dos premios Dama, uno como mejor escritora nacional de novela romántica y el otro como mejor novela romántica española, por mi libro *Amaneceres cautivos*. En 2010 Círculo de Lectores las incluyó en su catálogo, con lo que soy la primera escritora española de novela romántica publicada por dicha editorial. También han sido publicadas: *Hijos de otro barro*, *Luna de Oriente*, *Noches de Karnak*, *El ángel negro* (Esencia) y *Brumas* (Booket).

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:
<http://nieveshidalgo.blogspot.com/>

Los Gresham. La bahía de la escocesa

Nieves Hidalgo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© de la ilustración de la portada, Jon Paul

© de la fotografía de la autora, Archivo de la autora

© Nieves Hidalgo de la Calle, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2012

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2012

ISBN: 978-84-08-00775-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

